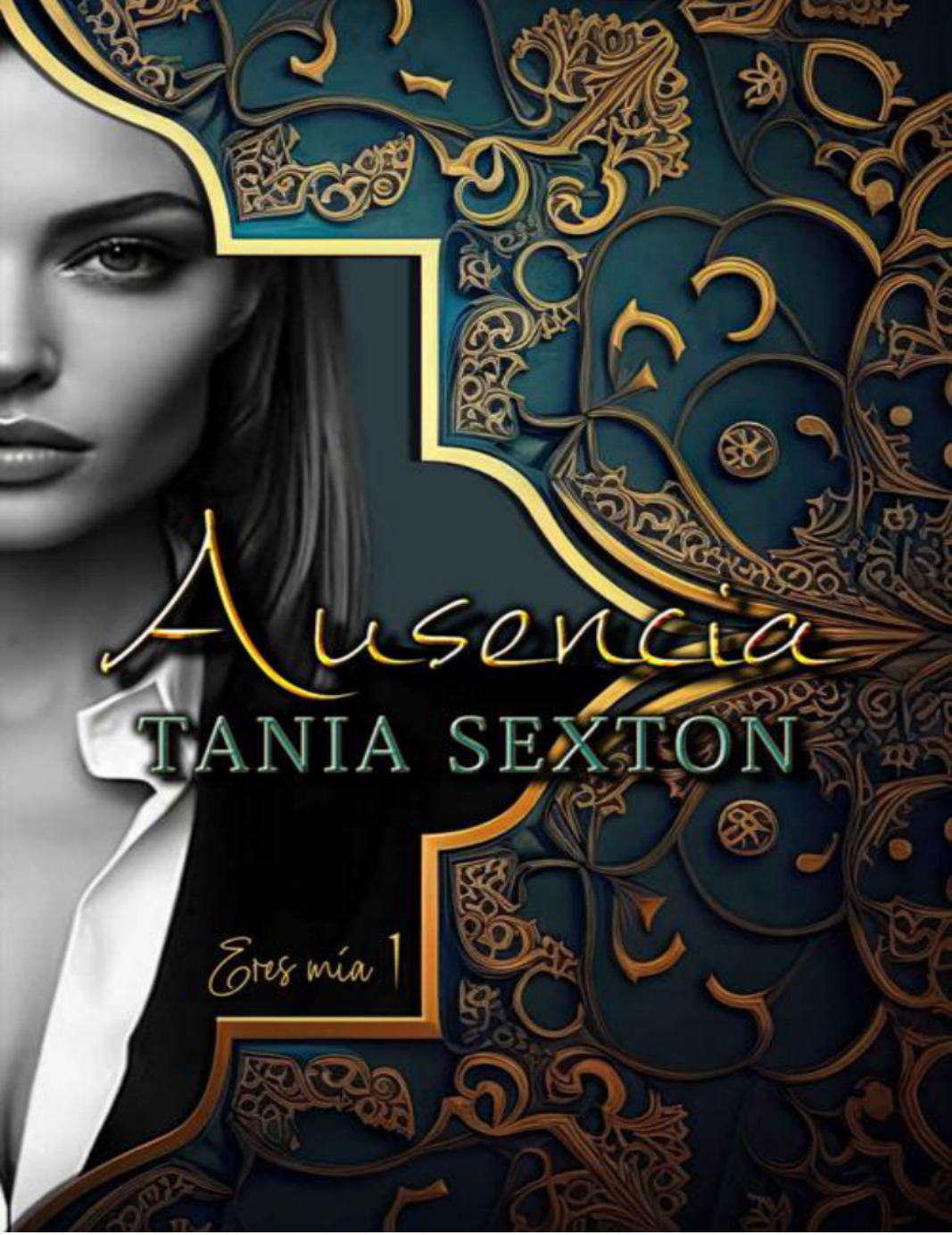

Ausencia
TANIA SEXTON
Eres mía 1

Ausencia

TANIA SEXTON

Eres mía 1

Ausencia (Eres mía 1)

Tania Sexton

Primera edición: Marzo 2018

Segunda edición: Febrero 2024

Cubierta y maquetación por:

Maiki Niky Design (Rosa Ceballos)

www.maikinikydesign.es

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para los que más quiero.
Ellos ya lo saben.

Aquí tenéis la nueva edición de la bilogía: ‘Ausencia’ y ‘Eres mía’. Espero que os guste, y os reitero una y mil veces, las gracias por vuestro apoyo y cariño.

Tania Sexton

Estoy esperando a un cliente.

Francés.

En el Plaza.

Conozco a todos los empleados y ellos a mí. Es de agradecer, pues sus miradas ya no están tan pendientes de mí como las primeras veces. Tengo un trato correcto, educado y amable, y cuando tengo que esperar más de lo normal, porque el cliente o clienta se piensa que el resto de los humanos estamos a su disposición, o porque yo he llegado antes de tiempo, cosa que ocurre la mayoría de las veces, pues me revienta llegar con la hora justa, siempre hay un gentil empleado que me busca en la cafetería para decirme que el señor tal o la señora cuál, está bajando.

Hoy, el director del hotel me ha interceptado camino de la cafetería, y me ha vuelto a decir que, cuando lo desee y me canse de hacer de guía, estará encantado de tenerme entre ellos, que ese trabajo no es para mí, un puesto especial me estará esperando.

Le sonrío, le doy las gracias y añado que no lo olvido. Lo que no le digo es que no puede igualar el salario que cobro y que, además, no deseo trabajar en un hotel, aunque sea el maravilloso Plaza.

Mientras espero que eso ocurra y me tomo un zumo de naranja, ojeo una revista, y cuando estoy a punto de dejarla, un artículo llama mi atención.

Mis ojos se quedan clavados en esa fotografía.

Es guapo. Es más que guapo.

El pelo negro y los ojos verdes claros, muy claros, atraen como un imán.

He oído hablar de él, pero no le ponía cara.

Ahora sí.

El psiquiatra de moda en la ciudad.

El hombre del que todo el mundo habla.

Leo su entrevista en un momento. De un tirón. En resumen, habla de todos esos medicamentos, de esas pastillas que nos van a impulsar a lo más alto, que en un momento dado recetan los psiquiatras como él, de que las personas deberían concienciarse del peligro de las mismas, aunque te las recete tu médico; de que esas pastillas están sujetas a estrictas medidas, de que los principios activos de esos potentes calmantes o estimulantes, son drogas y como tales, hay que tratarlas, y que, a pesar de lo que creas, de lo que te hayan contado, no cambiarán tu mundo para mejor; al contrario, si te haces adicto a ellas, entrarás en una vorágine que te puede llevar a lo más hondo del hoyo, eso sí, después de haber subido a lo más alto. «No piense —termina— que, porque su médico se las haya recetado, todo vale. Solo tenemos una vida, cuídela».

Estoy mirando esos ojos verdes, ese pelo negro, esa boca sensual… y lo decido en el acto.

Puede ser él.

Será él.

Lo quiero a él.

Hay obstáculos, lo sé, pero eso no es problema para mí.

Cuando hay ausencia, todo es posible.

Hasta lo más atroz.

Capítulo 1

Soy perfecta. No lo digo yo, lo sé, siempre lo he sabido, desde que era una niña. Mi madre lo decía, mi padre también, mis hermanos, los amigos, los compañeros policías de mi padre…, todos. Mamá quiso llevarme a *castings* para hacer anuncios, pero papá se negó. Dijo que de eso nada. Que su niña no iba a ser una muñeca anuncio, que cuando creciera, tendría que estudiar y hacerme una mujer de provecho. «Ni sueñes con llevarla a concursos de belleza o cosas por el estilo. De eso nada. A mi hija no le vas a llenar la cabeza de pájaros. No se hable más». Y lo que decía mi padre iba a misa y nunca mejor dicho, pues somos o éramos católicos. Bueno, yo no soy nada, pero eso es otra historia.

Te contaré cómo soy físicamente, para que puedas hacerte una idea. Mido metro setenta y cinco, con lo cual, cuando me subo a unos tacones de diez centímetros, doy la nota. Tengo el cabello castaño dorado, espeso, brillante, largo; es liso, pero se moldea rápidamente. Lo suelo llevar recogido la mayor parte del tiempo, ya sabes, es más cómodo. Tengo unas facciones perfectas, equilibradas y hermosas. Mis labios son gruesos, pero no en exceso, tanto el labio superior como el inferior son simétricos y la gente cuando me mira, clava la mirada en mi boca, para después mirar el color azul de mis ojos. Es de un azul intenso, bordeados con un aro negro y con pestañas negras, largas y espesas, que los hace más llamativos. Volviendo a la boca, te diré que, aunque los labios son llenos, generosos y apetecibles, no son de esas bocas que permanecen entreabiertas el noventa y nueve por ciento del tiempo, enseñando los dientes como una boba tonta; o les cuesta cerrar la boca, o piensan que es *sexy* porque las modelos de labios gruesos, o menos gruesos, casi siempre están con la boca entreabierta en las fotos. Como diría más de un compañero de papá y también él

mismo: «Están preparadas para metérsela en la boca, para que entre la punta y con un empujón, tragársela entera».

¡Bah!, dejemos ese tema y te sigo contando. La piel inmaculada, sin manchas, sin pecas, sin lunares. Te diré que he tenido la suerte de heredar el color dorado de mis padres. Son hispanos, pero no indios, no te confundas, no por nada, pues muchos conquistadores españoles se casaron con indias, pero no es el caso de mi familia. Mi padre es de origen español, castellano para más señas; si no estás puesto/a en geografía, te diré que Castilla es una comunidad de España y mis abuelos y bisabuelos eran de Salamanca y de Valladolid, ciudades que pertenecen a dicha comunidad, pero también hay alguno de Asturias y más de una gallega en el árbol genealógico. Por parte de mamá, Veracruz y Ciudad de México, pero si nos vamos hacia atrás, dos generaciones nada más, otra vez España, Andalucía y Extremadura. Mi padre, nacido en San Diego y mi madre, nacida en Veracruz, pero llevada a California siendo un bebé, casi recién nacida; de manera que el color de mi piel es como el caramelo más claro, el que tiene más leche, mucha leche. Mamá era más blanca, yo soy como mi padre. Ya no tomo el sol. No me interesa estropear la piel, y al final la estropeas, si lo tomas, acabarás con la piel fea, flácida y acartonada y eso sin mencionar el cáncer. Allá cada cual, yo tengo todo tan claro que no me cabe ninguna duda, nada de pensar hoy una cosa y mañana otra; no, ese no es mi estilo. Nunca lo ha sido.

Solo me queda describir mi cuerpo y, aun pecando de pedante, te diré que es la envidia de cualquier mujer y el deseo de todos los hombres y muchas mujeres. Tengo unos pechos poderosos, duros y en su sitio (y no son de silicona), es más, admiro a esas mujeres que, con pechos pequeños o, incluso, inexistentes, pasan de ponerse unas bolas de plástico, gel o lo que sea que metan en el cuerpo. Mis respetos, sí señor. Si yo no tuviera las tetas que tengo, haría lo mismo. Esto es lo que hay, si quieres lo tomas y si no, que te vayan dando. Pero la naturaleza o la genética o la puñetera suerte, que te toca en la vida, me ha dotado con la perfección absoluta, pues si sigues el recorrido de mi cuerpo, te vas a encontrar con un estómago y barriga planos, unas piernas largas y torneadas y un culo de infarto. Hasta mis pies son bonitos. Y teniendo en cuenta mi estatura, solo calzo un treinta y nueve. No me estoy vanagloriando de nada, simplemente constato un hecho.

Si quieres saber si como todo lo que me da la gana y no engordo, te diré que no es así; no tengo facilidad para engordar, pero, aun así, me cuido, pues tengo veintiocho años y eso se va notando poco a poco, o se notará pronto. Aunque no hay problema, soy disciplinada y no me preocupa, fuerza de voluntad tengo para dar y vender, y sangre fría, ni te cuento.

He vivido en California hasta los dieciocho años, en San Francisco para ser más exactos, donde nací y mis hermanos también. Al poco de cumplirlos, mi familia desapareció, y me fui a Nueva York.

Perdona, voy a hablar con propiedad, murieron, todos, mis hermanos y ellos, mis progenitores. Al mismo tiempo. Con mi mayoría de edad, puse en venta la casa familiar y me dispuse a continuar con mi vida. El accidente fue en la casa de la playa y, a pesar de la total destrucción, un constructor me compró el terreno y pude sacar un buen pellizco y añadirlo a la venta de la casa de la ciudad y al dinero que había en el banco, más otro dinerito que encontré en una caja de seguridad.

Escondida.

Ese dinero viene muy bien para ir gastando poco a poco. En metálico. A fin de cuentas, cuando eres universitaria viene de perlas para ir pagando comidas, ropa, libros y otras cosas. Pero nada de cantidades grandes, no; poco a poco y sin llamar la atención.

Junté un buen capital y, descontando el dinero B, compré una casa en Brooklyn.

Preciosa.

Mía.

Totalmente mía.

Tres alturas y la planta baja, que tiene una entrada exterior, debajo de la escalera de la puerta principal, y otra interior comunicando con el primer piso, con la cocina para más señas, y te puedo decir que las únicas personas que han estado allí, son los diversos trabajadores para reformarla y nadie más. La palabra «reforma», no es la más exacta, tendría que decir restaurar, o las dos cosas.

Al principio se me pasó por la mente alquilar la planta baja, pero lo pensé mejor y decidí que no; no quería a nadie rondando mi territorio, y los inquilinos pueden ser sumamente pesados. Es mi espacio, mi retiro, mi universo. Nadie entra ahí. No es por nada en particular, simplemente soy celosa de mi vida privada y no me gusta que nadie toquetee mis cosas, que mire y cotillee si lo que tengo vale tanto o cuanto, y para nada, me gusta esa expresión de «estás en tu casa», qué gilipollez, no estás en tu casa, estás en la casa de tu amigo o amiga, vecino o vecina, o incluso de un conocido o un compañero de trabajo. ¡Venga ya!, la casa de uno es de uno y punto. Vale que le digas «ponte cómodo», «siéntate donde quieras», pero corta el rollo con eso de «estás en tu casa». Y para evitar malos entendidos, para evitar que una amiga o conocida, fisgonee en tu vestidor o armario y acabe pidiéndote tu mejor vestido, o ese colgante tan bonito que te has

comprado, lo mejor es no hacer jornada de puertas abiertas. Al principio les extraña, pero luego, con el tiempo, solo te ven como una rara, una solitaria y si encima tienes mi físico, ya lo ven como una excentricidad.

Todo eso me resbala. No vivo de cara a la galería, vivo como quiero, pues nadie me marca las pautas.

En nada.

Cuando me acuesto con un hombre, o vamos a un hotel o a su casa; a la mía, ni hablar. Aun así, eso no me provoca problemas, pues no suelo estar mucho con el mismo. Tres veces, tres citas, ha sido lo máximo, tal vez cuatro y, aunque insistan, aunque llamen y llamen y se pongan pesados como leones marinos, no les queda más remedio que desistir. Hubo uno al que no le sentó nada bien que no hubiera más sesiones de sexo y me obligó a emplear amenazas, dejándole bien clarito que no dudaría en ir a la policía y poner una denuncia por acoso. Fue mano de santo. Eso sí, me llamó zorra, cabrona, puta engreída, manipuladora… Los hombres son así, les gusta dominar y manipular y es ahí donde chocamos, porque a mí, también me gusta dominar y manipular, no sabes hasta qué punto.

Soy intérprete y así me gano la vida. A los cinco años, hablaba inglés y español a la perfección; a los diez, añadí francés e italiano; con quince, sumé alemán, y en la actualidad, tengo dominado el ruso y el árabe y ando tonteando con el chino y el japonés. El portugués ni lo he estudiado, pues no me ha hecho ni falta; lo leo sin problemas y una vez escuchadas tres o cuatro conversaciones, lo hablo casi a la perfección.

En la empresa donde trabajo, estoy muy considerada, muy valorada, no tienen a nadie que domine tantos idiomas hablados y escritos a la perfección, por ello, mi sueldo es el más alto, aparte de recibir una comisión cada tres meses. Pero te diré una cosa, no pienses que algo así conlleva un esfuerzo, para mí no. Yo aprendo idiomas como tú aprendes una canción, así de fácil. No tiene mérito, ¿no crees? Cuando era un renacuajo y parloteaba inglés y español, mis padres pensaban que era normal, pues los idiomas se hablaban dentro y fuera de casa. Cuando pasaron los años y añadí el francés y el italiano, mi padre dijo: «Su mejor amiga es italiana y estudia francés en el colegio». Más tarde, ya no le dieron importancia: «Tiene facilidad para los idiomas —les decían a los amigos—, es un juego para ella —añadían—, no le cuesta trabajo», concluían. «Es un cerebrito», decían mis hermanos, que con el inglés y el español tenían de sobra. Y así es. No me cuesta ningún esfuerzo. Ni antes, ni ahora.

Y sí, soy un cerebrito, aparte de otras cosas.

Soy trabajadora, estricta, seria, formal. No me van las

superficialidades, no me va la ñoñería, ni los cotilleos en el trabajo, ni en otro ambiente. Mis compañeros me conocen y me guardan el bulto y teniendo en cuenta mi aspecto, más. Soy fría y tengo una ausencia total de sentimientos. Cuando hago algo malo, no me muevo por el odio, ni por venganza, ni por amor, solo lo hago por cambiar el rumbo de mi vida, por alterar el estado de las cosas, en una palabra: manipulación.

Así están las cosas.

Así quiero que sigan.

Capítulo 2

Está sonando el móvil. Antes de cogerlo, sé quién es. No puedo evitar sonreír.

Maliciosa.

—¿Sí?

—¿Señorita Pacheco? —La vocecita un tanto remilgada y un pelín pedante, me llena el oído. Sé de sobra lo que piensa esa estúpida descendiente de irlandeses. Cree que está hablando con una persona venida a más, puede que hasta piense que soy hija, novia o esposa de algún mafioso, de algún traficante de drogas, pues pocos pueden pagar cuatrocientos cincuenta dólares la hora. Menos, menos, cincuenta y cinco minutos, para ser exactos.

Aunque en Manhattan hay mucho dinero, y esa es la base del doctor Burton.

La clientela con mucho dinero.

Las señoras o señoritas, también caballeros, necesitados de que les oigan, que les guíen por el camino, y si es necesario, unas pastillitas de vez en cuando.

—Sí. —Mi voz es hermosa y cuando no me muestro encantadora, suena fría y altiva, y esta estadounidense descendiente de irlandeses y puede que de algún inglés, escocés o galés, lo nota en la firmeza de esas dos letras, de esa afirmación.

La afirmación contundente de una estadounidense descendiente de mejicanos y, a su vez, de españoles.

—Soy la secretaria del doctor Burton, señorita Pacheco, la llamo para cancelar la cita que tiene para mañana. Ha surgido… —duda. Un instante. Se aclara esa voz melindre, tal vez pensando lo que va a

decir, o tal vez haciéndose la interesante, y continúa—: una desgracia, una gran desgracia y el doctor, no estará disponible en unos días, tal vez más. —Se hace un pequeño silencio, ella espera que yo diga algo, y no tardo ni medio segundo.

Le doy el gusto a la pequeña irlandesa.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —Mi voz se vuelve más agradable, más acariciadora y eso que ello descoloca a la eficiente y leal secretaria—. ¿Le ha pasado algo malo al doctor? ¿Un accidente tal vez? —Noto cómo la irlandesa se ablanda, se abre, aunque solo un poco, pues su jefe es su dios. Estaría dispuesta a darlo todo por él. Lo defenderá a muerte si es necesario; es la empleada fiel, la secretaria perfecta, la que cumple con su cometido. No me extraña. El tipo lo vale, al menos en el papel.

—Señorita Pacheco, la esposa del doctor ha muerto. Estamos consternados, ha sido… ha sido horrible. Horrible. De verdad que siento posponer su primera cita, pero no hay más remedio. —Ahora la pausa es larga y me da paso.

—¡Cielo santo! Por supuesto, no se preocupe. Cuánto lo siento. Es horrible, de verdad. Mi más sentido pésame para el doctor, y no se preocupe por la cita, faltaría más. Haga lo que tenga que hacer. —Mi inglés es perfecto, mejor que el de la mayoría y la irlandesita lo nota y le choca que una tipa llamada Pacheco Cortés hable mejor que ella, pero al mismo tiempo, después de la frialdad de la primera conversación, hace ahora más de un mes, de no quererme dar cita hasta no sé cuánto tiempo de espera y de comunicarle con sumo detalle y fría vocalización, que llamaba por la recomendación de la esposa de un importante hombre, consejero del presidente, ahora, se muestra contenta de mi blandura. Estoy deseando ver la expresión de su cara regordeta, cuando me vea.

Estoy sonriendo, no lo puedo evitar. Y como yo sé más que ella, como yo sé lo que voy a buscar y lo que conseguiré, aun sonrío más.

—Gracias, señorita Pacheco. Le prometo que en cuanto me sea posible, la llamaré para darle cita. Estoy remodelando la agenda y dependo del doctor para ello, pues son tantas las citas que hay que anular y recolocar… —Parece que está sufriendo, parece que quiere quedar bien con todos los pacientes del doctor, incluida yo—. Espero que lo comprenda.

—Por supuesto, no se preocupe, no tiene que darme explicaciones. Son causas mayores, faltaría más. Además, tengo un viaje a Europa, así que aprovecharé para adelantarlo. Si le parece bien, puede mandarme un mensaje con la nueva cita, si le es más cómodo que una llamada. —Parece que se lo piensa. Y yo dejo que piense.

Piensa todo lo que quieras, irlandesa.

—Prefiero hablar con los pacientes, si no le importa.

—No, claro que no. Como usted guste. No hay problema. Me avengo a todo.

—¿Va a estar mucho tiempo de viaje? —Le pica la curiosidad. Se lo noto.

—Sí. Dos o tres semanas.

—Bien. Pues, ¿qué le parece si la cito para dentro de un mes?

Hago como que me lo pienso y, antes de que añada algo, contesto:

—Me parece perfecto. —Oigo cómo pronuncia la fecha y cómo la punta del boli se desliza por el papel de la agenda, escribiendo con letra pulcra mi nombre (una secretaria siempre, siempre, debe escribir con pulcritud y claridad).

La primera vez se lo tuve que deletrear, ahora no es necesario.

Ahora lo recuerda bien.

—Pues que tenga buen viaje, señorita Pacheco, y perdone las molestias.

—Muchas gracias, señorita. Hágale llegar el pésame al doctor Burton. Que tenga un buen día.

Corto la llamada, no le doy tiempo a que diga nada. Recorro con la mirada el espacioso y elegante salón de mi casa y me regodeo conmigo misma. Me dejo caer en el mullido sillón de lectura y contemplo las bellas molduras del alto techo. La sonrisa llena mi boca, mis labios se tensan de placer. Mis planes van por el camino que he trazado (más o menos), y espero que sigan el curso que yo quiero. No importa el tiempo que tarde, pero espero que no sea mucho. Un año es demasiado, calculo que de seis a ocho meses. Pero si tengo que esperar más…, esperaré.

La paciencia es un don.

Y en este momento tengo ese don.

Cuando compré la casa, necesitaba una reforma completa, pero a pesar de tener dinero, no quería gastarlo todo y tener que pedir un préstamo. La universidad es cara, muy cara y, aun sacando beca por mis excelentes notas, hay que pagar y mucho; de modo que pagué la casa al contado, una ganga la verdad, pero me olvidé de reformas y restauraciones, al menos por unos años. Recuerda lo que te he dicho del dinero B, ese no existe para el gobierno. Volvamos a la casa. La conseguí por menos de seiscientos mil y eso que la heredera pedía un millón. Hice mi oferta y, teniendo en cuenta que la casa necesitaba arreglos a mansalva, se lo hice ver; ella, una *hippy* de cuarenta y

tantos que pensaba que todavía estaba en «haz el amor y no la guerra», me hizo ver, como si yo no tuviera ojos en la cara, las ricas molduras, los hermosos radiadores, la perfecta, genuina y bien conservada escalera… Mi contestación fue clara y concisa: «Sé lo que hay, lo veo con mis propios ojos, pero para poder dejar esta casa en condiciones, hace falta mucho dinero, mucho —le repetí—, no voy a subir la oferta, o lo tomas o lo dejas»; la *hippy* me miró de mala manera, fijándose en mis vaqueros rotos y mi sencilla camiseta blanca que marcaba mis pechos, y cuando vio que yo daba media vuelta y me dirigía a la puerta principal, pegó un berrido y dijo: «Valeeeeee, de acuerdoooooo, niñata, tú ganas».

No hay nada mejor que una persona que necesita dinero. Es la mejor manera de hacer negocios.

Son los mejores negocios.

Compré unos cuantos muebles de segunda mano, solo lo indispensable.

Me matriculé en la Universidad de Nueva York en cuanto llegué a la ciudad, y mientras buscaba la casa apropiada, me instalé en un hotel barato pero limpio, no muy lejos de la universidad, y poco tiempo después, tenía un trabajo en la recepción de un hotel en el sur de Manhattan. Por la noche. Dos meses más tarde, cubría los fines de semana, días de fiesta y vacaciones, dejando las noches para otros pringados, pues el director no había conocido a nadie que hablara tantos idiomas, incluso me llegó a ofertar un sueldo que él consideraba envidiable, por hacer jornada diaria. Poniendo mi rostro más dulce, le dije que se lo agradecía infinitamente, pero que debía seguir y acabar los estudios, pues ese había sido el deseo de mis queridos y difuntos papás. El director, un hombre de sesenta años y padre de tres hijos, lo entendió a la perfección y durante los años que estuve trabajando con él, no tuve la menor queja.

Hace dos años que la reformé. Es preciosa, a mi gusto, con muebles caros, de los que llaman la atención y otros, de mercadillos, pero tan originales que cualquiera pensaría que son de anticuario; alfombras mullidas y madera lustrosa. Cómoda, elegante, acogedora. Clásica con toques modernos, pero siempre, conservando la esencia, su esencia. No escatimé, pues podía permitírmelo. Puedo, en presente. Aparte del dinero que gano con mi trabajo, tengo también otros beneficios. Invierto en bolsa desde hace unos años y llevo ganado más de medio millón, a pesar de la crisis. Más de uno puede decir que es suerte, pero de eso nada, he sabido cuándo vender, he intuido cuándo una compañía se iba a ir a la quiebra, por algo estudié Económicas, aparte de otras cosas; pero ahora, voy con más cautela y solo arriesgo paquetes más pequeños. Tengo una mente analítica y mucha intuición

para oler el dinero. Leo todo lo que cae en mis manos y lo que no, también. El portátil forma parte de mi vida y estoy conectada las veinticuatro horas, sabiendo lo que ocurre en los mercados europeos, los asiáticos y, por supuesto, los de aquí.

No tengo deudas, todo está pagado y cuando compro algo más caro de lo que es habitual en mí, ha sido evaluado meticulosamente, comprándolo o rechazándolo para otro momento más conveniente. No me dejo llevar por impulsos, no es bueno, pues todo debe ser planificado al detalle, para evitar errores.

«Planificar», es uno de mis verbos favoritos.

Y «ejecutar», el preferido.

Está en Brooklyn Heights, nada más verla me enamoró. Vieja, o antigua si lo prefieres, con historia, con encanto, esas casas que salen en las películas en blanco y negro, y si es en color, puedes ver el tono marrón de las fachadas, con su escalinata de piedra y su baranda de hierro forjado, sus árboles sombreando las fachadas, ocupando un considerable espacio en las aceras, por donde pasean parejas cogidas de la cintura, mamás con sus hijos de la mano, o empujando un cochecito de bebé, señores y señoras mayores dando su paseo matutino para comprar el periódico y tomar un ligero desayuno en la terraza de una cafetería si hace buen tiempo, o en el interior si arrecia la lluvia o el viento.

Tan cerca de Manhattan y a la vez, tan lejos. LaGuardia a veinte minutos, el JFK a treinta, en taxi y siempre que no haya tráfico; en metro, diez minutos y estás en Wall Street, veinticinco y te presentas en Times Square. Tiene muy buena comunicación, ya que el metro funciona las veinticuatro horas, los siete días de la semana y las líneas te llevan hasta cualquier punto de la Gran Manzana, sin tener que hacer trasbordo. Brooklyn es un lugar ideal para vivir, para pasear por sus calles, para disfrutar de sus restaurantes, cafeterías, ver pasar el tiempo, para cobijarte y disfrutar de tu hogar. Gracias a Dios, nada que ver a cómo era en décadas pasadas; menos mal. Huy, parezco una guía de viajes. Pero bueno, es que es verdad, es el lugar ideal, hasta que llegue la hora de cambiar. La hora de dar otro rumbo a mi vida.

Esta vivienda es unifamiliar, hay otras que cada piso es un apartamento. La mía no. Tiene dos puertas de entrada, subiendo la ancha escalera, la primera, donde está la ranura del buzón y donde se encuentra el pequeño vestíbulo de la vivienda, con un gran paragüero y un perchero de estilo moderno, donde dejo las prendas para la lluvia y el frío, nada del otro mundo, pues cuando salgo por el barrio y hace un tiempo desapacible, no pierdo el tiempo en modelitos. Una buena gabardina, o una parka, un gorro y el paraguas si es necesario, y a veces ni eso. También tengo unas botas de agua; me gustan las botas

altas, de plástico, amarillo chillón, para chapotear los charcos sin importarte que se machen los pantalones que van por dentro de las botas. El suelo de ese vestíbulo, no es de madera, es mármol italiano cubierto con una estera gruesa, hecha a mano. Hace falta otra llave para abrir la segunda puerta y una vez hecho, te encuentras con un hermoso y largo salón a la izquierda, una cocina grande y práctica a la derecha y al fondo, debajo de la preciosa escalera, un baño y un pequeño armario. El jardín lo tengo parcialmente cubierto, para evitar miradas indiscretas y, también, para salir cuando está lloviendo y sentarme arrebujada en mi vieja chaqueta de lana gruesa, mientras veo cómo la lluvia embellece el césped, alimenta las plantas, tomándome un café calentito o un té verde de coco. Son pequeños placeres, ya sabes, esos placeres que no necesitas a nadie. Que la soledad es la máxima urgencia.

Hay dos salidas que dan al jardín, una por el salón y otra por la cocina. Las ventanas de la fachada son las originales, altas, estrechas y de guillotina, pero las de la parte trasera, las mandé hacer algo más grandes para que dejen entrar la luz; no como en California, pues aquí hace más frío y complace tener a tu alrededor una buena estructura de piedra y ladrillo más que el frío cristal.

Subes la antigua, preciosa y original escalera de roble tallado y te encuentras con mi dormitorio, un baño completo y un vestidor enorme y si sigues subiendo, verás mi despacho, revestido de madera, suelo y techo, las paredes, cubiertas de estanterías blancas, de obra, llenas de libros, escritos en todos los idiomas que domino, una mesa grande y lo último en informática y… ninguna fotografía.

No necesito fotos para recordar todo y a todos, las caras de mis padres están en mi cabeza, igual que las de mis hermanos, hasta las caritas de las niñas que iban a mi colegio de primaria. Las recuerdo como si fuese… hace dos minutos.

Volviendo a la casa, su precio de mercado, ahora, supera los tres millones, tal vez llegaría a los cuatro, todo depende de quién se encapriche de ella. Aparte de sentimentalismos, que no van en mi equipaje, la casa es una inversión al por mayor, pues todo lo que se ha hecho, ha encarecido su precio, pues te diré que todas las restauraciones se han hecho de manera sublime y respetando el original. Mi dinerito me costó, pero, aun así, negocié y pude raspar un poco, pero poco, la verdad, pues busqué a los mejores artesanos y eso, siempre, siempre, tiene un precio.

Pero no tengo intención de vender. Es mi casa. Por el momento.

No, no me olvido. La planta baja también tiene una entrada, debajo de la escalera, exterior, entrada por un lateral, por la derecha, pero esa nunca la utilizo y por ese motivo, mandé poner una puerta

reforzada, por si las moscas. No me gustan las sorpresas. No sé si me entiendes. Yo soy la que llevo el control.

Siempre.

Dentro de dos días voy a Londres con una madre y una hija, de Dallas. Vamos de compras, porque turismo haremos poco, a no ser que, como ellas, consideres turismo ir a las mejores y más exclusivas tiendas para comprar ropa y todo tipo de accesorios. Primero Londres, después París y, por último, Roma. Se casa dentro de dos meses y el papá, un multimillonario del petróleo, quiere que su nenita tenga todo lo que se le antoje y de paso, su esposa también. Él no tiene tiempo para viajes de este tipo y como nos conocemos de hace tiempo y confía en mí plenamente, pues le he acompañado a varios viajes al extranjero, voy ahora con las mujeres de su familia.

Te imaginarás, pues ya me conoces un poco, que con mi aspecto y tratando con todo tipo de gente, de hombres especialmente, me puedo haber visto en situaciones comprometidas. Pues sí, más de una vez. Pero se han solventado de manera satisfactoria. Partiendo de la base que, tanto en viajes como en reuniones, visto de manera austera y práctica, con colores oscuros o neutros y llevo una talla más, para no hacer más evidente lo que ya es de por sí. Utilizo trajes de pantalón o falda, tacón bajo o plano, pelo recogido en moño bajo o coleta y, además, llevo gafas sin graduación, pues no las necesito y con los cristales sin tratamiento antireflejante, para que mis ojos no sean tan llamativos. Por supuesto, nada de maquillaje, y nada de barra de labios, ni *gloss*, ni artimañas de ese tipo. Ya sabes cómo son mis labios, todo ese artificio solo acentúa lo que ya tengo, de por sí, generoso, demasiado perfecto para ser verdad. Solo me pongo algo de vaselina y por las noches, cuando estoy en casa.

Voy a hacer mi trabajo, quiero que las mujeres se encuentren lo más cómodas posible y que los hombres me vean como un cerebrito y un pelín masculina, y que cuando se les pase por la cabeza cualquier tipo de pensamiento indecoroso, con una sola mirada de mis penetrantes ojos azules, se les quiten las ganas de golpe. En alguna ocasión he llegado a decir que no me interesan los hombres y que tengo novia; te puedo asegurar que eso, es como un cubo de agua helada, arrojada sobre sus testículos.

Todos estos años, desde que estoy en Nueva York, he seguido el trayecto marcado, que ha sido: estudio, trabajo y más estudio. En estos diez años, no ha pasado por mi mente cambiar el rumbo, pues he sabido que cuando llegara el momento, lo vería claramente, como así ha sucedido. Solo hizo falta ver una fotografía suya, para saber que

quería a ese hombre, que esa persona era mi futuro y que, en ese futuro, no quería rémoras. Y de esa manera, comencé a planificar con sumo detalle todos los movimientos que iría haciendo en un futuro inmediato y cercano, o más lejano. Todo debería ser calculado de manera meticulosa, precisa y con frialdad. Y lo más peliagudo ya estaba hecho, ahora comenzaba lo mejor. Como en el mundo animal, el cortejo es lo más hermoso y lo más satisfactorio, ¿o no?

El viaje ha discurrido como esperaba. He aguantado las tonterías de la hija, su pobre vocabulario, sus ademanes estúpidos y sus histerismos cuando consideraba que ese vestidito de Valentino no le quedaba como a la modelo y yo le he dicho que era a ella a la que le quedaba perfecto, que la modelo era una percha para ese vestido, que las mujeres tan altas no eran ni la mitad de femeninas que una mujer menuda. Se ha quedado tan contenta... Qué fácil es convencer a gente estúpida. Su madre no se deja engañar, pero agradece que le dé la vuelta a la tortilla para que su hija se quede contenta; de ese modo, le he dorado la píldora a la madre. Ambas han quedado tan contentas con mi servicio que la madre, al despedirnos en el JFK, donde les esperaba el avión privado, ha deslizado un sobre en el interior de mi bolso, diciendo que dentro de unos meses quería volver a Europa con unas amigas y que sabría de ella. Le he sonreído y mis labios han pronunciado las palabras correctas, pero lo que he pensado es otra cosa: «Tal vez dentro de unos meses ya no esté a tu disposición, vaca estúpida».

Más tarde, cuando he visto el contenido del sobre, he pensado que no era tan vaca, ni tan estúpida. Dos mil dólares me han hecho cambiar de opinión. Nunca, una mujer, me ha dado semejante gratificación. Hombres sí, pero ellas…

Me preparo para acudir a la cita. La irlandesita ha llamado el día de antes para confirmar y recordar la hora. Nos hemos hablado cortésmente y he notado cómo le picaba la curiosidad. Cómo intentaba poner cara a mi voz y me juego a que no ha acertado ni de

broma.

Seguro que se ha dejado llevar por lo que sale en las series, y a lo mejor me imagina toda maquillada, pelo cardado, con un vestido de leopardo, tacones con plataforma y llena de joyas.

Tengo un vestuario alucinante. Comprado poco a poco y la mayoría sin estrenar. Básicos que siempre se llevan, clásicos que nunca pasarán de moda y que solo se necesita conservar el peso correcto. También alguna excentricidad, pues no todo va a ser lo correcto y formal, además, solo eres joven una vez…

Me resultan patéticas esas mujeres de edad madura que, porque siguen siendo delgadas, piensan que se pueden poner cualquier cosa, como todo les vale, pues me visto como mi hija o como la hija de mi amiga. Por favor, que alguien les abra los ojos… y la mente. No todo vale, señoras, envejecer es un arte y más de una lo desconoce, por mucha cirugía estética, y mucho pinchazo para subir la ceja o hinchar el labio. Prefiero ver un rostro con sus arrugas, con sus ojeras y su flacidez, antes que esas caras de gato, esas bocas de pato y esos pómulos que quieren tocar los techos; ¿acaso no se ven los pellejos encima de las rodillas, en el interior de los brazos o de los muslos, el culo…, los pechos… y las manos, qué me dices de las manos…? Huy, qué peligro… ¿es necesario que siga?

Cuando las famosas salen en preciosos reportajes de prestigiosas revistas, aparte de las cirugías y de los pinchazos, llevan una buena dosis de retoques fotográficos, pero no te dejes engañar, no seas tan ingenua, es todo mentira. Pero si hasta a las modelos, esas que son ángeles de no sé qué, tú ya sabes de qué, dicen que les hacen retoques fotográficos para quitar estrías o celulitis, o para rellenar culos, dejando unas nalgas redondas, perfectas, pues están demasiado flacas; pues no te digo cuando tienes cincuenta años, todo comienza a caer, a veces, incluso antes, así que espero no cometer esos errores cuando llegue al límite, al comienzo del final de la vida, cruzo los dedos para mantener las neuronas en orden, porque si no es así, mal asunto.

Pero ahora, vamos a disfrutar del presente.

Vamos a disfrutar de la perfección.

Hoy, llevo un vestido tubo de color *camel* y una chaqueta gris claro. Zapatos de salón beis, con un tacón de aguja de diez centímetros y un bolso caro, carísimo, rojo con las asas marrones. He recogido mi cabello en un moño italiano, llevo un maquillaje ligero y me he puesto unas gafas de sol oscuras y grandes. De joyas, unos pendientes de oro blanco, minúsculos y una pulsera de diamantes que perteneció a mamá. Si no recuerdo mal, mi padre la compró con su primer soborno, o con un dinero de procedencia desconocida, desconocida para ella, no para él; o fue cuando ella descubrió que le ponía los

cuernos con la viuda de un compañero, qué más da, tanto para una cosa como para otra, hubo regalos. En fin, es la vida. La puta vida.

No llevo medias, pocas veces me las pongo. Ya sabes, el color perfecto y la suavidad de mi piel, no necesitan artificios.

Entro en la lujosa consulta, enfrente de Central Park, en la quinta. Ni te imaginas la cara que pone la irlandesita, me han dado ganas de poner mis dedos debajo de su doble barbilla, recoger las babas y cerrarle su pequeña boquita.

«¿La señorita Pacheco?», ha preguntado como si no creyera en sus propias palabras, como si algo así no fuera posible.

—Sí. Encantada de conocerla. Perdone, tal vez me he adelantado. No llevo reloj y el trayecto en taxi ha sido más rápido de lo esperado —explico con una hermosa sonrisa enseñando mis blancos y perfectos dientes, y mostrando mi muñeca desnuda, al tiempo que levanto la otra y la deslumbro con los diamantes.

Mi padre no era precisamente discreto con las joyas y consideraba que cuando se regalaba diamantes a una mujer, y más a la esposa, debían de ser grandes. De hecho, más de uno, pensaba que eran falsos, debido a su opulencia. Algo que le venía muy bien.

Ella parpadea ante lo que ve. Intenta controlar la situación y, mostrando una sonrisa falsa, más falsa que Judas, me mira a los ojos. Mi azul la encandila, sus ojillos grises se entrecierran más de lo normal, sus cortas pestañas están apelmazadas con la máscara negra.

Debería mejorar su maquillaje.

—No se preocupe, señorita Pacheco. Faltan diez minutos. Puede sentarse en esa sala y el doctor la llamará personalmente —le cuesta pronunciar la «ch», no quiero pensar lo que le costará pronunciar la erre de Alejandra. Y de Cortés, ni hablamos.

Muestro otra sonrisa, que la descoloca más todavía, y me dirijo a la sala que precede al despacho del psiquiatra. Sé que me está mirando, sé que se fija en el vestido que, aunque entallado, no es ajustado al cuerpo, como si fuese un vestido de *lycra*, y sé que sus ojos se clavan en mis piernas, andando con los finos tacones de aguja.

Y sé, que sabe, que el doctor se fijará en todo eso y más.

La disposición de la sala está ideada para que los pacientes no se crucen, entran por esta sala y salen por otra puerta, donde les espera otra secretaria o recepcionista. El precio de las diez primeras consultas se cobra por adelantado y si deseas seguir, si tu bolsillo lo permite, vuelves a pagar por adelantado otras diez sesiones. Así, sucesivamente.

Es el médico de moda, es el psiquiatra o psicoanalista, como

algunos medios lo llaman, habría que decirles a más de un periodista, que los psicoanalistas no recetan medicamentos, ya sabes, antidepresivos y todas esas porquerías; pastillas para dormir, pastillas para despertar, pastillas para sonreír, pastillas para aguantar al marido, pastillas para aguantar a la suegra, o pastillas para ver la vida de color rosa bebé, o rosa fucsia, como prefieras, como más te guste.

Sí, esas con las que hay que tener cuidado para no acabar enganchada a ellas.

Medio Manhattan acude a su consulta y, de ese medio, tres cuartas partes son hembras. Es tan atractivo que no me extraña. Acude dos o tres veces por semana a un centro benéfico donde atiende a personas sin recursos, a exdrogadictos, exalcohólicos, a veteranos de guerra que han quedado tocados de la cabeza y de otras partes de su cuerpo.

Ahora es más rico que antes, pues su esposa se lo ha dejado todo. Hija única, al morir su madre de cáncer de mama, heredó una fortuna y tres años más tarde, el padre murió en un accidente de coche y todo para ella. Cuando se casó, dejó que él se encargara de todo, que controlara las inversiones, que manejara los negocios y que hiciera su santa voluntad, pues tenía fe ciega en él. Estuvieron cinco años casados y desde hace dos, llevaban intentando tener hijos, de hecho, cuando sucedió el terrible suceso, habían comenzado con un tratamiento de fertilidad.

Lástima.

Ya te lo he dicho antes, no me gustan las rémoras.

Y parece ser...

Que a otros les pasó lo mismo.

Tengo que saber quién.

Apartamento en Central Park West, más o menos, enfrente de donde estoy en estos momentos, al otro lado del parque, exactamente en el edifico Dakota que ha salido un par de veces o más, en revistas de decoración. Las he visto, una pasada sinceramente. Ya sabes, ahora, todo lo encuentras en la red.

Lo compraron los abuelos de ella, allá por los años sesenta, esos apartamentos de estilo francés, que las habitaciones principales se comunican entre sí, para que cuando tienes invitados se desplacen de una habitación a otra, pero también tiene un hermoso pasillo, para que el servicio se mueva por ahí y no importune a los demás, a no ser para llevar bandejas de canapés o de champán. Paneles de caoba, techos altísimos, cinco chimeneas, suelos de cerezo, roble, caoba, las habitaciones principales dan al exterior y la cocina, comedor grande y otras habitaciones auxiliares, al patio interior, y menudo patio, pues todo en ese edificio es de capricho; esa puerta principal del edificio,

las otras tampoco están nada mal, con la gran arcada para que pasaran los carruajes a finales del siglo XIX, los altos gabletes, dando lugar a sus inclinados tejados, los nichos, los balcones, las balaustradas… me enamora, me gusta tanto que sinceramente, no me importará vivir ahí, es más, lo estoy deseando.

La decoración es una mezcla de antiguo y moderno, algo parecido a mi casa, pero a mayor escala. Han mantenido las maderas de los suelos, de los paneles, los pesados radiadores, las chimeneas, pero le han dado luminosidad con la pintura y el papel pintado, con los muebles clásicos mezclados con un gusto exquisito con otros de estilo moderno, con el toque que dan las obras de arte, las pinturas de artistas que solo algunos pueden tener; hasta las mantas de visón adornan los sofás de uno de los salones y el gran piano negro de cola, remata la postal. Solo los gastos de mantenimiento mensuales, superan los diez mil dólares y el valor actual de venta, podría ser de más de veinte millones; podría no, es.

O más, mucho más.

También una casa de campo en las Montañas Catskill, donde nace el río Delaware y otra en Los Hamptons. Aparte de locales por todo Manhattan, y varios edificios de viviendas de alquiler, en mi barrio, mira por dónde, en Queens y Nueva Jersey, y varios hoteles en los aeropuertos de Nueva York, Boston y Filadelfia. Ahí es nada, ¿eh? Eso es un capital en toda regla, una fortuna como la copa de un pino. Se puede decir, con total exactitud, que es el partido más interesante de la ciudad, del estado, incluso, me atrevo a añadir, de toda la costa este y la del oeste, ¿por qué no? Sí, de acuerdo, hay billonarios, de esos que tienen tres, cuatro mil o cinco mil mi llones, o más, pero no son tan guapos como este hombre, no tienen ese caché y con más de quinientos millones en *cash* y las propiedades, le cubren las espaldas de por vida. Qué digo de por vida, por varias vidas. Y por lo que sé, lo que he averiguado, no se deja llevar por la euforia. Metódico, serio y frío, aunque dicen que en su trabajo puede ser atento y encantador, para que te sientas a gusto y confíes en él, con total confianza.

Culto y con clase, mucha, mucha clase.

¿Te lo he dicho?

Es el hombre perfecto.

Mi hombre perfecto.

Capítulo 4

Estoy hojeando una revista de economía. Hay para elegir en esta pequeña y elegante sala: revistas femeninas, prensa diaria, decoración, moda, cocina, coches, barcos… lo que desees. Pero no me da tiempo a leer ningún artículo, solo la he hojeado, ligeramente, moviendo las hojas sin entretenerme, cuando oigo la puerta que se abre.

Nada más entrar a esta pequeña sala me he quitado la chaqueta y mi vestido sin mangas deja ver mis brazos delgados, largos y tonificados. Levantó la cara para ver quién abre la puerta, y ahí está él. Sus ojos verdes claros, me analizan de arriba abajo, mostrando una sonrisa muy estudiada y acto seguido, ofrecer su mano grande y cuidada para saludar a los nuevos o antiguos pacientes. Me levanto y se la estrecho con fuerza, cosa que le choca y le hace sonreír de manera natural, franca, sin poder evitarlo, o tal vez, sin querer evitarlo. Es más alto que yo, debe medir metro noventa y cinco y es guapo hasta decir basta. No tiene una belleza perfecta, no es de esos hombres tan bellos que si se visten de mujer pasarían por una, no; es de esa belleza masculina, dura, arrogante, que si se visten de mujer pasan por travestis.

Se debe haber afeitado por la mañana, pero a esta hora de la tarde, ya presenta la oscuridad de los morenos, de los que tienen el cabello negro como el carbón y tan espeso que es imposible ver cuero cabelludo. Su piel es blanca y todo en conjunto, el verde, el negro y el blanco, armonizan a la perfección. Noto que está sorprendido, que no estaba preparado para encontrarse con lo que ve, que le sorprende mi aspecto, mi seguridad y que piensa qué hace una mujer como yo, en su consulta. Me cede el paso hasta su despacho y mi cuerpo casi roza el suyo, dejando una estela de suave perfume francés, mientras huelo la fragancia de él; jabón y loción de afeitado, muy tenue, casi nada a

esta hora de la tarde.

El despacho o la consulta es grande, decorado en tonos cálidos, terrosos con algún toque dorado y verde claro; apacibles. Me ofrece asiento en una de las butacas que hay enfrente de su mesa de caoba brillante, ordenada, pero no en exceso, para rellenar un cuestionario, personal, uno que solo él tiene, que no pasa por secretaria alguna. A mano, nada de ordenador; a la antigua usanza.

Pregunta nombre y apellidos, edad, domicilio, teléfonos, profesión, lugar de nacimiento, procedencia de la familia, enfermedades, tuyas y las de la familia, pregunta la última vez que has estado en el médico, el de cabecera, el ginecólogo, u otro psiquiatra o psicólogo. Lo quiere saber todo, incluso mis estudios, incluso mis aficiones, si practico algún deporte y si como sano, si fumo, si bebo, si tomo o he tomado drogas blandas o duras, medicamentos, quiere saber qué tomo cuando me duele la cabeza o cuando voy a tener la regla, pregunta si he tomado antidepresivos, ansiolíticos o pastillas para dormir, si duermo bien y cuántas horas, y mis labios van contestando pregunta tras pregunta, con total frialdad, sin dudar un momento; y veo cómo él se fija en mi boca, se fija en cómo vocalizo, en el movimiento de mis hombros, en mis joyas, en mis dedos enlazados apoyados en la planicie de mi estómago. Estos médicos son muy astutos al observar los gestos, los titubeos, el movimiento de los ojos, de las manos, las pausas o las prisas, las sonrisas forzadas o las tímidas, las risitas nerviosas o las veces que te tocas el pelo, todos los movimientos que hace tu cuerpo, todo lo que tú controlas y lo que no, también; pero en mí, no ve nada, porque nada le muestro, solo contesto a lo que pregunta, de manera pragmática, sin espacios vacíos, como quien contesta un formulario corriente y moliente, o uno de esos test de las revistas femeninas.

Una vez acabado, cierra el expediente y se queda mirándome, sin hablar. Solo me mira. Y yo, le devuelvo la mirada, sin pestañear. Estoy separada de la mesa, tengo las piernas cruzadas y el largo de mi sencillo y entallado vestido, deja ver mis rodillas, mi piel canela.

Él desliza esa mirada, escrutadora, por mi rostro, la baja por el tronco, llega a las piernas y vuelve a subir despacio, sin prisas, para recorrer el mismo camino, hasta clavar esos ojos verdes de gato, en el azul de los míos.

Sabe que no me ha puesto nerviosa, sabe que estoy acostumbrada a las miradas y que no me afectan en absoluto. No hace falta ser psiquiatra para darse cuenta de que soy ese tipo de mujer que se come el mundo sin atascarse ni una milésima de segundo. Me como el mundo con mis ropas anodinas y de una talla mayor, pues imagínate ahora, así vestida, peinada y maquillada.

Irradio tanta seguridad que a veces da asco.

Prepotencia, dirían algunos.

Chulería, añadirían otros.

Yo diría las dos cosas.

La mirada de ese hombre, no pestañea, no se retira de mi persona.

—¿Te puedo tutear, Alejandra? —algo se mueve en mi estómago, al oír pronunciar mi nombre. Bien pronunciado, como si fuese español o mejicano. Tiene una voz varonil, ronca, pero al mismo tiempo acariciadora, porque, en este momento, es suave, pero enfadado… tiene que ser brutal. Sí, brutal cuando esté enfadado, y sensual, incluso tierno, cuando haga el amor.

—Por supuesto, doctor Burton. —Le muestro una pequeña sonrisa y nuestras miradas permanecen enganchadas.

—¿Deseas cambiar de sitio? ¿Prefieres el diván, y no verme? —Miro el hermoso diván de terciopelo marrón chocolate, cómodo, mullido, cerrado por un lateral y me apetece probarlo. Sin decir nada, me levanto y, despacio, me dirijo hasta la zona más alejada de la mesa. Sé que está mirando mi cuerpo, sé que mira el movimiento del culo, sé que es lógico y normal, pues con un vestido así y un cuerpo como el mío, es la única opción. Me siento con las piernas juntas, acomodo la espalda y las subo para estirarlas por completo. Si le echa un poquito de imaginación, puede adivinar cómo soy desnuda. El moño me molesta, pero, al final, acomodo la cabeza y me olvido de las horquillas. Sé que su mirada ha seguido todos mis movimientos y, sin mover la cabeza, oigo cómo se levanta del sillón de cuero y va a sentarse en la butaca que se encuentra detrás del diván. Su aroma vuela hasta mis fosas nasales y respiro profundamente. Mis ojos están cerrados, oigo cómo cruza las largas piernas, cómo susurra la tela de sus pantalones de vestir, gris marengo, su camisa blanca y la corbata negra.

Negra, de luto, por la muerte de su mujer.

—¿Cuál es tu problema, Alejandra? —Duda que la belleza que tiene ante él, pueda tener problemas.

—La ausencia —contesto sin más.

Y no miento, porque ese es el único problema que tengo, que he tenido toda mi vida, desde que tengo recuerdos, desde pequeña, pequeñita.

Aunque no tiene por qué ser un problema, creo que es una ventaja, que las personas que funcionan como yo, no sufrimos, o al menos, sufrimos menos.

Mucho menos.

Salvo en contadas ocasiones.

Vemos la vida de otra manera.

Enfocamos los problemas de forma diferente.

No nos dejamos llevar por la inercia.

Por los sentimientos.

Salvo en contadas ocasiones.

Y mucho menos, por el destino.

—¿Ausencia de qué, o de quién? —Realmente, su voz es seductora y muy masculina.

El cosquilleo que siento entre los muslos, lo demuestra.

Lo enfatiza.

—Ausencia de sentimientos. Ausencia de dolor, ausencia de amor, ausencia de miedos, ausencia de todo, doctor Burton. Absolutamente de todo. —Parece que lo he dejado fuera de juego.

No dice nada y yo sigo con los ojos cerrados y espero.

Él es el médico, él tiene que preguntar, indagar, explorar…, al menos, hoy.

—¿Te encuentras sola? —Suelto una pequeña risa. Una risa traviesa.

—No. Estoy sola, pero no me encuentro sola. Me gusta estar sola, la gente me cansa, me molesta, me resulta pesada de aguantar. Trato todos los días con gente, mis compañeros de trabajo, mis jefes, los clientes, los empleados del restaurante donde como la mayoría de las veces, y cuando llego a casa, me encuentro feliz, a gusto. Sin nada ni nadie que me moleste, que me dé la tabarra. —Siento que su hermosa boca ha sonreído.

Me muevo ligeramente.

No quiero que deje de mirarme.

Deseo que me desee desde el primer momento.

Deseo que esta noche se masturbe en mi honor.

O que se folle a otra, pensando en mí.

—La felicidad es un sentimiento —casi susurra.

Casi.

—La felicidad sería un sentimiento cuando durase la mayor parte del día, no solo cuando traspasas las puertas de tu casa y no hay nadie que te moleste. —Se está recreando con mi cuerpo, se está pegando un festín.

Lo sé.

Lo noto.

Lo siento en las tripas.

«Siento en las tripas que ese cabrón me quiere hacer una putada —decía Pacheco padre—, siento en las tripas que hoy va a ser un día especial».

—¿Tienes novio? —la pregunta me gusta, no ha tardado mucho en hacerla. La del cuestionario era estado civil.

—No.

Ese «no», es categórico. Rotundo. No admite dudas de ningún tipo.

—¿Odias a los hombres? —Mi risa invade la estancia, pero sigo con los ojos cerrados. Tengo las palmas de las manos, sobre mi vientre, la derecha, y sobre el estómago, la izquierda, de esa manera remarco los pechos y las caderas, pues noto cómo el vestido se pone tirante en esas zonas.

—Ausencia, doctor Burton. No siento odio por nadie, ni amor, ni envidia…, nada de nada.

Ahí va una mentira en toda regla.

Una gran mentira.

Cuando vi su fotografía, sentí envidia de la señora Burton, de lo afortunada que era por tener a ese hombre.

Y no importaba que ella fuese la ricachona, no, porque él era el hombre, en toda la extensión de la palabra.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —La pregunta la ralentiza, la mastica despacio, esperando un no por respuesta.

Y le complazco.

Le doy el gusto.

—No.

Nadie ha dicho que tenga que decir la verdad.

En todo, no.

Solo en lo que me dé la gana.

—¿Lo anhelas? —Ahora esperas un sí, ¿verdad?

Lo siento, lo presiento, pues voy a darte lo que te gusta.

—Con ansia. —Esa contestación le sorprende. Tal vez esperaba oír otra cosa más tierna, más romántica.

—¿Te gustan las mujeres? —Vuelvo a reír, no lo puedo evitar.

Gustarme las mujeres, por Dios, antes muerta.

Han salido tantos homosexuales del armario, que ahora, este tipo de preguntas son obligadas.

—Jamás me he sentido atraída por una mujer. Lo considero antinatural. Ya sabe, los polos opuestos se atraen. Lo demás es

antinatural.

Deja pasar unos momentos, por si quiero añadir algo; yo no quiero, guapo, si tú quieres decir algo sobre el mundo homosexual, allá tú.

—¿Tan especial o delicada eres que, a tus veintiocho años, no te has enamorado nunca? ¿Ni tan siquiera en la adolescencia? ¿El chico que te quitó la virginidad, tal vez? —Ahora viene lo bueno, ahora se va a enterar por qué estoy en su consulta, aparte de la verdadera razón, claro está.

—La virginidad… —hago una pequeña pausa, para darle más énfasis a lo que va a oír— me la quitaron mis hermanos. No creo que piense que estaba enamorada de ellos, de los tres. —Lo he dejado sin palabras, o tal vez no.

Seguramente ha conocido a personas desarraigadas, mancilladas por la vida, por sus seres queridos, pero no con este aspecto.

Con mi aspecto.

O tal vez sí.

No lo creo.

—¿Te violaron? —Sigo con los ojos cerrados y todo lo que está saliendo por mi boca, es verdad absoluta. Nunca lo he contado. Nadie lo sabe. Y mis difuntos hermanos no abrieron la boca. Y ahora, no la abrirán.

—Yo no lo diría así. —Mi voz suena suave, de una manera engañosa.

—Cuéntamelo, Alejandra. —Y mi nombre en su boca, es como música celestial.

Pienso que no me importaría abrirme de piernas aquí, en este diván, y dejar que penetrara mi cuerpo; pero ese comportamiento vulgar no entra dentro de lo establecido.

Solo es una fantasía y las fantasías son agradables.

Cuando se cumplen, dejan de ser fantasías y pierden parte del encanto, parte del morbo.

—Tenía doce años. Mi cuerpo comenzaba a desarrollarse. Mis padres estaban de viaje, habían ido a pasar un fin de semana a Baja California para celebrar su aniversario. Mi hermano Diego, el mayor, estaba de permiso. Veintidós años y en los Marines, los mellizos, Antonio y Raúl, tres años menos y deseosos de seguir los pasos del mayor. Llegaron a casa bebidos…, pendencieros…, calientes. Hablaban de lo buena que estaba una muchacha de otro barrio, de los pechos que tenía, aunque emplearon otra palabra, del trasero respingón, también emplearon otra palabra, decían estar seguros de que le daba al novio todo lo que él le pidiese y sabían de buena tinta,

que cuando el novio no estaba, hacía más de una mamada a más de uno, por dinero. —Hago una pausa, recordando con viveza esos momentos. Él no dice nada, espera que continúe.

Yo escucho su conversación, mientras preparo algo para la cena: unos perritos. Estoy acostumbrada a oírlos y soy consciente del vocabulario soez, que solo emplean cuando no está padre delante. Cuando me doy cuenta, el mayor me está ofreciendo un vaso, parece zumo de naranja, me dice que lo beba, que está bueno, yo obedezco, pero noto el alcohol. Es la primera vez, pero sé que es alcohol. Comemos los perritos y me dan otro, más cargado y ya noto el efecto del primero, siento que no soy yo. Empiezan a tontear, a toquetearme, yo protesto, pero no me hacen caso y me dicen que tome otro zumo. Me enfado y les digo que eso no es zumo y ellos se ríen y me hacen tomarlo, a esas alturas, ya estoy borracha. Noto cómo uno de ellos, no sé quién, mete sus dedos por el hueco de los pantalones cortos, por la entrepierna, tocándome ahí, mientras los otros soban mis pequeños pechos por encima de la blusa. Ya llevo sujetador, mi madre me obliga porque dice que esos pechos empiezan a ser provocadores y no pueden ir bamboleándose a la vista de cualquiera. Pero mis pechos no se bambolean, son todavía pequeños, pero están duros y tiesos, creo que madre dice eso porque siente celos, porque ve que su juventud se escapa, que su belleza va madurando y no le *gusta. No quiere hacerse mayor. Sabe que algo así juega en su contra. A veces está orgullosa de tener una hija como yo, y otras… me mira como si fuese la causante de todas las desgracias de la tierra, de sus desgracias, de sus pérdidas.* —Hago otra pausa y aprieto con fuerza los párpados, como si doliese, pero no es así, pues no siento nada—. *Cuando me doy cuenta, el mayor ha entrado en mí, tumbados en el sofá, donde todos vemos la tele, en familia, en armonía; jadea un par de veces y se corre en un santiamén, mientras los otros tienen sus miembros en las manos, tocándose, cogiéndose los testículos para darse placer, sin dejar de mirar, esperando su turno. Los mellizos discuten por ser el primero, el que nació antes dice que le toca a él, que es el mayor, el otro, protesta y dice que lo echen a suerte. El mayor saca un dólar de plata, lo lanza al aire y dice que Raúl será el siguiente; Antonio protesta, aludiendo que no va a poder aguantar, que se va a correr en la mano, y Diego se ríe y le dice que, si eso ocurre, es que es un marica de tío, que no tiene cojones para aguantar con la polla tiesa el tiempo que haga falta. Antonio calla la boca, y se muerde el comentario que quiere salir. Ve cómo Raúl monta encima de mí y en cuestión de segundos, acaba. Antonio se apresura y como estoy tan mojada, tan llena de esperma, tarda lo mismo que su mellizo. De mi boca no ha salido ni una queja, ni un gemido, ni un llanto. Pero cuando me incorporo, recojo mis pantalones y mis bragas, miro la sangre entre mis muslos y me voy a mi habitación, algo ha cambiado en mí. No es odio, no es rencor, se trata de un vacío total. Miro a mis hermanos y, a pesar de mi borrachera, de no*

darme cuenta del daño que me han hecho, no los reconozco. Ya no son nada para mí. Nada.

Dejo de hablar y permanezco en la misma postura, esperando oír su voz y recordando la imagen de Diego con una bayeta húmeda, frotando la tapicería del sofá para quitar la pequeña mancha de sangre.

—¿Antes lo eran? ¿Eran importantes para ti? —Utiliza un tono suave, agradable. Acogedor. Esa manera de hablar que tienen los psiquiatras, utilizando las palabras justas, en el momento adecuado y aplicando el tono correcto. Quieren que te sientas a gusto, que te explayes, que le cuentes todo lo que guardas dentro. Y cuanto más hables tú, menos hablarán ellos.

Pagas para que te escuchen, y luego, para que te receten un ansiolítico, antidepresivo o cualquier otra mierda farmacológica.

Pero hay que decir que muchos saben emplear las palabras adecuadas.

Que algunos logran que el enfermo, o el que se cree enfermo, resurja de sus cenizas y vuelva a manejar su vida, y no que la vida le maneje a él.

O a ella.

—Antes eran mis hermanos, después de eso, seguían siendo mis hermanos. Nada más. Es lo mismo que cuando te cambias los apellidos, a pesar de ello, seguirás siendo la misma persona, seguirás llevando los genes que intentas evitar. Eres lo que eres. No hay más vuelta de hoja. —Él deja pasar unos segundos y al ver que no continúo, interviene:

—¿Se lo contaste a tus padres?

—No.

—¿Ni tan siquiera a tu madre?

—No. ¿Para qué, qué habría conseguido? Avergonzar a la familia, dar lugar a que papá sacara toda su mala… todo su mal genio, y mamá…

—Tu madre, ¿qué?

—Habría dicho que era mi culpa, que una mujer debe hacerse respetar. Que los hombres son todos iguales y que si se emborrachan, son capaces de cualquier cosa. El alcohol es un atenuante, ¿no dicen eso? Y la locura otro. —Él no entra al trapo.

—¿Le guardas rencor? A tu madre.

—No.

—¿Por qué? ¿Te daba vergüenza? ¿Te sentías culpable? ¿Pensabas que tenía razón?

—No, no me sentía culpable. Pero pienso que cuando no sabes defenderte, cuando eres demasiado joven para evaluar los daños, cuando lo que va a ocurrir se te escapa de las manos, cuando no vas a poder escapar del destino; ¿por qué dar lugar a salir peor parada?, ¿por qué llevarte unos golpes por resistirte, si al final va a pasar lo mismo? ¿Qué iba a hacer, salir gritando de casa, diciendo que mis hermanos querían follarme?, ¿o gritar a todo el que quisiera escuchar, que había sido violada por ellos...? No, ni hablar. Hay vergüenzas que es mejor pasarlas sola. —Él espera, pero no continúo.

—Tus hermanos te debían proteger, querer, no hay cabida para otra cosa. Y tus padres igual. Y esa carencia… duele —no quiere decir nada más.

Es el paciente el que habla, el psiquiatra escucha. Cuando lo considere oportuno, hablará, aconsejará, de modo que el paciente se sienta reconfortado, guiado, pues es lo que busca: que lo oigan y que lo guíen. Y cuando llegue la hora, si es necesario, y en la mayoría de los casos lo es, esa receta maravillosa, que hará que te encuentres mejor, que te sientas más fuerte y que, incluso, creas que te vas a comer el mundo.

—Exactamente, es lo que llevo pensando desde que ocurrió. Mis hermanos debían amarme y protegerme, no solo porque era la pequeña, la única niña, sino porque es lo que se hace con una hermana —diciendo esas palabras, me levanto y me retoco el pelo mientras él me mira sorprendido.

Se queda sin palabras o tal vez no quiere emplearlas, pues con lo que ven sus ojos se siente satisfecho, pero al final, habla:

—¿A dónde vas? El tiempo no ha terminado. —La pregunta suena extraña, no es la pregunta de un psiquiatra a su paciente. Parece la pregunta de un esposo a su esposa, a no ser, por la afirmación que viene después.

—Tengo que irme. No quiero hablar más. Necesito estar en mi casa, con mis cosas. Hacía mucho tiempo que no revivía estos recuerdos —miento como una bellaca, pues los recuerdo todos los días y eso que pensaba que, con la muerte de todos, desaparecerían. Cojo la chaqueta y él me la quita de las manos, para ayudar a ponérmela y rozarme los hombros.

Como sin querer.

Cojo el bolso y lo miro a los ojos.

—¿Has cogido cita? ¿La próxima semana? —Parece ansioso y yo sonrío a placer. Él clava la mirada en mi boca, en mis dientes, en mis labios húmedos… se da cuenta de que los mira demasiado, de que no es lo correcto, de que él no hace estas cosas, de que él es frío y muy

profesional, pero conmigo… se le van los ojos.

Su intensa mirada, me recorre el rostro esperando una respuesta.

Estoy segura de que yo soy la única paciente a la que tutea.

Sí, muy segura.

—No, doctor Burton. No soy ese tipo de paciente, hasta dudo que sea una paciente a pesar de estar aquí, a pesar de tener un expediente en su fichero. Me voy de viaje, no sé cuándo volveré, ni si volveré, pero como tengo diez sesiones pagadas, y si no tienen fecha de caducidad, tal vez vuelva. No lo sé. Ya veremos.

Me mira sin pestañear, desde su altura, tal vez intentando intimidarme, o tal vez, dándome confianza. Le sonrío y notó cómo intenta no desplazar la mirada a mi boca. Cómo esa mirada se hace más penetrante.

—Puedes volver cuando quieras, Alejandra. Aquí estaré, para lo que necesites.

Me coge la mano y, por un momento, pienso que se la va a llevar a los labios, como un caballero de otra época, pero no, no es así. La envuelve entre sus manos y veo cómo desaparece la mía en esa cálida cueva. Siento una especie de protección, pero la hago desaparecer. Por el momento, en las circunstancias actuales, la única protección que tengo es la que me da lo que poseo. Nada más. Y no me refiero a lo material. Me refiero a lo que soy. En lo que me he convertido.

—Gracias, doctor. —Voy hasta la puerta y, antes de abrir, me giro, le dejo que me mire, y añado—: Siento mucho su pérdida.

Cochina mentirosa.

Jamás has sentido una pérdida.

Nunca.

Ni tan siquiera cuando te quitaron la virginidad.

Solo cuando…

El presente, Alejandra.

Vives el presente.

Pero quedo muy bien ante ese hombre que me mira, que no me contesta, que me observa tan minuciosamente, (que me muero por saber qué está pensando en estos momentos), hasta que desaparezco por la puerta que da a otra recepción, la salida donde una joven, me sonríe y me despide muy amablemente. Hasta se levanta y va corriendo para abrirme la puerta, que da a un pequeño pasillo y me vuelve a despedir. Se nota que esta secretaria, no es tal cosa, simplemente es una recepcionista, amable, simpática, dispuesta en todo momento para agasajar a los pacientes del doctor, con su pleitesía. Con esa cortesía que se guarda para las personas que tienen

dinero, que están por encima de ti. Y como no me cuesta trabajo, le devuelvo la sonrisa, amplificada, para ver cómo lo agradece, para saber que, en esa empleada, ya tengo una aliada.

¿Has estado en Nueva York en otoño? Es ideal, maravilloso.

Me gusta más que la primavera y mira que la primavera es bonita; pero prefiero el otoño, para ver cómo se acortan los días y cómo anuncian poco a poco el comienzo del invierno. Me preparo para el próximo encuentro, pero él no lo sabe. Llevo unos vaqueros gastados, unas zapatillas blancas, camiseta y una sudadera de algodón. Recojo el pelo en una cola de caballo y sin gota de maquillaje me voy al centro para enfermos mentales que el doctor Burton financia, que está en los muelles abandonados; andando. Es bueno andar, lo sabes, ¿no? Hay que mover el cuerpo, no tanto sillón y coche. Tengo un automóvil, pero está en un garaje. Lo cojo cuando lo necesito, normalmente para salir de la ciudad, ir a alguna de las playas cercanas a Nueva York, o cuando estuve haciendo los seguimientos. Pero ya te hablaré de eso, en otro momento.

Ahora estamos en otra cosa.

Cuando entro en el centro, el hombre negro que está en el control me saluda con una sonrisa radiante. Nos conocemos desde hace medio año, pero siempre he acudido cuando sabía que el doctor no estaba haciendo su visita. El edificio, donde estamos, le pertenece y lo financia. Toda esta zona de los antiguos muelles se abandonó hace tiempo y uno de estos edificios se remodeló y acondicionó con todo lo necesario para dar cobijo a personas con la mente inestable. Si supieras lo que he hecho, tal vez pensarías que yo también tendría que estar aquí o en otro sitio similar, pero yo no lo creo, pues que tenga falta de sentimientos no quiere decir que esté loca, y que sea capaz de

hacer cosas que una persona normal no haría, por falta de agallas, por miedo o por temor a que la cojan, no quiere decir que sea una psicópata. Claro que, por otra parte, la principal característica de los que sufren psicopatía es la imposibilidad de empatizar y de experimentar cualquier tipo de remordimiento ante cualquier situación. También se dice que el psicópata tiene su propio código de comportamiento…, en fin, qué más da, si actuamos por egoísmos, por satisfacción de nuestros bajos instintos, o porque lo que está mal para la mayoría de la gente, no está mal para los psicóticos.

No, para nada.

Yo sé perfectamente lo que está bien y lo que está mal.

Es solo que no me siento mal, cuando hago algo malo.

Pero sé de sobra que está mal.

Muy mal.

Volviendo a la clínica o residencia, tiene poquitos residentes, veinte mujeres y treinta hombres, luego están los externos, personas que no necesitan estar encerradas, pero sí una ayuda constante, a nivel psicológico, psiquiátrico y farmacológico.

Hoy, espero verle, o, mejor dicho, que él me vea. Pero, por el momento, iré a lo mío, que es leerle un libro a una viejecita, que no es tan vieja, pero tiene la cabeza como un chorlito. Piensa que soy su nieta y la mayor parte de las veces me llama Lizzi, yo le sonrió, le acarició la arrugada mejilla y pienso que, si profesase cualquier religión, tendría ganado el cielo.

Calla, mentirosa.

Cuando ocurre lo de siempre, que la dulce viejita se ha dormido escuchando los párrafos de *Lo que el viento se llevó;* esa novela que tanto le gusta, que se la sabe de memoria, que sus labios se mueven en silencio cuando digo ciertas frases, frases que pronuncia Scarlett, frases que han pasado a la historia. Pero siempre se duerme. Unas veces tarda más y otras menos, como mucho aguanta diez páginas, como mucho. Cie rro la ajada novela y me dispongo a dejarla en la pequeña biblioteca que se encuentra en otro piso; al girarme, él está ahí, mirándome, sorprendido de verme en este sitio y con este aspecto.

No esperaba tan rápido el encuentro, pero mejor, así no tengo que estar paseando de un sitio a otro para hacerme la encontradiza.

Le muestro una sonrisa que lo deja fuera de juego y me acerco a él, pues él permanece inmóvil como una estatua, llenando el hueco de la puerta. Le dice algo a la enfermera que le acompaña, que está detrás, pero que no se molesta en girar su imponente cuerpo para mirarla, tan solo agacha algo la cabeza y murmura al aire, captando la atención de la eficaz enfermera. Y esta, después de mirarme, sabe quién soy, pero

no me sonríe ni me dice nada, se va a otro sitio.

¿A cuántas se habrá tirado?, me refiero a enfermeras, solo enfermeras. Seguro que a unas cuantas, o a todas las que le hayan gustado.

Y ya puestos, a doctoras también.

En los tiempos que corren hay muchas doctoras, de todas las especialidades.

Sí. Seguro que se ha tirado a unas cuantas.

Pero, en este momento, su rostro se mantiene serio y su profunda mirada me recorre entera, para clavarse en mis ojos, como queriendo penetrar en mi mente, pero eso le dura poco, lo de penetrar en la mente.

—¿Es familia? —pregunta, sin dejar de mirar mi rostro. Deslizando la mirada por mis ojos, por el cabello, por la frente, por la boca. Como si quisiera grabarme en su memoria, para no olvidarme, para permanecer en su pensamiento. Siempre. Yo niego en silencio y espero —. Eres voluntaria —afirma, sin llegar a creérselo, y yo muevo la cabeza, haciendo que mi cola de caballo se balancee y que parezca diez años más joven. Sus verdes ojos me envuelven y me gusta.

Me gusta mucho.

Hace tiempo que no disfruto tanto.

He estado tan ocupada trabajando y estudiando, que ya me había olvidado de esta sensación.

—Vengo cuando puedo. A esta ancianita le gusta mucho que le lea, eso sí, nada más que esto. —Y le enseño la desgastada cubierta de la novela. Él sonríe sin enseñar los dientes. Noto cómo se contiene. Soy su paciente, aunque solo haya ido una vez, y no quiere excederse, pero lo está deseando. Me desea. Lo sé. Pero no se lo voy a poner fácil, por una sencilla razón, nunca he sido fácil; y aunque este hombre, que me mira hasta traspasarme, sea mi hombre perfecto, todo, todo, debe llevar su curso.

El curso que yo marco.

—¿Ya te vas? —Está tan cerca de mí, que un movimiento mío nos pegaría cuerpo con cuerpo. Pero lo que hago es separarme, dejar espacio entre los dos, que corra el aire.

Le muestro una de mis esplendorosas sonrisas y le regalo el oído con mi voz.

—Sí. Tengo un viaje para mañana. —Me voy a separar de él, pero no me deja, me coge del brazo.

—¿Cuándo puedo verte? —La pregunta le sale ronca, baja y anhelante. Yo lo miro sorprendida.

¡Vaya! Está visto que sigo con mis facultades de seducción intactas. Ya sabes, por el mundo hay mucha mujer guapa, atractiva, pero no todas son seductoras, envolventes, manipuladoras.

—¿Los doctores salen con sus pacientes? —pregunto, al tiempo que sonrío entre pícara y coqueta.

Lo siento, no puedo evitarlo, quiero que sufra un poco.

—Te puedo recomendar a otro médico. Pero no creo que te haga falta. Ninguna falta.

—¿En serio? ¿Con una visita ya sabe todo lo que hay que saber? —Nota que me gusta, nota que coqueteo con mi voz, con mis ojos. Con mi cuerpo. Y yo noto que le gusta mi desfachatez, que lo estoy provocando, que siente que, más pronto o más tarde, seré suya.

Pero lo que no sabe es que él será mío.

Que no es lo mismo.

—Lo que quiero saber, no quiero que me lo dé la consulta. —Sus ojos verdes claros, muy claros, se deslizan hasta la redondez de mis pechos, a la camiseta que se pega, casi como una segunda piel, y vuelven a subir—. ¿Y si te invito a cenar cuando vuelvas de ese viaje? —No es una pregunta. Es un deseo.

—Dígame, doctor Burton, ¿ya no se acuerda de su esposa? —Su expresión cambia, se enfada, noto cómo se contiene. Me gustaría verlo en pleno estallido, tiene que ser como una tormenta o como un huracán. O como una bestia.

No le ha gustado nada esa pregunta, pero lo siento, soy así.

Me gusta meter el dedo en la llaga.

—Me acuerdo todos los días. Pero ella está muerta —contesta con mucha frialdad.

Mastica las palabras; casi las escupe.

Está enfadado y al mismo tiempo… excitado.

—Y usted no —añado, aun a riesgo de enfadarlo más.

Sin dejar de mirarnos.

—Te puedo asegurar que estoy vivo, muy vivo. —Ya lo sé, guapo. Se nota en cada parte de tu cuerpo, en todos los poros de tu piel, en esa esencia que desprendes, que solo yo noto.

Pero no le digo nada semejante, pues voy de mujer difícil, de mujer que no se acuesta con un tipo a la primera de cambio.

—Tiene mi número de teléfono. Me puede llamar dentro de dos o tres días. Si sigue deseando lo mismo —diciendo esto, retiro la mirada de sus ojos, me separo, le dejo que contemple mi cuerpo mientras meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y, sabiendo que él me

sigue observando con esos ojos felinos, ando por el pasillo hasta que desaparezco de su vista.

No tengo por costumbre salir a correr de noche, o cuando está anocheciendo, pero lo necesito, necesito remoler la energía acumulada, los pensamientos apremiantes me obstruyen la mente.

No creía que fuese tan rápido, no pensaba que él estaría tan ansioso. Pero todo ha sido porque me ha visto en esa pequeña clínica, en su clínica, de voluntaria. Sé que eso le ha gustado, sé que el verme con ese aspecto más vulnerable, más joven, ha redoblado su deseo. Creo que a este hombre le gustan las mujeres que presentan distintos aspectos, distintas caras, (tal vez sea deformación profesional), y yo, le puedo dar todas y todos los que quiera.

Me quito los auriculares y respiro profundamente después de la carrera. Estoy fatigosa, he llevado mis músculos hasta el límite. He ido hasta Dumbo, para correr por el parque entre los dos puentes y ahora, al dejar atrás el de Brooklyn y llegar a Promenade, respiro profundo, hago unos estiramientos y me siento en un banco para contemplar las vistas. Me gusta ver Manhattan desde esta perspectiva, deslizar la mirada desde el puente de Brooklyn hasta la Estatua de la Libertad, recrearme con la esplendorosa Torre de la Libertad, que ocupa el lugar del World Trade Center, el puerto, el río… Vuelvo a ponerme los auriculares, y sin dejar de mirar la gran manzana, la voz de Alejandro Sanz me llena los oídos, después entrará Elvis, luego Sting, seguirá Leonard Cohen, entrará el latino «Bailando» y después la preciosa canción de «Loco», con Enrique y Romeo y la otra versión, con India Martínez y Enrique, que me pone los pelos de punta, y terminará con Alejandro Fernández y su papá Vicente. Variado, para no cansarme, para oír ahora un idioma, ahora otro, me gusta cómo canta Cohen en francés, me fascinan los mejicanos, el Rey tiene la voz más erótica que pueda oírse en un hombre, los españoles y los hispanos, me gustan, mucho…, lo llevo en la sangre…, tal vez, tendría que haberle dicho al doctor que la ausencia me desaparece cuando escucho música, que no todas, pero sí muchas canciones me producen sensaciones agradables, excitantes, incluso violentas.

Cuando estaba sucediendo «eso» en la casa de la playa, yo estaba al lado de mi amiga que dormía como un tronco, tumbadas en la arena, dorando nuestras jóvenes pieles al sol, sin escuchar el sonido de las olas, pues mis oídos estaban ocupados en otra cosa: Queen; atronador, rotundo, llenando mi cerebro a través de los auriculares y abriendo todo un sinfín de posibilidades, sin la rémora de la familia.

Ah, mira, no me acordaba de esta canción de Alejandro Fernández

y Diego el Cigala, «Como quien pierde una estrella», ¡uf!, se me eriza la piel escuchando esas voces, ese flamenquito desgarrador del gitano y esa hermosa voz del mejicano; me estremezco, me retiembla el cuerpo mientras mis ojos se clavan en las luces de los rascacielos, en el puerto.

En el entierro, pensé llevar un auricular con música que me produjera ganas de llorar, pensé que el cabello lo taparía, pero haciendo una valoración fría y pragmática de la situación en la que me encontraba, decidí que no, que ya vería la manera de que las lágrimas llegaran a mis ojos. No lloré mucho, la verdad, pero los compañeros de papá que me conocían desde que nací, sabían que todo lo que tenía de guapa lo tenía de seria y que no era dada a mostrar sentimientos. Creo que aún les dio más pena que la preciosa muchacha de dieciocho años que había perdido a toda su familia, no pudiera desahogarse plenamente. Y realmente, ni por lo más remoto se me pasó por la cabeza llorar y berrear como una plañidera.

No habría podido, ¿o sí?

Desconecto la música y me quito los auriculares, me levanto, me estiro y me preparo para correr, para volver a casa. Ya es noche cerrada. Toda la isla está iluminada, y él, ¿dónde estará?, ¿en el Dakota?, ¿todavía en la consulta con la irlandesa rondando a su alrededor?, o ¿estará en algún bar de moda tomando una copa para después cenar?

Siento que mi corazón se llena cuando pienso en él. ¿Será eso posible, no estaré imaginando cosas que no sé ni cómo son?

Bueno, algo sé.

Más que algo.

Algo muy, muy profundo.

Pero ya no importa.

Bobadas.

Solo eran bobadas de una cría necesitada de amor.

Ahora estamos en el presente.

El ahora, es lo que cuenta.

Lo que siento, es que estoy a punto de conseguirlo, a punto de obtener otra cosa más en la vida.

Esto ha dado un giro inesperado. Han pasado cuatro días desde que nos vimos en la clínica psiquiátrica y no ha llamado; ahora sé por qué. Estoy leyendo la prensa digital en la tableta y mi cara de asombro obedece al artículo que llena la pantalla del dispositivo. Siempre pensé que había algo extraño en la muerte de la esposa del doctor, una muerte, por otro lado, como yo la había planeado.

Fue atracada en el garaje del edificio donde iba a clases de yoga, a una hora que prácticamente no había movimiento de coches, pues faltaba un poco para que los empleados de oficinas, despachos, consultas y demás, salieran de sus trabajos, dando por concluida su jornada y dirigirse a sus hogares o a tomar una copa y algo más para llenar los estómagos.

De hecho, la señora Burton salía antes de acabar la clase, por ese motivo, para evitarse la aglomeración de coches.

Cuando iba a entrar en el coche, la golpeó y la dejó inconsciente, le robó las joyas: alianza, solitario, pendientes de diamantes y colgante de oro blanco y diamante, reloj discreto de acero y oro, pero caro, y el dinero del billetero. Las tarjetas de crédito no las tocó. Todo con guantes, vestido de negro, tal y como yo lo habría hecho. Sé que no fue él, porque ese hombre es más bajo que Burton y sé que no fue una mujer, por su corpulencia y forma de moverse. Una vez que cogió todo lo que quiso, se agachó y con un movimiento rápido y preciso, le rompió el cuello. Un ladrón nunca haría eso. Todos estos detalles no los da el artículo, pues nadie ha ido a comisaría diciendo que ha sido testigo de lo ocurrido.

Al menos yo, no he ido.

Y ahora nos encontramos con que el doctor Burton tenía una

amante, y que esa amante, una pediatra de treinta y cinco años, encargó el asesinato de la esposa, haciéndolo pasar por robo, etcétera, etcétera. Resumiendo, la doctora ha sido detenida, porque el asesino sufrió un accidente de tráfico y llevaba las joyas de la difunta encima. Una vez que se restableció y recobró la consciencia, lo llevaron a comisaría y en cuestión de veinte minutos de interrogatorio cantó como un pajarillo y contó todo lo que sabía para que se apiadasen de él y la pena fuera inferior. Me extraña, en el estado de Nueva York, no creo que le vayan a dar una palmada en la espalda por haber asesinado a una mujer.

Y la doctorcilla, también se derrumbó, alegó en su defensa que después de pagar al sicario veinte mil dólares le dijo que no lo hiciera, él le contestó que no le iba a devolver el dinero y ella añadió que le daba igual, que se lo quedase y que se olvidase de ella. Esto, no coincide con la versión del asesino. Le preguntaron si el doctor Burton había participado en el crimen y, llorando, dijo que no. Que habían tenido una aventura y que ella pensó que el único obstáculo era la esposa, pero Burton rompió con ella y la tarde noche que sucedieron los hechos, ambos estaban en Chicago, Burton en un congreso y ella, siguiéndole con la intención de volver a retomar la relación. La mayoría de estos datos, vienen por parte del mismo Burton que ha sido llamado a declarar, pues las sospechas van hacia el marido con intensidad peligrosa. Por supuesto, Burton ha ido solo, sin su abogado; y eso que tiene a los mejores, esos que llevan trajes de tres mil dólares y zapatos de mil. Pero no, ha ido solo a pesar de lo que le habrán aconsejado, y ha declarado que la relación con la señorita Owen duró un par de meses en los que tuvieron unos seis o siete encuentros, que le dejó muy claro desde el principio, que lo suyo era solo sexo y que cuando uno de los dos deseara terminar con los encuentros, se acabó.

Recalca «encuentros», pues afirma que nunca fue una relación amorosa. Cuenta que él supo que estaba en Chicago, cuando se la encontró en el mismo hotel y que se sintió acosado por ella desde el primer momento. Es allí donde le dejó muy claro que lo suyo estaba acabado y que sobraban lágrimas y demás pantomimas femeninas, ella le preguntó que si estuviera soltero también diría lo mismo, y él le contestó que sí, puesto que nunca había estado enamorado de ella.

Por el momento, él se libra del marrón, aunque puede planear la duda sobre su cabeza, pero ella lo ha dejado claro, muy claro: él no sabía nada de nada. De modo que el honorable señor Burton ha salido inmune, pues ¿qué culpa tiene un hombre que, sí, ha sido infiel, que, sí, se ha acostado con una mujer que no debía, que, sí, que siendo psiquiatra no ha se ha dado cuenta del estado de la mujer, que, sí, que ha resultado una paranoica, una loca enamorada con intención de ser la siguiente esposa?, pero ¡por todos los santos!, ¿es que un hombre no

va a poder echar una cana al aire sin que sus esquemas se vayan por el retrete, sin que su vida se vea puesta patas arriba y lo que es peor, a la vista y oídos de todos?

Él no es un asesino, solo un hombre débil, un hombre fácil dispuesto a sucumbir ante una cara bonita, un cuerpo *sexy*, unas palabras oportunas y una mirada anhelante. Me quedo mirando la fotografía de la doctora; de su rostro. No está mal, al menos lo que veo, pero tampoco es nada del otro mundo. Morena, con los ojos marrones, rasgos suaves y para más señas, cara de no haber roto un plato en toda su vida. Esas son las peores. Luego vienen datos sobre dónde estudió y demás relleno.

Vaya, vaya, vaya, mi hombre perfecto tenía una amante, el esposo devoto que adoraba a su esposa y estaban en plena dedicación para tener un bebé, le gustaba, o le gusta, meter su cosita en otros hoyitos. Igual era debido a esa historia de la inseminación, ya sabes, los hombres no lo llevan igual que las mujeres. Ellas solo ven y desean una cosa, que llegue el día de la feliz noticia, para seguidamente, dedicarse con plena pasión y/o absorción, al futuro ser que llevan en su vientre… y ¿qué pasa con los maridos?, pues que unos se incorporan a ese mundillo femenino como si fuesen una más, pero otros, que les sobra testosterona por todos los poros de su piel, quieren marcha, nena, quieren juerga, quieren darle a su pajarito meneo, sea como sea.

Sí, seguramente la difunta señora Burton estaba muy metida en la materia y había dejado un poco de lado los caprichos o deseos de su marido, y a este, se le cruzó la pediatra y dijo, adelante. Cosas que pasan, nada del otro mundo. Ni será el primer marido infiel, ni el último.

Pero los maridos infieles, por norma, no mandan asesinar a sus esposas y por muy encoñado que estuviese, seguro que Burton sabía de qué pie cojeaba la pediatra y lo que se podía esperar de ella.

¿En algún momento se le pasó por la cabeza que ella estuviese tan tocada como para llegar a encargar un asesinato? No lo creo.

¿O sí?

¿Tal vez?

¿Ojalá?

Solo me queda esperar.

Seguir con mi vida y ver cómo se desarrolla la historia.

Menos mal, que todo lo he llevado bien planificado y, aunque otro hiciese el trabajo sucio, por pura, purita casualidad, es mejor que no se nos relacione en la vida de la esposa.

Bueno, dicen que las casualidades no existen.

En realidad, fue por una simple cuestión de fechas, sí, eso es, ellos se adelantaron, y yo no tenía ni idea de que alguien estaba planeando lo mismo que yo. Así de simple.

Estaba a punto de caramelo, era el último seguimiento que le hacía a la señora Burton, la próxima vez, actuaría.

Estaba fuera del coche, detrás de una columna, a unos cuantos metros de los hechos. Mis ojos se quedaron clavados en ese hombre, en esa mujer menuda y frágil, que prácticamente, ni lo vio venir. Y en cómo le rompió el cuello.

No me moví. No hice ni el más mínimo ruido. Presencié ese asesinato sin perder un solo detalle, y cuando el asesino desapareció, subí a mi coche y me fui.

Pero como te he dicho antes, es mucho mejor así.

Nosotros nos conocemos después de la muerte de la esposa.

Yo no tengo nada que ver, ni con la pediatra, ni con él.

Nos movemos en mundos diferentes.

Hasta que nos conocemos.

Sí, créeme.

Mucho mejor.

Ahora voy a poner una lavadora; normalmente llevo la ropa a una lavandería cerca de casa y mientras se lava, leo en la tableta o pienso en las próximas inversiones que tengo en la cabeza. Pero hoy tengo tiempo, así que voy a la planta baja y me dedico a ser ama de casa, pongo la lavadora, después tiendo unas prendas en el tendedero que tengo en esta habitación, otras prendas van a la secadora y otras pocas, las saco al jardín para que se sequen al sol. Ya te he dicho que tengo una zona cerrada a las miradas indiscretas, pues es ahí, en un rinconcito, donde pongo un tendedero plegable y cuelgo la ropa. Estas tareas me relajan, porque mientras las hago, pienso, pienso y pienso, y a mí, pensar me relaja.

Capítulo 7

Esta noche voy a un restaurante de lujo, con un árabe, por trabajo. El árabe habla bastante bien el inglés, pero siempre que viene a Nueva York por negocios, me llama, pues le gusta tenerme a mano por si hay algún contratiempo, por si alguno de sus interlocutores habla demasiado rápido o incluso tiene un acento marcado que le resulta difícil de entender y de digerir y eso le pasa con todos aquellos que no son de la costa noreste, y dependiendo.

El árabe es muy respetuoso, pero me lanza unas miradas que podrían derretir uno de los dos polos, o incluso los dos, pero a mí, no me afectan y creo que eso le llama mucho la atención. Debe tener una edad similar a Burton, ¿te he dicho los años que tiene? Si no me equivoco son treinta y nueve o cuarenta, pues el árabe ronda esa edad. Tiene dinero a espuertas, una esposa o varias que nunca he visto, pues siempre viene solo o acompañado de un secretario y cuando se mueve entre occidentales, viste como uno de ellos. Siempre lleva trajes a medida, que le quedan perfectos. Es atractivo, muy atractivo, para qué negarlo; pero no es mi tipo. Nunca me ha ido el rollo harén, eso de compartir no es lo mío; imagínate, si no me gusta ser la amante, ¿cómo me va a gustar ser la concubina, o la esposa número catorce?

La primera vez que trabajé para él, una vez terminada la reunión, me acercó hasta casa a pesar de mi insistencia de que no era necesario. Al día siguiente, llegó un enorme ramo de flores. El criado estuvo esperando todo el tiempo necesario, hasta que llegué a casa, para entregarlo en mano. No lo rechacé, por supuesto, habría sido descortés, pero cuando dos meses más tarde fui a una cena con él y otros socios, volvió a acercarme a casa, en su llamativa limusina con chófer árabe y, antes de salir, me pidió muy cortésmente que esperase y me entregó un paquetito. Lo abrí y mis ojos vieron un pulserón de

oro amarillo y esmeraldas, que valdría un riñón y parte del otro; por descontado, no lo acepté. Le dije que algo así no venía a cuento y que no se molestase, que una servidora no era de ese tipo de mujer, y él, muy ofendido, exclamó que estaba equivocada, que él me deseaba como esposa, y yo le sonreí de oreja a oreja, intentando sujetar las carcajadas que deseaban salir en torrente y le contesté que no estaba equivocada, que yo, no era de esas. Se hizo un silencio entre nosotros y, al momento, mostró una blanca y perfecta sonrisa en su rostro moreno. Salí de la limusina y, mientras el chófer mantenía la puerta abierta, me dijo:

—Nos veremos la próxima vez que requiera sus servicios, Alexandra. —Lo cierto es que es muy atractivo, con una voz profunda y unos ojos oscuros y magnéticos. Pero no, no me va el rollo musulmán. Eso de estar bajo el mando masculino por mucho dinero que tenga y mucho lujo a mi alrededor, no es lo mío. Me da escalofríos solo pensarlo.

—Por supuesto, señor. Estoy encantada de trabajar para usted cuando lo necesite. Y perdone mi brusquedad, pero es que no soy tan dulce como pueda imaginar.

—Ni se hace una idea de lo que imagino de usted. —Fueron sus palabras, antes de que el chófer cerrase la portezuela y se plantase firme como un soldado, mientras yo abría la puerta y entraba en mi casa.

Al día siguiente, cuando me dirigía a mi despacho, una recepcionista de la empresa me dio un sobre cerrado. Una propina, una gratificación, cualquier dinero que llegue de ese modo, es eso, nada tiene que ver la empresa. Cinco mil dólares nuevecitos, en billetes grandes, llenaban el interior. Te puedo decir que el bolso caro, carísimo que llevé a la primera y única visita a la consulta de Burton, lo compré con la mitad de esos dólares.

Bueno, los hay más caros, pero qué quieres que te diga, ya me parece una indecencia gastar dos mil quinientos, cuánto más, cinco, diez…

Por Cristo. Es indecente, ¿no crees? Amoral, como diría más de uno y de una.

Después de ese hecho, nos hemos visto un par de veces, siempre por negocios, siempre en mi labor de intérprete, y no ha vuelto a insinuarse de ninguna manera. Pero todas las veces, he tenido al día siguiente, un sobre esperando. Y, siempre, con cinco mil dólares en billetes grandes.

Tengo que decir que, dejando de lado la religión, me parece todo un caballero.

Esta noche, nos reunimos con unos criadores de caballos de Nueva Inglaterra. El árabe quiere comprar un semental inglés, un pura sangre, y está dispuesto a pagar lo que sea. Ya veremos en qué acaba todo. Por lo pronto, me voy a salir de la norma y me pondré un vestido negro, sencillo y discreto, pero de mi talla, prescindiré de las gafas y maquillaré mis ojos y boca, de manera discreta. El pelo lo llevaré recogido, me hace más seria, pero lo prefiero, después de todo, estoy en horario laboral.

Hemos cenado de manera frugal, pero a precio de oro y ahora nos encontramos en una azotea de moda de un céntrico hotel. Por suerte, la noche es cálida y todavía se puede disfrutar sin necesidad de abrigo. El negocio está prácticamente hecho, y el árabe se encuentra pletórico. Bebe un zumo de tomate, aromatizado con finas yerbas, y yo, por acompañarlo, tomo lo mismo. Como él, no bebo alcohol, no lo he probado desde lo de mis hermanos, ni tan siquiera vino, y al árabe le gusta y le extraña.

Estamos charlando animadamente con los criadores de caballos, cuando noto que él está ahí. Levanto la cabeza y lo veo. Tiene un brazo apoyado en la barra del bar, en la otra mano, un vaso, y al tiempo que habla con un amigo que me da la espalda, no deja de mirarme. Es tal la intensidad de esa mirada, que el hombre que le acompaña, se gira y se queda mirando descaradamente. El árabe se da cuenta, los guardaespaldas del árabe, también, me pregunta si hay algún problema, le digo que no. Muestro una sonrisa para que se quede tranquilo, porque Burton sigue mirando sin perder detalle, aunque se ve que le ha dicho a su amigo que deje de hacerlo, que con uno que mire ya es bastante. Lleva un pantalón oscuro, de traje y la camisa blanca sin corbata y con el cuello desabrochado y las mangas ligeramente remangadas. Muestra sus poderosos antebrazos, sus largas y esbeltas manos y de vez en cuando, desliza una de ellas por la barba incipiente, oscura y rasposa. Nos miramos constantemente, nos analizamos.

Mientras el árabe sigue hablando con los criadores, yo intervengo de vez en cuando, cuando mi cliente se hace el tonto y dice no entender del todo; lo entiende de sobra, lo que pasa es que quiere ver si estoy atenta, si estoy con ellos y no con la mente en el hombre moreno de la barra. Pero no me va a pillar en un descuido, porque estoy en los dos sitios, pongo el piloto automático y escucho con claridad meridiana las conversaciones sobre caballos, yeguas, potros, carreras y premios, para contestar al árabe cuando necesita una aclaración. Pero mis ojos, no pierden detalle del doctor. Viendo cómo

se le acercan mujeres y lo saludan, unas con un delicado apretón de manos y otras dándole un beso en la mejilla, pocas con dos, al estilo europeo. Algunas van acompañadas de hombres, sus parejas, que también saludan al psiquiatra, unos efusivamente, otros de forma más educada, con más formalismos, con menos confianza. Todos piensan lo mismo, en el asesinato de la esposa, pero ninguno cree que el doctor esté involucrado, pues no hay nada peor que caer en manos de una loca que dice o cree estar enamorada de uno y es capaz de hacer cualquier cosa. Como esa película, ¿la recuerdas?, esa de Michael Douglas y Glenn Glose; una loca de esas le puede llevar a la perdición a un hombre; a una familia. Cuando la vi por primera vez, pensé que era una exageración, que la vida era más simple (qué ingenua era entonces), pero tiempo después, viéndola un par de veces más, y teniendo en cuenta lo que me sucedió y lo que veía a mi alrededor, sin olvidarme de cuando ponía la oreja a todo lo que mi padre contaba de su trabajo, fui cambiando de idea, y me dije, no, la vida es mucho más complicada, mucho más violenta que eso. Y no tienes más que ver los acontecimientos de los últimos años, qué digo de los últimos años, de toda la historia de la humanidad.

O simplemente, verme a mí.

Bueno, de cualquier forma, o manera, la pediatra ya está perdida, ya ha sentenciado su futuro y todo, por no saber distinguir un polvo de otro.

Obsesión y carencia de frialdad, pero, sobre todo, debilidad.

Él y su amigo siguen ahí, en esa barra que es demasiado corta y que no está dispuesta para que se acomode nadie; pero al psiquiatra y a su amigo les da igual y, por supuesto, no van a recibir recriminación alguna por parte del camarero para que dejen la barra libre. Nosotros nos levantamos para irnos. La cuenta ha sido pagada y el árabe coloca su mano morena, grande y bien cuidada, sobre la parte baja de mi espalda cuando pasamos por su lado. Él se fija en ese gesto, clava la mirada en esa mano morena demasiado tiempo, para después echar un trago y vaciar el contenido del vaso, viendo cómo desaparezco.

Llego a casa y lo primero que hago una vez he cerrado la segunda puerta, es descalzarme y dirigirme a la cocina para ponerme un vaso de leche fresca. No enciendo la luz, me apaño perfectamente con la que entra de la calle. Cuando he terminado de tomarlo, el sonido del móvil llena el silencio de la casa. Dejo el vaso en el fregadero, voy hasta el salón y saco mi teléfono de última generación del pequeño bolso, el número es desconocido para mi terminal, pues está oculto, pero no para mí.

Sé que es él.

—¿Sí?

—¿Quién era ese hombre? —Su voz suena ruda. Siempre me han hecho gracia los hombres celosos, pero me han resbalado como la espuma, sin embargo, ahora, me complace producir ese sentimiento en este hombre.

En mi futuro.

—Había varios, ¿quieres saber el nombre de los tres y de los guardaespaldas?

—Quiero saber el nombre del que tiene guardaespaldas. Los otros dos son un par de maricones. —No puedo evitar una risa juguetona.

—Ese no es el comentario adecuado que debe de hacer un prestigioso psiquiatra.

—Ahora no soy un puto psiquiatra, soy un hombre celoso. —Me regodeo ante esa rotunda afirmación.

—¿Por qué? Solo hemos hablado dos veces, doctor Burton, me parece excesivo ese estado en el que te encuentras.

—Por esa mano sobre tu espalda, por esa manera de mirarte, por esa manera en que me ha mirado; y me importa unos cojones que solo hayamos hablado dos veces. Estoy ce-lo-so. —Yo río abiertamente.

Me encanta que esté celoso, me encanta que esté caliente, me gusta que sea ordinario cuando afloran sus bajos instintos.

Alejandra Pacheco Cortés, estás haciendo las cosas de maravilla.

Ha caído en la trampa de la seducción, más rápido de lo que pensabas.

—Trabajo, doctor Burton, simple trabajo. El árabe es un cliente. Nada más.

—¿Te has acostado con él? ¿Te acuestas con él? —Tengo que morderme la lengua para no soltar una carcajada.

—Mi difunto padre decía: «Donde tengas la olla, no metas la...» —lo digo en español, pero se lo traduzco y dejo la frase sin acabar.

—Seguro que me habría gustado tu padre.

—Sí, es probable —añado sin emoción.

—Aun así, no me gusta la forma en que te mira ese tipo.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Llevo veintiocho años cuidándome sola y no me falta ningún pedazo.

—Eso es lo que tú te crees. Pero te falta más de uno. —Ese

comentario me molesta. Se está pasando de listo.

—¿No me digas? Te crees que lo sabes todo, pero no me conoces. No me conoces en absoluto.

—En eso tienes razón. Tenemos que solucionarlo cuanto antes.

—¿Cómo? ¿Yendo a tu consulta? —Oigo una risa baja, ronca, corta.

—Mañana es viernes, vente conmigo. De fin de semana, fuera de la ciudad.

—¿Puedes salir? —La pregunta lo deja en silencio, para después escuchar una oscura risa.

—¿Estás al corriente?

—Cómo no estarlo; yo y todo el país.

—Puedo salir. Puedo hacer mi santa voluntad. —Se hace el silencio durante unos segundos—. ¿No me tendrás miedo? —Ha bajado el tono, casi a un susurro.

Tengo que morderme el labio para no reír.

Este hombre no sabe que jamás he sentido miedo.

Nunca.

Ni tan siquiera cuando mis hermanos me violaron.

Sorpresa, palpitaciones, asco, repugnancia.

Y mi primera y única borrachera.

Pero nada más.

Tal vez, debería ser él; el que tuviera miedo.

De mí.

—¿Miedo? ¿Qué es eso? —Rompe a reír de un modo masculino, fuerte, atractivo, pero también nervioso.

Puede que haya bebido más de la cuenta y por eso se muestra así.

—¿Entonces? ¿Qué me dices?

—¿Dónde estás?

Oigo su respiración, oigo los ruidos que hace su cuerpo al moverse, oigo la fricción del cuero.

—Enfrente de tu casa. —Un hormigueo me recorre el cuerpo. Me acerco a una de las ventanas del salón y veo un deportivo negro, oscuro al menos, parece un Maserati, pero no estoy segura. Él está al volante y con el teléfono en la mano—. ¿Me ves? ¿Me reconoces?

—No te voy a abrir la puerta. —Le hace gracia ese comentario.

—No lo pretendo. Me conformo con oír tu preciosa voz, por el momento. —Apoyo la frente contra el cristal y nos miramos en las sombras, él, en su coche de hombre rico, y yo, en la oscuridad de mi acogedor salón. Casi me siento como si fuese una cría, como si

volviese a nacer y tuviese mi mente limpia, pura e inocente.

—¿Dónde iríamos?

—Me gustaría llevarte a las montañas.

—¿De *camping*? —Me estoy haciendo la tonta, pues no quiero que sepa todo lo que sé. Vuelve a reír, pero esta vez, más pausado, con calma, quitándose la agresividad del principio.

Creo que intuye que me tiene pillada.

—No. Tengo una casa, con todas las comodidades. Pero si quieres ir a otro sitio, tú mandas.

—No. Me gusta ese plan. Siempre me han gustado las montañas.

—¿Podríamos irnos ahora? —Mi risa cristalina llega hasta sus oídos y él ríe también. Sé que la risa, mi risa, le pone cachondo.

—Hasta mañana. ¿A qué hora?

—¿A las siete es demasiado temprano para ti?

—No. Es una hora como otra cualquiera.

—Bien. Llévate ropa cómoda y algo para la noche.

—¿La noche?

—Sí. Por si salimos a cenar.

—A sus órdenes, doctor Burton.

—Quiero oírte pronunciar mi nombre, ¿o acaso no lo sabes? —es una orden, le hago esperar un poco.

Oigo su respiración, algo agitada. Sé que está caliente, que desea follarme.

Pronuncio su nombre, como si lo hubiera hecho, como si estuviera llena de él, y él, satisfecho de mí.

—John —lo alargo, lo susurro, lo envuelvo con mi voz sensual, con mi sangre caliente y oigo cómo gime, y veo cómo se lleva una mano a la entrepierna y se frota.

—Te deseo, Alejandra Pacheco. No sabes cuánto te deseo. —Me dan ganas de decirle que lo sé, que sé tantas cosas de él que si las supiera se asustaría de mí, pensaría que soy otra Owen.

No, pensaría que soy peor.

Mucho peor.

—A las siete —digo y cuelgo.

Nos quedamos mirándonos. Él, en su coche, yo, en el interior de mi casa. Dejo caer la cortina y, sin encender la luz, voy al piso superior. Cuando estoy entrando en el vestidor, oigo el ruido del motor de arranque, oigo cómo se va mientras un hormigueo recorre mi cuerpo.

Soy mala, lo sé.

Pero, no lo puedo evitar.

No quiero evitarlo.

Parece que nos hemos puesto de acuerdo a la hora de vestirnos. Él lleva vaqueros azul oscuro, de marca, clásicos, camisa de cuadros pequeños en tonos azules y cazadora de cuero negro; yo llevo vaqueros, camisa blanca y cazadora de cuero marrón, nos diferenciamos en el calzado, él, botas marrones de cordones, yo, botas tejanas. Aunque vestimos parecido, mi atuendo es más femenino. Los vaqueros muy ajustados, la camisa entallada y la cazadora es una preciosa prenda de diseño, de piel blanda y de un precioso color chocolate.

Le sientan los vaqueros de muerte, tiene un culo perfecto o por lo menos lo llena y estoy deseando verlo al natural. Hablamos poco mientras dura el viaje, pero los silencios no son incómodos. Me mira cada dos por tres y le devuelvo la mirada, al tiempo que observo su manera de conducir. Se nota que está acostumbrado a los coches manuales, se siente cómodo y disfruta manejando su deportivo de lujo, un Maserati Alfieri nuevecito, gris plomo metalizado, no negro como me hicieron creer mis ojos la noche anterior, y con unos asientos tan cómodos que parece que estás en el sofá de casa. Todo en él irradia seguridad, templanza y control. No tiene la pinta de hombre viudo desolado, no es muy normal que, con la muerte de ella, tan reciente y en tales circunstancias, se vaya de fin de semana con una mujer, aunque esa mujer sea yo. Creo que no estaba enamorado de ella, estoy segura, puede que se casara sin estar enamorado, tal vez solo la eligió por el dinero; creo que no está enamorado de nadie. Creo que se parece un poco a mí; o tal vez, más que un poco.

Llámalo presentimiento.

Llámalo intuición.

Llámalo como quieras.

Paramos para echar gasolina y me pregunta si quiero bajar para ir al baño, le digo que no. Lo que deseo es contemplarlo a mis anchas y eso es lo que hago. Miro los movimientos que hacen sus manos para llenar el depósito, cómo sube las gafas de sol dejándolas sobre ese cabello espeso y negro, que se le ondula suavemente y que lleva algo más largo de lo normal en él, cómo me mira mientras hace esas cosas, sonriendo sin enseñar los dientes, ante la forma en que yo lo miro, lo provoco. Intuye que nos parecemos mucho, que podemos ser demoledores, y yo intuyo que oculta algo, que no es tan perfecto como se muestra. Pero ¿quién quiere la perfección absoluta, la perfección interna, la perfección moral, quién y para qué?

Sería aburrido, sería monótono, sería una porquería.

No sé qué piensa mientras conduce, mientras escuchamos música negra, *blues* y soul, pero creo imaginarlo. Está haciendo un barrido por su vida, está viendo los años pasados, años de estudio, mucho estudio, años de sacrificio, años de bienes, piensa en su mujer muerta, en la pediatra, en el sicario y piensa en mí, en si seré tan activa sexualmente como parezco, en si valdrá la pena pasar este fin de semana con una mujer que apenas conoce, pero que lo pone cachondo solo con mirarla, en si es bueno volver a enredarse con una tan pronto… Y mientras tengo esos pensamientos, la mano derecha deja el volante y me acaricia la mejilla, desplazando los largos dedos por los labios, despacio, muy lentamente, recreándose en esa caricia, volviéndola lasciva… y hago algo que no se lo espera, saco la lengua y le mojo los dedos lentamente, tan despacio, como él ha hecho la caricia.

Los deja ahí, en mi boca y le chupo el pulgar, sin dejar de mirar esos ojos verdes, pues, en esos momentos, no llevamos las gafas de sol y su mirada se clava en la mía de manera penetrante, ansiosa.

Sé que vamos a parar.

Sé que me desea.

Ahora.

Reduce la velocidad y toma un sendero, penetrando en el bosque, esquivando las piedras que pueden dañar los bajos del coche. Para el motor, se vuelve, me agarra la cara con sus manos grandes y, con la mirada clavada en mis labios, se lanza en picado a comerme la boca. Lo estoy deseando, tanto que devuelvo todo lo que me da. Eso hace que su cuerpo se ponga en tensión, que me pegue un mordisco en el labio inferior, que sus dedos se enreden en la coleta, que me agarre por la nuca con fuerza y que siga devorándome la boca como si fuese lo único en el mundo. Besa bien, pero que muy bien. Su lengua se

enlaza, se enreda con la mía y sus labios se comen los míos. Su sabor invade mi boca, mi lengua toca sus dientes, mis dientes acarician sus labios y es entonces cuando lleva una mano a mi entrepierna y me frota el clítoris a través de mis ajustados vaqueros, sin dejar de besarme. No sé cómo lo hace, pero me consigue un orgasmo en cuestión de pocos minutos. Un orgasmo que me hace boquear, y que me deja descolocada, pues jamás hombre alguno ha logrado eso, tan pronto y en estas circunstancias. Solo con besos y tocando a través de una costura pegada a mi cuerpo.

Bueno, uno sí, pero ya casi está olvidado.

Me mira asombrado, gustoso de haberme provocado mi primer orgasmo (con él) y me vuelve a besar; pero esta vez con delicadeza, lentamente, con los ojos abiertos para mirarme sin parar, para ver todos mis gestos y querer saberlo todo de mí. Y antes de que vaya a decir nada, toco sus partes y ruge de gusto, pues está duro como una piedra y quiere estallar el vaquero. Mi orgasmo merece un premio, una compensación, le abro la bragueta, le bajo el calzoncillo y dejo que salga ese mástil grande y gordo, que pide a gritos una boca que lo vacíe. Él no deja de mirar todo lo que hago, pues todo lo hago despacio, recreándome y clavando mis ojos sobre los suyos, al mismo tiempo toco el pene, lo acaricio con suavidad mientras se muerde el labio inferior y su respiración va en aumento. Bajo la cabeza lentamente, sin retirarle la mirada, al tiempo que saco la lengua y me relamo como una gata avariciosa. Su respiración va al máximo y el pene cálido, duro y débil al mismo tiempo, palpita entre mis manos, en ese momento, con un movimiento rápido, echa el asiento hacia atrás para que yo tenga más espacio, más movilidad y no me moleste el volante. Y así, observándonos, paso la lengua por todo el tronco y suelta un gemido apagado; sé que desea que me lo trague entero, pero hago que espere, que se ponga más cachondo, y sigo dando lametazos, provocando que levante la cadera, que dé pequeños meneos hacia mi boca, para que me la coma de una vez. Y ahora le doy el gusto, la voy metiendo despacio, pero hasta el fondo, mientras voy bajando la sensible piel y él ruge como un animal.

Sería interesante ser hombre en otra vida, solo para saber que se siente cuando te la están comiendo, ¿no te parece? Y tú puedes contestar, pues lo mismo que cuando nos lo comen a nosotras, y yo digo, no, lo mismo no. El ser dueño de un armatoste entre los muslos, un apéndice que dobla o triplica su tamaño, eso solamente, ya es de por sí, único y si encima te hacen un recorrido con la lengua y con los labios por toda la superficie, eso tiene que ser sublime. Y si te succionan con una boquita que parece ser un aspirador…, pues entonces…, tocarás el cielo, ¿no?

Y para muestra un botón: este hombre.

Está encendido, está ardiente, está cachondo perdido y ahora no se corta en absoluto, para que siga tragando, aunque me atragante, para que siga chupando, aunque me quede sin saliva, y para que siga lamiendo, aunque mi lengua quede estropajosa; mientras con una mano le toco los testículos a través de la tela del vaquero, de la costura. No aguanta más, se corre en mi boca, da por hecho que me lo trago, o tal vez ni lo piensa, pues es tal el grado de placer, de excitación, que lo demás no importa.

Además, de eso se trata, ¿no?

Teniendo en cuenta que las estrecheces de un deportivo, por muy caro que sea, por mucha potencia, por mucho que eches el asiento hacia atrás, y mucho confort que tenga, no dan para posturas circenses, los dos quedamos satisfechos, muy satisfechos, por el momento, hasta que llegue la ocasión en que podamos desnudar nuestros cuerpos y nos analicemos, despacio, sin prisas, para jugar a nuestras anchas.

No hemos dicho ni una palabra. Solo nos miramos. Me come otra vez la boca, saborea su propio aroma en mi lengua, lentamente, en mis labios, más lentamente, dándome sus jugos, mirándome con esos ojos felinos, frotándome con los pulgares las mejillas. Se separa, y costándole retirar la mirada de mi rostro, volvemos a la carretera.

Así, sin palabras.

¿Para qué?, no hacen falta.

De vuelta a la carretera.

Sí, mejor. Porque si no, nos habríamos arrancado la ropa y habríamos copulado como monos.

Paramos a tomar un ligero almuerzo en un pequeño restaurante a la salida de un precioso pueblo y le digo que estoy embriagada con el paisaje, que había oído hablar de las Catskill, pero nunca he tenido ocasión de verlas. Y él, me contempla fijamente, observando primero mis labios, que notó enrojecidos y algo hinchados, y después, clavando su verde mirada en mis ojos. Sonríe cuando le digo que los colores de los árboles me dejan sin palabras, que el verdor de los prados quita la respiración y los bosques por los que hemos pasado, me trasportan a otra época. A él le gusta lo que oye, le gusta lo que ve y me mira de una forma, que me hace temblar por dentro.

¡Eh, chica! ¿Tú no eras la que no sentía nada, la que era inmune al sexo, a la pasión, a los hombres seguros de sí mismos, inteligentes y rebosando masculinidad por todos los lados?

Pues claro que soy esa, pero déjame que juegue un poco, déjame sentirme como si fuera una muchacha normal, que siente y que

padece, que se enamora y tiembla de gozo como si fuese la primera vez, como si fuese una tierna virgen.

Vale, juega un rato, pásalo bien, pero no te olvides quién eres, qué has hecho, qué podrías haber hecho y lo que estás dispuesta a hacer. Pero, sobre todo, no olvides lo que eres.

Eso nunca.

Tenlo muy presente, o perderás el norte, el rumbo.

Ya sabes, todo debe ser y estar planificado.

Cuanto menos se deje a la improvisación, mejor.

Por supuesto que lo sé.

Déjate de monsergas.

Mientras él habla, me voy embriagando con los prados, que parecen verdes tapices ondulantes, rodeados de pequeños o grandes bosques con la gama de los colores otoñales, de esos colores que no los encuentras todos juntos en el mismo sitio; amarillos, rojos, naranjas y toda la gama de los ocres, que juegan con los verdes y se dejan adornar con pequeñas edificaciones, que imagino serán granjas, o pequeños hotelitos, o lugares para pasar las vacaciones, formando una armonía perfecta.

Me cuenta que la casa a la que nos dirigimos, no es la que tenían años atrás, herencia de sus suegros; esa la vendió y hace pocos meses compró otra. A su gusto, nada parecida a la anterior, lejos de la anterior. Dice que Olivia no llegó a visitarla, porque toda su atención estaba puesta en tener un hijo y la adquisición de una nueva casa, y más en las montañas, no le atraía nada. Ella era de ciudad y si había que salir, prefería la casa de la playa o un viaje corto o largo, pero dentro o cerca del país, a las Bahamas, Bermudas o Hawái.

En una ocasión fueron a Acapulco, pero Olivia no llevó bien estar rodeada de tanto mejicano, y eso que en la villa donde se alojaron, no tenían apenas contacto con la gente.

—¿Qué delicada, no?

Podría haber pasado del comentario, pero ¿qué clase de mujer era esa Olivia, acaso se pensaba que los mejicanos le iban a pegar un bocado, a quitarle un trozo; o acaso era una esnob que solo se juntaba con los de su clase social, y a poder ser estadounidenses?

—No. En realidad, era muy tímida. El carácter hispano, igual que el italiano, la acoquinaban. —Se calla, como pensando lo que va a decir —. Era de ese tipo de mujer que se sentía insegura en muchos ambientes y todo lo que significase otra cultura, otro modo de ser, de hablar, costumbres…, le molestaba porque no lo entendía o no lo compartía.

—Ya. ¿Y qué le pasaba con las montañas? ¿Tampoco entendía a las personas del interior, de los pueblos?

—No, no era eso. Simplemente no le gustaba, no le encontraba atractivo. En la casa antigua, iba con los padres porque no le quedaba más remedio, pero al hacerse mayor y entrar a la universidad, dejó de ir.

—Comprendo.

—De manera que, como no le tenía apego, cuando dije de venderla le pareció bien.

A pesar de llevar un deportivo, no corre. Conduce de manera placentera, para deleitarnos con el paisaje, hablar y mirarme constantemente.

—Y al querer otra en la misma zona, ¿le pareció bien?

—Le dio igual.

—¿No le importaba que tú te fueras solo?

—En los últimos tiempos, su prioridad era quedarse embarazada y no le apetecía salir de la ciudad.

Muevo la cabeza en señal de asentimiento, pero no hago comentario alguno.

Paramos para tomar algo y dejar que los lugareños nos miren con curiosidad y algo más.

—Es una casa en la que no ha estado ninguna mujer. Tú, serás la primera —me dice con voz ronca, mientras le da un sorbo al café y observa cómo me llevo un trozo de tarta de manzana a la boca, despacio, relamiendo primero un labio y luego el otro, como una gata caliente, recordando lo que hemos hecho, pero, sobre todo, imaginando lo que haremos. Sé que mis ojos azules lo seducen, y al tiempo, la punta de mi lengua y mis labios irritados, lo calientan.

—¿La primera de una larga lista? —No sonríe, no deja de mirarme y yo, le mantengo la mirada. De igual a igual. Nos estamos midiendo sin parar, sin saber qué nos vamos a encontrar en el siguiente paso, pero intuyendo que será algo especial.

Se trata de un juego, un juego de puro deseo.

Un juego de seducción.

—Espero que no. —Sonrío para quitarle importancia al tema. Pero él no me sigue. No quiere.

—No te preocupes. Los dos somos mayorcitos y sabemos lo que hacemos. —Una mujer de mundo, siempre dirá algo así.

Él, no retira la mirada.

No pestañea.

Resultaría abrumador, para cualquier mujer, mantener un pulso con esa mirada felina, profunda, misteriosa.

Reiría como una tonta, y bajaría la cabeza.

Tal vez enrojecida.

Pero yo soy otra historia.

Y él… no lo sabe.

—Yo más que tú —añade en tono bajo, ronco, varonil.

—¿Tú más mayor o tú sabes más? —Ahora sí sonríe. No lo puede evitar.

Le hace gracia mi comportamiento, mi sentido del humor un tanto masculino, pero, sobre todo, lo que más le gusta, es que juguemos al gato y el ratón. Seguro que se cree el gato.

Típico del macho.

Macho superior, macho protector, macho más inteligente.

Macho alfa.

Ja, ja, ja.

—Más mayor, porque ya veo que sabes mucho. —Hace una pausa y no pestañea, no deja de observarme, no desvía la vista a los clientes que nos rodea, a la camarera que cada vez que pasa por nuestro lado, se lo come con los ojos, a unos niños que alborotan un poco el ambiente y sus jóvenes padres tienen que ponerlos firmes, al tiempo que se les van los ojos hasta nosotros, seguramente con envidia, recordando cuando eran libres, sin ataduras, sin hijos folloneros que te quitan el tiempo para hacer el amor, y lo que es peor, las ganas, a ella, especialmente, porque para que eso les ocurra a ellos, es muy, muy, difícil, por no decir imposible.

Pero presto toda la atención al hombre que tengo en frente, a las palabras que salen de su boca, de esa boca que ha exprimido la mía.

—Tengo cuarenta y uno y tú eres casi una niña. —No lo puedo evitar y suelto una carcajada, echando la cabeza hacia atrás y mostrando el interior de mi boca, mi garganta desnuda, adornada con una fina y delicada gargantilla de oro amarillo, haciendo que varias cabezas se vuelvan, que la camarera me mire con envidia y que él se recree viendo el movimiento de mi boca, los dientes blancos como perlas, la punta de la lengua mojándome los labios.

Pero no pierde de vista todo lo demás. La piel tersa del escote, lo que deja ver la abertura de la camisa. La turgencia de los pechos rodeados por la tela de algodón blanca que se ajusta a ellos, pero sin apretarlos, sin que resulte vulgar.

Estamos uno enfrente del otro. Con los brazos apoyados en la mesa y mostrando nuestros torsos sin las cazadoras de cuero.

—No tengo nada de niña, te lo puedo asegurar. Creo que no he sido niña nunca. —No dice nada y yo no quiero que actúe como un psiquiatra.

Y no. Sus preguntas me lo dejan claro, quiere saber, necesita saber, pero como hombre. Ávido de curiosidad, incluso un pelín celoso, con ganas de abarcar todo lo posible, para hacerse una composición de lugar y no pisar en falso.

—¿Cuántos hombres ha habido en tu vida? —Mis ojos recorren su rostro, para clavarse en la mirada, tomándome tiempo para contestar, haciendo que él se impaciente.

Y yo no contesto. O, mejor dicho, contesto con otra pregunta:

—¿Sin contar a mis hermanos? —La pregunta le molesta, pero no dice nada. Espera. Y yo, me muestro benevolente—.

Pocos. Poco tiempo. Pocas veces. Nunca me he enamorado —¿miento? A él qué le importa. Todos tenemos cosas que esconder—. Nunca un hombre me ha provocado lo necesario para mantener una relación. Una relación larga, amorosa. No soy adicta al sexo, pero me gusta. Pero no estoy dispuesta a que cualquier hombre toque lo que tengo. Lo que soy. No estoy dispuesta a fingir orgasmos. No le bailo el agua a ningún tipo, por mucho dinero que tenga, por muy importante que sea o por muy macho que se crea. —Evalúa la contestación, sin dejar de observarme.

—Entonces, ¿por qué has accedido a mi ruego?

Esos ojos me atraviesan.

—Huy, ¿ha sido un ruego? —Pongo carita de buena, hago un mohín y le sonrío.

Como he dicho antes, estamos uno enfrente del otro y si llevase mi pie a su entrepierna, estoy segura de que la encontraría dura. Muy dura.

—Ha sido un ruego, un deseo, una ilusión. Contéstame.

Usa un tono autoritario, pero lo más bajo posible, para que no nos oigan los que están a nuestro alrededor. Aunque con el alboroto que forman los niños de vez en cuando, solo les llegará alguna palabra suelta.

—Te gusta dar órdenes y a mí, no me gusta obedecer. —Muestro una sonrisa.

—Pues tendrás que obedecer si quieres estar conmigo.

Él no sonríe.

Y yo dejo de hacerlo.

—¿Eso es una amenaza?

—No. Es una realidad.

—¿Y si no?

—Montamos en el coche y volvemos a Nueva York.

—Y ya está. ¿Eres capaz de estropear un largo fin de semana en un sitio tan hermoso, por esa tontería?

No contesta al momento. Me mira, sin pestañear. Me analiza con esos ojos de felino, de predador.

Le mantengo la mirada; no pestañeo.

Espero contestación.

—Soy capaz de muchas cosas, Alejandra. —Encuentro en esas palabras, muchas connotaciones, pero lo dejo pasar.

Lo dejo pasar, pero no lo olvido, pues nunca olvido nada, ni bueno ni malo. Servirá para el futuro, para hacer una valoración de una situación en concreto.

O de muchas.

O de algunas.

No lo puedo evitar. Soy fría y calculadora, ¿es genético o es algo adquirido?

No lo sé, pero, qué más da. Soy así y no deseo cambiar.

No quiero cambiar.

—¿No eres partidario de la democracia en una relación? —le estoy tomando el pelo, pero no sé si es consciente.

—No. Eso no existe entre un hombre y una mujer; ni tan siquiera existe entre las relaciones homosexuales. O manda uno, o manda otro. Es así de simple. Es hasta lógico. Siempre uno se amolda al otro. Uno está deseando que sea el otro el que lleve el mando, el que organice la vida de ambos. Es tan simple que muchos no se dan ni cuenta y cuando esa ecuación no es exacta, todo se va al garete. Por eso te encuentras con personas que han sido abandonadas por sus parejas y no saben qué hacer con su vida. No se trata de un amor de novela, se trata de que los han dejado en la puta estacada y, en ese momento, no saben cómo salir del atolladero —no lo interrumpo, dejo que hable todo lo que le plazca, pero lleva mucha razón, yo lo vi en mi casa. Mi madre se amoldó a mi padre. Mi padre era el jefe, el macho dominante. Si mi padre hubiera abandonado a mamá, esta habría enloquecido, o se habría suicidado, o se habría dado al alcohol o a las drogas o, simplemente, se habría amargado de por vida. No había más que verla cuando sospechaba que le ponía los cuernos, ¡uf!, lo mejor era apartarse de su camino. Burton no parpadea, sigue hablando y le encanta que le preste toda la atención—. En las relaciones que manda la mujer, el tipo es un majadero que no sabe para qué sirven sus

testículos o, en la minoría de los casos, es un hombre loco por esa mujer, que deja que ella se crea la dueña y la deja jugar hasta que él se canse. O hasta que muera.

—¿Quién? ¿La mujer o el hombre?

—El hombre, naturalmente. Morirá de un ataque al corazón. Un corazón cansado de tanto amar, o muerto de celos, o cualquier cosa peor —creo que bromea, o tal vez haya algo de verdad en sus palabras.

No debería abrirse tanto. No cuando tiene enfrente a una mujer que es capaz de cualquier cosa.

Pero, claro, él no lo sabe.

Él solo ve una cara preciosa, un cuerpo de infarto, y tal vez, una mente inteligente, pero menos que él.

—¿Y en la relación que manda el hombre, qué sucede? —Mi sonrisa hace que la mirada se desplace a mi boca, pero sin que pierda el hilo de la conversación.

Está caliente, pero controla.

Puede que hasta esté un pelín molesto.

Pero controla.

Eso me gusta.

—En esa situación, te puedes encontrar dos casos muy distintos.

—Y son…

—La mujer que no sabe valorar lo que tiene y por lo tanto siempre va a estar descontenta, llevando las cosas al límite, o la mujer que se amolda al hombre y que le hace ver que él es lo más importante de su vida y que no necesita de nada ni nadie más.

—Huummm, ya sé dónde está el truco en el segundo caso.

—¿Dónde? —pregunta, amusgando los ojos.

—En la inteligencia. Ella la tiene, él no. —Ahora es él, el que ríe a gusto, complacido de mis respuestas, pensando que soy un reto para él —. Bueno, ¿entonces volvemos a la ciudad? —la pregunta la hago con una sonrisa, porque sé a dónde nos dirigimos, porque sé lo que piensa, lo que anhela… y porque sé que quiero dárselo todo.

Por el momento.

Él no contesta. Retira la mirada de mi rostro y llama a la camarera que acude rauda y veloz, con una sonrisa tonta y ojos risueños. Pide una botella de agua para llevar y le da un billete de cincuenta. Nos levantamos y cuando la chica llega con el cambio y la botella, él coge la botella, le sonríe y nos vamos, mientras ella se queda embobada, con la palma abierta y las vueltas encima.

—Qué fácil es para ti contentar a una simple muchacha. Conmigo no va a ser igual.

—Cuento con ello, hermosa Alejandra. Cuento con ello.

Qué bien pronuncia mi nombre.

No le cuesta.

Y le da ese deje mejicano…

Nos acercamos al Maserati y mi hombre perfecto, me abre la puerta y mira cómo acomodo mi cuerpo en su lujoso coche, para después ocupar su puesto al volante y seguir adentrándose en las montañas.

Capítulo 9

Este coche no es el más adecuado para estos parajes, él parece leerme el pensamiento y me dice que no hay problema, que el camino que lleva a la casa está despejado, pero que, para la próxima vez, traeremos el todoterreno. Me mira cuando dice eso, como esperando una réplica, una chanza, pero solo le sonrío y vuelvo la mirada al sotobosque que nos rodea. Llega un momento en que aparece un claro y una vez ahí, aparca debajo de un cobertizo de madera, pero bien construido e integrado en el paisaje.

Bajamos y sin sacar el poco equipaje, me coge de la mano y me lleva a una zona donde se ve el comienzo de unas escaleras de madera sobre la roca. Nos rodea un bosque espeso, verde, naranja, rojo, amarillo, todos esos colores del otoño, que llevamos viendo desde hace rato en estas latitudes, y quiero captar toda esa belleza. De repente, al poner un pie sobre el tercer escalón, la escalera tuerce a la izquierda y contemplo la casa, provocando que me quede parada, obligando a que él haga lo mismo; un rectángulo de madera, piedra y cristal, que quiere camuflarse con el paisaje, al tiempo que parece salir de la roca que se halla al lado izquierdo de nuestra visión. Pero alzo la mirada y encima de ese rectángulo, hay un triángulo, donde la mitad de los lados de las paredes más largas, se juntan para formar el vértice que apunta al abismo, que cae al vacío, que parece cristal, pero no así.

Es una construcción moderna y hecha de tal forma, que no estropea el paisaje, sino que se camufla en el entorno de manera sorprendente, entre la roca y los árboles, con su madera desgastada, piedra de la zona y el policarbonato compacto, gracias a su curvatura tanto en frío como en caliente, perfecto por su gran resistencia (me explicará más tarde), pesa la mitad que el vidrio, es igual de transparente, mayor aislante del calor y doscientas veces más resistente.

Me maravilla y, se lo hago saber, viendo el deleite que producen mis palabras en ese hombre que parece tenerlo todo.

O que quiere tenerlo todo.

Nos situamos frente a una gran puerta de madera de roble, sin rastro de cristal o policarbonato, ni en la misma, ni a los lados y, sacando una llave, abre una de las hojas envejecidas y me empuja delicadamente, para cerrar detrás de nosotros.

Estoy en un salón, grande, lleno de cristaleras (voy a llamarlas así, porque no voy a estar diciendo policarbonato todo el tiempo), además, la palabra cristal es más bonita, suena mejor y, mirando a través de esos paneles transparentes, que van del suelo al techo, tengo la sensación de que el bosque entra, que nos inunda todo el muestrario de las diversas tonalidades de los árboles, y el marrón de las cortezas de los troncos, los amarillos y tejas de la hojarasca del suelo.

Desplazo la mirada al entorno más cercano, al interior, para observar los muebles, gastados, usados, unos más grandes, otros más pequeños, envejecidos o viejos, o decapados, no sabría decir; pero me gustan, y seguro que son caros. Las lámparas, del techo, de los rincones, para la noche, pues la luz llena todo el espacio, abarcando cada rincón, sintiéndote en un lugar abierto a la naturaleza, a la frondosidad del bosque, a la inmensa luz del cielo; las alfombras indias, el suelo de madera que queda vacío, sin cubrir, también viejo, desgastado, claro, sin brillo, precioso. Es un lujo no pretencioso, pero lujo, al fin y al cabo.

Burton me lleva de la mano y me dice que la cocina está a la izquierda y un baño al fondo, pero vamos a la escalera que lleva al triángulo y subimos, yo en primer lugar, pues así lo quiere. La escalera entra directamente en el dormitorio y casi me quedo con la boca abierta, pues si abajo el bosque entra en el salón, aquí, la habitación se precipita hacia el río Delaware.

Las vistas son impresionantes, pues estamos en alto y veo todo lo que hay que ver: el río abundante, sinuoso, el bosque desde arriba, con las copas de los árboles rozándose una con otra, y los prados al otro lado, más lejos, elevándose, ondulándose, como un manto verde, esponjoso, y el cielo, inmenso, coronado de nubes más grandes, más pequeñas, que se juntan, que se desplazan, que puede que traigan agua. Todo el horizonte, que deja abarcar las paredes de cristal de este habitáculo con forma triangular, queda a la vista de nuestros ojos. Es maravilloso. Me he quedado quieta, asombrada. Sorprendida, para qué negarlo.

—¿Te gusta? —Ya sabe la respuesta, pues está viendo mi cara, pero quiere oírlo, lo desea.

—Sí.

—¿De verdad? —Quiere que le regale el oído, quiere sentirse importante, quiere ser el amo.

—Es precioso. Estos parajes te dejan sin palabras, y si encima solo los disfrutas tú, más todavía —sabe lo que quiero decir. Sabe que la persona que tiene el placer y el poder de disfrutar de algo así, no tiene precio; bueno, sí lo tiene, vamos a dejarnos de eufemismos.

El dinero sirve para conseguir casi todo.

Y en este caso, esta casa, vale una pasta.

En la pared de la izquierda, en la zona de obra, donde no hay pared transparente, una puerta de madera, ciega, que da a una pequeña terraza y que esta, a su vez, está rodeada por una baranda de policarbonato, que me llegará por encima de la cintura. Me cuenta todo lo relacionado con el policarbonato, de su espesor, alta seguridad y, además, están las barras verticales de acero de cuatro centímetros de ancho, intercaladas cada dos metros aquí arriba, y cada tres metros abajo, que le dan más fuerza a toda la estructura.

Pero, aun así, le da a un botón de un cuadro de interruptores que se encuentra en la pared, encima de una mesita al lado de la gran cama y comienza a bajar un panel exterior, similar a una persiana, pero mucho más fuerte, cerrando una parte de un lateral. Lo vuelve a subir, una vez he visto que la casa se puede proteger hasta las últimas consecuencias. Arriba y abajo. Cerrados a cal y canto, casi herméticos, o sin casi, si ese es el deseo de los habitantes.

Sigo de pie, mirando el horizonte, y noto que se pega a mi espalda, y yo, no me retiro. En un momento me ha quitado la cazadora de piel y oigo cómo cae encima de la mullida cama, cubierta por un grueso edredón blanco como la nieve y esponjoso como la misma. Pego mi espalda a su pecho, al máximo, y los largos dedos van a los pequeños botones de la camisa, desabotonando, despacio, rozando mis pechos, con toda la intención, como queriendo calibrarlos antes de devorarlos, mientras agacha la cabeza y mordisquea el lóbulo de mi oreja, me besa el cuello y me lame. Me quita la camisa, y la lanza al mismo sitio que la cazadora, para, seguidamente, acariciarme los pechos a través del encaje negro del precioso sujetador que me he puesto esta mañana, pensando en él. Ahora no es un roce, es un tocamiento en toda regla, sopesando, acariciando, apretando, pero sin lastimar.

Sabe lo que hace; no es ningún ignorante sobre el goce de la mujer, igual que sabe lo que tiene que hacer para disfrutar los dos, para calentar a la hembra al mismo tiempo que se calienta él. Oigo su respiración agitada, pero también escucho la mía; porque me ha puesto caliente, como el sol del Caribe, y se lo hago saber sin palabras.

Restriego el trasero contra su ingle y echo los pechos hacia delante para que quite el sujetador, para que me magree las tetas a su gusto, al mío.

Oh, por todos los demonios del firmamento, nunca un hombre me ha puesto así de alterada, de cachonda; y si ha sucedido, ahora no es el momento de recordarlo. Y parece leerme el pensamiento, porque me desabrocha el sostén y lo quita de en medio, para tocar, palpar, manosear, amasar y pellizcar a su antojo. Me da la vuelta y veo sus ojos brillantes, febriles, y él ve los míos que están de la misma manera. Me desnuda en un santiamén, dejándome el tanga, precioso, muy caro, de encaje, igual que el sujetador. Se sienta en el borde de la cama, me pone entre sus piernas abiertas y me mira detenidamente, desde todos los ángulos.

Y bien puede hacerlo, pues la luz que entra desde el exterior, le permite un escrutinio sin paliativos.

No hay problema.

Ya sabes que soy perfecta.

Y ahora, él también lo sabe.

Lo está contemplando.

Lo está tocando.

Sus grandes manos se colocan en los pechos y los dedos van a los pezones, retorciéndolos, poniéndolos duros y gordos, para volver a tocar las mamas y estrujarlas a su antojo. Las deja y su mirada se desplaza hacia el ombligo, colocando las manos en la cadera, mirando con intensidad, para darme la vuelta de golpe, con cierta violencia, y dejar que mi potente culo quede a la altura de su cara. Noto cómo los dedos recorren la tira del tanga, el hilo, para ser más exactos, cómo se desplazan por debajo, para, seguidamente, calibrar la carne, la turgencia, igual que ha calibrado los pechos. De una, me baja el tanga y me lo quita, pero no deja que cambie de posición. Sus manos recorren los laterales de mis muslos, pero, al momento, se desplazan al interior, subiendo despacio, haciendo que yo abra las piernas un poco, para pasar los dedos por mi sexo. No puedo evitar el suspiro. Me ha salido del alma, o, mejor dicho, de dentro, de lo más profundo de mi ser. Ahora, noto esos dedos abriendo las nalgas y recorriendo toda la raja con uno de sus pulgares. Se lo está tomando con calma, pero no me importa, al contrario, es más excitante, pues te encuentras con pocos hombres que sepan dar placer a la mujer, que se tomen el tiempo necesario antes de meter la polla en su recinto natural. Noto su boca en una nalga, me da un beso y un lametazo, lo mismo en la otra, para que no se tengan envidia, para que estén compensadas y, al final, me sienta en una de sus fuertes piernas. Me mira serio, evaluando,

pensando. Toca un pecho, roza el pezón con la yema de un dedo, como hipnotizado y seguidamente, sin esperarlo, lleva la mano entre los muslos y me acaricia el sexo, suave, con delicadeza al principio, para volverse rápido y veloz en cuestión de unos minutos y acelerarme el pulso de manera violenta.

Me abro de piernas y dejo que me folle con los dedos, primero con uno, luego con varios, dos y tres, que entran y salen repetidamente de mi vagina húmeda y dilatada, que provocan que gima al principio y que grite después de puro éxtasis. Creo que voy a llorar de gusto, creo que este hombre me va a volver loca de placer. Y lo recibo con gusto; pues a nadie le amarga un dulce.

Pero hace que espabile, porque me levanta de una para bajarse los vaqueros y el calzoncillo y dejar su miembro al aire, gordo, tieso, grande como una estaca. Me coge de las caderas, me abro de piernas y me siento encima, clavándome hasta el fondo y no necesito que me diga lo que tengo que hacer, pues me agarro a su cuello y cabalgo como una mujer experimentada, brincando encima de él, haciendo que su polla se deslice arriba y abajo, pero que no llegue a salir de mi cuerpo.

Me doy cuenta de que no se ha puesto condón y pienso que no quiero quedarme embarazada, pues en estos momentos no estoy tomando la píldora. Mal hecho, pues nunca se sabe, pero el caso es que llevo casi un año sin tener relación con varón y el único placer que he tenido me lo ha producido mi propia mano. Soy así, no me gusta buscar cualquier cosa, no me conformo con cualquier cosa y como estoy muy asqueada de los tíos que han llegado a mi vida, que no me han servido para nada, dejé de lado la pastilla.

Pero lo dejo pasar, y él también. Y se derrama dentro de mí, como un surtidor a plena potencia, como un animal que quiere fecundar a su hembra. Ruge en mi cuello, me muerde de forma cariñosa y mis dedos se enredan en su fuerte cabello, mientras nuestros torsos se pegan y mis pezones sienten el roce de su vello pectoral.

Nuestras respiraciones se van calmando y nuestras miradas se buscan. Siento que esos ojos verdes ocultan más que enseñan, pero lo mismo podría decir de los míos. La única diferencia es que yo lo sé y él no.

—Estaba seguro de que… serías así —dice con la voz ronca de satisfacción. No sonrío, no dejo de mirar ese rostro tan masculino, tan atractivo.

—Y yo no sabía que serías así. —Nota que sigo excitada, nota mis pezones erectos, nota el brillo febril de mis ojos.

Deseo más, a pesar de los orgasmos obtenidos. Y sin perder ni un

segundo, me levanto, hago que se levante y lo desnudo igual que él ha hecho conmigo, quitando la ropa que todavía lleva su cuerpo, y lo contemplo, igual, de la misma manera que él ha hecho conmigo.

Sonríe, satisfecho, contento de que todo esté saliendo bien, más que bien, y se deja hacer. Se deja tocar. Se deja acariciar. Pero cuando meto los dedos por la hendidura del culo estrecho y perfecto que posee, endurece las nalgas, como protegiéndose. Pero yo no doy marcha atrás, cuando comienzo con algo que me gusta. Sea bueno o malo. Y él lo nota y, con cierta reticencia, se deja. Lo empujo encima de la cama, le hago que se ponga a cuatro patas y contemplo sus testículos desde atrás, sus nalgas musculosas y duras. Vuelve a estar erecto y, a pesar de que gira la cabeza para ver cuál va a ser mi siguiente movimiento, creo que confía en mí. Me subo a la cama y me colocó detrás de él, acariciando las duras nalgas, llegando a la cintura, dando suaves pasadas, para que se relaje y no esté en tensión. Acaricio la totalidad de su delgada pero musculosa espalda, rozando con mis tetas su culo, al tiempo que noto cómo su miembro se mueve, se tensa, se pega al plano estómago. A pesar de la excitación, sé que está relajado, que confía en mí, es entonces cuando llevo los dedos a los testículos y los acaricio con tanta suavidad que lo oigo gemir de gusto, que veo cómo su espalda se eriza como si fuese un gato o un gran felino. Murmura palabras que no llego a descifrar, pero, aunque no sepa qué ha dicho, sé que son palabras o de admiración, o de satisfacción…

O de pura y absoluta sorpresa.

Sigo con esa caricia, que hace que su espalda siga ondulándose de puro placer y en un momento, introduzco la punta de un dedo mojado en su ano, provocando que ruja como un toro de lidia. Y me deja que le acaricie la próstata y que le produzca un placer supremo, pero sin llegar a eyacular. Controlándose en todo momento. Y eso me gusta. Que tenga autocontrol, que no se deje llevar por un toqueteo de este tipo. Sí, ya sé que no se trata de una tontería, de una menudencia, que la mayoría de los tíos se correrían a la primera de cambio, siempre y cuando te dejaran hacer ese masaje interno; pero este hombre no pertenece a ese grupo, este hombre, controla. Siempre.

O eso parece.

O eso creo.

Pero cuando mi otra mano vuelve a acariciar los testículos y el dedito, dentro de él, sigue con el masaje, su miembro está tan duro, tan tieso, que parece que vaya a reventar; es entonces cuando una mano grande saca mi dedo de la cálida cueva, de manera delicada, como temiendo que le haga daño, pero seguro de lo que hace. Se gira de una, me tumba en la cama con total violencia y entra en mí,

mordiéndose el labio y mostrando furia en sus ojos. Me folla como una bestia y yo le sigo el juego, a pesar de que estoy escocida, pues tanto tiempo sin usar mi vagina de esta forma, se nota. Pero él no lo percibe, porque estoy mojada de su semen anterior, de mis propios jugos y, aunque es probable que me haga sangre, no doy muestras de ningún tipo.

No voy de blanda, no voy de mojigata.

No lo soy.

Me dejo llevar.

Gozo del momento.

Gimo como él, grito como él, me muevo como él y me dejo besar. Es como si quisiera devorarme, comerme, tragarme… Sus labios me rozan, me chupan, me muerden; su lengua hace un barrido por el interior de mi boca, recorre mis dientes y me succiona la lengua queriéndosela tragar, y todo eso, hace que aminore el ritmo de su polla y que se relaje mi vagina, porque si sigue así, me la va a despellejar.

Siento que le va a venir, su rostro se congestiona y de su garganta sale un aullido que casi se parece al de un lobo. Se descarga otra vez y deja caer su cuerpo sobre el mío, aplastándome…, pero aguanto.

Soy una mujer fuerte, por dentro y por fuera… y aguanto. No tiene ni idea, no se imagina la clase de mujer que soy; y haciendo gala de su condición masculina, piensa que está por encima de las mujeres, por encima de mí.

Iluso.

Tonto.

Ignorante.

—Perdona, cariño —se excusa mientras levanta el cuerpo con sus brazos y se deja caer a mi lado—. Joder, lo siento —murmura—. Creo que he sido brutal, no quiero hacerte daño, pero… jamás me ha excitado tanto una mujer…, jamás de esta manera. Dios, cómo me has puesto —es más un murmullo para sí mismo, para cerciorarse de algo no vivido, o no vivido de esta manera.

Me giro, apoyada en el codo y lo miro intensamente. Una sonrisa asoma a mis labios y él, mirándome sin pestañear, sonríe también.

—¿En serio? Con la edad que tienes, ¿es la primera vez que te pasa? —No llego a creerme semejante cosa.

Un tipo como él, con esa planta, con ese estatus. Con todas las mujeres que se habrá tirado.

No, no me lo creo.

—Así, de esta forma, con esta intensidad…, puedes estar segura. Es

la primera vez. —Se incorpora y se pone en la misma posición que yo. Sus dedos largos, fuertes, elegantes, se desplazan por mi pómulo, siguen por la mandíbula, para acabar bordeando los labios—. Qué boca tan bella tienes…, toda tú eres una belleza, una perfección absoluta. La boca, los ojos, el pelo, todo tu cuerpo… Jesús, eres de tal perfección que asustas. —Hace una pausa, mientras su mirada sigue clavada en mis ojos—. Cuando te vi por primera vez, me dije: «¿Dónde ha estado esta mujer metida?, ¿dónde, que no la he visto por ninguno de los lugares que frecuento, que no sale fotografiada en una revista de moda, o no va del brazo de un hombre rico y famoso?». —Ahora está bordeando un pecho y frota el pezón erecto mientras sigue hablando—: Faltó poco para que los ojos se me salieran de las órbitas, contemplando tanta belleza; pero, sobre todo, asombrado de ese halo de seguridad y autoestima del que haces gala en todos tus movimientos, en tu forma de hablar, de expresarte, de mirar. Jamás he visto tanta seguridad en una mujer. Tanta fuerza. Tanta personalidad.

No sé si sus palabras dicen la verdad al cien por cien, o si hay mucho de adulación en ellas, aun así, río a carcajadas mientras él mira mi boca, mis dientes, mi lengua.

—No me lo creo. Eres un hombre de mundo, estás acostumbrado a ver mujeres bellas, incluso te habrás acostado con más de una, con muchas, ¿a que sí? —Esa pregunta y ese tono que empleo, le hace reír.

Está a gusto y se le nota. Pero al momento cambia de tema.

—No he utilizado condón, supongo que tomarás la píldora.

—Supones mal. Llevaba mucho tiempo sin acostarme con un hombre y no me gusta invadir mi cuerpo con sustancias que tienen efectos secundarios. Deberías haberte puesto uno.

—Sí, tienes razón. Pero no me apetecía. Quería entrar en ti, a pelo. Sin nada que nos dividiera. Sin que nada se interpusiera entre nosotros. Eso también es la primera vez que lo hago. Ni en mis tiempos de jovenzuelo, se me ocurrió meterla sin protección. Bueno solo cuando estaba con Olivia. —Estoy asombrada, pero no lo demuestro.

—¿Y si me quedo embarazada?

—¿Qué? ¿Abortarías?

—¿Sería ese tu deseo? ¿Tu consejo?

—¿Vamos a dialogar de esta forma? —Parece que ahora le molesta mi antes valorada seguridad.

—¿Con preguntas?

—Me gusta que contestes a lo que te pregunto. Creo que, de ese

modo, nos haremos una idea más clara de qué queremos el uno del otro. —Huy, esto se está poniendo muy serio.

—Yo no quiero nada de ti, solo disfrutar del momento.

—¿Tan malo sería querer algo de mí?

—No, en absoluto. Pero lo que tenga que ser, será. —Noto lo que desea: quiere ser el protector, el valedor.

—¿Serías capaz de tener un hijo sola?

—Por supuesto. Me valgo perfectamente, no necesito un hombre si no es mi deseo. —Se muerde el labio, no le ha gustado la respuesta.

—¿Serías capaz de ocultárselo al padre?

—No. Si no hay motivo. Si el padre no es un hijo de puta, no.

—¿Y qué es un hijo de puta para ti?

—No creo necesario explicarlo.

—¿Maltratador sería igual a hijo de puta?

—Sabes de sobra que sí. Un hombre íntegro, un hombre que se porta bien con su pareja, que la respeta de la misma forma que la ama, ya tiene hecho casi todo el camino. El hijo, o los hijos, son una consecuencia de ello. Si el padre es un egoísta, un maltratador, un vago, un borracho o cualquier cosa negativa, lo mejor es abortar, o criar al hijo sola.

—¿Y tú harías…?

—Yo no digo ni sí ni no. Me tengo que encontrar en esa tesitura. No soy de las que digo que haría esto si me pasara lo otro. Tienes que verte en situación, para evaluar los pros y los contras y, también, la necesidad que tengas de ello.

—Eres fría. —Parece sorprenderse y sus ojos felinos, lo demuestran.

No me importa mostrar un poco de lo que soy, no es bueno parecer algo muy diferente de lo que eres.

—No. Soy sensata. Realista. El pragmatismo es la mejor religión.

—Tienes una mente analítica, muy masculina.

—Puede ser; pero no te equivoques, mis hormonas me juegan malas pasadas. Por lo menos, una vez al mes.

Ríe con ganas, pero no deja de mirarme, no retira la vista ni un solo momento. Tal vez me está analizando, tal vez quiere saber más de lo que digo; pero yo voy por delante, yo soy la que dirige el juego, soy la que lo ha buscado. Él no sabe de la misa la media, y no lo sabrá nunca.

Si todo va por su camino.

—Me gustas mucho, mucho. —Los dedos vuelven a deslizarse por

mi rostro y, cogiéndome por la nuca, me besa con suavidad.

Le devuelvo el beso, y cojo la iniciativa, metiendo la lengua en su boca, recorriendo sus fuertes dientes, para al final, enlazar las lenguas y terminar chupándola con avidez.

Noto cómo lo emborracho, cómo hago con él lo que me da la gana. Oigo sus roncos lamentos, sus palabras soeces, mientras siento sus manazas sobre mis pechos, pellizcándome los pezones y diciéndome cochinadas al oído sin respiro.

Le gusta emplear vocabulario vulgar, ordinario, soez, en estas circunstancias, lo ponen más cachondo. Los verbos chupar, comer, lamer, meter, hundir, joder, follar, unidos a los sustantivos coño, polla, culo, boca, lengua, dientes, labios, tetas, pezón, lo vuelven loco, lo excitan de tal manera que se remueve como una fiera.

Realmente es una fiera en la cama.

Y eso me gusta.

Me complace.

Mucho.

No tarda ni cinco segundos, en colocarse encima y volver a follarme. Aunque esta vez es más suave, más tranquilo, a pesar de lo ocurrido hace solo un momento, y tengo la agradable sensación de que me está haciendo el amor, de que me trata con ternura, como para que responda igual.

Y le sigo el juego.

Y me comporto como una mujercita ansiosa de macho, pero temerosa al tiempo.

Y gimo.

Y vuelvo a gemir.

Y dejo que una lágrima se escape, con la idea de que él la vea.

Y la ve.

Y se sorprende.

Y la recoge con la lengua y después con los labios, con un sutil beso.

Y me pregunta si me hace daño.

Y le digo que no.

En susurros.

Hemos pasado de lo más soez a lo más sutil y eso, le pone, y sé que se va a correr en cuestión de minutos, tal vez menos.

Pero para mi sorpresa, yo me voy antes.

Y sin querer, me arqueo.

Y suspiro de manera profunda.

Y la vagina se contrae, abrazando el pene.

Y él, vuelve a rugir.

Y le viene.

Y mientras eyacula con fuerza, captura mi boca para tragarse mis suspiros.

Y en la neblina de mi placer, creo oírle decir: «Eres mía, mía… solo mía».

Y dejo que se lo crea.

Que piense que lleva las riendas.

Que lo tiene todo controlado.

Capítulo 10

El domingo, alrededor de las seis, me deja enfrente de casa. Sale del coche y muy caballerosamente, saca la maleta y la lleva hasta la misma puerta. Se despide dándome un suave beso en los labios, diciendo que llamará.

Ya dentro de casa, en mi acogedor salón, en mis dominios, sin que nadie me observe, pienso en el fin de semana. Puedo decir con total certeza, que va a llamar pronto y que esta relación, lleva el camino trazado. Que pronto, seré la nueva señora Burton.

Llevo la pequeña maleta arriba y la deshago en un momento. Miro el vestido negro, corto y *sexy* que he llevado y no he utilizado, y lo cuelgo en su percha. No hemos salido en todo el tiempo. Hemos practicado sexo constantemente, hemos comido, nos hemos dado de comer, hemos bebido, él vino y yo agua (le ha hecho mucha gracia que yo no haya claudicado ante un vino excelente, ni ante un champán de más de dos mil dólares la botella; pero mi postura ha sido intransigente: no bebo, no hay nada más que hablar), imagino que su mente analítica lo asociará al abuso sufrido por mis hermanos y al primer alcohol tomado.

Alcohol y violación.

Comida y sexo, y vuelta a follar.

Lo hemos hecho en todos los lugares de la casa. En la cama, en el sofá del salón, en el suelo del salón entre las alfombras indias y encima del desgastado suelo de madera, en la isla de la cocina, en la ducha, en el inodoro..., de pie, sentados, tumbados, a cuatro patas, cabalgando encima de él, él encima de mí, mis piernas encima de sus hombros..., me lo ha comido, se la he comido, me ha dado un masaje para terminar masturbándome, le he dado un masaje para relajar sus

músculos, para que tomara fuerzas y luego se la he chupado. A excepción de la primera felación en el coche, todas las demás han sido mutuas.

Yo arriba, él abajo. Todavía siento su cabeza entre los muslos, su lengua ardiente, experta, moviéndose por los pliegues de la vulva, notando la aspereza de la barba incipiente, volviéndome loca, obligada a centrarme para no perder la concentración, para no olvidar que yo tenía que hacer lo mismo, que tenía que volverlo loco chupando sin darle tregua, lamiendo sin parar, solo un descanso, una pausa, para gemir, para respirar con fuerza, para tragármela entera, mientras notaba sus mordisquitos, sus chupetones, sus grandes manos en mi culo, acariciándomelo, o azotando, dejándolo colorado, caliente, metiendo el dedo, hasta dentro, para después, calmarlo con dulces caricias, con besos húmedos, con lametones lentos y juguetones.

Jesús, María y José, como decía mi mamita, qué barbaridad, qué hombre, qué maestría, qué lujuria… Nunca he practicado sexo de esta manera, tanto en tan poco tiempo, y creo que él, tampoco. Si las cuento, han sido quince veces en dos días y medio. Más que una puta en su trabajo, es un decir, porque imagino que habrá de todo, y con la diferencia de quince polvos con la misma polla; porque quince polvos con quince pollas…, lo siento, pero no es mi estilo.

Hemos estado desconectados todo el tiempo. Al llegar a la casa apagamos los teléfonos y es ahora cuando lo conecto y cuando miro los mensajes y las llamadas perdidas. Una de las recepcionistas me recuerda que mañana tengo que ir al Plaza, para reunirme con unas europeas, alemanas, y hacer la ruta de compras. No lo he olvidado, a pesar del fin de semana, sigo teniendo la cabeza en su sitio.

Voy a buscar la tableta mientras pienso que desde que tengo ordenador, nunca he pasado tanto tiempo desconectada. Bueno, siempre hay una primera vez para todo, pienso mien tras recuerdo la niebla de esta mañana, a través de los cristales de ese dormitorio triangular. Me he sentido como una diosa, montada al revés, con mis manos apoyadas en los pies de la cama, inundada con su enorme miembro, mirando esa exuberancia verde, ese río exultante, esa niebla o bruma que iba levantando y mostrando toda esa belleza para mí, solo para mí. Sintiendo esa polla dentro de mi maltrecha vagina, agarrada a sus gemelos mientras él se agarraba a mi trasero.

Ha sido colosal, sublime.

Él no sabe cómo me he sentido.

Él no sabe nada.

Ni falta que hace.

Mantengo una sonrisa permanente, pues todo lo ocurrido este fin

de semana, me satisface enormemente.

Me acomodo en mi sillón de lectura y doy un repaso a la prensa digital. Lo primero que miro, como siempre, es la bolsa, y una vez que hago el recorrido por las páginas memorizadas en el dispositivo, me dedico a la prensa. A los diez minutos lo veo. Una pequeña reseña en la primera página del New York Times. La fotografía es la misma de las otras noticias, pero pequeñita, como no queriendo destacar demasiado. Anuncia el suicidio de la pediatra, de la señorita Owen, dicen que el cadáver lo ha encontrado la empleada de la limpieza, el sábado por la mañana. Encima de la cama, vestida con un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes. Un vaso vacío encima de la mesita de noche, y dos pastillas al lado. Ingesta de barbitúricos, Aderall y Xanax. Un sobre con una nota, pidiendo perdón, reconociendo que pagó al sicario y que no se retractó. Pide perdón a Burton, siente no haber sido consciente de que él, en ningún momento sintió lo mismo que ella, siente no haber podido enamorarlo, pero siente, no haber sido la mano que mece la cuna.

Así, palabras textuales.

Da la sensación de que esto último ha sido una filtración, porque la policía no da tantos detalles; es con el tiempo, cuando se van sabiendo más cosas. Claro que, todo esto, le viene muy bien a Burton, limpia su imagen y no deja la duda rondando sobre su cabeza. Esa frase del final, «no haber sido la mano que mece la cuna», la hace pasar por inestable, o algo más. ¿Qué quiere decir, que siente no haber tenido el poder necesario para ser dueña del amor de Burton, para poder tener un hijo con él, de él, para conseguir lo que Olivia buscaba con tanto ímpetu? No sé. Todo esto puede ser muy normal, o muy extraño. Se me pasan muchas cosas por la cabeza, pero no dejan de ser imaginaciones; pero… un psiquiatra podría inducir al suicidio, un psiquiatra puede hacer muchas cosas, buenas y malas. Incluso, le puede haber recetado las pastillas...

No divagues, no le cuelgues a Burton méritos que no sabes si tiene.

Estaba en su casa, gracias a la fianza impuesta por el juez, una fianza benévola de treinta mil dólares hasta que llegara el juicio, pues ella había dicho hasta la saciedad, que se había retractado ante el sicario, que no deseaba la muerte de Olivia. Que había sido una idea loca, en un momento de pánico.

Estoy sorprendida. No contaba con algo así, pero es así.

Pienso, pienso… en esas mujeres, en la desgraciada Olivia y en esa otra tonta de Owen.

Para estar con un hombre como Burton, tienes que ser más lista que él, tienes que hacerle creer que él es el que está por encima de ti, pero

sobre todo, tiene que enamorarse de ti, porque si no, todo lo demás no sirve para nada.

Dejo la tableta y me levanto para ir al baño de arriba. En uno de los armarios, guardo una pastilla para bajar la regla. Compruebo cuándo caduca, aunque recuerdo la fecha. Me la tomo y espero que en unas horas haga efecto.

Quedarme embarazada ahora, no entra en mis planes. Soy muy clásica para eso, no es por religión, ni educación, es simplemente que me gusta el orden. Primero la boda, luego el embarazo y después el bebé. Todo por ese orden. Después de eso, ya puede venir cualquier cosa, felicidad eterna, divorcio o viudez.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos pensando en todo lo sucedido. Hemos follado como conejos, hemos comido los manjares que tenía en el enorme frigorífico (alguien tiene en la zona que le prepara y limpia la casa y le llena el frigorífico y la despensa para que no le falte de nada), y en verdad, no faltaba nada. Desde quesos surtidos, franceses, holandeses y del país, uvas gordas y verdes, frutos secos, hasta fresas y frambuesas, nata y champán; vinos selectos y aguas variadas, todas carísimas, de esas que, viéndolas, piensas que es más cara la botella que el contenido, los vinos más de lo mismo y varias botellas de Cristal, sí el champán de casi tres mil dólares. Carne, pescado y verduras frescas.

Porque tengo que añadir otra cualidad más a mi hombre perfecto: sabe cocinar, le gusta, y le gusta mucho más que la mujer que esta con él coma sin remilgos y no le venga con eso de que está a dieta (lo odia), y le diga lo bueno que está todo.

No sé lo que tardará en llamar, pero sí sé que yo no seré.

Madrugo como siempre y me paso por la empresa antes de ir al hotel a recoger a las alemanas. Tengo que reconocer que me llevo una sorpresa, pues a estas horas no han abierto las floristerías y un centro de rosas rojas me espera en la recepción. El personal que anda por ahí, sonríe y me pregunta si tengo un admirador secreto, les devuelvo la sonrisa y no contesto.

La tarjeta es de él y su letra me cautiva:

«Estás en mi cabeza, estás en mi retina y creo… que te has metido en mi corazón. Te llamaré. Piensa en mí. Yo no dejo de pensar en ti».

La sonrisa se hace más amplia en mi cara, y cuando levanto la mirada, tengo una congregación de personas a mi alrededor, mujeres en su mayoría, que me miran de forma di ferente. Cojo las rosas y las llevo al despacho. Por la noche, me las llevaré a casa.

O tal vez las deje aquí.

Estuve año y medio trabajando en las Naciones Unidas. Ser intérprete en esas condiciones, puede ser muy estresante. No puede ser, lo es, lo fue. En ese edificio, que todo el mundo conoce, aunque solo sea por verlo en las películas o en los telediarios, fue donde conocí a mi futuro jefe, a mi jefe actual, donde me hizo una oferta que no quise rechazar y abandoné las extenuantes sesiones de traducir palabra por palabra, frase por frase y, por Dios, no te equivoques, no le des una interpretación errónea al contenido de la conversación, no utilices una palabra fuera de contexto o rodarán cabezas. Nunca me vi en esa tesitura, pero sí fui testigo de situaciones de ese tipo en compañeros de trabajo, que acababan de los nervios al terminar la jornada, o llegaba el momento en que decidían dedicarse a la traducción de libros antes que seguir con ese trabajo.

A mí me pudo el dinero, pues mi futuro jefe, al saber del potencial que tenía, puso un contrato tan jugoso, que no me pude negar, y desde luego, hoy por hoy, no me arrepiento.

Hoy, por ejemplo, me siento como si fuese una guía turística (lo soy en muchas ocasiones), pues voy a llevar a un grupo de señoras a visitar la ciudad, pero en especial, vamos a hacer la ruta de las compras. ¡Yujuuu, bravo!, pondré el piloto automático y las llevaré para que fundan sus tarjetas oro, o seguramente platino.

Comenzamos por la Quinta, recorremos las grandes *boutiques*, sin dejarnos los grandes almacenes, pues ya sabes, lo que encuentres en Nueva York, no quiere decir que lo encuentres en Berlín, aunque sea la misma tienda o firma. En una famosa tienda de corsetería, sí, esa de los angelitos, se ponen las botas comprando bragas, sujetadores y camisones cortos y trasparentes, y lo siento, pero dudo que algunas de las tallas que compran, les valgan. Pero, allá ellas. Donde no tienen problema de talla, es en la joyería de *Desayuno con diamantes*, como la llama una de las alemanas, que, si te da una torta, te deja en el suelo sin que te des cuenta. Esta señora, muy simpática, todo hay que decirlo, es de alta como yo, llevará una talla cuarenta y seis o cuarenta y ocho, y se ha comprado en la famosa corsetería, cinco conjuntos, al tiempo que decía que iba a volver loco al marido. No lo pongo en duda.

Después nos vamos a Broadway, cerca de Columbia hay tiendas universitarias, donde las señoras compran artículos para sus hijos de edades adolescentes, y en Lower Manhattan, dan palmas al entrar en unos famosos almacenes. De las cuatro, dos chapurrean el inglés, diciendo que el de Gran Bretaña lo entienden más que menos, pero el americano es incomprensible, pongas la oreja como la pongas. Me río ante sus comentarios y ellas están encantadas y disfrutando de lo

lindo.

A estas alturas, pienso que tal vez estén cansadas, pero ni hablar, seguimos por Times Square y entramos en perfumerías para seguir llenando bolsas que llevan los dos guardaespaldas que nos siguen y que me lanzan miraditas cuando las alemanas hablan entre ellas, comentando lo que les falta por comprar.

Después de hacer el recorrido por Herald Square, por Madison Square Park y especialmente por Union Square, hacemos una parada para almorzar en un italiano y ponernos moradas de pasta y tiramisú, mientras me río con sus bromas sobre lo que les va a engordar esta comida, sin olvidarse del colosal desayuno del Plaza, que es para morirse de placer y para que todo junto, impida que les quepa los picardías que se han comprado. Los guardaespaldas, en otra mesa, hacen como que no oyen, pero no pierden detalle de la conversación, pues son alemanes también. Tres se han ido con los maridos y estos, aquí, guardándolas como si fuesen delicadas damiselas, dice la que es de mi estatura.

A pesar de la deliciosa comida, o tal vez por ello, después del postre, piden, solo para probar, un poquito de esos helados tan golosos que pintan en la carta; «A fin de cuentas —dicen las cuatro—, vamos a seguir de ruta y a remoler todo lo que hemos comido». Y sí, en eso tienen razón, pues nuestras piernas son las que nos van a llevar a todos los lugares y, estoy segura de que cuando lleguen al hotel, caerán rendidas en sus mullidas camas del lujoso hotel, soñando tal vez que, al día siguiente, llegarán sus maridos de algún lugar de Georgia, donde han ido por asuntos de negocios y lucirán los bonitos conjuntos de lencería, aunque se desborden las carnes.

Y mientras saboreamos los helados, yo también, pues quién se resiste a un buen helado de chocolate, o pistacho, o vainilla, quieren saber cuántos idiomas hablo, pues me han oído dirigirme al maître en italiano, y, además, les pica la curiosidad por la procedencia de mis apellidos. Satisfago sus hambrientas curiosidades y por fin, después de pagar con una de las maltratadas tarjetas, que todavía tiene saldo, ponemos pie en la calle y seguimos camino, no sin antes, dejar las bolsas en un coche del hotel para que las lleve y los guardaespaldas puedan ir con las manos vacías y no parecer unos criados de siglos pasados.

No solo de tiendas se alimentan las alemanas, por la tarde va de cultura y nos dedicamos a visitar las principales iglesias de la ciudad, tramos andando y otros, utilizando los famosos taxis amarillos, que a todas les encanta. Trinity Church, en Wall Street, donde se emocionan cuando les cuento que la gente se refugió aquí huyendo del polvo y los escombros al hundirse las torres gemelas; la capilla de St. Paul, el

edificio público más antiguo de Manhattan, a la sombra de lo que una vez fue el World Trade Center, cubierto de polvo ese triste día, humilde y a la vez desafiante, aguantando la tempestad de escombros como si se tratase del mayor de los colosos y salvándose del derrumbe por pura magia. Aquí, también se limpiaron unas lagrimitas. Por supuesto, visita obligada a la Torre de la Libertad, mientras les voy explicando la disposición del resto de torres que irán ocupando su lugar en todo lo destruido el 11 de septiembre de 2001. Una de ellas, mencio na que se alojó en el hotel Marriot, que estaba conectado con la torre sur y la norte y eran muchas las personas que usaban el hotel para llegar a las torres, al igual que hicieron ella, su marido y sus amigos. Eso ocurrió un par de meses antes de los atentados y cuando se enteró de la noticia, al principio, no daba crédito, pero cuando vio las imágenes por la televisión se quedó horrorizada.

—Nos pasó a todos —dice mientras hacemos una parada para tomar un café en la calle Fulton—. Todos los que somos decentes y respetuosos con los demás. No como esos energúmenos, asesinos. Y pensar que dos meses antes estuve en ese hotel, que nos dijeron que se habían reforzado los cimientos o no sé qué historias, después del atentado de…

—Febrero del 93 —añado sin más.

—Sí, eso —afirma con un movimiento enérgico de cabeza—. Le cayó una torre, o las dos, ¿no? —pregunta mirándome.

—Le cayó el tren de aterrizaje del primer avión que se estrelló contra la torre norte, sobre el techo, donde se encontraba un gimnasio y una piscina cubierta. Cayeron muchos cuerpos ahí, de los que se lanzaron de las torres ante el horror que vivían. El derrumbe de la torre sur partió el hotel por la mitad, la torre norte terminó de destruirlo y la pequeña estructura que quedó en pie, fue el reforzamiento que hicieron en el 93, después del atentado de ese año.

—Por todos los santos, es para morirse de angustia. Cada vez que recuerdo esas imágenes… —añade otra, mientras le da un sorbo a su capuchino.

Seguimos hablando de ello durante un par de minutos, pero la más grandota dice que ya vale de hablar de ese tema, que le pone los nervios de punta.

Vamos a la catedral neogótica de St. Patrick, seguramente la más conocida de todas; la cúspide de la organización de la Iglesia católica en la ciudad, el lugar de culto para miles de neoyorkinos, especialmente de irlandeses.

También hemos ido a ver la iglesia Riverside, la más alta de los Estados Unidos y ya que estamos por la zona, un poco de Harlem y la

catedral de St. John the Divine y, por último, Central Park. Ya es de noche, cuando terminamos dando un paseo en coche de caballos y nos dirigimos al hotel.

Me despido de las alemanas, con besos en ambas mejillas, porque me han tomado mucho cariño, pero me dicen muy en serio que no piensan llamarme cuando sus maridos estén de vuelta; que una mujer como yo, es una bomba de relojería que no sabes cuándo va a estallar, o peor, cuándo van a estallar los maridos, con lo cual, rompen a carcajadas a pesar del cansancio y yo río con ellas y les digo que pueden estar tranquilas, que sus maridos no corren peligro, que mi corazón está ocupado, ya que no quiero decirles que mi mente está ocupada, pues sonaría demasiado frío.

Uno de los guardaespaldas me pide el número de teléfono y le muestro una sonrisa.

Nada más.

Él se encoge de hombros, como diciendo, al menos lo he intentado, y antes de que yo levante una mano para llamar un taxi, ya lo ha hecho él. Muy amablemente me abre la puerta del coche, mientras su compañero ha desaparecido detrás de las alemanas, y sin dejar de mirarme, espera hasta que desaparezco de su vista.

Capítulo 11

Realmente estoy cansada cuando llego a casa y lo único que deseo es darme una ducha y tomar un poco de fruta. Me quito las botas y me voy despojando de todas las prendas que voy tirando a mi paso, para después volver y recogerlas, pues no admito el desorden de ningún tipo. Ahora estoy desnuda y antes de ir a la ducha, cojo el teléfono. Normalmente, cuando trabajo, lo dejo en silencio y al terminar la jornada doy cuenta. Hoy ha sido igual que siempre. Varias llamadas perdidas de Burton y varios mensajes escritos. Me dispongo a leerlos para después, tranquilamente, hacer mi aseo y relajarme a gusto.

Burton, 8.30:

Te echo de menos.

Burton, 11.45:

No coges el teléfono. No lees los mensajes.

Burton, 12.36:

¿Estás trabajando? Sí, claro.

Burton, 12.55:

Voy a comer con un colega y tengo en mi mente tus gorditos y oscuros pezones. Tu boca, tus ojos, tu trasero…, me vuelvo loco pensando en ello.

Burton, 12.56:

No sabes cómo te deseo, cuánto te añoro.

Burton, 2.24:

No dejo de pensar en los días pasados.

Me enciendo y me pongo duro, pensando en ti.

No tengo más mensajes. Se ve que se ha cansado al no tener respuesta.

Le escribo uno:

Alejandra:

Perdona. He pasado el día con unas alemanas, de compras y después, iglesias, y después más turismo.

También te echo de menos, también te deseo, también me enciendo y mis gorditos pezones se ponen duros, deseando tus expertos dedos y tu hambrienta boca y tu lasciva lengua.

Le doy a enviar y no pasan ni dos minutos, cuando suena el móvil.

—Hola —le digo.

—Hola —contesta su voz ronca y varonil. Se hace el silencio. Ninguno dice nada. Espero—. ¿Dónde estás?

—En casa. Acabo de llegar. ¿Y tú?

—También.

—¿Solo?

—Más solo que un puto esquimal pescando en el polo. —Me río y oigo cómo suelta un gemido. Siempre me ha hecho gracia esa manera de soltar tacos y me gusta. De hecho, me gustaría ser hombre para hablar mal cuando me diera la gana, pero siendo mujer, lo encuentro sumamente ordinario—. ¿Estás acostada?

—No. Estoy desnuda. Iba a la ducha cuando has llamado. —Su voz resuella y oigo ruido de ropa. Creo que sé lo que está haciendo, o lo que va hacer.

—¿Estás tumbada?

—Sí. Encima de la cama —miento, pues estoy de pie, paseándome por la habitación. Sintiendo el grosor de la suave alfombra bajo mis pies, mientras mi mente no deja de trabajar.

—Te estoy viendo, es como si estuviera allí, contigo. Dime, ¿qué haces?

—¿Ahora? —me estoy preguntando, si tal vez, es adicto al sexo.

—Sí.

—Me acaricio los pechos. Froto los pezones con las yemas de los dedos. Están erectos. Como te gustan. —Por descontado, no estoy haciendo nada de eso.

—Sigue.

—Mojo los dedos con saliva para que estén mojados, muy mojados y los toco, los acaricio, como haces tú.

—Pon el altavoz y utiliza las dos manos. —Por supuesto que no hago eso, pero él no lo sabe.

—Ya. ¿Qué quieres que haga? —Hago que mi voz suene lasciva, erótica y en espera de sus deseos.

—Tócate los pechos, júntalos, estrújalos para mí. —Su voz suena ronca de deseo—. Imagina que mi polla está en medio de esas bellezas, que la estrujas sin piedad.

—Lo hago. ¿Y tú? ¿Te estás tocando?

Mis pies siguen tocando la alfombra que compré en Macy`s por ochocientos noventa y nueve dólares (de rebajas). Tiene un tono entre rosado y beis, sin dibujo, y un nudo grueso de lana de Nueva Zelanda, más de cien mil nudos por metro cuadrado, pero el entramado es de algodón, para hacerla más fuerte, más flexible.

Pienso mientras oigo su voz.

—No tengas ninguna duda. Tengo la polla entre mis manos, aunque me gustaría tenerla entre tus gloriosas tetas, y está tan dura que no voy a tardar en correrme pensando en ti, cariño mío. Pero quiero alargar un momento este placer, este calvario de placer. ¿Cómo tienes las piernas? —No espera contestación y continúa hablando, dando órdenes—: Dobla las rodillas y ábrelas al máximo, para que tu coño quede expuesto, para que yo lo vea, igual que lo he visto estos días, para que me lo coma con la imaginación, ya que no puedo comerlo con mi boca. Pasarte la lengua por todos los rincones, darte chupetones hasta que te corras de gusto. Hasta que grites de puro gozo, como has hecho estos días.

«Vaya, ¿he gritado de puro gozo?», pienso mientras sigo paseando, pisando mi preciosa alfombra.

Sí, para qué negarlo.

Bueno, voy a darle gozo también.

—Lo tengo expuesto…, abierto. Lo tengo caliente y abultado. Siento cómo palpita… Lo toco, lo acaricio… Siento tu boca, tu lengua, lamiendo, entrando… —Hago que mi voz se entrecorte, que se vuelva susurrante para que se excite más, para que parezca que todo es real, que está sucediendo; hasta suelto risitas tontas para que él se ponga más caliente—. Me chupo los dedos…, los lleno, los empapo de saliva y me los meto despacio… hasta el fondo…, los saco otra vez… y los vuelvo a meter…, imaginando que es tu miembro largo, duro, grande…

—No digas miembro, di polla. Emplea palabras soeces. Quiero oírlas de ti, de tu preciosa voz. No sabes cómo me pone esas cosas. Vamos, dime cochinadas.

Vaya, voy a tener que poner más ímpetu.

—Es tu polla la que entra en mi coño. Tu polla gorda, grande, dura… —una risita, unos ruiditos de labios y lengua para que todo parezca real— que me llena…, que me pone cachonda como una perra…, la noto tan dura, tan caliente…, entrando y saliendo y volviendo a entrar… para follarme hasta el fondo, con violencia…, notando cómo tus pelotas chocan contra mí, una y otra vez...

—Sigue, nena, sigue… —Su voz suena entrecortada, respirando deprisa.

Hace poco vi un documental de chicas que se ganan una pasta haciendo sexo *online* y tengo presente cada imagen de esas mujeres, muchas chicas jóvenes, mirando a la cámara de su portátil, mientras el cliente se masturba viéndolas contonearse medio desnudas, enseñando los pechos y diciendo palabras soeces, con apelativos cariñosos. ¿Por qué no? Cariño, amor, pegan perfectamente con polla, coño o tetas.

Aplico mis conocimientos recientes y me dejo llevar.

—Cierro los ojos y te siento encima de mí, pegado a mí, dentro de mí… igual que he sentido tu boca recorrer mi coño, tu lengua lamerme como un perrito… ¡mmmm! Es tan placentero… todo... Pero ahora te deseo en mi boca… ¿quieres? ¿Quieres que te la chupe? ¿Que te la coma entera? —Hago una pausa, pero solo oigo su respiración—. ¿Que me la trague hasta ahogarme de puro placer? —¡Uf!, lo siento, pero las palabras cariñosas me cuestan.

La respiración se agita, las palabras salen entrecortadas.

—Sí, claro que quiero…, mi hermosa niña. Tienes la boca más cálida… que he sentido nunca. Ninguna mujer está a tu altura, nena…, tómame en tu linda boca, recorre el tronco de mi verga con esos hermosos labios, con el terciopelo de tu rosada lengua… hasta volverme loco. —Oigo los ruidos que hace, oigo cómo su mano se mueve con violencia y dejo que mi voz llene sus oídos.

A él no le cuesta emplear bonitas palabras, adjetivos llenos de ardor: hermosa niña, linda boca, nena, cariño. Se nota que lo siente, que le sale de manera natural… y eso de «verga», ¡uf!, como en las novelas románticas, me ha llegado a dentro.

Está tocado y casi hundido.

Mis pasos se hacen más rápidos y vuelvo a pisar una y otra vez el mismo espacio, dando vueltas alrededor de la cama.

—Siento tu pene —¡vaya! Se me ha escapado. No me gusta decir

palabras vulgares, así, en frío; pero no se ha dado cuenta y continúo rápido—, en mi boca, mis labios lo rodean, lo besan, lo abrazan, lo chupan…, mi lengua lo acaricia…, lo lame…, saboreando, como si fuese un rico helado…, muer do la cabeza redonda y enrojecida como una ciruela, pero no te hago daño, ¿verdad, mi amor? —Arrastro las palabras al tiempo que oigo sus gemidos y dice: «No, no me haces daño, me encanta sentir tus dientecitos, me vuelve loco».

Vaya, ya le he cogido el ritmo a esto y voy lanzada, y me dejo caer en la cama, atravesada, mirando el techo de la habitación, admirando el juego de sombras y luces que provocan las lámparas encendidas y sigo con el juego.

—Y ahora…, bajo hasta tus bolas… —huyy, me ha salido sin querer—, y paso la lengua despacio, lentamente... para recorrer esos testículos gordos y suaves que posees, llego hasta el ano… y meto la punta de la lengua, primero despacio, jugando, acariciando…, después con fuerza, chocando, queriendo entrar, forzar... hasta hacerte rugir… —oigo sus jadeos y me lo imagino deslizando arriba y abajo su mano grande, rodeando el tronco de esa verga (como él la ha llamado) grande y gorda que posee, acariciándose los testículos—, sé que te gusta, que te vuelve loco y, antes de que grites de placer, subo otra vez. Despacio, lamiéndote, y me lleno la boca de ti, succionando una y otra vez..., tragándome toda la polla, hasta que te corres, aspirando hasta la última gota y relamiendo la punta para que no se escape nada… nada. Todo se queda dentro de mi boca... y me lo trago…, relamiendo una gota que se quiere escapar..., pero no la dejo. Ni hablar. Es todo para mí. —Sus gruñidos siguen, van en aumento, su respiración alterada. Creo que está a punto de caramelo, a punto de soltar el esperma como si fuese la Fontana de Trevi, una fuente colosal. La respiración se tranquiliza, pero solo un poco, y le pregunto con voz melosa, suave:

—¿Te gusta así? ¿Te produce placer?

—Sí, nena, sí. —Oigo cómo resopla, cómo sus manos se mueven, cómo se masturba hasta llegar a correrse, diciendo mi nombre, una y otra vez.

Alejandra, Alejandra, Alejandra…

Objetivo cumplido.

Mmmm, no ha sido tan difícil, pero espero que esto no se convierta en algo habitual; menuda pesadez.

Mis oídos se llenan de esa respiración profunda y suelta una pequeña risa, ronca, un poco nerviosa tal vez. Carraspea e imagino que recoloca su cuerpo, sus ropas y vuelve su fría compostura, o al menos, lo intenta.

—Dios, nena…, haces que me ponga…, haces que me sienta como un muchacho de veinte años. —Yo río tontamente y parece gustarle. Qué fácil está resultando complacerle—. ¿Y tú? ¿Te has corrido? —La pregunta es necesaria, pues quiere que yo sienta como él, necesite lo que él; y le doy el gusto.

Total, qué trabajo me cuesta, ninguno.

—Sí. Es la primera vez, así, de esta manera. —Oigo su risa.

Se siente muy macho.

—Me gustaría tenerte conmigo, aquí en mi casa.

—A mí también me gustaría.

—Pronto. Muy pronto —dice con voz entrecortada. No digo nada. Espero—. Mañana me voy de viaje. Estaré varios días fuera. Me gustaría que vinieras conmigo.

—No puedo. Tengo que trabajar.

—Lo sé —lo dice con pena. No puedo evitar la sonrisa que inunda mi cara. Está siendo tan fácil que me cuesta creerlo. Lo tengo comiendo en mi mano y eso hace que sonría gustosa. Menos mal que no ha pedido vernos por la cámara, pues a eso no estoy dispuesta. No me fío un pelo de la red. Ya sabes, sin saber cómo, ni por qué, apareces en Internet y dices: «Pero… ¿cómo ha ocurrido?»

—Nos veremos cuando vuelvas.

—Lo deseo. No sabes cuánto.

—Yo también. —Pienso que se va a despedir, pero no. Hay un pequeño silencio y continúa hablando.

Me doy la vuelta en la cama y me pongo boca abajo.

—Hoy he tenido un día un poco cabrón.

—¿Por el suicidio de esa mujer? —Él no oculta su sorpresa. Yo no pierdo el tiempo en rodeos.

—Estás al corriente.

—Sí. Más o menos.

—No es de extrañar. Lo sabe todo el país.

—Lógico. Un asesinato primero y luego un suicidio. No es para menos.

Se hace una pausa.

Espero.

Sé que quiere contarme algo.

—Uno de los policías, un cabrón guaperas, poco menos que ha insinuado si yo sabía algo, si se había puesto en contacto conmigo para informarme de sus planes. Será hijo de la gran puta. ¡Joder! No

puedo con estos policías de mierda que se creen más listos que nadie. Incultos de los cojones —termina murmurando. Se ve que ese poli, le ha tocado un poco la moral.

—Bueno, no te enfades. Ya sabes que, a veces, las personas que atentan contra sus vidas, suelen llamar a sus seres queridos o algo así; como Marilyn Monroe, ¿no? —Rompe a reír, soltando una carcajada que entra por mis oídos.

Deseo cortar la comunicación.

Deseo ponerme con mis cosas.

Pero no lo puedo hacer.

—Sí. Seguramente, ese teniente pensaba lo mismo que tú. Eres adorable, ¿lo sabes?

—Pues… no.

—Pues sí. Adorable, bella, inteligente, astuta…, creo que me estoy enamorando de ti. —No digo nada, pues no esperaba algo así, tan pronto, tan de sopetón y después de un sexo telefónico.

—Seguramente dices eso, porque estás eufórico después de…, ya sabes. —Vuelve a reír con ganas.

Ya sé que le encanta el vocabulario vulgar en el sexo, pero también le gusta lo contrario fuera del sexo. Vaya, todo eso de ser una puta en la cama y una dama el resto del tiempo. Machismo puro, vamos.

—Eres adorable —repite y su voz suena más áspera, más ronca—. Nunca me he sentido así. Nunca. ¿Qué me has hecho? ¿Qué me has dado? —No contesto, quiero que siga hablando, quiero ver hasta dónde llega, quiero que sea él, el que cuelgue—. No he dejado de pensar en ti; hasta cuando estaba en la comisaría, contemplando el careto de ese gilipollas, pensaba en ti. Llenas mi cabeza, llenas mis pensamientos… no, no los llenas, los invades. Te has metido dentro de mi cabeza y es algo que me asusta, pues no me he sentido así, en la puta vida. Seguro que ese teniente, si me oyera en estos momentos, pensaría que me he quitado a Patricia de encima para estar contigo. —Sigo sin decir nada, pero pienso que el teniente en cuestión, se le ha metido en la cabeza, casi tanto como yo—. Te quieres creer que el muy cabrón, insinuó que yo podría haber inducido a Patricia para quitar a mi mujer de en medio y luego, como soy psiquiatra, comerle el coco para que se suicidara y que le hubiera suministrado las pastillas, menos mal que no ha seguido por ese camino, porque si no, le meto una querella que se le cae el pelo. Aunque he tenido que reconocer que sí, que el Aderall y el Xanas se lo receté, pero hace tiempo. Antes de tirármela. Me dijo que estaba muy nerviosa y que tenía estrés en el trabajo —dejo que siga hablando, parece que está en la consulta de un psiquiatra, bueno, consulta telefónica—, le habré

hecho dos recetas de Aderall y otra de Xanas. ¡Cojones! La tipa se las guardaría para tomarlas todas juntas. Menuda cabrona hija de puta y ahora ese tipo, esa mierda, dice…, me cago en la puta. —Ahora sí decido intervenir, pues parece demasiado alterado.

—No le des importancia, es lo mejor. —Mis palabras son tranquilas y reposadas, mientras juego con mis piernas, moviéndolas arriba y abajo—. Te lo dice una hija de policía. Recuerdo que mi padre siempre decía lo mismo: «Cuanto más gritan, cuanto más se quejan, cuanto más te amenazan…, más tienen que ocultar». Era una de sus frases preferidas, y la mayor parte de las veces tenía razón.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio.

—¿Crees que oculto algo? —Mi risa llena el espacio, pues no esperaba esa pregunta.

—Todos ocultamos algo, John. Pero no, no creo que matases a tu mujer. Que tú mandases matarla. El suicidio de esa amante, pone las cartas boca arriba. Es el arrepentimiento en todo su esplendor. Reconozco lo hecho, me arrepiento de ello y no puedo vivir con esa culpa. No hay más. La policía no puede sacar petróleo, donde solo hay barro. —Hago una pequeña pausa, pero no dice nada y continúo, y sigo moviendo las piernas de manera nerviosa—: Seguro que ese teniente, es un creído, vanidoso, pagado de sí mismo, pero, sobre todo, envidioso. La envidia es el peor pecado, y ese hombre, envidiará todo lo que tienes, todo lo que posees, pero, sobre todo, envida lo que eres —dejo de hablar y espero.

—¡Hostia! Deberías dedicarte a la psiquiatría. O mejor, deberías ser la esposa del presidente —bromea, pero se nota que está más tranquilo—. Gracias por la confianza. De verdad, te lo agradezco.

—De nada.

—Voy a contar las horas, los minutos, los segundos. —Su voz suena ronca, algo más de lo habitual.

—Yo también. —La llamada se corta.

Resoplo.

Me vuelvo a poner boca arriba…

Y pienso.

Tiro el móvil encima de la cama, me incorporo y me dirijo a la ducha.

No sé cómo, ni por qué, me he acordado de él.

Tal vez ha sido al hablar de la policía.

Es igual.

Dejo que la lluvia de la ducha aplaste mi cabello y que recorra todos los planos y redondeces de mi cuerpo. Pego la frente en el mármol y pienso en él, mientras siento el calor sobre la espalda. Es tan agradable, tan placentero. Llevo la mano al centro de los muslos y me toco, me acaricio, para terminar masturbándome de forma violenta y sin dejar de pensar en él.

Jared, Jared, Jared.

Capítulo 12

Creo que ya es hora de que te cuente lo que pasó; pero no la versión oficial, no.

La verdad.

Ya sabes que cuando mis hermanos me forzaron, abusaron, violaron, llámalo como te dé la gana, mis padres estaban celebrando su aniversario de boda. Habían ido a Baja California, Los Cabos, cerca del cabo San Lucas y cuando volvieron, nos dieron la sorpresa. «Hemos comprado una casa —dijeron—, una casita cerca de la playa, preciosa, necesita algunos arreglillos y cuando estén hechos, tendremos una casa de vacaciones estupenda».

Yo no dije nada, nunca decía nada, nunca protestaba, nunca me quejaba, pero mis hermanos pusieron el grito en el cielo. «Para qué queremos una casa en el quinto huevo —dijo el mayor—, vivimos en San Francisco, aquí tenemos playas de sobra, eso está muy lejos y, además, no es de Estados Unidos». Mi padre le dijo con voz pausada y grave, sin elevar el tono, que cerrase la puta boca y que aquí se hacía lo que él decía. En el momento que no le interesara, que se fuera a la puta calle y a otra cosa, mariposa. Eso de mariposa no lo dijo, es cosa mía. El caso es que todos los veranos pasábamos un par de semanas en la casita, sin contar con las escapadas que hacían mis padres. Nada de coger avión ni esas chorradas, decía mi papito, el coche era el medio de transporte ideal, según él, pues le gustaba conducir y le gustaba su Cadillac blanco como la nieve.

Damos un salto en el tiempo. Nos encontramos en el verano de 2005. Nosotros tres, llevamos una semana en Baja California, nuestra casa está entre Rancho Nuevo y El Ca joncito, nada que ver con los lujos de Cabo San Lucas, pero no importa. Todo esto es precioso y

como dice papá, más de trescientos días de sol al año y unas playas preciosas y todo el océano Pacífico para nosotros, qué más quieres. El viernes llegan mis hermanos para pasar unos días. No vienen en coche, pasan de esas chorradas de estar conduciendo horas, pudiendo coger un avión que les deje en el aeropuerto de Los Cabos y desde allí alquilar un coche para llegar a la casa. El mayor está de baja, por un brazo roto, pero pronto se incorporará a los Marines, y los mellizos, después de dar tumbos por un sitio y por otro, de empezar unos estudios, dejarlos y coger otros, por fin saben lo que quieren; serán policías, como el patriarca. Padre se siente orgulloso, no en exceso, pero bueno, agradece que, por fin, tracen un futuro a seguir. Porque les ha avisado: «No me vais a dejar en evidencia, ya tenéis edad para labraros un porvenir y no voy a consentir más tonterías, seréis policías y de los mejores, de eso me encargo yo, ya lo creo, yo y mis amigos, pues vais a tener docenas de ojos mirando lo que hacéis y lo que no hacéis».

En realidad, les quité un peso de encima, porque ese par de gandules no habrían sido buenos policías, ni viviendo mil años.

Cuando digo «buenos policías», no quiero decir honrados, quiero decir buenos policías, según el criterio de papá.

Bueno, no voy a alargar esto. Es sábado, hemos terminado de comer, hace calor y hay humedad, mucha humedad, como si quisiera entrar una tormenta del centro del Pacífico. Los chicos han salido por la noche, pues han estado de farra en San José del Cabo y después en Cabo San Lucas, disfrutando de las dos ciudades que dan al golfo de California; al mar de Cortés, como el apellido de madre, como el descubridor español, aunque ellos están más pendientes de las mujeres y de las botellas de tequila que de las hermosas vistas de estos parajes. Parece que ya se han olvidado de todo lo que despotricaron sobre la adquisición de la casa, en especial el mayor. Ahora todos son alabanzas al clima, a las gentes y al paisaje; pero especialmente, a las mujeres. Dicen que no hay nada como las mujeres mejicanas y padre les ríe la gracia, añadiendo que por eso se casó con una. Los chicos no le recuerdan cuando hace alusión a que todos descendemos de españoles, aunque hayamos nacido en otro país.

Pero, aunque a Antonio le guste que sus hijos sean un poco juerguistas, no les da opción a que estén durmiendo a pierna suelta toda la mañana. «Ya echaréis la siesta», les dice. Y cuando estoy recogiendo la cocina, ellos roncan como cerdos, los tres, y mis padres han terminado de fornicar y no pasan ni diez minutos, cuando se entregan a Morfeo. Así son las vacaciones de mis padres en Baja California, disfrutar del sol, del mar, de la bebida y comida, para terminar con una buena sesión de sexo y culminarlo con un sueño

reconfortante.

Oigo el ruido de los ventiladores de techo. El del salón, el del dormitorio de los chicos y el de la habitación de mis padres. Mi habitación también tiene uno, pero está apagado, porque yo me voy a ir en cuanto termine. Van a dormir un par de horas, mínimo hora y media, los chicos tal vez más, pues han bebido sangría en la comida, vino tinto, agua, azúcar, limones y cubitos de hielo, como se prepara en México, algo diferente a la española, y con el tequila de la noche anterior, que aún estará recorriendo sus venas, tienen para rato. Mi padre hará lo de siempre, pues es un hombre de costumbres y un fumador empedernido. Pondrá los pies en el suelo y, todavía sentado en la cama, cogerá un cigarrillo y lo prenderá.

Y entonces: ¡booommm!

Así que termino de recoger y dejo todo como los chorros del oro, a pesar de lo que voy a hacer. Abro las llaves de los hornillos y la del horno también, dejándolo entreabierto. Me voy a mi habitación, me quito la ropa que llevo, me pongo el bikini más nuevo que tengo, unos pantalones cortos y una camiseta. Los pantalones son unos vaqueros viejos que le he cortado las perneras, dejándolos suficiente mente cortos, pero sin rayar en la indecencia y la camiseta es nueva, celeste como mis ojos, solo le falta un vivo negro para ser idénticos. Me pongo unas chanclas y cojo la bolsa étnica que mi padre me trajo de su último viaje a Ciudad Juárez.

Ciudad Juárez.

He oído decir a mi hermano mayor, que padre hace demasiados viajes a Ciudad Juárez. La excusa es que mi madre todavía posee unas tierras allí, pero yo sé que no es cierto, que hace tiempo que las vendió.

Llevo un pareo, protección solar, algo de calderilla y nada más.

Salgo de la casa y no me molesto en mirar atrás, ando, ando y ando, hasta encontrarme con una amiga en playa Cerrito. Nos saludamos con unas risas, al tiempo que me pregunta si mis padres me dejarán ir a Cabo San Lucas mañana noche. «Supongo que sí —le digo —, pues estando mis hermanos todo es posible». Cuando Gina, así se llama, me cuenta que ha conocido a un chico la noche de antes y que está tan bueno que da ganas de pegarle un mordisco, ya he puesto el piloto automático. Ella dice que el buenorro tiene casa en Laguna Hills y que su familia está forrada. Está deseando que le enseñe la mansión, cuando no estén los padres. Yo sigo con el piloto automático. Se me da muy bien eso, pienso en mis cosas, pero atiendo a todo lo que me dicen, de modo que cuando me preguntan, no tengo ningún lapsus, siempre sé de qué va el tema, además, conocemos las mansiones de Los Cabos, por fuera, y Gina siempre ha deseado ver una; cree que yo

también, ¿para qué decirle que no, para qué decirle que esas casas no me provocan ni envidia, ni deseo, ni nada por el estilo?

Que piense que eso es una prioridad para mí, igual que lo es para ella.

Que piense que tengo los mismos deseos.

Me trae al fresco.

Cuando se produce la explosión, Gina está echando la siesta entre sol y sombra y con los auriculares puestos y yo estoy despierta, y Queen atronando mis oídos.

A lo mejor puedes entender que mis hermanos se merecían un castigo, ¿pero mis padres?

Verás, todo tiene su complejidad. Las cosas no son blancas o negras, hay matices, muchos colores y, sobre todo, muchos grises.

Centenares de grises.

Mi padre, desde ahora voy a referirme a ellos por sus nombres, Antonio Pacheco Díaz y Sara Cortés Juárez, bueno, pues Antonio, un hombre guapo, pero guapo donde los haya, moreno, ojos azules, los míos son los suyos, no solo el color, la forma, las pestañas, el tamaño, todo; alto y carismático. Sara, Sarita, como la llamaba cuando se ponía zalamero y ella farruca, tenía el pelo castaño, algo más oscuro que el mío y los ojos verdes. Guapa, guapa, guapa. Una belleza.

A cada uno, lo suyo.

Antonio, ¿fue un mal padre? Ante los ojos de los demás, no. Se preocupaba de sus hijos, especialmente de los varones y adoraba a su niña. Luciéndola, presumiendo de hija, siempre, a cualquier edad. Tenía un carácter fuerte y era un pelín machista, unas veces, y otras, descaradamente machista. Amaba a su mujer con locura, pero eso no quitaba que le fuese infiel. El sexo no tenía por qué estar relacionado con el amor. El amor debe tener sexo, pues es lo lógico, cuando llega el momento, pero el sexo no es amor. Era una de sus frases. Como decía a sus amigos: «Joder, me lo ponen delante de las narices, les estoy viendo las bragas cuando abren las piernas para que yo las vea, cuando no mira el marido, hostia puta, ¿qué hace un tío ante esa tesitura?, te follas a la tipa y punto».

Ya te habrás hecho una idea de cómo soy, ahora, pero cuando era niña y adolescente, hasta el momento de quedarme huérfana, siempre fui prudente, callada, observadora, no dando quehacer a mi madre, ni a las maestras…, era tan buena que en lugar de eso, me veían rara. Tengo una inteligencia que supero a la media con creces y siendo pequeña, mientras jugaba con los puzles, que era lo que más me gustaba, o mirando las páginas de libros infantiles, reconociendo letras y palabras en silencio, al tiempo que oía conversaciones que se

quedaban grabadas en mi cabeza, hasta que llegaba el momento de interpretarlas y asimilarlas, sacándolas del lugar donde las había guardado. Y esa frasecita de Antonio, la escuché cuando tenía cuatro o cinco años, mi padre tomaba unas cervezas con dos amigos en el jardín y Sara estaba en la peluquería.

Los amigos añadían entre risas y tragos a la botella, más con murmullos y bajando la voz, para que la pequeñaja que jugaba en el césped no oyera lo que no debía y fuera luego preguntando: «¿Qué es “follas”, papi?, ¿qué es “tipa”, papi?».

O peor todavía: «¿Qué es “follas”, mami?».

Porque «bragas, piernas, marido y tío», sabía su significado.

Pero yo disimulaba muy bien, y cuando las cervezas iban cayendo, se olvidaban de bajar la voz y estaban convencidos de que esa rubita que estaba dale que te pego con los cubitos de letras, o de números, o con esos libros de dibujitos y palabras, no se percataba de la conversación de ellos.

Y a mí, una de las cosas que más me gustaba, era oír hablar a mi padre.

Y si esas conversaciones eran de mayores, más todavía.

«Joder —continuaba Antonio—, si Sara se entera que me he tirado a su amiga Andrea, me saca los ojos y luego arrastra a la otra de los pelos por toda la puta ciudad».

Y un amigo añadía: «Me cago en la puta, Pacheco, las amigas de tu mujer hay que respetarlas, igual que las de los amigos».

«¡Pero qué cojones —argumentaba el aludido—, que se hagan ellas de respetar!, yo no tengo la culpa si son peores que putas. Te echan miraditas, te ponen morritos, te cruzas con ellas en los pasillos y te dan un restregón con las tetas que te dejan bailando, ¿qué quieres, que quede por maricón?, antes muerto. A la putita de Andrea, me la follé en uno de sus cuartos de baño cuando todos estaban en el jardín, mi mujer incluida. Y os juro que yo no llevaba intención alguna, de verdad, no me miréis así. Entré en la casa y fui al baño de abajo para lavarme las manos, como estaba ocupado, iba a ir a la pila de la cocina, cuando apareció ella y con una sonrisa deslumbrante me dijo: “No, Antoniiio, ven”, y la seguí al piso de arriba. Nos metimos dentro y antes de poner las manos en el lavabo, se subió la falda del vestidito que llevaba, se bajó las bragas en medio segundo y ella misma me sacó la polla. Y como había tanto alboroto con los críos, la música y las conversaciones, se permitió el lujo de gritar lo que quiso mientras entraba y salía una y otra vez de su coño. ¡Joder, menudo polvazo!, creo que me supo más rico por la tensión del momento, porque estaba el gilipollas del marido abajo, dándole vueltas a la carne, bebiendo

cerveza y riendo como un idiota mientras yo me tiraba a su mujer, y la mía, de chismorreo con alguna de las invitadas. Fue la rehostia. Ese tipo de sexo, muchachos, tiene un morbo bestial. Te carga las pilas y cuando coges a la parienta por banda, la dejas jadeando y pidiendo más».

Así era Antonio. El sexo ocupaba un espacio vital en su vida, pues decía que algo que más tarde o más temprano se iba a terminar, cuando estabas en tu apogeo, había que aprovecharlo a tope. Y mi madre nunca se lo negaba, yo era testigo de ello, pues dormía pared con pared, y sus gemidos, suspiros y toda clase de ruiditos sexuales entraban por mis tiernos oídos dando lugar a que mi imaginación discurriera de una forma diferente a la de otros niños de mi edad.

Pero él lo tenía muy claro: mujer que se le pusiera por delante y fuese de su gusto, se la tiraba y se quedaba tan pancho.

Capítulo 13

Solo me pegó una vez, pero esa vez, me dio tal bofetón que llevé un ojo morado una semana. Fue la primera vez que vi a Jared. Había oído hablar de él, pues mi padre lo mencionaba muy a menudo, cosa que, a mis hermanos, los mellizos, les repateaba bastante. Que si Jared esto, que si Jared lo otro, que si Jared es un tipo cojonudo, que si va a llegar muy lejos en el cuerpo, etcétera, etcétera.

Hacía poco que había cumplido los quince y, a pesar de que seguía siendo igual que cuando era pequeña, de carácter me refiero, mis hormonas hacían de las suyas; lo lógico, si no, hubiese sido un bicho raro.

Más raro.

Jared era policía, tenía los mismos años que Diego, el mayor de mis hermanos, veinticinco, y era el chico más guapo que habían visto mis ojos. Había venido a casa, a traer unos expedientes a mi padre; por cierto, expedientes que no debían salir de la comisaría. Iba con el uniforme y desde el momento que le abrí la puerta hasta que se fue, no dejé de mirarlo; y mi padre, es decir, Antonio, se dio cuenta, igual que se dio cuenta el interesado.

Jared era castaño y cuando el sol daba en su cabello ligeramente ondulado y peinado hacia atrás, sacaba reflejos rojizos, de hecho, la barba la tenía de ese color, rojiza, pues seguramente de niño fue un rubio rojizo, no pelirrojo. Tenía los ojos más hermosos que he visto en un hombre, grises, como el acero, grandes, con pestañas largas y espesas, rubias y castañas, su boca, bien dibujada, bien equilibrada, grande y de labios golosos. Su frente amplia, nariz de hombre y mandíbula cuadrada, masculina al máximo. Alto, algo más que

Antonio, como metro ochenta y ocho o noventa. Estrecho de

caderas y ancho de hombros, pero delgado, fuerte, elástico. Y sus manos… qué manos…, eran preciosas, grandes, de dedos largos, fuertes, elegantes. Su piel estaba curtida, pero de esa manera que se curten las pieles blancas, las delicadas, las de los rubios o pelirrojos, y eso quiere decir que, para tener veinticinco años, tenía ya ligeras arrugas en la frente y alrededor de esos bellos, bellísimos ojos.

Nunca podré olvidar ese rostro.

Nunca, esos ojos.

Nunca, esa boca.

Nunca, esas manos.

Y como una tonta de capirote, lo estuve mirando todo el tiempo que estuvo en casa, sentada en uno de los sofás, enfrente de él, viendo cómo se tomaba el café que Antonio le había ofrecido y que Sara le había servido con una adorable sonrisa, y cómo, con esa voz grave, ronca y sensual para los oídos de una mujer, para los tiernos oídos de una adolescente, contestaba a las preguntas que mi padre le hacía.

Los sofás eran nuevos, Sara los había comprado un año antes, pues quería algo más moderno, más elegante, de manera que ya no estaba ese sofá donde mis hermanos me violaron, y donde la manchita de sangre no se llegó a quitar, quedando un borrón oscuro. Mi madre me riñó, a solas, diciéndome que tuviera cuidado cómo y dónde me sentaba cuando estuviera con la regla. Yo no dije nada, amagué la cabeza y afirmé varias veces. Ella no se fijó en esa mancha en su momento, no, pues la regla me vino, por primera vez, un mes después de lo ocurrido y ella se fijó un poco más tarde. Antonio dijo que el sofá y los sillones estaban bien, pero Sara se puso tan pesada, que al final pasó por el aro.

Y sentados en los mullidos y cómodos sofás, todos se dieron cuenta de cómo miraba al hermoso adonis, digo todos los que estaban en ese momento: Antonio, Sara, una amiga de Sara. No, no era la tal Andrea y, por supuesto, Jared. Cuando se fue, no tardó mucho en irse la amiga de Sara y nos quedamos la familia. Te puedo decir que no la vi venir, que cuando me di cuenta, mi cabeza giró ciento ochenta grados y si llego a ser la niña de *El Exorcista*, hago el giro total, trescientos sesenta grados, de lo fuerte que me dio.

No lloré, pero las lágrimas saltaron de mis ojos como por encanto, la mejilla se puso caliente como un horno a pleno funcionamiento y el pómulo parecía palpitar como si le hubieran puesto un corazón. El ojo no dio muestras de dolor, llegaría después.

Con el morado.

Las palabras de Antonio sonaron hirientes, duras y sin asomo de benevolencia, en español, pues cuando le salía el genio, todo lo

soltaba en el idioma con el que pensaba: «Como vuelvas a comportarte de esta forma, te pegaré una paliza que la recordarás toda tu vida. ¡Jamás!, óyelo bien, ¡jamás!, debes mirar a un hombre como lo has hecho hoy y a uno que tiene novia o mujer, menos. Y Jared tiene novia y, además, honrada y estoy seguro de que no se queda como una tonta, o peor, como una puta cualquiera, mirando a los amigos o compañeros de su novio. ¿Está claro? ¿Has entendido lo que he dicho? ¿O tengo que darte otra hostia para que asimiles mis palabras?».

Moví con rapidez la cabeza, para evitar otro golpe.

Sara no intervino. No dijo ni una sola palabra en mi defensa como: «Déjala, no es para tanto, lo ha hecho sin malicia, es una cría admirando a un hombre guapo, es lo normal, no tiene mala intención…». Nada de nada. Poco menos que me trató como si fuese una puta, una de esas con las que él se acostaba, o lo hacía en el baño, o contra la pared de un pasillo, mientras los niños de la individua jugaban en una habitación cercana a ellos, para darle más morbo a la situación.

Pero nada, me tragué las lágrimas, las de dolor de corazón, y dije que no volvería a suceder. Me mandó a mi cuarto y ya con los libros abiertos, pensé: «¿Qué les habrías hecho a mis hermanos por lo que me hicieron; si yo por mirar como una boba a un hombre por poco me partes el pómulo?, ¿a mis hermanos, que me violaron por turnos, qué les habrías hecho?».

Me dieron ganas de salir y gritarlo a los cuatro vientos, que se enterasen de una vez por todas, que yo era una buena hija, cien veces mejor que mis hermanos; buena estudiante, educada, respetuosa, obediente y sobre todo, diez veces más inteligente que esos tarados; y de paso, que tenía un golfo, mujeriego y sin escrúpulos como padre, pues estaba segura de que en casa entraba más dinero de la cuenta; y una histérica como madre, que solo pensaba en la juventud perdida, en la belleza que volaba, que se escapaba de un día para otro y que los espejos le daban constancia de ello, de modo que le importaba una mierda lo que le pasara a su única hija.

Ahí fue donde comenzó a germinar la idea de ser huérfana, pero huérfana de verdad, sin familia, nada de nada, total, ¿para qué quieres familia, Alejandra Pacheco, si nadie te protege, nadie alaba tus méritos, nadie mira por ti?

Sí, fue ahí, esa tarde, cuando mi cerebro hizo clic. Y no, no me preguntes si los odiaba, porque no era así; simplemente pensé que estaría mucho mejor sin ellos, que podría planificar mi vida, de una manera diferente y sin coacciones.

Ya está.

Sin más.

Tan simple, que no admitía más teoría.

Tan sencillo, que supe cuando llegaría el momento, porque el momento en sí, me lo haría saber.

Un mes más tarde, conocí a la novia de Jared.

Barbacoa en el jardín de casa. Amigos y compañeros de Antonio que, como él, no estaban de servicio, y a los que le encantaba invitar. Risas, voces altas, más risas, música, olores a salchicha y hamburguesa para los niños y enormes chuleto nes y costillas para los mayores, ensaladas para compensar las grasas y muchas mazorcas de dulce y rico maíz. La puerta de la cocina abierta, para pasar a buscar bebidas de todo tipo, en especial refrescos para los críos y cervezas para los mayores, que ocupaban las baldas del enorme frigorífico, y que Sara y una servidora, habíamos comprado el día de antes.

Ellos llegaron los últimos y el ejemplo que debían imitar y seguir mis hermanos, se disculpó por llegar tarde, pues entre acabar el turno e ir a por su novia, se le fue más tiempo del pensado. Antonio le dio una fuerte palmada en esa espalda ancha y musculosa, mientras sonriendo dijo que no tenía importancia, que ojalá todos los jóvenes fueran tan competentes como él y, de paso, también le dijo que tenía una novia preciosa.

La interesada sonrió.

El novio sonrió.

Mi padre, como buen descendiente de españoles, era un adulador cuando le daba la gana, ya lo decía Sara: «Eres un zalamero, sabes que consigues más lamiendo que ladrando». Y era cierto, pero cuando ladraba, a nadie se le ocurría rechistar, pues mordía.

Preciosa no era, eso estaba más claro que el agua, pero estaba visto que, para él, sí lo era. Jared la miraba como si fuese la única mujer en la tierra, como si fuese una diosa. Sus ojos desbordaban amor en cada mirada, en cada gesto. Sus grandes manos, se posaban sobre la diminuta cintura, abarcándola por completo cuando la cogía para saltar un seto, en lugar de rodearlo, y ella reía tan contenta de tener un novio tan considerado, tan enamorado, y tan guapo.

Los estoy viendo ahora mismo, escondida detrás de un biombo de madera, o desde la ventana de la cocina, mirando entre los visillos; porque en cuanto han hecho acto de presencia, he desaparecido. No voy a estar en el mismo sitio que ellos, mientras los ojos de Antonio me observan por si durante una milésima de segundo, oso mirar a ese

ejemplo a seguir o a su insípida novia. Para nada. Es mejor esconderse y mirar a placer, a gusto, pero controlando que no me descubran y le vayan con el cuento a mi padre.

Es pequeña, menuda, sin tetas, culo sí tiene. Lleva un vestidito ligero, de verano, de florecillas y como apenas tiene pechos y la cadera está en consonancia con el resto del cuerpo, no llama la atención, no va a resultar atrayente para los ojos masculinos.

Si yo me pusiera ese vestidito, se pegaría a mis curvas y todos los ojos masculinos de más de catorce años saltarían de sus cuencas. Con quince años he desarrollado por completo y mis pechos, culo y piernas, harían las delicias de cualquier hombre que se sienta como tal. Pero él, la coge de la cintura y la sienta en su regazo y ella ríe como una tonta, pero como ni tiene tetas ni nada, los demás sonríen ante esa estampa, porque es como si tuviera sobre las rodillas a una hermana menor. Pero de menor nada, pues tiene la misma edad que él, aunque de cuerpo aparente diez y de cara doce y medio.

Oigo a los mellizos decir, a escondidas, que seguramente se la chupará hasta dejarlo seco y por eso está así con ella, pero que se prepare para después del bodorrio, continúan, pues entonces ni la chupará, ni mierdas.

Todas esas cosas las dicen de oídas, pues qué experiencia tienen ellos, ninguna. Pero les gusta hacerse los interesantes, y ese comentario ha sido oído por otros chicos de la misma edad o algo menos y sus mentes calenturientas se imaginan la escena; y eso les pone.

Es rubia, muy rubia, y de ojos azules, piel blanca y pecosa por algunas partes, la nariz chata y un poco respingona; analizándola fríamente, diré que es graciosa, resultona como mucho, pero nada más.

Nada más.

Pero me olvido de eso y recuerdo esas manos, subiendo y bajando por la flaca espalda, cogiendo su minúscula mano, pues desaparece dentro de la masculina, y llevándola hasta unos y otros, para presentarla, para que todos vean lo enamorado que está de esa enana que no vale ni medio dólar. Hay un momento en el que pregunta por mí, no lo oigo, pero leo sus bellos labios, mientras hace esa pregunta a Sara. «Está indispuesta —dice mi mamita—, le ha sentado algo mal y está acostada». «¡Oh, cuánto lo siento! —contesta la rubita, con una vocecita de no haber roto un plato—. Me han dicho que tiene una hija guapísima, claro que viéndola a usted no me extraña».

Sara se pone hueca como una gallina con sus pollos, pero no por mi belleza, sino por la suya y eso que, con cuarenta y cinco años, está

siempre con la misma monserga, que la juventud se pasa, que el tiempo es injusto con la mujer, que los hombres están en lo mejor a esas edades, y más y más y más… Y en esto que se acerca Antonio y mete baza: «Mi mujer es la más hermosa del mundo, pero mi niña es un calco a mí, mis ojos los lleva ella y desde luego, es más alta que Sara. Solo el pelo nos distancia, ella es trigueña, no sé de dónde habrá salido». «De mi abuela, cariño —replica mamá—, mi abuela era rubia como el oro, y con la mezcla, Alejandra ha salido castaña dorada, casi rubia». «Sí, sí —añade Pacheco—, pero a pesar de ese pequeño detalle, es igualita a mí».

Todos ríen las ocurrentes palabras del teniente Pacheco, que no tardarán en ascender a capitán. Y yo, sigo mirando al hombre que ha provocado que algo se mueva dentro de mí. No sé lo que es, no sé cómo interpretarlo, no sé cómo gestionarlo, pero sí sé que duele.

Duele mucho.

No lo vuelvo a ver.

Pero no lo olvido.

Sueño con él.

Constantemente.

Incluso creo que provoco esos sueños.

Cuando tres años más tarde estamos en la casa de la playa, él está en Hawái, de luna de miel. Mis padres no han ido a la boda, porque la novia es de un pueblo perdido de alguna de las Carolinas y se ha celebrado allí. Y cuando la casa vuela por los aires, mientras escucho la potente voz de Mercury pienso qué estará haciendo en esos momentos y si la rubia insípida, se la seguirá chupando durante mucho tiempo.

Ya ha llegado el momento de partir. He vendido la casa y los nuevos dueños harán acto de presencia y les daré las llaves. Tengo todo lo que quiero llevarme empaquetado, he vendido algunos muebles y he llevado la ropa a la parroquia. He recibido el cheque por el solar de la casa de la playa y ya está ingresado en la cuenta del banco. Mañana me subiré a un avión y comenzaré la segunda etapa de mi vida.

La policía de México no me dio mucho la tabarra. Les dije, igual que luego les conté a los compañeros de Antonio, que al terminar de comer me fui al encuentro con mi amiga. Que mamá se quedó recogiendo y que cuando me puse a ayudarle, me gritó enfadada y me dijo que me fuera con mi amiga, que ella se encargaba de recoger la

cocina. Yo obedecí, pues Sara estaba con uno de esos días raros.

Más tarde me enteré de que Antonio había hablado con sus amigos del comportamiento de su mujer. Que tan pronto estaba contenta, como le daba un ataque de celos, o se ponía de mal humor porque decía que las cosas ya no eran como antes.

Al final se llegó a la conclusión de que Sara podía haberse despistado y haber dejado las llaves del gas abiertas, pues la otra versión, la de una Sara depresiva o suicida, dejaba en muy mal lugar a todos.

Estoy cerrando la maleta y me siento encima para hacerlo, cuando estoy a punto de conseguirlo, oigo el timbre y suelto un taco por lo bajini. Como sea otro compañero de Antonio para ver si estoy bien, o una amiga de Sara para traerme otro plato de albóndigas con espaguetis, juro que gritaré.

Sacudo las manos sobre mis vaqueros rotos por las rodillas y en los muslos, y abro la puerta de un tirón. Mis ojos se clavan en la pechera de un polo azul marino, bajan a unos vaqueros desgatados, pero no rotos y en un segundo suben hasta el rostro de Jared.

Es la primera vez que vamos a conversar, es la primera vez que estamos a solas, es la tercera vez que lo veo… y para mi desgracia, siento lo mismo que en el pasado.

Mis ojos se elevan hasta los suyos y sin poder evitarlo, se llenan de lágrimas. Él pensará que es por todo lo ocurrido, lo que no sabe, es que son por todo lo que no ocurrirá. Cuando dice «lo siento» y abre los brazos, no lo dudo, ni un segundo, y me lanzo a ellos. Noto cómo me envuelven, noto su fuerza, su energía y creo estar en el cielo.

Noto mis pechos aplastados contra su torso.

Él también los tiene que notar.

No me importaría pasar el resto de mi vida así.

Cobijada en él.

Pegada a él.

Pero parece que no lo desea tanto como yo, pues me separa de su cálido cuerpo.

Él, me separa y clava esos ojos tan bellos en mí, mirándome con ternura, tal vez con lástima.

Pero no con deseo.

No me importa.

Con que me miren es más que suficiente.

Es la felicidad.

—Siento no haber estado en el funeral. Lo siento mucho. —Cierro

la puerta y sacudo la coleta. Pienso que debería llevar el cabello suelto, para que vea lo hermoso que es, lo espeso y brillante, lo suave que es, a pesar de haberse aclarado con el sol de Los Cabos y volverse rubio desde la mitad de la melena hasta las puntas. Pero en seguida me digo: «No seas tonta, Pacheco, no seas ridícula, acaba de volver de su luna de miel, no hagas el tonto, que Antonio se revolvería en la tumba, si pudiera verte».

—Gracias, Jared. No pasa nada. —Le ofrezco algo, pero lo rechaza. Se sienta en un sillón y yo lo hago enfrente, en el gemelo.

Buen par de sillones que se quedan para el disfrute de los nuevos dueños; unos sillones que hacían juego con los dos sofás que Sara compró. Los podía haber vendido, pero tampoco era cuestión de dejar la casa vacía, además, los que compraron los sofás no se llevaron los sillones porque no tenían sitio.

Espero a que él diga algo, lo que sea; y para mi sorpresa, no estoy nerviosa, pues no espero nada.

—Me han dicho en comisaría que te vas a Nueva York. —Su voz es tan hermosa que mi estómago se contrae con cada palabra, con cada sílaba, con cada letra—. Pensaba que me tomaban el pelo, les he dicho, ¿pero qué va a hacer ella en Nueva York, sola y tan lejos? —No continúa, espera que yo se lo aclare. Pero, de todas formas, qué más le da.

—Me han admitido en la universidad. Lo solicité hace meses, a espaldas de mis padres, nadie lo sabía. Estaba esperando el momento más adecuado para decirlo.

—Tu padre habría puesto el grito en el cielo. Su niña era muy importante para él. Según sé, quería que fueses a cualquiera de California.

—Sí. Así era él. Los deseos de los demás no importaban, solo los suyos. —Me ha salido del alma y me arrepiento al momento, pero me callo.

Es él, el que inclina un poco la cabeza y me mira a los ojos.

—Eh, solo quería lo mejor para ti. Y siendo hija única, normal que no quisiera que te fueras lejos. —Noto esos dedos largos y cálidos, que se colocan debajo de mi barbilla y me elevan el rostro.

Me cuesta Dios y ayuda, no humedecer los labios y morderlos, mientras esas lagunas como un mar de plata a punto de tormenta, me miran, me analizan. Se dará cuenta de que me gusta, se acordará de la primera vez.

Mi lengua no se retiene, no se frena.

Quiero saber y quiero que sepa.

—¿Te acuerdas de la primera vez que estuviste aquí? —Los ojos grises muestran sorpresa ante la pregunta y duda. Hace memoria, poca, pues tampoco han pasado mil años y mueve esa cabeza masculina, varonil, perfecta.

—Sí. Le traje unas fichas policiales. —No añade nada más.

—Antonio me pegó un bofetón cuando te fuiste. Tuve la mejilla dolorida durante días y el ojo morado toda la semana.

—¡Venga ya! ¿Por qué? —No contesto, pero no dejo de mirarlo. Él sonríe y deja ver unos dientes blancos y bien colocados. Perfectos. Como todo él—. ¿Porque no dejaste de mirarme? ¿Por eso? —No digo nada, pero él ya sabe—. ¡Por Dios! ¡Qué tontería! Si eras una cría. —Me coge la cara entre sus manos y noto el calor de esos dedos, de esas palmas. ¡Ay, Dios del cielo!—. No guardes los malos recuerdos, Alex. Solo los buenos. —Deseo que me bese, deseo que me haga el amor, que sea el primero. Parece intuirlo, huele el peligro y me suelta la cara, apoyando la espalda en el sillón y haciendo más evidente la separación entre nosotros.

—¿A Columbia? —pregunta, volviendo al tema de la universidad. Sin darme cuenta, bajo la mirada y veo el bulto de sus pantalones. Tiene una erección, o media erección, no sabría decir, pues no sé qué tamaño tiene en estado normal. Miro al suelo y contesto con rapidez:

—No. La de Nueva York. —Su presencia es abrumadora. Siento el corazón a mil por hora.

Estamos solos.

Solos.

Él y yo.

Podemos hacer cualquier cosa.

Si él quiere.

En los sillones.

O en el suelo.

—¿Tienes a alguien? —Parece que su voz suena más grave, o más ronca.

Como una tonta, sigo con la mirada baja.

—No.

—Te vas a encontrar muy sola —afirma con aspereza. Elevo la mirada y nuestros ojos se encuentran, se analizan y casi noto que me desea, como yo a él; y no sé por qué, me pregunto si la enana estará preñada—. —Tengo familia allí. Puedo darte las direcciones, por si necesitas algo.

Muevo la cabeza negando.

No necesito a su familia.

A ninguna familia.

Lo quiero a él.

Solo a él.

—Gracias, pero no lo necesito. Voy a estar muy ocupada.

Voy a estudiar, todo el tiempo que pueda y buscaré un trabajo en cuanto llegue. Esa idea llevo. Estudio y trabajo. Nada más.

Cuando he soltado todas esas frasecitas, me arrepiento. A fin de cuentas, sería un nexo de unión.

Pero ¿para qué quiero un nexo de unión?, ¿para saber los hijos que va a tener?, ¿para saber lo feliz que es con su enana…? Baaahh, que los follen. A todos.

No quiero contactos con familiares de este hombre que me saca de mis casillas.

No deja de mirarme. Esos ojos me traspasan y me hacen sentir vulnerable.

—Con los idiomas que dominas, no tendrás problema. —Lo miro como una tontita, contenta de que sepa cosas mías. De que esté informado de que soy una chica inteligente. Muy inteligente. De que tengo una beca que poca gente consigue.

Pero para mi consternación, veo cómo apoya sus bellas manos sobre los reposabrazos del sillón.

Se levanta y se dirige hacia la puerta. No oculta el bulto de sus pantalones, pero parece que le disgusta.

Le sigo en silencio. Casi pegada a su espalda.

Antes de abrir, se vuelve y se agacha, apenas un poco, pues yo no soy una enana como su esposa, para darme un beso en la mejilla. Pero yo, como una mendiga de amor, me lanzo a su cuello y pego mi boca en la suya.

Se queda quieto unos segundos y, dándose cuenta de mi inexperiencia, me roza con los labios y con la lengua hace que abra la boca. Yo obedezco a la primera y abro un poco, con vergüenza y veo cómo él clava los ojos en mis labios, en el interior de la boca, mirándola con lujuria.

Tiemblo como una hoja.

Deseo tanto a este hombre que estoy dispuesta a dárselo todo.

A ofrecerme de la forma que sea, aun a riesgo de parecer una puta.

No me importa.

Ahora ya no está Pacheco.

Nadie me va a decir lo que tengo que hacer o no hacer.

Y él, lo nota.

Se lanza sin pensarlo más y dejo que sabotee mi boca, que me la coma de tal manera, que después de unos minutos de lamer mis labios, de chuparme la lengua, de recorrer el interior como un poseso y de enganchar mis labios entre los suyos, siento el primer orgasmo de mi vida adulta, el primer orgasmo que no se ha producido por el movimiento de mis manos, de mis dedos entre los muslos.

Pensando en él.

Solo en él.

Él, me ha provocado un orgasmo con un beso, un beso tan profundo, tan sensual, tan poderoso, que me ha dejado… como suspendida en el aire, como perdida en el viento, como a punto de caer al vacío, sin nadie que te espere para cogerte.

Se da cuenta y se pega a mí, restregando esa erección contra mi pelvis, tocando los laterales de mis pechos y mi respiración se hace violenta, ya me he olvidado del vacío, de la caída, pues ahora espero algo mucho más grande, y de una, me quito la camiseta y veo cómo clava la mirada en mis pechos que, a pesar de llevar un sujetador blanco, sencillo, sin encajes, ni rellenos, los muestra tal y como son: perfectos.

Veo y siento cómo lleva esas manos tan admiradas al corchete trasero del sujetador, y sin titubeos y mirándome a los ojos, los deja libres. No ha dudado ni un solo momento. Y al oír cómo sale de su garganta una exclamación apagada, una corriente eléctrica recorre mi cuerpo, y al sentir esas manos grandes que se colocan debajo de los senos de la manera más delicada, para bajar la cabeza, besarlos y a continuación, tomar un pezón con la boca y succionar con fuerza, mientras sigue acariciando los laterales, para apretarlos con suavidad, para lamer un pezón y luego el otro, para no dejarlos ni un solo momento…, vuelvo a tener otro orgasmo y deseo que me arranque los vaqueros y que me toque por todos los sitios prohibidos.

Pero me contengo.

Ahogo mis gritos.

Me muerdo los labios, para controlar mis más bajos instintos.

Y me concentro en lo que está haciendo.

Dejo que sea él, el que lleve el ritmo.

Que decida por mí, para no espantarlo.

Pero no puedo, ni quiero evitar mover mis pechos contra su cara, contra su boca, para que él note cómo me gusta lo que me hace.

Me concentro en sus labios, noto sus dientes, noto la lengua, noto

la presión de esas manos sobre los laterales de las tetas, cómo las aprieta, las manosea, las mueve.

Juega con ellas, disfruta con ellas y yo disfruto más todavía.

Trago aire sintiendo que me falta, que me ahogo de tanto placer. No sé cuánto dura, pero es la sensación más divina que pueda sentir. Mi cuerpo vibra, mi cuerpo tiembla, deseando más, deseando que me quite el resto de la ropa y él haga lo mismo. Deseo fervientemente que me haga suya, que entre dentro de mí hasta hacerme gritar de placer, o de dolor, me da lo mismo, pero quiero más. Dios del cielo, jamás pensé que algo así fuese tan maravilloso, y se lo hago saber con mis gestos, con mis movimientos.

Está apoyado en el respaldo de uno de los sillones, para quedar más cerca de mis pechos, sin dejar de chupar, de lamer, de acariciar con esas manos, para menearlos y estrujarlos, notando que cada vez le cuesta más controlarse, que está excitado, que no se va a conformar con ponerlos colorados de tanto sobo, de tanta boca y lengua.

Nuestras respiraciones se hacen más ruidosas, los ruidos que hacen nuestras bocas, nuestras gargantas y vuelve a besarme, y esta vez lo espero con la boca abierta, ofreciéndole la lengua, para que me la chupe, para que la devore. Y yo hago lo mismo, cogiendo su lengua entre mis labios, emulando el acto sexual… y entonces, él ataca de nuevo, comiéndose mi boca y mordiéndome el labio inferior, abandonando los labios y capturando un pezón para chupar con violencia, y sin darme cuenta, de repente, siento que la cabeza me da vueltas y me agarro a sus cabellos, pero no quiero que deje de hacer eso. Quiero que siga chupando de uno y de otro y quiero que me toque en ese sitio… y entonces, parece darse cuenta de mis pensamientos y… para.

¡Para!

Por todos los santos.

De golpe, en seco.

Siento como si me cayese por un precipicio, o por una catarata, o de un edificio de cien plantas.

Esto sí que es el vacío.

Vacío total.

Estoy boqueando, como un pez fuera del agua, un pez que se queda sin respiración; un pez tonto e indefenso, que mira a su captor sin saber que es su captor.

¿Y él?

Él está alterado y me mira traspasándome con esa mirada intensa, penetrante, preciosa; y sé que no va a seguir, que va a ser un caballero

y no se va a aprovechar de la hija de un compañero, aunque ese compañero esté muerto.

O tal vez es otra cosa.

Tal vez no quiere engañar a esa flaca, a esa poca cosa con la que se ha casado.

Tal vez se trata, lisa y llanamente, que no quiere ser infiel.

Tengo ganas de gritar.

De patear el suelo como si fuese una niña pequeña.

Maldita sea. ¿Por qué tienes que ser tan considerado, por qué tienes que respetarme? Yo no lo deseo, yo te deseo a ti. Deseo que me hagas lo que quieras, que me maltrates si es tu deseo, que me uses como si fuese una puta cualquiera, que te lleves mi virginidad.

Esa virginidad que no tengo, ya lo sé.

Pero dentro de mí, me siento virgen, soy virgen; y te lo daría a ti.

Solamente a ti.

Alejandra Pacheco, no te creas tan importante, ni tan perfecta; igual, en este momento, solo hay un pensamiento en la cabeza de este hombre: ella.

No quiere serle infiel, no quiere dejarse llevar por un par de tetas que le quitaría el sentido a cualquiera, no quiere enloquecer por un cuerpo perfecto, por una cara preciosa, pues para él, es más importante el amor que el sexo.

Es más importante su esposa que la huerfanita que tiene delante, por muy buena que esté.

Su esposa.

Suya.

Ante Dios, ante los hombres.

¿Y él?

Es de ella.

Solo a ella le pertenece.

Yo no soy nada, solo un cuerpo para la lujuria.

Y en este caso, ni eso.

Es tan honrado que no se aprovecha de la situación.

Es un gilipollas, como diría Pacheco.

A pesar de que casi pierde el control, disfrutando de unas tetas gordas, perfectas; que sabe que todo lo demás lo tiene en la palma de la mano, a pesar de ello, no se aprovecha de mí…

O no traiciona a su esposa.

Se agacha y coge la camiseta para dármela, para que me tape y yo,

avergonzada, lo hago. Pero lo que quiero, lo que deseo hacer, es gritarle, decirle que me tome, aunque solo sea una vez, para llevarme ese recuerdo de él.

Pero no hago nada de eso.

Estoy enrojecida, de vergüenza, de deseo, de ansia.

Y miro su espalda, pues se ha dado la vuelta.

Para no verme.

Para calmarse.

Para controlar su cuerpo.

Se pasa las manos por el pelo, suspira, respira a fondo, deja pasar un par de minutos, mientras yo no quito los ojos de esa espalda poderosa y de esas caderas estrechas como las de un torero en sus mejores tiempos.

Por fin, se vuelve, y ya llevo la camiseta, pero sin sujetador; algo así como para retarlo, para que se fije en los pezones erectos de esas tetas duras que poseo.

Pero es igual.

No se deja manipular.

Me mira con ternura, desliza unos dedos por el borde de mi rostro y su hermosa voz llena mis oídos.

Mi cerebro.

—Que tengas mucha suerte. Adiós, Alejandra.

Se va.

Abre la puerta y sin dedicarme una última mirada, sale y cierra con suavidad.

Me dejo caer al suelo y lloro todas las lágrimas del mundo. Hasta que me quedo sin ellas.

Y me levanto, y me pongo el sostén y voy al baño para refrescar el rostro, para mitigar las huellas del llanto, del soponcio, antes de que lleguen los nuevos dueños de la casa que fue de mis padres.

Esa fue la última vez que lloré.

Ese fue el momento clave, para que los sentimientos se evaporaran, se anularan, se ausentaran.

Ausencia: carencia, omisión, falta, defecto, escasez, insuficiencia.

Desde entonces, he sido la mujer más fría y cerebral que puedas imaginar.

Más, incluso, que cuando maquiné la muerte de toda la familia.

Capítulo 14

Es un poco desconcertante ver cómo puedes manejar a un hombre, igual que si fuese una marioneta; a un hombre inteligente, poderoso, con una fuerte personalidad. Como arcilla en las manos. Lo moldeas y lo vuelves a moldear. Pero tienes que tener cuidado, porque no es tonto, se puede dar cuenta y entonces, todo volará por los aires y no quiero eso. Quiero ser la que lleve el mando, aunque él crea que domina la situación, que es el machito alfa.

Que todo se hace a su gusto.

Pues dejaremos que lo crea.

Dejaremos que se crea superior.

Burton se siente a gusto, está feliz cuando me tiene a su lado y me añora cuando me alejo. Desea que deje de trabajar, dice que odia no poder disponer de mi tiempo, no poder tenerme en su casa. Quiere que nos casemos después de Navidad. Me ha regalado un diamante que abulta tanto que resulta obsceno. Obsceno el precio, obsceno el tamaño, pero tan hermoso que quita el aliento. Cuando se entera de que me lo quito para ir al trabajo, se enfada, pues su deseo es que esté siempre en mi dedo. No se da cuenta de lo incómodo que es, de que no resulta práctico para la vida cotidiana, de que yo no soy Elizabeth Taylor. Pero al final abre los ojos y se presenta otro día con uno más discreto, de menos quilates, pero con una peculiaridad, es azul; un diamante azul muy claro, montado en platino. Dice que el grande me lo puedo poner para ocasiones especiales y este, para todos los días. Accedo. Total, cumplir esos deseos no cuesta trabajo.

A mediados de enero nos casamos y vamos de viaje de novios a Londres, París, Venecia y después Roma. La boda ha sido discreta, íntima. Cuatro amigos por su parte, mi exjefe y su esposa por la mía,

sus padres, que viven en Filadelfia, y nadie más. Tiene una hermana que vive en Texas, casada y a punto de parir, de hecho, cuando acabó la ceremonia, los padres cogieron un avión para estar con ella. Rápido me doy cuenta de que la relación entre ellos no es muy estrecha, cosa que me agrada pues así no tengo que estar con las tontunas de suegro y suegra. Él es cardiólogo retirado y ella diseñadora de interiores, pero también jubilada, aunque de vez en cuando decora la casa de una amiga o de alguien por el estilo. Estoy al corriente de que no les hizo gracia la elección de carrera del hijo, pues ambos esperaban que siguiese la profesión del padre; y parece ser, que cuando se casó con una millonaria, tampoco les gustó. Se ve que son un poquito difíciles de contentar.

Y llevan muy mal todo el asunto de la muerte de la esposa y el suicidio de la amante.

Sé que Burton no se habría ofendido si no se hubieran presentado a la boda, pero no ha tenido huevos para no invitarlos, y me jugaría un año de vida, a que estos *snobs* estirados, estaban deseando conocerme.

La curiosidad mató al gato.

A estos, les daría un poco de la medicina que les di a los Pacheco.

Dice que es una maravilla tener una esposa que hable todos los idiomas del mundo, y cuando le llevo la contraria, añade que, aunque domine el árabe, no piensa llevarme a esos países, pues teme que me rapten y él no lo pueda impedir. Sé que bromea, pero al tiempo, sé que se cree su propia broma.

Poco a poco, voy descubriendo sus debilidades.

Y creo que no me gustan.

Estamos en Roma, cuando la costa este de Estados Unidos se encuentra con la tercera mayor tormenta desde el siglo XIX; exactamente desde que hay registros, o sea, 1869. Es una pasada y las imágenes que vemos por los noticiarios y por internet nos dejan de piedra. Está acabando el fin de semana y van más de veinte personas muertas, la mayoría en accidentes de circulación y en Nueva York se prohíbe conducir, es más, se aconseja a la gente que no salga de sus casas. Estoy viendo a gente deslizarse en trineo por las escaleras de Rocky, mientras Burton se pone en contacto con sus, nuestros, amigos, que le comentan lo que ya sabemos por las noticias, pero que no es lo mismo verlo que pasarlo. Dicen que parece el escenario de una película de cataclismos, que no han visto tanta nieve en la ciudad, que jamás han visto Times Square así, sin gente, sin tráfico y lleno de nieve, que el metro está cerrado, los túneles, nada de autobuses o taxis, prácticamente todas las tiendas y restaurantes…, en fin, nos podemos hacer una idea muy clara, pues hoy en día, aunque estés en

la otra parte del globo, si estás conectado, lo ves todo.

Veo cómo un oso panda, del zoo de Washington D.C., disfruta de la acumulación de nieve; ese sí se lo pasa de lo lindo, se llama Tian Tian, y es una delicia verlo. Y veo también cómo otros chalados se echan, o se tiran, sería lo correcto, a la nieve, con su traje de baño, como si fuese una piscina; o cómo en un lugar de Virginia va cayendo la nieve en el porche de una casa, durante horas, llegando la noche y cubriendo por completo el mobiliario y no distinguir lo que se oculta debajo.

O los que se dedican a grabar un video practicando *snowboard* por las calles de Nueva York; en fin, me alegro de no estar allí, porque si no, yo también saldría, a pesar de las prohibiciones, pues esa sensación de vacío, de miedo, de soledad, me gusta, me llama. Incluso me internaría en Central Park, sí, disfrutaría de ello. Estoy segura. Pero el parque estará cerrado. Como es lógico. Pero sí. Disfrutaría. No como Burton, que no hace más que llamadas, queriendo saber si todo sigue en su sitio.

Es un poco paranoico.

Después de dar un paseo por la Vía Condotti y dispuestos a patearnos todos los alrededores de la Piazza di Spagna, antes, nos tomamos un delicioso *cappuccino* en Caffè Greco, mientras Burton sigue pegado al móvil. Quiere saber todos los detalles y no le interesa lo más mínimo, que este precioso café, sea el más antiguo de la ciudad y el segundo después del Caffè Florian en Venecia. Sí se fija en las obras de arte, así como en los muebles que pertenecieron a Hans Christian Andersen, que vivió encima del café y los legó a su muerte.

Mirando las paredes de esta especie de galería de arte que es el Greco, sigue dale que te pego, hablando con un amigo que está en Londres, dejando que pase el tiempo para coger un vuelo a Nueva York.

Por fin, cuelga. Tal vez, movido por la expresión de mi cara.

Por Dios, parece una vieja histérica. Que si el Dakota sigue en su sitio, que si la consulta sigue en su sitio, pues le preocupa que reviente alguna tubería, o que se acumule mucha nieve en los tejados. Y yo le digo: «¿Cómo se va a acumular nieve en el Dakota con la inclinación que tiene?». Y que si sucede algo, para eso están los de mantenimiento. Y él contesta: «Nunca se sabe, nena, nunca se sabe». Y añado que seguramente, mi casa de Brooklyn estará peor, aunque no lo digo en serio, que probablemente entre agua cuando se vaya deshaciendo la nieve, aunque no lo digo en serio, pero para qué voy a preocuparme, eso sí lo digo en serio. Cuando llegue veré lo ocurrido y actuaré en consecuencia.

Eso también lo digo en serio.

Su amiga Adele, la marchante, le ha dicho que es terrorífico que en todos sus años de vida, y son muchos, añade, jamás ha visto algo así, y que esto, sin duda, tiene que ser por el cambio climático. No le cabe la menor duda.

«Sí, yo opino lo mismo», y Burton añade que con humanos o sin humanos, la tierra está en constante cambio, que no nos creamos tan importantes como para que parezca que somos nosotros los únicos causantes. Que antes de aparecer nosotros, ya había glaciaciones, desertizaciones y seguramen te, tormentas mastodónticas, superiores a Jonás, así se llama esta. «¿O acaso no sabes —me dice, me pregunta— que la órbita de la tierra alrededor del sol cambia cada equis tiempo, siendo unas veces circular y otras, elíptica, y el eje de la tierra varía debido a ello, y todo esto hace que las estaciones cambien, que todo se altere?».

A veces, resulta muy pedante.

Le gusta estar por encima de los demás.

Pero, por otra parte, lleva razón.

Pero bueno, dejando de lado la tormenta, todo va sobre ruedas.

Es feliz, tiene sexo cuando lo desea y como lo desea. Yo no me niego, al contrario. Fomento sus ilusiones, convierto en realidad sus fantasías. No me importa. No me escandaliza. Es como si yo fuese su psiquiatra y él me contase todos sus deseos, sus anhelos. Le gusta jugar, le gusta ser quien no es. Cada noche me da un disfraz, se ha echado varios en la maleta y me da las pautas a seguir y el resto improviso. Le pregunto dónde los ha conseguido y me contesta, con franqueza, que los ha pedido por internet. «Por la red puedes conseguir lo que quieras, nena —me dice—; ya lo creo». «Hasta un chaval puede conseguir armas y provocar una matanza», pienso mientras coloco una sonrisa en mi rostro y agarro el disfraz para ponérmelo.

A veces lo hace él, y así me lo dice.

—Déjame, nena, déjame que te lo ponga yo. Déjame que te vista como si fueses una muñeca. Mi muñeca —susurra mientras veo cómo se empalma.

Una noche soy una enfermera de una clínica privada, y el verbo vestir resulta una ironía, pues llevo una bata blanca que apenas me tapa el culo y que aprisiona mis pechos. Le pongo el termómetro, le ausculto mientras él desliza su mano por mi muslo y acaricia una nalga carnosa y prieta, tirando de la tira del tanga y diciendo que tiene un dolor muy fuerte en sus partes. Unas veces lo masturbo de forma violenta, para terminar con una mamada, y otras, hace que me

monte encima hasta que oye mis gritos de placer y entonces se deja llevar. Y a veces, me dice que utilice el termómetro, ya sabes...

En otras ocasiones, su deseo es que yo sea la enferma y él, el doctor.

Cardiólogo, ¡ay, madre!, ahí va una fantasía en toda regla.

Me da las pautas a seguir. Debo llegar a la consulta con un fuerte dolor en el pecho y, a todo esto, debo ir vestida de manera recatada, elegante, para que él, vaya desabrochando los botoncitos de la blusa y meta la mano para colocarla encima de un pecho y notar palpitaciones. Para continuar diciendo si me puedo quitar el sujetador, pues quiere comprobar todo tipo de ruidos; y mientras, me pregunto si no vería algo fuera de lo normal cuando era pequeño, si su progenitor no se tiraría a más de una paciente. Pero prefiero no preguntar, no me apetece saber detalles morbosos del padre de mi marido.

No me interesan.

Cuando ya se ha cansado de tocar en plan mojigato, de hablarme de usted y todas esas chorradas, su bragueta está como una tienda de campaña y es cuando se deja de ñoñerías, pasando a la carga y follándome de manera brusca y rápida. Pero lo que más le gusta, es que yo sea la sierva y él, el amo y señor. Una de las cosas que más le gusta, es que me ponga a cuatro patas, en el suelo, en el pasillo del hermoso apartamento o, como ahora, en la *suite* de este barroco, lujoso y hermoso hotel de la Ciudad Eterna y hacer como que friego o abrillanto la madera del suelo. Apaga la mayoría de las luces, dejando el apartamento del Dakota, en penumbra, o esta habitación, con las luces que entran por los balcones, pues dice que así le produce más morbo.

Sin bragas, sin tanga, con una bata corta, que deja ver todo el culo, todo el sexo, para que él meta la mano y me manosee de forma brusca, abriéndome las piernas desde atrás, pasando la mano por todo el sexo, por el ano, y diga entre su surros que soy una puta, que le provoco de manera cruel, que va a coger mi coño entre sus dientes y me lo va a arrancar. Me masturba, pero no quiere que llegue al final, quiere controlar la situación, quiere jugar conmigo y yo le dejo. Es ahí cuando se permite todo tipo de cosas, incluido los azotes que, aunque no me hagan daño, me deja el trasero colorado y calentito. Eso le pone tan cachondo que se tiene que controlar para no dejarse llevar, para no hacerme más daño de la cuenta, pues es tal la excitación, que veo cómo se altera su mirada, cómo se encrespan sus manos, cómo todo su cuerpo se tensa, hasta que me hace suya de manera violenta.

Otras veces soy una puta de burdel y disfruta ordenando, mandando que se la chupe, que me la trague entera mientras me insulta y me agarra del pelo o directamente hacer sexo anal y rugir

como un león, de placer, de dominación, de creerse el amo del mundo.

Mi amo.

También le gusta atarme, de manos, de pies, haciendo una equis con mi cuerpo, taparme los ojos y hacerme todo tipo de cosas. Noto cómo me penetra con los dedos, pero en cuestión de segundos, introduce otras cosas, desde pequeños consoladores hasta otros más grandes, para continuar con las bolas chinas y a esas alturas, como está excitado, no aguanta más y me penetra. Ruge de gusto y yo siento su gran cuerpo sobre mí, su miembro entrando y saliendo en mi irritada vagina y deseando que acabe de una vez, para darme un baño y relajarme.

Por el momento no le ha dado por el sexo duro, porque todo esto no deja de ser *peccata minuta*, pero si te soy sincera, no creía que fuese tan lascivo, que tuviera tanta imaginación y tantos deseos ocultos; bueno, todo se andará, pero si quiere sexo duro, si es así, rápido le quitaré la idea.

No pienses que me incomoda, o que me anula, en absoluto, pues no ha nacido el hombre; o tal vez sí, pero está muy lejos. Simplemente le dejo jugar, dejo que se desaho gue y disfrute pues, a fin de cuentas, yo también obtengo mi premio.

Hay momentos, que tengo ganas de reír a carcajadas, de lo ridículo que me resulta todo, de los disfraces que hace que me ponga, de las frases que tengo que pronunciar, dándole el tono exacto, de señora recatada, de enfermera solícita, de putita ignorante, o de criada mal hablada.

Pero me contengo, pues sé que, si algo así sucede, no podría parar y se daría cuenta de lo que pienso de él, de lo imbécil que parece, de lo estúpido y débil que lo considero como hombre. Se daría cuenta de que pienso que es un fraude, que es un tío que parece que se come el mundo, pero el mundo se lo come a él, que se comporta de una forma impostada, y que, seguramente, piensa que nadie se ha dado cuenta.

Pero mi mente fría y analítica, ya lo ha valorado.

La cuestión es que ha sido un poco tarde.

El tiempo transcurre, mientras los días son para hacer turismo y saborear la deliciosa comida que nos sirven en los lujosos restaurantes, o en los más sencillos y baratos, donde nos comemos unas pizzas que nos saben a gloria.

Y por la tarde, y por la noche, a follar, como si se fuese a acabar el mundo.

Teníamos pensado ir a Barcelona y Madrid, pero no.

Descartado.

Si alargamos el viaje, le puede dar un síncope.

Estando de nuevo en Nueva York, comprobando que todo sigue en su sitio y que el agua que ha entrado en mi casa no me va a quitar el sueño, le digo que estoy embarazada. Y cuando eso ocurre, cambia por completo, los juegos se acaban y me hace el amor de una forma distinta, amorosa, cálida, protectora. Dice que mientras dure el embarazo, no vamos a practicar juegos obscenos, que haremos el amor de la forma tradicional. No le llevo la contraria, pues llega un momento que cansa tanta tontería, que parece que somos actores porno…, en fin, un descanso viene bien.

Veremos cuánto dura.

Estamos a finales del invierno y vamos a la casa de la playa. Va a venderla y comprar otra. Tiene vistas varias y quiere que vayamos juntos para elegir la que más nos guste, la que más me guste, especifica. Pienso que es una tontería, o un capricho desmesurado, pues la casa situada en Southampton, es preciosa y a mí no me importa utilizarla. Pero luego me dice que la va a vender por noventa millones, alabado sea el Señor, y podemos comprar otra por sesenta o setenta y salir ganando. Que tiene vistas dos aquí, y otras dos en Montauk, y que en East Hampton también ha visto, lo que más nos guste, dice, lo que más te guste, especifica. Pero añade que, si deseo algo de la mansión que perteneció a la familia de su primera esposa, muebles o cualquier otra cosa, que las marque para que lo lleven a un guardamuebles hasta colocarlo en la nueva casa.

Así que, aquí estoy, en una preciosa casa de estilo inglés, por fuera, porque por dentro es todo blanco y sin apenas color. Me tomo mi tiempo. Recorriendo las habitaciones para ver con qué me quedo, si es que me quedo con algo. Y sí, la verdad es que hay muebles preciosos, caros, antigüedades que han costado una fortuna y que es del género tonto dejarlas ahí, para que otros las disfruten; incluso juegos de cama y vajillas a cuál más bonita. No tengo escrúpulos, no me importa que sean objetos que han usado otras personas, me da exactamente igual, de modo que voy poniendo pegatinas de color amarillo chillón a cada mueble o artículo que deseo llevarme. De esta forma, llevo media hora y ya he puesto treinta pegatinas, entre grandes muebles, muebles auxiliares, cuadros, jarrones y demás adornos, sin olvidarme de

vajillas y cristalerías y cuberterías.

Pero cuando estoy en un pequeño gabinete que, rápido, deduzco era de Olivia, me fijo en un hermoso y pequeño armario de una preciosa madera, no sabría decir cuál, desgastado y con unos labrados en las puertas. Paso los dedos por los intricados dibujos, recreándome en ello. Es oriental, sin duda; tal vez de Tailandia o cerca, el sur de Asia. Creo que es teca…, sí, estoy segura. Una vez leí que los muebles fabricados con esta madera, son ideales para el exterior, pues tienen un aceite natural que la hace impermeable, de manera que no se agrietan, no se deforman o quiebran y, además, son inmunes a las termitas.

Abro las puertas y veo ropa de hogar, colocada de manera ordenada y pulcra. Me llama la atención que un armario que se encuentra en un gabinete, donde hay un escritorio de caoba americana, un sillón estilo colonial y un cómodo y desgastado sofá de fino capitoné, tenga ese contenido. Sería más normal, guardar otras cosas en su interior, por ejemplo: folios, o material de escritorio, libros, incluso álbumes de fotos, o libretas. Pero no, hay juegos de sábanas, juegos de toallas y un par de colchas de verano. Todo blanco. De algodón egipcio, mil hilos, seiscientos dólares el juego de cama. Impoluto.

Hay dos cajones en la parte inferior. Intento abrir uno de ellos, pero se atasca. Lo muevo con ahínco y noto que algo impide que se deslice. Hurgo, muevo, meto la mano, hasta notar qué entorpece la apertura total. Es un librito, o una agenda, algo por el estilo. Logro sacarlo y lo elevo para contemplarlo detenidamente. Parece un diario, infantil, de una niña. Miro el pequeño candado y con un movimiento rápido de mis dedos, lo rompo. No me cuesta nada.

Al abrirlo, contemplo una letra infantil, unas pocas hojas escritas, hablando de lo bien que se lo pasa en la playa y de las amigas nuevas que ha hecho. En otra hoja escribe sobre la primera menstruación y de lo dolorosa que ha sido, pero está contenta, pues sus amigas ya la tienen y así, ella está al mismo nivel. Ya puede hablar del tema con completa autoridad. Ya no es una niña.

Se acabaron los escritos. Paso las hojas con los dedos, pensando que no hay nada más, pero antes de llegar al final, me llevo una sorpresa.

La letra cambia. Es de adulta. Redonda, pequeña, como queriendo esconderse y lo que leo me deja sin palabras, produciendo una curiosidad por conocer a la verdadera Olivia, a esa que estuve a punto de matar. Me acomodo en el sillón del escritorio y leo tranquilamente, sin temor de que aparezca Burton, pues está jugando al golf.

Sé que me ha engañado. Sé que no es lo que parece, pero no puedo descubrir mis

cartas. Me engaña, me ha sido infiel desde el principio de nuestra relación, y ahora, ahora estoy convencida de que se casó conmigo por el dinero. Mi dinero. Qué ciega, qué manera de no ver más allá de mis ojos, de ver por los ojos de él. De estar tan enamorada y pensar que el mundo solo giraba a su alrededor.

He sido una tonta, una confiada. Le he dado poder absoluto. He puesto mi vida en sus manos, mi fortuna y ahora, me siento indefensa. Pero quiero, deseo un hijo, suyo, a pesar de todo. Lo tengo que conseguir y cuando eso ocurra, cuando tenga al bebé y me encuentre con fuerzas, iré a mi antiguo abogado, y le diré que haga todo lo necesario para pedir el divorcio y que deje de manejar mis posesiones. Si es necesario, le daré la mitad de mis bienes, pero lo quiero lejos de mí, lejos de mi hijo.

Las páginas escritas no van seguidas, habiendo hojas en blanco, hojas vacías.

Pero hay más.

Sigo leyendo.

Su última conquista, es una pediatra. Ha llamado más de una vez a casa. Al teléfono de casa. Como si quisiera darme en las narices, mira, llamo a tu casa, cuando quiero, para que sepas que me lo estoy tirando, que le hago cosas que tú no le haces.

Me enerva los nervios ver cómo coge el auricular y habla como si nada. Dice que le consulta porque tiene un paciente de cinco años con graves trastornos y necesita la opinión de un experto y, aunque él solo trata adultos, sabe cómo encauzar los problemas infantiles. Se cree que soy estúpida. Me da un beso en la frente y se despide diciendo que tiene que reunirse con la pediatra para darle las pautas a seguir.

Cabrón, hijo de puta.

¿Por qué me casaría con él?

¿Por qué he estado tan ciega?

Y lo que es peor, ¿por qué he sido tan, tan, tan tonta?

Vuelve de madrugada y cree que duermo. Huelo el alcohol, huelo el perfume de ella, huelo el sexo que han practicado. No se acuesta en nuestra cama. Mejor. Me daría un asco tremendo. Vomitaría encima de su cuerpo. Va a una de las habitaciones de invitados y oigo cómo habla por el móvil. Me levanto sin hacer ruido y me acerco a la puerta, que no ha cerrado del todo.

Estoy quieta. Como una estatua. Pero mi corazón palpita de manera desbocada y si pudiera, lloraría lágrimas de sangre. Oigo las palabras que salen de su boca, en murmullos, susurros, obscenos, llenos de lujuria y perversión. Conmigo nunca se ha portado así y, tal vez, su forma de ser, de sentir, sea esta, la que le ofrece a esa mujer. La de un pervertido. La de un cerdo.

Llega un momento en que siento tanto asco que estoy a punto de vomitar, pero me contengo, y espero, hasta oírlo gemir, diciendo lo que la desea, lo que le gusta, lo que le haría si estuvieran juntos de nuevo. Una mano sujetando el móvil contra su oreja, y la otra, moviéndose arriba y abajo hasta eyacular, diciendo que esa lechada ha sido en su honor y que está deseando volver a verla para comerle las tetas y saborear su chochito. Ya no aguanto más y me deslizo como un fantasma hasta mi habitación.

Espero, deseo, que no aparezca, que no venga, que no se meta en la cama. En

nuestra cama.

Me quedo mirando esas palabras y siento algo parecido a la lástima. Sí, realmente es un cabrón, Olivia, un verdadero cabrón y todo lo que has escrito, lo que he leído, le da otro enfoque a la situación, a mi situación. Es bueno tener información, y esta, es muy poderosa. Nada es lo que parece y nunca mejor dicho. Yo no soy lo que parezco, pero ese hombre idealizado, tampoco.

Ya me di cuenta en el viaje de novios, ya supe que me había equivocado, pero ahora, leyendo estas líneas, todo se coloca y se vuelve a recolocar.

Está claro que el anterior matrimonio de mi esposo no era perfecto, nada idílico, hasta es posible que él hubiera adivinado los sentimientos de Olivia. Tengo que decir que empiezas a caerme bien, Olivia. No es que antes te odiara, para nada, simplemente eras un estorbo y debía eliminarte. Pero, después de todo lo ocurrido, veo las cosas de otra manera.

A ver, analicemos la situación, si Burton es un adicto al sexo, o a la infidelidad, como norma, tenemos un problema, porque yo no soy tú, querida Olivia. Yo no consiento lo que no quiero consentir. A mí, no me manejan, yo manejo, yo manipulo. Y si Burton piensa ponerme los cuernos, será lo último que haga. Y, por supuesto, si cree que puede humillarme o, lo que es peor, maltratarme físicamente, entonces que espere lo peor.

Bajo la mirada a ese pequeño e infantil diario.

Todavía hay una hoja escrita.

La última.

Siento tanto asco que creo que sospecha algo. He querido pasar por depresiva, porque no logro quedarme embarazada, pero cada vez que clava esa mirada en mí, sin decir nada, cuando cree que no me doy cuenta, siento un temblor por dentro que me hiela la sangre. Y cuando se acerca y me acaricia y me dice que no me preocupe, que son las hormonas que estoy tomando y que la inseminación dará sus frutos en un abrir y cerrar de ojos, algo me dice, dentro de mí, que está mintiendo, que quiere hacerme creer una cosa, pero él piensa otra.

Creo que me iré unos días a la casa de la playa. Sí, eso haré y de paso, esconderé este diario. No vaya a ser que lo encuentre y que lo lea.

Tal vez debería destruirlo.

Has hecho muy bien en no destruirlo, Olivia, porque ahora lo tengo yo, y quién sabe, puede ser de utilidad en un futuro. Es posible que ese policía, que mi esposo tanto odia, tenga razón.

Que nada es lo que parece, que todo puede ocurrir, que todo puede

haber ocurrido. Tal vez el doctor Burton tiene doble personalidad, o tal vez, es un retorcido psicópata, o simplemente, es un manipulador como yo.

O los dos somos unos psicópatas.

Sea como fuere, me da, que me he equivocado.

Capítulo 15

Estoy de nueve semanas y no se me nota nada. Mi vientre sigue igual, solo los pechos han notado el cambio, pues están más llenos y duros. A Burton le gustan tanto que todas las noches se engancha a un pezón como si fuese un bebé y chupa con avaricia, para después montarme o ser yo la que lo monta, colocando una manaza en cada pecho y apretando más de la cuenta. Mientras eso ocurre, pienso, pienso y pienso. Y una de las cosas que más se me pasa por la cabeza, es que me he equivocado, que este hombre no es lo que yo pensaba y que puedo tener una bomba de relojería en mis manos.

Y eso es algo que me enfada, no te puedes imaginar hasta qué punto, pues siempre he acertado en todo; en eliminar lo sobrante, en llevar mis finanzas, en encauzar las profesiones que he elegido, en general, en planificar cada paso dado y acertar de pleno. Y ahora, en una de las cosas más importantes como es elegir marido, meto la pata hasta el fondo.

Es un plagio, un plagio total. Con ese físico despampanante, con esa masculinidad, con ese poderío que emana en cada movimiento, en cada conversación…, es un fraude, es débil, es justo el tipo de hombre que odio: celoso, machista, débil, inseguro…

Sí, joder.

Ves, esta situación provoca que emplee vocabulario vulgar.

Un matrimonio no es ninguna tontería, no es para tomárselo a broma. Yo no me he casado por escalar en la sociedad, a mí eso me la trae fresca. Lógicamente, tenía muy claro que no me iba a encaprichar de un fontanero, o de un albañil; igual que tenía muy claro que el casarme con el psiquiatra más famoso de la ciudad y encima, uno de los más ricos, me iba a beneficiar…, pero ¿a qué precio?

¿De qué me sirve un hombre que por fuera parece una cosa y por dentro, es otra muy diferente?

Pero tranquila, Alejandra Pacheco Cortés, llegará el momento en que sabrás qué hacer, y hasta que llegue ese momento, deja pasar el tiempo, deja que los acontecimientos se produzcan y toda la luz se hará sobre ti.

Me he arreglado para ir a una exposición, llevo un vestido corto, muy corto, gris plata y unas sandalias en el mismo tono, con un fino tacón de diez centímetros. Coloco un ligero chal negro en la cama y un bolsito de mano al lado, mientras noto la mirada de mi marido. Pasa revista al enorme diamante, a la alianza de platino y pequeños diamantes, que nunca me quito y al resto de los adornos: unos pendientes discretos y un reloj de acero y oro.

—Estás tan hermosa que quitas el aliento. —Su voz suena grave, ronca y le dedico una sonrisa para que se tranquilice. Últimamente, anda un poco celoso y hace comentarios fuera de lugar. Lo toreo, lo llevo a mi terreno, para que se quede tranquilo y que no imagine cosas que no existen.

—No me hace ni puta gracia que todos los ojos se claven en ti. Los ojos de los tíos que estén en la galería. De los tíos que te vean al salir del coche. De los putos fotógrafos, que te comen con los ojos mientras te bombardean con los disparos de sus máquinas digitales. De todos los tíos del mundo. —No puedo evitar la sonrisa. A veces es como un crío.

Esa mirada verde claro, me recorre, me analiza, quiere entrar en mi cabeza.

Me giro. Clavo mis ojos en los suyos.

—Tú eres el que quiere ir. A mí, me da lo mismo. Sinceramente, no tengo el más mínimo deseo de conocer a esa amiga tuya y a su nueva adquisición. ¿Un pintor sueco?

—Sí, eso creo. Bueno, sueco o noruego, qué más da. Y mi amiga, como tú dices, es una marchante de sesenta años, más fea que un dolor y que se quedó con ganas de asistir a nuestra boda. Acuérdate que te lo conté. La tuvieron que operar, de urgencia, una apendicitis. Y fue la que más me informó de la tormenta Jonás. ¿No lo recuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente —digo mientras termino de peinar mi cabello, bajo la cabeza, la sacudo, y de una la elevo para sacudir la melena y dejar embobado a mi babeante y celoso esposo.

—¡Dios! Eres la criatura más bella del mundo. Me faltan palabras

para expresar lo que siento. —Se toca la entrepierna y miro el bulto, sin poder evitar una sonrisa maliciosa—. Sí, ríete mala pécora, pues con un movimiento de esa espesa y brillante melena, logras ponerme duro como el granito. Ven aquí —ordena con esa voz grave y atrayente—, necesito que esto desaparezca.

Me coge por la cintura, me sube el vestido, me quita el tanga, al tiempo que acaricia mis nalgas y abriéndose la bragueta, se sienta y me coloca encima de él. En cuestión de pocos minutos, se vacía y deja que su pene salga de mi vagina. Voy al baño y me limpio para recomponer el vestido, sin molestarme en ponerme el tanga. Como se dé cuenta, estará cachondo toda la velada. Pero no se lo voy a decir, no quiero que sufra tanto.

La galería está en el Village. Es una de las más conocidas y sé de sobra quién es la marchante, igual que sé quién es el pintor sueco, aunque a Burton le haga creer lo contrario. Hace unos días, me comentó que había contratado a una decoradora de interiores que es sobrina de la marchante; después de contármelo, me preguntó si me molestaba, si yo quería decorar la nueva casa de la playa, pues si era así, le diría a la marchante, a la galerista, que había cambiado de idea. Le dije que no me importaba, que era más cómodo tener un decorador, escuchar sus opiniones y dar las mías, cogiendo lo mejor de cada uno, o lo más práctico. Él se sintió a gusto. Es feliz cuando le doy la razón, cuando sus deseos son respetados, cuando me amoldo a su antojo; pero cuando no es así, se enfada, le molesta, intenta llevarme a su redil. Lo que no sabe, es que solo lo consigue cuando yo quiero. No se da cuenta de quién manipula a quién, y el día que se percate de ello, tal vez no le guste, pues será consciente de que su debilidad es más grande de lo que él cree.

La galería es grande, paredes blancas, suelo de madera reluciente, ni clara ni oscura, espacios abiertos para que los cuadros se vean desde todos los ángulos, con distintas perspectivas. Tiene dos plantas, y desde abajo estás viendo la balaustrada de la segunda. La iluminación es perfecta, de modo que ves los cuadros en todo su esplendor, hasta los más pequeños, y a los invitados también.

Y nosotros somos una atracción más, nos miran igual, podríamos ponernos al lado de cualquier pintura, como si fuésemos estatuas, para que nos devoraran con la mirada y comentaran la perfección y belleza que poseemos y lo que nos favorece el color que lucimos.

A fin de cuentas, ya hemos salido en todo tipo de prensa, desde la seria e informativa hasta la amarilla sensacionalista y especulativa. Mi foto o, mejor dicho, fotos, están a la orden del día, parezco una

celebridad y eso que no estoy en las redes sociales, ni falta que me hace. Me han sacado con todo tipo de indumentarias, desde ropa deportiva hasta vaqueros o traje de noche; saliendo del Dakota o entrando, subiendo a una limusina o bajando, entrando y saliendo de famosos restaurantes, hasta de otros más discretos, incluso entrando o saliendo de mi casa de Brooklyn. Es un poco pesado, la verdad, pero no les hago ni caso; con lo cual, les doy más alas. Les encanta describir las ropas que llevo, hasta en la prensa rosa, dicen dónde conseguir tal bolso o tal pantalón y sin son muy caros, dónde conseguir copias más baratas. Alaban el modo de moverme y lo acertado de mi vestimenta, al tiempo que opinan que podría ser modelo, no ya por la altura, si no, por la forma fría y elegante que poseo. Tal vez se cansen, aunque no lo creo, pues aparte del morbo que tiene Burton y su vida pasada, servidora les resulta muy atractiva para llenar todo tipo de prensa.

Por cierto, mi casa, casa que Burton me aconsejó vender, pues para qué quería una casa en Brooklyn, dijo menospreciando, tienes lo que desees en Manhattan, y yo añadí que ni de broma, que me gustaba mi casa y que Brooklyn era perfecto. No le sentó bien, pero, por el momento, no ha vuelto a sacar el tema. Y más le vale que no lo vuelva a mencionar, pues le he dejado muy claro que mis asuntos los manejo yo, tanto mis inversiones como el resto de mis cosas. Tampoco le hace ni pizca de gracia que no haya tomado su apellido, pues ante todos soy la señora Burton, pero en los papeles sigo siendo Pacheco Cortés.

Sé que le repatea las tripas, pero a mí, me la trae fresca.

Con relación a los apellidos, fui testigo del rapapolvo que le echó a su secretaria, cuando una tarde llegué a la consulta y por el interfono le comunicó que la señorita Pacheco le estaba esperando. No tardó ni un segundo en salir, se quedó mirando a la irlandesita y, con esa voz de autoridad y mando, le dijo que tenía delante de sus narices a la señora Burton, que como volviera a cometer semejante error, firmaría la carta de despido. A la secretaría le salieron todos los tonos de rosa y rojo, disculpándose en el acto y pidiendo perdón, mirando a Burton y luego a mí. Solté una risa para quitar hierro al asunto y le dije a Burton que no tenía importancia, que tampoco era para tanto. Él no añadió palabra, pero la mirada clavada en la pobre mujer, era más que evidente. Por supuesto, no ha vuelto a cometer tamaño error.

También le ha quedado claro que no soy una mujer florero, que no me va a manipular como si fuese una muñeca y que voy a seguir trabajando; no en lo de antes, pero relacionado con lo mío. En traducciones, le he dicho. O en lo que me dé la real gana, he pensado.

Ha pasado una hora y estoy hasta las narices de tanto cuadro, tanta sonrisa falsa y tantos miramientos; prefiero estar en casa y que mi marido me chupe las tetas hasta que se canse, a seguir aguantando

tanta gilipollez. Con mi estatura y los tacones que llevo, le saco media cabeza o más a las mujeres presentes. Me miran entre la admiración y la envidia. Los hombres, totalmente diferente. El vestido plateado es tan corto, ajustado, con mangas y con la espalda al aire, que es imposible no mirar.

Al final, antes de salir, he recogido el cabello en un moño flojo, de manera que la espalda queda visible en su totalidad y la cadena que une los laterales para que no se desboque el vestido, se deja caer en el centro, llegando hasta donde termina la espalda, empieza mi culo y se acaba el escote.

Les faltan ojos para mirar, de hecho, no saben a dónde mirar, a la cara, al cuerpo o a la longitud de mis piernas y Burton retuerce la boca cada dos por tres. Antes disfrutaba viendo cómo atraía las miradas de los hombres, de todo el mundo en general, ahora los celos se lo comen por dentro, pero es curioso, pues en ningún momento me dice que no me ponga tal o cual prenda, al contrario, el vestido que llevo lo compró él. Un mínimo vestido de diseño por tres mil quinientos cincuenta y dos dólares.

Supongo que, a estas alturas, te habrás dado cuenta de que no me gusta mucho socializar; a pesar de mi físico, que lo normal sería que estuviese encantada de haberme conocido y de que todo el mundo estuviera con halagos y demás estupideces.

No, no soy así.

Me gusta hacer acto de presencia y a la media hora o poco más, largarme. Y él lo sabe y, normalmente, me da el gusto. Pero esta noche está un poco estúpido y, a pesar de los celos, se recrea paseándome de arriba abajo, y de abajo arriba; para que todos vean la esposa que posee, lo bella que es, el cuerpo que tiene y como dice él: «La clase que tienes, que hace palidecer a cualquier otra mujer».

Sí, está claro que le gusta presumir de su propio físico y del mío.

El problema es que los celos se lo comen.

Pero no importa, hace de tripas corazón y deja que las lenguas se desaten.

Y de paso, que murmuren, que cotilleen, que mencionen a la esposa muerta y a la pediatra suicida; que piensen qué les da a las mujeres para que caigan rendidas a sus pies. Sí, eso le gusta. Le gusta mucho. Siente, aunque sea por un momento, que controla el mundo, que controla todo lo que le rodea y que es el amo y señor.

Cuando estoy a punto de decirle que no llevo nada debajo del vestido y que estoy deseando largarme a casa, veo cómo su rostro se tensa y suelta un «¡hostia!», por lo bajo. Yo estoy de espaldas a la persona o personas que le han producido esa exclamación, ese apretón

de dientes y ese entrecerrar de ojos. Pero no le dura demasiado, pues enseguida recompone el rostro y, aunque no sonríe, raro en él, pues cuando quiere es de sonrisa fácil, muestra un semblante más complaciente.

Estoy a punto de volverme para saber quién le ha provocado ese malestar, mientras oigo la voz de la marchante; y cuando eso sucede, deseo que me trague la tierra. Es en ese momento, cuando pienso que debí esperar, que no habría pasado nada por esperar unos meses más, que no debería haberme casado tan pronto y menos, quedarme embarazada.

Y sé, sin necesidad de palabras, que ese es el cabrón, el guaperas cabrón que puso a mi marido muy nervioso.

El teniente de policía, Jared Morgan.

Esos ojos grises no demuestran sorpresa, pues seguramente saben con quién se van a encontrar.

Tú sabías de mi existencia.

Siempre lo has sabido.

Yo no.

Siento un nudo en el estómago y tengo que hacer esfuerzos para mantenerme derecha, para mirarlo a los ojos, para notar esa mirada en mi cara.

¿Por qué no me buscaste?

¿Por qué no he sabido de ti?

¿Y dónde diablos está la enana con la que te casaste?

—John, querido, ¿conoces a Jared? Es teniente de la policía. —¿Qué relación unirá a una marchante de arte, nacida y criada en Nueva York, con un policía de California? ¿Y qué hace un policía de San Francisco en la policía de Nueva York? Mientras pienso eso, sin dejar de mirar a ese hombre, noto cómo Burton se tensa a pesar de mostrar toda su amabilidad.

—Sí, cómo no. Nos conocimos en tristes circunstancias.

Llevó el caso de Olivia. —La marchante lleva una de sus arrugadas manos hasta su boca.

—¡Oh, es cierto! No lo recordaba. Qué episodio tan triste. —Mira a uno, mira a otro. Sacude la mano con energía y continúa—: Pero no saquemos esos temas a colación. Son demasiado tristes. Tristes y dolorosos.

Jared estira la mano y espera que Burton haga lo mismo. Se saludan y se calibran mutuamente. Van vestidos muy similares. El traje de Morgan no es, ni de lejos, tan caro como el de Burton, pero le queda perfecto sobre ese cuerpo que se mantiene igual que diez años

atrás. Su rostro tiene más arrugas, pero tengo que darle la razón a mi mami, le sientan de miedo. Sí, parece tener más de treinta y ocho, le puedes echar cuarenta y dos o cuarenta y cuatro, pero madre mía, está para comértelo.

—Burton. —Su voz suena más grave que hace diez años y noto cómo me cosquillea entre los muslos. Ahora se mueve ligeramente y clava esos ojos en mí—. Señora Burton, es un placer conocerla.

—Encantada, teniente. —Agradezco que no diga que nos conocemos. Creo que no sabría cómo afrontarlo. No nos estrechamos las manos, pero su mirada me recorre entera y sé que Burton arde de celos. Y no sabe con cuánta razón. No sabe que es el único hombre al que he amado.

—Jared es el prometido de mi sobrina que, por cierto, no ha podido venir porque se encuentra de viaje. Es decoradora y está ultimando la casa de campo de un político en Virginia. En cuanto termine, ya se podrá meter de lleno en la vuestra. —Ese comentario va destinado a mí.

Es ese tipo de cosas que se cuentan las mujeres, pero, de paso, sirve de información a los hombres, en este caso a mi marido.

—Estoy deseando conocerla y escuchar las ideas que tenga para la nueva casa.

Mientras hago ese comentario, siento la mirada de los hombres.

De mi esposo.

Y de mi único amor.

Los dos me miran, pero miran diferente.

—Querida Alex, estoy segura de que te va a encantar. Mi sobrina tiene unas ideas brillantes y deja unas estancias acogedoras y bellísimas. Da igual el estilo que elijas, los domina todos. Ya verás.

Burton me coge del codo y está dispuesto a despedirse. Adele, no lo puede permitir, pues sabe que Burton es un cliente en potencia y no ha hecho ninguna compra.

—Pero, querido, tengo que presentarte a unas personas que están a punto de llegar —protesta la marchante, mientras la mirada de Jared sigue clavada en mi rostro, aunque de vez en cuando la deriva hasta Burton.

—Lo siento, Adele, pero Alex tiene que descansar. —Baja el tono de voz, pero no demasiado, pues quiere que el poli lo oiga—. Está embarazada y debo cuidarla. —La mar chante se lleva la mano a la boca, tapando la «o» que hacen sus labios marchitos.

Esto no se lo esperaba y seguramente, hace que se olvide de la posible venta, al menos, durante unos minutos, o segundos.

Coloca un corto mechón de cabello rubio oscuro, muy oscuro, teñido, pues no hay ni una sola cana y a su edad no es normal, detrás de la oreja, y me observa con detenimiento, como no creyendo lo que acaba de oír.

—Pero, cariño, si no se te nota nada. ¿De cuánto estás? —Burton no deja que conteste, no me da tiempo ni a pensar en la respuesta, pues esa mirada gris plomo me mantiene estática.

—No llega a tres meses.

Sigo callada.

Miro a la mujer.

Miro al policía.

Y recuerdo sus besos.

Sus manos apretando mis pechos.

Su boca chupando mis pezones.

Su lengua lamiendo la areola.

Lamiendo despacio.

Mirando mi rostro, mi expresión arrebolada, mientras me chupa.

Mientras me lame.

Y vuelvo a sentir… eso.

Humedad entre los muslos… y algo peor.

Dolor.

Y me sorprendo.

—¡Qué maravilla! Cuánto me alegro, John. Siempre has deseado ser padre, y ahora, por fin, fíjate, lo vas a conseguir. —Ahora es la voz grave, sensual, un poco ronca, la que nos felicita a los dos.

—Mi enhorabuena a los dos. Un hijo es la culminación de una pareja, del amor —parece que lo dice con segundas.

El típico comentario de un policía, para ver qué cara pone su oponente.

—¿Tiene usted hijos, teniente? —suelto la pregunta con todas sus consecuencias, sé que molesta a mi esposo, que desea irse, que le molesta la presencia del policía; pero ni puedo ni quiero evitarlo.

Quiero saber de él, quiero saber qué hace aquí, quiero saber por qué no está con la poca cosa…, quiero saber por qué no me ha buscado.

Rabio por dentro imaginando el tiempo que lleva en Nueva York y no me ha buscado.

—No. —Dos letras, nada más. Pero sus ojos dicen más cosas. Sus ojos me hablan.

—Pero pronto los tendrá. Seguro. Mi sobrina, Nicole, está deseando y en cuanto se casen…

—¿Será pronto la boda? —vuelvo a soltar por la boca y noto la mano de Burton en mi cintura y noto su apretón. No quiere que entable relación con su antagonista, no desea que mis ojos se claven en él, pero, sobre todo, odia que él me mire de esa forma, como si me conociera.

—No tenemos fecha. Aún. —No pestañea, no sonríe, no deja de mirarme, sabiendo que está enfadando al esposo, sabiendo que lo está encelando.

O que ya lo tiene encelado.

Ahora interviene la anfitriona, que está orgullosa del prometido de su sobrina.

Muy orgullosa.

—Nicole quiere acabar todos sus proyectos, incluido el vuestro, porque dice que en cuanto se case se va a dedicar a su marido, su casa y todos los hijos que vengan.

—Qué bonito. —O controlo mis impulsos o voy a tener un problema.

Jared se recrea con mis comentarios.

—Usted también ha dejado el trabajo, ¿no? —Ahora, su hermosa boca luce una sonrisa burlona, pero sus ojos perma necen serios, fijos en mi rostro.

En mis ojos.

En mis labios.

—No, exactamente.

—Pero lo hará —es la sentencia de mi hombre, que seguramente se ha sentido excluido y que doy por hecho, que está rabioso.

Los dos hombres se miran, se miden, sus ojos no están a la misma altura, pues Burton roza el metro noventa y cinco, pero eso no importa, pues la presencia de Jared es tan imponente que oigo rechinar los dientes de mi esposo.

—A mí no me importa que mi futura esposa trabaje. Que haga lo que desee. No tengo problemas con eso.

—Si se conforma con el sueldo de un policía… —No puedo creer que Burton haya dicho algo así. Pero el rostro de Jared no se ofende, al contrario, sonríe de manera maliciosa y parece que esté a punto de dar una estocada al famoso psiquiatra.

—Bueno, mi prometida es rica. Algo así como usted y su primera esposa. Porque, si no recuerdo mal, antes de casarse con ella, usted no

era tan reputado y famoso. Ni tan rico, ya puestos. —La marchante se da cuenta de la tirantez, pero ya es demasiado tarde para rectificar. Ha estado presumiendo del policía y no se ha dado cuenta de lo que subyace en el fondo.

—Tal vez fuese así, pero, de todos modos, un psiquiatra gana más que un policía. —Es hora de intervenir, no voy a dejar que Burton haga el ridículo, aunque se lo merece.

—Creo que los dos ganan menos que el dueño de Microsoft o de Apple o Amancio Ortega. —La risa de Adele suena demasiado fuerte. Un pelín histérica.

—¡Huy, qué graciosa, nena! Te has olvidado del mejicano, Slim, o algo así.

—Carlos Slim —añado y dejo que siga.

—Además, como dijo alguien, el dinero no lo es todo. —Mi marido ya ha perdido los papeles y no mide sus palabras, mientras dirige la vista a su vieja amiga.

—Pocos cuadros vas a vender a los policías de Manhattan.

Además, no creo que sepan distinguir entre lo que es arte y lo que es basura. —Nos quedamos callados y cuando Adele va a intervenir, se adelanta Morgan:

—Creo que en eso le doy la razón. De hecho, si estoy esta noche aquí, ha sido solo por ver una obra de arte, una obra de arte que no tiene precio. Por lo demás, me parece una soberana estupidez pagar más de doscientos dólares por un cuadro. Hasta creo que esa cantidad es excesiva. —Adele lo mira con la boca abierta, Burton con los labios apretados y yo con ojos risueños.

Lo de la obra de arte, ¿será por mí?

Decido intervenir, antes de que el silencio se haga más violento.

—No cabe duda de que el mundo del arte es muy peculiar. Si a Van Gogh le hubiesen dicho que sus cuadros se venderían, una vez muerto, a precios astronómicos, seguramente, no lo habría creído. Los habría tratado de locos de remate. Más locos que él. Y, al final, todo es muy subjetivo; lo que unos ven hermoso, otros dirán que no es para tanto, y lo que sea sublime, más de uno dirá que aún es mejorable.

—Cierto, cierto, querida —interviene Adele—. Este mundo es de locos. Yo misma he comprado pinturas pensando que eran lo más, y luego no han valido nada, y otras, que parecían poca cosa, se han disparado los precios como si estuviéramos en la misma bolsa de valores.

Pero Burton está en otra onda. Mira al policía y, sin quitar la mano de mi cintura, suelta la pregunta que le está carcomiendo las entrañas:

—¿Y cuál es esa obra de arte que ha venido a ver y no tiene precio? Si se puede saber. —Todos nos quedamos callados, esperando la respuesta.

Jared sonríe y no deja de mirar a Burton.

—Su esposa, Burton. Su esposa es la única obra de arte que veo en esta sala. Y creo que no tiene precio.

Noto la presión de la mano sobre mi talle, hasta hacerme daño. Me remuevo y sonrío al prometido de la mujer que todavía no conozco, pero ya odio.

—Teniente Morgan, es usted muy amable, pero excesivo. Y ahora, si nos perdonan, es hora de irnos.

Burton no dice nada. Adele se ha quedado sin palabras y los ojos de Jared, nos siguen durante todo el trayecto.

La cólera de mi marido es notable y así lo hace notar hasta que llegamos al Dakota. Una vez allí, se quita la chaqueta, la tira en uno de los sofás y va derecho a servirse un *whisky*. Se lo bebe de un trago y me mira fijamente.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Pero qué se ha creído ese cabrón de mierda? ¿Has visto cómo te miraba? Menudo cabronazo. Tendría que haberle partido la cara. —Vuelve a ponerse otra copa y, esta, la bebe más despacio.

Partirle la cara, qué risa me da. Creo que Burton no tiene huevos para enfrentarse a Jared.

Un envoltorio magnífico con un contenido vacío.

—No le des importancia. Se nota a la legua que es ese tipo de hombre que como es policía piensa que está por encima de los demás. —Esas palabras lo calman, le gustan, le complacen.

—Sí, tienes razón. Guardo ese recuerdo de él. Orgulloso, vanidoso, arrogante, pagado de sí mismo, luciendo la superioridad que le da una placa, en una sala de interrogatorios.

—Eso es. Como no tienen clase, ni la van a tener en su vida, sacan la chulería que les da su profesión. —Me mira con admiración. Parece que se le han pasado los celos.

—Sí. Que le den por el culo.

Se acaba el *whisky* y se acerca para tocarme la cara, para pasar los dedos por mis labios, sin dejar de mirarme, vuelven a aparecer los celos.

Los veo, los siento, los huelo.

—Los hombres así, no son de tu agrado —lo afirma, pero no está seguro y por eso espera mi confirmación.

—Si me gustasen, hace tiempo que estaría casada con uno de ellos. O acaso olvidas que mi padre era poli.

La respuesta le gusta, le satisface. Me besa con fuerza, pero no hace falta que fuerce, pues mi boca se abre a él. Me toca los pechos por encima del vestido y baja las manos para subirlo. Toca las nalgas desnudas y se frena en seco. Me mira, sonríe y lleva la mano hasta el sexo, para tocarlo y acariciarlo, hasta provocarme un orgasmo. Es entonces cuando se sienta en el sofá, me sube el vestido hasta la cintura y hace que me siente encima para obtener su premio. Por un momento se olvidará del teniente.

Pero solo por un momento.

Yo no.

Recuerdo sus manos tocándose, como a escondidas, para ellos solos; un roce ligero de los dorsos de las manos, un ligero palpitar de las yemas de los dedos... cuando hablaban con otros, cuando creían que nadie les veía o, aunque les vieran, a ellos no les importaba.

Se amaban, eso era lo único importante.

Veo esas manos a cámara lenta; una grande, fuerte, de dedos largos, elegantes, la otra pequeña, con uñas comidas, blancuzca y huesuda. Pero la mano masculina la trata como si fuese la mano más hermosa, la más femenina, la más delicada.

Ese ligero roce, tan ligero, tan tenue, que las hace únicas, ese movimiento liviano que no parece que esté ocurriendo, esa unión que trasmite muchas cosas, muchos sentimientos. Ese roce que te hace preguntar cómo serán en la intimidad, cómo se comportará él, ¿y ella?

Serán manos avariciosas, serán bruscas y rápidas, serán lentas y placenteras…, serán lo que tengan que ser… en cada momento, en cada ocasión.

Podría ser el roce de una pareja ilícita, de unos amantes que se rozan cuando nadie les mira, porque no pueden evitarlo, porque no pueden estar más de cinco minutos sin tocarse, aun a riesgo de que los descubran. Pero no, son dos enamorados, dos seres libres que se aman y no les importa mostrar en público esos detalles, porque seguramente lo hagan de manera inconsciente, sin querer llamar la atención, solo para ellos.

Algo innato.

Algo natural.

Algo hermoso.

Algo que muchos no tienen, pero todos desean.

Algo que yo quise para mí.

Todos esos pensamientos me vienen de golpe, ahora. Hasta cambio la mano de ella y pongo la mía y me recreo con esa imagen. Mi mano es perfecta, como la de él, la imagen es más acorde, más estética, más delicada, más etérea.

Más, como debe de ser.

Maldita sea.

¿Qué pasó?, ¿por qué no me preocupé de saber de él, de saber dónde estaba?

Porque te lo imaginabas en una casita con jardín, con su esposa esperándolo, con uno o dos o tal vez tres niños jugando y gritando papá, papá, y lanzándose a sus fuertes brazos cuando él llegase del trabajo, vestido con su uniforme de policía. Viviendo una vida idílica, una vida que tú nunca disfrutarías porque estabas preocupada y ocupada en estudiar como una posesa, en trabajar como una esclava y en conseguir todo lo que tu mente fría y analítica deseaba, incluido… el hombre ideal.

El hombre sustituto de tu hombre ideal.

¿Qué habría pasado si hubiera aceptado relacionarme con esa familia de Nueva York?

Su familia.

No habría pasado nada, porque tenías muy claro lo que ibas a hacer.

Punto.

Las cosas son como suceden, o como quieres que sucedan.

Idiota.

Te has dado demasiada prisa.

El tonto, del hombre ideal, cayó demasiado pronto en tus redes.

El hombre ideal, ja, ja.

¿Burton es el hombre ideal?

Ahora lo dudo, lo dudo mucho.

Qué tontería, no lo dudo, no lo dudo en absoluto.

Me he precipitado, eso está claro como el agua; pero ¿cómo iba a saber que Jared reaparecería en mi vida, cómo iba a suponer que estaba aquí?, por todos los diablos.

¡¡Aquí!!

En el mismo sitio que yo.

En la misma puta ciudad.

¡Esa boca, Alejandra!

Me dan ganas de tirarme al suelo y patalear como un crío con una rabieta descomunal.

Está prometido. Por todos los santos. Prometido. ¿Dónde demonios está la esposa, y cómo se ha comprometido con la sobrina de la marchante?

Tengo que tranquilizarme, tengo que pensar fríamente, tengo que familiarizarme con esta nueva situación. No me queda más remedio. Ahora estoy casada, y lo que es peor, embarazada. No tengo marcha atrás.

¿O sí?

Además, no sé qué piensa él, no sé si es el mismo hombre que recuerdo, no sé nada de nada.

Tendré que dejar pasar el tiempo.

Tendré que fomentar la relación con los amigos de Burton, sin que sospeche.

Tengo que conocer a la prometida, pero, sobre todo, tengo que volver a verlo.

A solas.

Pero de repente, pienso: «¿Por qué él no me buscó?».

Interesante pregunta, Alejandra Pacheco Cortés.

Vuelve a pensar en ello, y tal vez no te creas tan perfecta, ni tan inteligente.

No sé por qué, pero tengo ganas de hacerlo enfadar. Aun así, era algo que ya tenía pensado y bien pensado, pero a él le sienta como un tiro en la rodilla.

—¿Por qué cojones no puedes trabajar aquí? ¿Y por qué cojones tienes que trabajar? —Estamos desayunando en el pequeño comedor, que usamos habitualmente y cuando tenemos pocos invitados. El sol entra a raudales por el ventanal. Fijo mis ojos en las copas de los árboles del parque y, llevando un trozo de fruta a la boca, notó cómo se enfada todavía más. Le molesta mi indiferencia, pero lo que más le disgusta, es la seguridad que ve en mí y que le hace sentir poco hombre.

Lo sé.

Aunque él no diga nada, lo sé.

Lo que le atrajo de mí, aparte de lo físico, ahora le molesta.

Le asusta.

Le hace desconfiar.

—Ya hemos hablado del tema. No saques las cosas de quicio, pero, por favor, no te olvides de que estamos en el siglo XXI. —Él pone cara de sorpresa, añadida a la de enfado—. No, John. Te dije que dejaba la empresa, pero nunca dije que dejaría de trabajar.

—Bueno, pues las traducciones o lo que sea que hagas, las puedes hacer aquí. —Me revienta que quiera organizar mi vida y por supuesto que no lo voy a permitir.

—No. Lo haré en mi casa. —Su cara es un poema. Está rabioso, pero intenta controlarse. El servicio puede escuchar todo lo que dice y es algo que le molesta. Hay dos criadas que vienen por la mañana y se van a las cinco, y él tiene que mantener su estatus, su caché, su saber estar.

—Tu casa es donde yo esté —suelta entre dientes—. Esta es tu casa.

—Tenemos un contrato firmado. Así lo quisiste. Acuerdo prematrimonial, ¿lo has olvidado? Tus cosas y mis cosas. —El rostro de él, es un poema.

—Romperé ese contrato. Además, sabes que tú eres la única heredera de mis bienes.

—Sé lo que tú me has dicho, nada más. No he visto nada. Como si quieres decirme que me dejas la luna y el resto de los planetas.

—¡Maldita sea, Alex! Te daré una copia si ese es tu deseo.

—No necesito copias, no necesito herencias. No se trata de eso. —Él me mira compungido, está molesto, le revienta no llevar las riendas del asunto, de todos los asuntos.

—Cuando te vi por primera vez, note esa seguridad, esa fuerza, pero maldita sea, no la emplees en mi contra.

—No saques las cosas de quicio. El hecho de trabajar en mi estudio no tiene nada de malo. Parece mentira que te comportes así, tú, que eres un hombre de mundo, que estás acostumbrado a tener colegas femeninas. —Sus ojos analizan mi rostro, mostrándose nervioso, deseando pegar cuatro gritos y ordenarme lo que debo hacer.

Pero se controla.

Se frena.

Desde el principio de nuestra relación, ha sabido que yo no tengo nada que ver con sus anteriores relaciones: ni esposa, ni ligues, ni amantes.

—¿Por qué no puedes trabajar aquí? Joder, tienes todo el apartamento a tu disposición, puedes poner tu estudio o lo que sea en la habitación que desees. Puedes reformar el puto apartamento a tu antojo, puedes hacer lo que te dé la gana. Incluso, si lo deseas,

podemos comprar el tríplex que ha quedado vacío, el de la esquina.—«No estaría mal, tres plantas como las que tenía John Lennon y su esposa —pienso—, pero no es el caso»—. Podrías hacerte un estudio a tu antojo, a tu gusto. —Ha bajado el tono y ahora me mira con ansia, haciendo todo lo posible por controlar su rabieta.

Su mirada verde claro, recorre mi cara y se posa en mi boca.

Es guapo, muy guapo.

Sigue siendo tan atractivo como al principio, pero… ¿cómo no me di cuenta de su debilidad?

¿Estás perdiendo facultades, Alejandra Pacheco Cortés?

—Mi casa tiene todo lo que necesito. Mi estudio está montado, mis libros y todo lo demás lo tengo ahí. Es una casa tranquila, es un sitio donde trabajo a gusto y sin interrupciones. Aquí no podría.

—¿Por qué? No lo entiendo. Estarías sola o casi, pues el servicio no molesta.

—Claro que molesta. Ellas tienen que hacer su trabajo, limpiar, planchar, ordenar, comprar, colocar…, todo lo que se hace en una casa. Y en la mía, estoy sola, sola. Es como el pintor que necesita su estudio o el escritor que necesita su despacho; no hay más. —Él parece un niño enfadado, sin querer darme la razón, aunque sabe que la llevo —. No hace falta que lo entiendas, John. No se trata de entender o no entender. Se trata de que quiero estar allí, quiero trabajar allí. Igual que tú tienes tu consulta, tu despacho, yo tengo el mío. No tengo nada más que decir. —Me mira, me analiza. Está haciendo un esfuerzo mayúsculo para no soltar una barbaridad.

Apura el café y se limpia con la blanca servilleta, almidonada, bordada, de lino. No sé por dónde va a salir, no sé qué piensa en estos momentos, pero me da igual. Lo tengo decidido.

—¿Es por lo que dijo ese imbécil? —Sé por dónde va, pero no le doy importancia.

Termino mi desayuno y le contesto con toda la tranquilidad del mundo:

—Tengo esa traducción desde hace una semana. La he comenzado, pero necesito estar en mi estudio y es donde voy ahora mismo. —Me levanto y él hace lo mismo.

—Maldita sea, Alejandra —murmura por lo bajo. Su mirada es una mezcla entre enfado y súplica.

—No me chantajees. Jamás dije que dejaba el trabajo; te dije que me dedicaría a otra cosa.

—Pero yo entendí que «otra cosa», era ser esposa, ama de casa y madre en un futuro. —Suelto una carcajada y paso una mano por la

mejilla rasurada.

—Cariño, que no estamos en el siglo XIX. Por favor, no te comportes así. —Cierra los ojos por un instante. Notando la caricia de mi mano.

—A veces, lo desearía. Te lo juro que desearía vivir en esa época. —Besa la palma de mi mano y murmura contra ella—: Para tenerte bajo mi yugo, para que hicieses mi santa voluntad. Oh, Dios, vas a sacarme loco. Loco.

—Sabes que no es verdad. Tú te vas a tu consulta y yo me voy a mi estudio.

Se acerca y me rodea con sus brazos, me besa en el cuello y aspira mi olor, el perfume que impregna mi piel y que llena sus fosas nasales.

—De acuerdo. Tú ganas. Haces conmigo lo que quieres. Jamás le he dado tanto a una mujer. Jamás.

Sus labios me besan repetidamente. En el cuello y por último en la boca.

Nos vamos cada uno a su trabajo. Quedamos en vernos por la noche, pues tiene una comida con alguien de un laboratorio o farmacéutica.

—No sé si podré aguantar tantas horas sin verte. —Le sonrió para complacerlo.

Empiezo a estar harta de tanto empalago.

A veces pienso que de qué sirve planificar tanto las cosas, dedicarte a estudiar y trabajar sin descanso, creyendo que todo está bajo control, que vas a conseguir todo lo que te propongas y luego… ¡zas! Te das de morros. Dice que soy su heredera universal, y a mí qué, de qué me sirve todo el dinero del mundo, si no tengo lo que quiero…, pero luego, por otra parte, pienso que ¿y si no es el mismo hombre que conocí?, ¿y si lo que yo conocí solo fue una ilusión de adolescente, un deseo de una niña necesitada de cariño desde siempre?, ¿y si solo deseaba lo que no podía tener, lo que pertenecía a otra? ¿Y si el hombre que creo que es o que era, solo estaba en la mente de una muchacha inocente?, ¿y si lo único real es el exterior, esa belleza masculina, hermosa, perfecta, esa virilidad que remarca esa boca, esos ojos plateados, pero nada más, porque el resto me lo he inventado, influenciada por los comentarios de mi padre, o simplemente por los entresijos de mi mente?

Pero, por otra parte, si eso es así, ¿por qué no he podido quitármelo del pensamiento?, ¿por qué cuando lo he vuelto a ver, me ha recorrido

un calambre por todo el cuerpo?, ¿por qué, por primera vez, me ha molestado estar embarazada?; y, sobre todo, ¿por qué siento que Burton es cada vez más insignificante para mí?

Y lo que es peor, mucho peor…

¿Por qué tengo este sentimiento de odio hacia él?

Ya se ha puesto en contacto conmigo. Tiene una voz agradable, aunque cuando ríe, suena un pelín histérica, bueno, tal vez no sea ese el adjetivo correcto, tal vez suena un poco chillona, estúpida. Ha sido por teléfono y hemos quedado en la casa de la playa, pues ella no está en la ciudad.

Decido coger mi coche y me dirijo a su encuentro.

Cuando llevo tiempo sin conducir, me adapto enseguida, pues es algo tan simple llevar un coche automático que no requiere mayor esfuerzo o concentración. Por supuesto, la música me acompaña, pero este es uno de los pocos momentos en que no consigo relajarme, porque no hago más que darle vuelta a lo mismo, una y otra vez.

¿Y qué consigo?

Encontrarme en un callejón sin salida.

¿Serían las cosas diferentes si Jared no hubiese aparecido?

No sabría decirlo, pues el problema radica en que Burton me ha decepcionado, no siendo lo que yo esperaba, y Jared ha acelerado una situación, un problema, que tarde o temprano tendría que darle una solución.

Tal vez el problema ha sido la ausencia.

Sí, seguramente ha sido eso.

Si no hubiera tenido ausencia, podría haberme enamorado de Burton y no elegirlo, como quien se compra un bolso o unos zapatos

He llegado antes que ella y me encuentro recorriendo las diversas

habitaciones de la nueva casa. Es más que bonita, es más que grande, es señorial. Una casa de finales del XIX, de madera, muy bien conservada y mejor reformada, con una buena distribución. Abajo, salón con la cocina integrada y un baño enorme; arriba, cuatro dormitorios grandes con sus baños correspondientes y vestidores. Posee una bodega en el semisótano, y un salón de juegos. Por la zona de la cocina, hay una puerta que da a un coqueto y acristalado comedor, con una escalera al fondo que conecta con los dormitorios. De este precioso espacio, sales a un porche abierto donde se puede hacer cualquier comida al aire libre, mientras contemplas el verde césped y como colofón un trocito de mar, digo trocito, porque hay un claro despejado entre tanta arboleda, con lo cual parece una ventana al mar, entre la espesura de árboles centenarios. La barbacoa se encuentra en una zona escondida y la piscina a la derecha del porche para que no entorpezca la vista del océano; más adelante, yendo hacia la izquierda, una pista de tenis, de hierba. Y no muy lejos, una casita de invitados. Antiguamente era la casa del guarda y ahora dispone de salón, dos dormitorios, tres baños y una pequeña cocina.

Toda la finca está rodeada por un seto de un metro de espesor y dos de alto.

Setenta millones.

Una ganga, según Burton.

No hay muebles, no hay nada. Solo espacios diáfanos y en el salón, una escalera moderna, con los escalones encastrados en la pared y sin baranda.

Una aberración del anterior dueño y de la anterior reforma.

Eso no me gusta.

No le pega nada.

Es entonces cuando oigo un gritito.

—¡Yujuuuu! ¿Hay alguien? —Por Dios, ¿he oído bien, ha dicho «yuju»?

Me vuelvo y veo a una pelirroja, más baja que yo, con un vestido verde pistacho. La falda es fruncida, con vuelo y me recuerda a los vestidos de los años cincuenta.

Me recuerda a una *pin-up*, pero sin sugerir demasiado.

Se queda mirando mis piernas, enfundadas en unos pitillos negros de finísima piel y un jersey ligeramente ancho en un tono gris intermedio. Ahora, clava esos ojos verdes oscuros en mi rostro.

—Dios del cielo, Adele me había dicho que eras guapa, pero eso se queda corto. Eres más guapa que en foto. Y mira que en foto eres... ¡Uf!, si pareces una modelo, o una actriz… o las dos cosas. —Se acerca

hasta mí y me da dos besos, al estilo europeo—. Espero no haberte hecho esperar, pero es que el tráfico estaba fatal y mi chófer es muy prudente. Y eso que la casa la hemos encontrado rápido.

—Tranquila. Solo llevo unos minutos. Estaba deseando conocerte. He oído hablar maravillas del trabajo que haces. —Mi seducción se ha puesto en marcha y noto cómo esa pelirroja auténtica, sonríe de oreja a oreja y sus verdes ojos se iluminan. Parece que le divierte la situación, y al tiempo, le intriga.

—Ah, gracias, Alex. ¿Te puedo llamar Alex?

—Por supuesto. Es así como me llama la mayoría.

—Es más práctico. Alexandra es largo.

—De hecho, es Alejandra, en español.

—¡Ah! Es verdad, que eres hispana. —Sé que no lo dice con malicia, aun así, se lo aclaro.

—Hija de español y de mejicana descendiente de españoles. —No nota mi tono sarcástico.

—¡Oh! Creía que tu padre era estadounidense.

—Sí, nació en San Diego, nieto de españoles.

No hago esa aclaración porque me moleste que me llamen hispana, no, lo que me molesta es la connotación que le da la mayoría de la gente.

Además, si mi familia desciende de españoles… pues eso.

No tengo por qué ocultarlo.

Sí, ya sé que hay mejicanos que no sienten especial cariño por los españoles, pero es lo que hay.

Las sangres, más tarde o más pronto, se mezclan.

La pelirroja me mira sin pestañear. Y yo la miro a ella.

Va maquillada, pero a pesar de ello, no ha podido tapar todas las pecas que tiene su rostro de pelirroja.

—Ah, España, qué bonita. Estuve hace un año o algo más. En Madrid, Barcelona y luego Sevilla. Me encantó la gente, y la comida. ¡Por Dios, qué bien se come! —Baja el tono y me mira amusgando los ojos, en tono confidente—. Engordé casi cuatro kilos en diez días, ¿te lo puedes creer? Casi me da un soponcio. Aunque a Jared no le disgustó, dijo que tenía más donde agarrar. —Suelta una carcajada y yo sonrío educadamente—. Jared, mi novio, quiere que vayamos a Pamplona, por los sanfermines. Seguramente lo haremos para la luna de miel. Y, por Dios, espero que se le quite la idea de correr delante de esos animales.

—Para eso tendréis que ir a primeros de julio. —Se encoge de

hombros. Parece no estar muy segura de fechas, ni de las fiestas, ni de las suyas.

—Aún no tenemos fecha, pero este año no será. A lo mejor para la próxima primavera y dejamos la luna de miel para el verano.

—Sí, por qué no —añado como si me importara sus cosas.

Y sí, me importan.

Hoy por hoy, las cosas de esta tipa, son las cosas de él.

Nos quedamos calladas durante unos segundos.

No me imagino a Jared en Pamplona, y menos, corriendo delante de unos toros de quinientos kilos.

Pero ¿qué sé de ese hombre?

Nada.

Nicole se aparta unos mechones de la cara y los coloca detrás de la oreja. Las tiene grandes. Seguramente no se recoja el cabello, y si lo hace, será un recogido de esos que camuflan las orejas.

Estoy buscando defectos.

Estoy buscando y encontrando defectos que Jared no ve, o no le importan; o puede que hasta los encuentre graciosos.

¿Por qué no me buscaste, Jared?

¿Tan poco recuerdo te dejé?

¿Tan insignificante fui para ti?

—¿Este año no? ¿Y eso? —pregunto con una deslumbrante sonrisa, que hace que me mire los dientes y los labios con admiración.

—Pues la verdad, no nos ponemos de acuerdo. A mí me gustaría para el otoño, para este, claro; pero Jared dice que lo dejemos para el año que entra. —Pone cara de circunstancias, se nota que no le hace gracia, que quiere pillarlo y amarrarlo—. En fin, vamos a ver esta preciosa casa. Tiene potencial, lo noto. Es una maravilla. Realmente, tu marido tiene un ojo para la compra de inmuebles… Mira que la otra casa era divina, con esas maderas pintadas de blanco y —se para en seco y me mira— ¿te has quedado con algo? —Afirmo con un leve movimiento mientras nuestros ojos no se separan—. ¿Con la mesa baja de Roger Capron? —Antes de que pregunte si sé de qué habla, le digo que sí, pues se ve que conoce bien la otra casa—. ¿Y la de la cocina que tiene una *Lazy Susan*? —No espera a que conteste y sigue hablando—: Esa mesa me encanta. Además, está muy bien, con cabida para ocho comensales. Sería una pena que la hubieras dejado. Una pena —concluye, mirando a todos los lados y mostrando una energía que no es fingida, que es auténtica. Seguro que de pequeña era un torbellino.

—No te preocupes. Todas las cosas que me gustaron, me las he quedado y opino como tú, esa mesa es sencilla, práctica y preciosa, creo que quedaría muy bien en la cocina de la casa de invitados.

De esta manera, nos ponemos en marcha. Recorre todas las habitaciones y la sigo con curiosidad, oyendo esa voz dulce pero un poco estridente, que no para de hablar ni un segundo, mencionando papeles pintados, moquetas, alfombras, maderas, molduras, pinturas de todos los colores, muebles de todos los estilos… y más, y más, y más.

No le llevo la contraria, la dejo que hable y que hable, mientras me fijo en sus movimientos, en su rostro atractivo, pero sin chispa, en el pelo crespo que manosea constantemente, en su cuerpo ni flaco ni gordo, en su piel pecosa. Y, sobre todo, en sus manos que no paran de moverse y que me recuerdan a las de la novia que yo conocí. La esposa. Solo hay dos diferencias, que estas tienen más pecas y que llevan una manicura perfecta. Uñas cortas, pintadas con una laca borgoña.

Salimos de la casa y vamos hasta su coche, donde saca muestrarios de telas, de papeles pintados y una caja con fotos de sus proyectos. Al chófer, de origen hondureño, le toca cargar con la mayoría de las cosas, dejándolas sobre la isla de la cocina. Ella le dice: «Perfecto, Fran, puedes esperar fuera». Yo le digo: «Gracias, Fran, es usted muy amable». El hombre, que no tendrá más de cuarenta años, me mira y sonríe agradecido. Nuestros ojos se encuentran y le sonrío también. Es ahí cuando le pregunto de dónde es, y me contesta con la sonrisa más grande todavía. La pelirroja se muestra un tanto desconcertada, pero, al final, sonríe también y le dice a Fran que puede irse a fumar un cigarro o dos, que esto va para largo.

Ella no sabe que será todo lo largo que yo quiera.

Se disculpa porque no ha traído el ordenador. Un problema técnico, pero dice que no me preocupe, que me va a mostrar unas fotos preciosas; más que nada para que me haga una idea de su trabajo.

Le dejo que me enseñe, le dejo que disfrute mostrando su trabajo y cuando le digo que tiene carta blanca, sonríe a placer. Me pregunta cuántos muebles me he quedado de la otra casa y le contesto que muchos, que ya le daré la llave del guardamuebles para que los vea. Y dice que no hace falta, que una vez que esté todo hecho, se traen muebles y enseres y se colocan a gusto.

Sus propuestas me parecen perfectas, la única condición que pongo, es que ponga una baranda a la escalera. Dice que no hay problema, que a ella tampoco le gustan esas escaleras, que son un peligro para los adultos, y para los niños un cataclismo.

—Fuera esas escaleras —dice para sí misma, pero sin dejar de mirar esa estructura.

Vuelve la mirada hacia mí y, entrecerrando los ojos, pregunta como si quisiera resolver un enigma de miles de años de antigüedad.

—¿Prefieres que arranquemos esos escalones y pongamos una escalera como es debido? Una preciosa escalera de madera de roble, o de ébano, de pino rojo, de caoba americana... —Le muestro una deslumbrante sonrisa y dejo que me recorra con su mirada, en busca de algún defecto en mi piel, alguna mancha, peca o lunar; tal vez algún pelo asomando por la barbilla. Pero eso no va a ser posible.

Sé cómo soy y sé cómo me ve la gente.

Estoy tan acostumbrada que no me incomoda cuando alguien me observa minuciosamente; de frente, de perfil, el cabello, el cuerpo...

Mis ojos azules brillan en su máximo esplendor. Lo sé, porque los he visto miles de veces en los espejos, mientras ensayo mis movimientos, mis palabras, mis discursos. Sé cómo sacar el máximo partido de mi rostro, de mis gestos, de todo mi cuerpo. Y soy consciente de cómo los ojos de los demás, siguen mis movimientos.

Mi físico es un arma de poder, es como munición para la guerra, es un instrumento de trabajo, el cual hay que utilizar mientras esté operativo.

Es lo que hace ahora mismo esta pelirroja. Mirar ese físico, sin saber que puede ser destructivo.

Mira mi boca, clava su mirada en mis ojos, recorre el largo de mi melena, evaluando su brillo, espesura y movimiento. Dirige la vista a mis manos que, a pesar de que apenas se mueven, llaman su atención. El diamante grande está acompañando a la alianza, y teniendo en cuenta que todo está en proporción, a pesar de la grandeza, de su enorme tamaño, mi mano lo luce como nadie.

—Lo que tú consideres oportuno. Lo dejo en tus manos. Además, supongo que antes de hacer nada me lo enseñarás con algún programa informático. ¿No? O eso solo es para los programas de la tele. —Ella se ríe, y me da la sensación de que lo hace a menudo, de que no es una pose.

Está más guapa cuando ríe.

Bueno, todo el mundo está más guapo cuando sonríe.

—Claro, Alex. Tranquila. Una vez que haga el proyecto, que esté todo claro, lo verás tal cual se quedará. Y sobre eso, podemos hacer variaciones o lo que desees. No voy a hacer cualquier obra sin tu consentimiento.

—Me parece bien.

—¿John se involucra en el proyecto? ¿O podemos actuar a nuestro antojo?

—Nosotras. Nadie más. —Esas palabras le encantan.

—Mejor. Los hombres, por regla general, mejor que no se metan a decoradores. Si empiezan a dar su opinión, te sacan loca.

—Sí, estoy de acuerdo.

Me sigue llenando la cabeza de datos y cuando se cansa de hablar, creo que ha pasado un ángel. El silencio es el ángel. Pero no dura mucho, pues dice que nos vamos a almorzar y seguimos hablando de la casa. Sería más correcto decir que seguirá hablando.

¿Le dará tanto a la lengua cuando esté con él?

Estamos tomando una ensalada y algo de carne a la brasa, en un coqueto restaurante de East Hampton, mientras co mentamos entre risas, la adquisición de coches de lujo por parte de la policía para pasar inadvertidos y confundirse con la maraña de ricos y superricos que inundan Los Hamptons y aprovechando que hablamos de la policía, decido intervenir sin provocar suspicacias:

—Tu prometido, no es de Nueva York, ¿no? —Ella se vuelve a reír y ya me está hinchando con tanta risa.

Yo no tengo acento californiano. Soy para los acentos, como para los idiomas. Cuando llevaba un par de semanas en Nueva York, nadie diría que no era neoyorquina. De manera, que esta risueña pelirroja no imagina que está hablando con una mujer nacida en San Francisco.

—No, que va. Nació en San Francisco, pero su madre procede de aquí y sus tíos maternos están o han estado en la policía de Manhattan y de Brooklyn. El padre era… —parece que se lo piensa un poco y continúa— de Okland o algún sitio cercano a Cisco. —¡Horror! Nosotros nunca llamamos Cisco a la ciudad. Pensará que queda de puta madre, pero no es así—. Se conocieron en Nueva York, en la boda de unos amigos comunes. Se enamoraron como locos y ella se fue con él. Mi novio lleva cinco años aquí. —Se acerca a mí, con la mesa por medio, como para contarme un secreto y yo, lo estoy deseando—. Verás, Jared, que ese es su nombre, se casó con su novia de siempre y, al poco tiempo, a los dos años, ella murió de cáncer de pecho. Imagina qué desgracia. Lo pasó fatal. Pero antes de eso, ella tuvo dos abortos, de pocos meses, seguidos y, después, comenzó a encontrase mal y de sopetón, se notó un bulto en el pecho. Pruebas, operación, quimioterapia y radioterapia; y para nada. En fin, una desgracia. Lo cierto es que él la quería mucho, muchísimo.

—Tuvo que ser muy duro —meto baza. Pero quiero que siga hablando.

Entrecierra los ojos y continúa:

—Sí, realmente duro. Imagínate, tan poco tiempo casados y tantas desgracias seguidas. —Desliza la mirada por el salón, para volver a clavar los ojos en los míos—. Pero así es la vida, no sabes cuándo va a surgir la desgracia ni cómo de grande va a ser. En fin. —Vuelve a hacer otra pausa, pero esta vez no retira la mirada y la arrastra lentamente por todo mi rostro—. Y así, de esa manera, se quedó solo y entregado al trabajo. Poco después murió el padre y más tarde, la madre dijo que se volvía a Nueva York. Él siguió, pero, al final, les dijo a sus tíos que le allanaran el camino para instalarse en la ciudad, pues en San Francisco todo le recordaba a la esposa. —Hace una pausa, se mete unos bocados en la boca y continúa hablando—: Al principio, cuando comenzamos a salir, me molestaba mucho la presencia de la fallecida. —Pongo cara de sorpresa, pero no digo nada, mientras ella se tapa la boca con la mano de uñas borgoña, para continuar masticando—. Quiero decir, que tenía fotos de ella por todo el apartamento y cuando llevábamos cuatro meses saliendo, le dije: «Jared, o quitas las fotos de tu esposa o no vengo más aquí».

—Bien dicho. Todo dentro de un orden. —Le encanta ese comentario.

Le caigo divinamente y se le nota.

—Claro. Puedes luchar contra una amante, pero contra una muerta… Pero oye, no tuve que decir nada más. A la vez siguiente, no había rastro de las fotos y no las he vuelto a ver, ni me he preguntado qué ha hecho con ellas, o dónde las ha guardado. No quiero saber. No quiero que esa mujer esté en medio de los dos. Tal vez te suene cruel, pero todo tiene un límite, ¿no?

—Por supuesto. Llevas toda la razón. Siempre me ha parecido de muy mal gusto, esos viudos que salen con una mujer y están todo el tiempo diciendo lo buena que era su esposa, lo guapa, lo buena madre, etcétera, etcétera. Al final, acaba mal.

—Desde luego. Muy mal.

—Los muertos están enterrados y ahí se deben quedar.

—Eso es.

—Pero permíteme la confianza; tu prometido es un hombre muy atractivo, cuesta trabajo creer que no intentara pillarlo más de una, cuando enviudó. —Ella sonríe de oreja a oreja.

Está satisfecha de ser la dueña de ese hombre.

Más que satisfecha.

—Huy, si yo te contara. De hecho, esto, no lo he sabido por él. Me lo han cotilleado sus primas y su madre. Tenía mujeres detrás, como perras en celo. Si no lo pilló ninguna de esas fulanas, fue porque no se dejó pillar. Ya me entiendes. Tuvo cuidado, y no dejó embarazada a ninguna, que si no…

—Me lo imagino. Un tanto a su favor. Ya sabes, muchos hombres no son fríos para eso, no controlan como deben, cometiendo estupideces y no protegiéndose como es debido; no solo por los embarazos no deseados, sino por las enfermedades. —Nicole mueve su mano pecosa, luciendo y luciendo las uñas color vino.

—Por eso no hay problema. Jared es frío como un iceberg en invierno. La verdad, es algo que me gustó mucho de él. Desde el principio. Le da un aire enigmático. Eso de no saber lo que piensa el noventa y nueve por ciento del tiempo, me pone una barbaridad. —Vuelve a soltar una risa y yo también me río sin poder evitarlo. Sigue contando, guapa, sigue—.Será por eso de ser poli, o tal vez venga de antes, y sea su forma de ser original. Ya sabes, algo innato. Su madre dice que el padre era igual, un hombre serio y muy dado a guardar secretos. En fin, sea lo que sea, y proceda de donde proceda, a mí me da igual, me gusta muchísimo.

—¿Y cómo os conocisteis? —Estoy terminando la ensalada y la pregunta suena a obligada, a que, a estas alturas, hay que hacerla. Pero ella está disfrutando. Le gusta hablar de su novio y se siente poderosa de ser la dueña de ese hombre.

Y quién no, pelirroja.

Ahora mismo, me cambiaba por ti.

Te puedes quedar con todas las casas del siglo XIX y con todas las mesas de diseño, incluidas las que tienen bandeja giratoria en el centro.

Y yo… yo me quedaría con él.

Aunque me da, que no le gustaría el trato.

Me da que está enamorada hasta las trancas.

—Oh, fue de película. Ocurrió en Brooklyn, yo venía de la casa de un cliente, un abogado de familia bien, recién casado con una conocida mía, de la uni. Se la iba a reformar entera, las tres plantas y estaba, contenta, nerviosa y con mil ideas en la mente. Iba conduciendo y no me fijé en lo que hacía. Normalmente me muevo en taxi, es lo mejor, tú lo sabes. Con los taxis vas a donde quieras y no te tienes que preocupar de aparcar, ni del maldito tráfico, que llega un momento que te saca loca. La verdad, no sé por qué saqué el coche del garaje ese día. Realmente no me gusta conducir. Creo que fue porque hacía tiempo que no lo movía y me estaba planteando venderlo y

olvidarme del tema. Porque mira, si es por la ciudad, cojo taxis, nada de metro, y si tengo que hacer trayectos largos, alquilo una limusina, y si son más largos, el avión. En tren no voy nunca, no lo encuentro práctico y se acabó el asunto. —Está claro que es una cotorra de campeonato. No puedo creer que Jared esté enamorado de esta mujer. Tal vez tenga talentos ocultos. Tal vez sea muy buena en la cama. Tal vez en la cama cierre la boca—. El caso es que iba pensando en lo mío, y con los reflejos desaparecidos. Ausentes. Nulos. Soy muy dada a eso, la verdad. Cuando choqué contra su coche, me espabilé de una. ¡Jesús, qué susto me llevé, por Dios! Cada vez que lo recuerdo…, si no fuera por lo que me trajo, por lo que pasó. —Suelta una risita estúpida —. De hecho, me quedé mirando al frente como una tonta, con las manos sobre el volante, y cuando vi salir del coche que había golpeado, a un hombre altísimo, con un cuerpo de escándalo y guapo hasta decir basta, creí que me iba a dar algo. Saliendo del coche, ya vi que estaba para comérselo, pero cuando llegó a mi lado, ¡uf, ni te imaginas! Me temblaba todo el cuerpo y al mismo tiempo estaba inmovilizada, no sé si me entiendes. —No necesita que yo le diga nada, se nota que le encanta contar el primer encuentro con el hombre de su vida y sigue hablando y disfrutando—. Lo miraba como una tonta, con ojos como platos y viendo cómo se acercaba hasta el coche, de manera lenta, hasta que una mano grande, tocó el cristal de la ventanilla. Fue entonces cuando al quitarse las gafas de sol, me fijé en sus impresionantes ojos grises y en las pestañas tan largas. Tuvo que tocar otra vez en el cristal y fue entonces cuando lo bajé sin dejar de mirarlo y como una idiota comencé a disculparme, pidiendo perdón, y diciéndole que no se preocupara, que mi seguro se haría cargo de todos los desperfectos. Mis ojos no daban abasto con tanta hermosura, lo único que podía pensar, era que estaba más bueno que ninguno de los tíos que conocía o había conocido; y te puedo asegurar que he conocido muchos. Y en esos momentos, me fijé en la placa en el lado derecho del cinturón y la culata de una pistola asomando debajo de la axila, medio escondida por la americana y me puse colorada como un tomate. Él abrió la puerta y yo salí, como un autómata. Sin más, levanté los brazos, ya sabes, manos arriba, y él, mirándome de una manera que no te puedo explicar, se echó a reír, y yo, me quedé como una tonta mirando sus dientes. ¿Te lo puedes creer?

—Sí, perfectamente. —No sabes hasta qué punto.

Muestro una sonrisa y procuro que llegue hasta los ojos.

Ella está disfrutando. Se nota que le gusta recordar y contar su encuentro, su primera vez. A todo el mundo.

Y presumir de ello.

Y yo hiervo por dentro.

Los celos me corroen.

¿Dónde demonios está la maldita ausencia?

Desde que Jared ha reaparecido en mi vida, he sentido dolor, odio, celos…, amor…

¿Qué demonios me está pasando?

Mientras esta payasa conocía a Jared, yo estaría trabajando como una posesa y planificando el asedio a Burton.

Y sin acordarme de él.

Sin imaginar que estaba en la misma ciudad.

Presto atención a las palabras de Nicole, y me la imagino con los brazos en alto, siendo mirada, recorrida, por los ojos más bellos del mundo.

—En fin, un espanto. Jared me dijo que bajase los brazos, que no me iba a detener. Que, con los datos, sería suficiente. Así lo hice, contesté a todo lo que me preguntó, sin imaginarme que tres días más tarde me llamaría para invitarme a cenar. Y hasta hoy.

—Vaya, menuda historia. —Intento que no se me atraganten las palabras.

Que no vea el trasfondo de mi mirada.

Que la sonrisa no me tiemble.

Que no intuya el odio que siento hacia ella.

Bahhh, eso no puede pasar.

Soy más inteligente que ella, soy más intuitiva, soy más valiente.

Y, sobre todo, soy más mala.

Muy mala.

—Pues la verdad, fue muy romántico. No dejé de pensar en él, y cuando oí su voz por teléfono, esa voz que tiene tan *sexy*, sentí un latigazo por todo mi cuerpo, que jamás he sentido con otro hombre. —Hace una pequeña pausa y suelta un suspiro. Espero—. Es el hombre de mi vida. Nunca se me pasó por la mente, que pudiera encontrar el amor de esa manera y que me arrastrara hasta lo más profundo del placer. Pensarás que soy una estúpida romántica, pero estoy convencida de que no hay otro hombre como él.

¡Joder!

No me gusta decir tacos, pero esto me está sublevando. Ahora mismo tiene una expresión que, sin palabras, sé que cada vez que hace el amor obtiene un orgasmo. Por lo menos.

—Por supuesto que no. Tus palabras indican unos sentimientos muy profundos —ruego a lo más divino, que no me cuente más, pero está poniendo una cara… que me da que sí.

—Mira, he tenido rollos, y un par de relaciones serias, de hecho, cuando conocí a Jared estaba con uno y, aunque no habíamos hablado de boda, la idea ya rondaba por mi cabeza. Pero nada más recibir la llamada de él, aceptar su invitación, llamé a mi novio y le dije que había conocido al amor de mi vida y que lo nuestro se acababa.

—¿Así? ¿Sin más? —No deja de sorprenderme ese comportamiento de la pelirroja. Vaya, lo tenía muy claro. Se ve que el buenorro de Jared Morgan la dejó tocada y hundida.

Normal.

¿Qué mujer podría resistirse a él?

—Sí. Como te lo cuento. Todas las señales me decían que ese hombre era para mí. Y eso que no había visto las fotos de su mujer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la difunta, no era nada del otro mundo y no te puedes imaginar cómo la quería.

Voy a poner el dedo en la llaga.

—¿Crees que a ti te quiere igual? —Parece que se lo piensa un poco, pero no se siente molesta por la pregunta.

—No lo sé. Pero como está muerta, no me preocupa. —Y suelta una sonrisa deslumbrante—. Es todo mío. Eso es lo que cuenta. Y te diré que todo lo que ves por fuera, por dentro es mejor.

Por favor, no quiero saberlo.

Por favor, no me cuentes tus intimidades.

Ya no quiero saber más.

Ya he oído bastante.

Pero está deseando.

—Es guapo, es un bellezón de hombre, está tan bueno que te quita la respiración, eso es lo que dicen mis amigas y, por supuesto, yo las secundo; pero, además, es tierno y deli cado, y hace el amor como los ángeles. —Tengo que controlar las facciones de mi cara, o se va a dar cuenta de que lo que me está contando, me produce náuseas—. En fin, es el hombre perfecto. Como dice Adele, no lo dejes escapar o te arrepentirás toda la vida. —Sonrío, pero deseo que deje de hablar, que se calle, o que reviente.

Revienta, por favor.

Al principio quería saberlo todo, pero con todas las palabras que han perforado mis oídos, ya tengo bastante. Ya sé que él es como yo pensaba. Como lo imaginé cuando era una tierna y dulce adolescente. Si no, ¿cómo podía estar con esa enana, esa que murió de cáncer y que no le dio hijos; y ahora, con esta pelirroja graciosilla y atractiva?

Tengo que reconocerlo. Por muchos defectos que quiera buscar, sé reconocer las cosas; es atractiva y no se hable más.

Pero, por favor, cállate, no sigas contando cosas de tu amor. No quiero saber si la tiene grande o pequeña, si te produce orgasmos con sus bellas manos, o con su golosa boca. No quiero que me lo cuentes, porque ya lo sé.

Sé que se entregará con pasión. Que te hará disfrutar. Que te hará creer que eres la mujer más bella del mundo, y que tú… te derretirás de placer.

Y te sentirás en el puto cielo.

Alejandra Pacheco Cortés, contrólate.

Con-tró-la-te.

Vale. Me controlo, pero, por favor, cállate.

Parece que me ha leído el pensamiento.

Coge su vaso y apura la cerveza sin alcohol.

Y entonces vuelve a hablar, llenando la cara con esa sonrisa, que, aunque me fastidie, es una preciosa sonrisa.

Quiere que le cuente mi historia.

La de mi encuentro con el amor de mi vida.

La de ese hombre que es mi marido, que, según sus palabras de ahora mismo, es el único que podría hacerle sombra a su novio.

—Y conozco a muchos hombres. Como tú. Y sin ánimo de vanagloriarnos, tenemos a los más guapos.

Quisiera reírme a carcajadas.

Quisiera partirle la cara.

Quisiera pegarle un tiro.

O darle un golpe en la cabeza y dejarla tiesa para los restos.

Pero la complazco para que no se note que yo solo he querido saber, no contar. Para que no sepa lo que yo sé. Para que no lea entre líneas. Para que no note que rabio de celos, que la envidia me corroe. Para que piense que soy superguay, por fuera y por dentro.

Escucha atenta mientras le relato mi encuentro con Burton, situándolo en la clínica, adornándolo un poco, no mucho, y obviando la primera vez, en su elitista consulta. Y como una quinceañera, dice que lo mío también es de película.

«Sí —pienso—, de película clase C, por lo menos».

Se atreve a preguntarme si nuestro encuentro se produjo estando él viudo, y le digo que sí. Que no llegué a conocer a la difunta esposa.

Añade que ella la trató un poco, no mucho, pues era muy

introvertida. Y que Burton es amigo de su tía y de ella, pero con Olivia lo justo. Aun así, añade que le pareció horrible todo lo sucedido; y más horrible todavía, que la gente pensara que Burton estaba implicado en los actos de la pediatra.

Menciona la tirantez entre Jared y mi esposo, pero piensa que esas asperezas se limarán pronto, pues piensa estrechar lazos entre nosotros.

Todos nosotros.

Qué bien, pelirrojilla.

Todos juntos y contentos.

Pero bueno, si para ver a tu hombre, tengo que verte a ti, haré un esfuerzo.

Lo juro.

Pedimos el postre y ella añade una botella de agua para el viaje, pues la de la limusina se la ha bebido y no quiere inflarse a cola, pues luego los gases le juegan malas pasadas. Dice que tiene resaca, pues anoche salió con las amigas y bebió más de la cuenta. Cayó redonda en la cama y solo se despertó cuando su novio le hizo el amor.

Creo que estoy a punto de saltar por los aires.

No hay cosa que más me fastidie que las mujeres cuenten sus intimidades, pero si encima las acabas de conocer, me parece el colmo de la vulgaridad, y si encima se está tirando al hombre que debería ser mío, entonces es… lo peor.

Lo peor de lo peor.

Nos tomamos un postre ligero, pues me cuenta, como si fuese alto secreto de estado, que está a dieta, que quiere quitarse tres o cuatro kilos, aunque recalca que a Jared le gusta tal y como es.

O nos vamos, o vomito.

Por fin, damos por concluida la comida, la reunión, el encuentro o como quiera llamar a esto.

Le doy las llaves de la casa, para que venga cuando quiera.

Se vuelve a sorprender de que me haya traído coche y nos damos un par de besos para despedirnos.

—Te llamaré enseguida.

El chófer se lleva una mano a la frente, a modo de despedida y yo le muestro una sonrisa.

Le abre la puerta a Nicole y desaparece de mi vista.

He visto ese encuentro mil veces. Mi mente ha dibujado su cuerpo, su cara, su boca, sus ojos, esas pestañas tan largas, como dice Nicole, ese cabello espeso, esas manos grandes, fuertes, hermosas.

La placa de policía en el cinturón, el arma en la cartuchera, escondiéndose entre la americana.

Claro, cómo no se iba a embobar.

El hombre.

¡¡El hombre!!

Siento celos, siento odio, ¿ya no tengo ausencia?

No.

Eso está claro, como el agua. Pues estas sensaciones no me gustan. Me descontrolan, pero, sobre todo, me enfurecen. Maldita sea. ¿Por qué no fui yo la protagonista de esa historia?, ¿por qué no le di el golpe a su coche, yo, en Brooklyn?, por todos los demonios, el puto barrio donde vivo desde que llegué a esta ciudad…, de ese modo, habría vuelto a entablar una relación con él, habría visto si mis sentimientos eran los mismos, si de adulta seguía añorando a ese hombre y si podría amarlo; o si todo había sido un espejismo, un sueño de una mente solitaria, de una cría necesitada de amor, de protección.

Pero el destino no quiso juntarnos.

Puta mierda.

Y ahora, ¿qué?

Pienso que tal vez mi perfección sea un defecto. Él, que es tan guapo, tan atractivo, tan endemoniadamente irresistible, se empareja con mujeres tirando a corrientes, con defectos…, sí, de acuerdo, pueden resultar atractivas, monas, graciosas…, pero él no desea algo más, algo que este a su nivel, conformándose con esas mujercitas, esas féminas que no le van a hacer sombra en la vida; ¿será por eso?

No, no lo creo.

Es un hombre tan seguro de sí mismo, que jamás se sentirá rebajado por una mujer por muy hermosa que sea, o por muy rica, o por estar en otra escala intelectual o social. Tal vez, sea algo innato en él, tal vez se deja llevar por la debilidad, por la imperfección, porque le parece más interesante, porque quiere proteger a ese tipo de mujer… o porque ese tipo de mujer, le va a dar menos complicaciones.

Sí, tal vez sea eso.

¿O no?

O simplemente no le da importancia a algo que va a desaparecer con el tiempo.

O le importa más la belleza interior.

O la química del amor salta cuando menos te lo esperas y precisamente en él, ha surgido con ese tipo de mujeres.

Bueno, Alejandra, tranquila, no te dejes llevar por los nervios.

Ni saques conclusiones innecesarias.

Pero es que tengo que sacarlas, forma parte de mi carácter. Necesarias o innecesarias, todas formarán parte de algo; algo que analizaré, evaluaré y colocaré en su sitio, en el lugar que corresponda de mi mente. Para sopesar y utilizar cuando llegue el momento, y si no, irá a un rincón del cerebro, pero nunca, nunca, desaparecerá.

Siempre estarán ahí.

Frialdad y control.

Siempre.

Todo se andará.

Capítulo 18

¿Sabes lo que es una orgía de joyas?

¿Sabes lo que es la opulencia? ¿El exceso?

¿Sabes lo que es la máxima expresión del lujo?

Es lo que me dio Burton después de casarnos. En el dormitorio principal del Dakota, después de una sesión de sexo que nos dejó agotados, puso ante mí, encima de la cama, dos enormes joyeros.

Cualquier exclamación que brote de mis labios, no dará la medida exacta de esa bacanal de oro, piedras preciosas y platino. Sí, sí. Mucho platino pues, a fin de cuentas, muchas de esas joyas son herencia familiar; de la madre de Olivia, de su abuela, bisabuela, incluso tatarabuela. Las de la rama paterna, fueron a parar a otras manos femeninas. Menos mal.

Joyas *art déco*, pulseras, collares, broches y anillos, que hoy, resultan de lo más moderno.

Joyas actuales, con formas arquitectónicas, con volúmenes tridimensionales, realzados en oro amarillo, o rosa, con toques discretos de diamantes, para dar más ímpetu a un diseño vanguardista o para poner el broche final.

Oro amarillo, rosa, blanco y platino, cuajado de diamantes, esmeraldas, rubíes, ópalos, perlas, jades, nácar, zafiros, turmalinas, ónix, ébano…, verdaderas obras de arte, maravillas de los años cincuenta, de los años veinte, incluso del siglo XIX, joyas barrocas, de estilo oriental…

En definitiva, lo mejor y lo más caro, de los mejores joyeros de Europa y de Estados Unidos, sin olvidar Oriente.

Él coloca collares encima de mi cuerpo desnudo, pulseras, anillos,

pendientes, relojes, inundan mi piel. Su sonrisa es plena, pues disfruta con ello, con ofrecerme un tesoro, el tesoro de otra mujer. Yo dejo que crea. Que piense que me gusta. Pero no es así. No siento apego a las joyas, no las considero necesarias. Pero reconozco que son hermosas, que son verdaderas obras de arte.

Mientras sirvo de bandeja para las joyas, me viene a la mente esas comidas que organizan los japoneses, nyotaimori, donde utilizan el cuerpo de una mujer como bandeja gigante. Humillante, ¿no? No sé cuánto cobrarán esas mujeres, no sé si les resultará degradante o será un trabajo más, no sé si luego se acostarán con uno o con varios de los comensales, no sé si habrá conversaciones obscenas sobre ella, o sobre los sitios donde descansa la comida, no sé si les disgustará las risas masculinas según el alcohol entre en el circuito sanguíneo de esos hombres; pero, en el mundo occidental, también se ha puesto de moda, incluso algún hombre también hace de bandeja humana.

Lo mío es mejor, no necesito bañar mi cuerpo con un jabón sin aroma y terminar con agua fría para que baje algo la temperatura corporal. No, yo tengo el cuerpo caliente y saciado después de tener sexo a lo bestia, y ahora sirvo de bandeja para esta cantidad de joyas y no, no me siento humillada, para nada.

Sobre mi vientre, un ancho brazalete de oro blanco cuajado de diamantes, llama mi atención. Lo cojo y me lo coloco en la muñeca. Tiene que ser escandalosamente caro, pues su anchura y los diamantes de tamaño considerable, marcan una pauta. Mis ojos recorren el intricado dibujo.

Siento la mirada de Burton, su media sonrisa, y sigo cogiendo joyas.

Cojo un anillo enorme, que tapa mi ombligo y me lo pongo en el dedo anular, ocupando la anchura de mi falange, y yo tengo los dedos largos, que se abomba en una curvatura de pequeños diamantes y rubíes intercalados, para coronar la cima con un diamante de varios quilates. Un collar con forma de serpiente sobre mi pecho izquierdo y un brazalete sobre el otro, de una famosa marca europea, que da varias vueltas a la muñeca, quedando la cabeza en un extremo y la cola en otro, también cubiertos de diamantes. Sobre el pubis, tapando el poco vello castaño que corona mi sexo, ha puesto otra corona, un brazalete de oro blanco y diamantes, de cuatro hileras.

Me harto de servir de mesa o de bandeja, y con las manos dejo caer las joyas sobre la gruesa alfombra y me pongo de rodillas para contemplarlas desde esa perspectiva, mientras Burton no deja de

mirarme.

Hay relojes de todo tipo, desde los más deslumbrantes, para fiestas y eventos más que glamurosos, hasta deportivos o clásicos, para todos los días. Pero todos, caros, muy caros. No hay nada barato en esta marabunta de excesos, de vanidad, de poder.

Varios brazaletes de oro amarillo, de distintos anchos, con labrados, filigranas, o piedras preciosas o semipreciosas engastadas, darían para comer a varias familias durante meses, años…, sobre todo, si esas familias son del hemisferio sur. Y no digamos el resto. El total, de este tesoro.

Las joyas que Olivia compró, son sencillas, modernas, nada opulentas comparadas con las de su madre o el resto de sus antepasadas. A estas alturas, sé que la pobre difunta, apenas se puso algunas joyas, y la mayoría no llegó a lucirlas fuera de este apartamento. Según Burton, no tenía cuerpo para lucirlas, ni presencia, pues desaparecía bajo su apariencia, su brillo, su deslumbrante belleza. Vamos, que las joyas se la comían. Por eso prefería simpleza, que la adornaran, pero que no se la comieran, que no deslumbraran, pues después de todo, se sentía cohibida llevando millones de dólares encima.

Vaya, tengo que decir, que después de estar dispuesta a mandarla al otro barrio, me cae bien. En otras condiciones, la habría protegido, habría sido su amiga. Su mejor amiga.

A ver, Burton es un cabrón.

Se casó con ella por el dinero.

Una vez conseguido y desaparecidos los padres, manipuló y anuló a la pobre Olivia.

Así de claro.

Cojo un reloj con correa de cocodrilo, esfera de nácar, oro blanco, diamantes y zafiros. Es grande, tiene estilo, personalidad, y decido que lo llevaré a menudo, pues es ese tipo de reloj que queda bien con un vaquero o un vestido. Yo jamás me compraría algo así, pero… a caballo regalado...

Esa noche, para satisfacer su ego, mostré una sonrisa avara, lasciva, como el gato cuando se ha comido el ratón, o mejor aún, cuando se lo va a zampar. Y para su satisfacción, conté los anillos: ciento noventa y seis; los collares, ochenta y cuatro; las pulseras, doscientas siete; los brazaletes rígidos, sesenta y nueve; los articulados, sesenta; los pendientes, ciento noventa y cinco; los broches, setenta y ocho y los relojes, ochenta y cinco.

Burton gozó y yo, lo llené de gozo.

Lo que no sabe, ni podría imaginar, es lo que pensé.

¿Qué valor podría llegar a tener toda esta herencia, en una subasta privada?

Después, guardamos todo en los enormes joyeros, menos el reloj que decidí ponerme con asiduidad, y lo llevamos a la caja fuerte. Está escondida en el vestidor femenino, detrás de los vestidos de fiesta. Un panel se desliza presionando en un punto concreto y muestra una caja fuerte de alta seguridad.

Le pregunto por qué no lo guarda en el banco, al menos las más caras. Dice que todas son caras, y muchas, supercaras, pero que eso no es necesario. En el Dakota no hay robos.

El Dakota es más seguro que un banco.

Si él lo dice...

Me da la clave.

Me besa con delicadeza y arrima mi cuerpo desnudo al suyo.

Quiere sexo. Otra vez.

Es fácil contentarlo.

En ese momento, era muy fácil contentarlo.

No nos molestamos en volver a la mullida cama. Lo hacemos ahí, en el suelo enmoquetado del vestidor.

Y como queriendo marcar dominio después de esa ofrenda, me pone a cuatro patas y me penetra con violencia y yo me muestro sumisa.

Le encanta la sumisión.

Pero a mí, no.

Las voy llevando. Tampoco es un gran sacrificio y como hay de todo tipo, siempre encuentras una joya para cada momento. Cuando asistimos a fiestas, o a la ópera, o al *ballet*, o al teatro, llevo las más suntuosas, las más llamativas; pero no como un árbol de Navidad, nada de eso, solo una o dos, tres como mucho si contamos collar, pulsera y anillo; de manera que, si la gente ya me mira por mi físico, añadiendo estas joyas, resulta agobiante en más de una ocasión.

Para colmo, la prensa ha recuperado fotos antiguas y ahora me veo al día siguiente de asistir a un evento, comparada con la madre de Olivia o de su abuela. La misma joya en distintas mujeres, en distintas épocas. Para ser justos, la prensa no me trata mal, por el momento. A parte de alabar mi belleza y de compararme constantemente con las modelos más famosas, no dejan de mencionar mis otros méritos. Los idiomas que domino, mi paso por la universidad, mi paso por la ONU y todo lo que han podido averiguar. Y como son muy listos, los periodistas, o muy persistentes, han hurgado en el pasado y me han

subido a los altares.

Muchacha sola, sin familia, muerta en un atroz accidente, se labra un porvenir a base de trabajo y estudio. Y cómo no, mencionan a papá, a mamá, a los mellizos y al mayor de mis hermanos.

Por suerte, ahí se acaba el asunto.

No sería muy agradable que hurgaran en el trabajo de policía de Antonio, o en sus infidelidades. Sara saldría forta lecida, incluso los chicos, pero Pacheco…

Podrían enterarse de que vivía por encima de sus posibilidades, aunque lo disimulaba muy bien. Podrían enterarse de sus viajes a México. Podrían saber de ciertas amistades mejicanas…, incluso, podrían elucubrar sobre la explosión de la casa.

Algún asunto pendiente.

Algún ajuste de cuentas.

Yo sé lo que pasó.

Y tú también lo sabes.

Pero el trabajo de Antonio, siempre me intrigó. Y según iba creciendo, prestaba más atención a todo lo relacionado con mi padre. A sus amigos policías, esos amigos que eran como uña y carne y que también vivían bien, pero disimulaban. Esos viajes a Ciudad Juárez, a Tijuana, esas llamadas telefónicas que duraban poco, unas veces, y mucho otras; pero que Antonio apenas hablaba y no juntaba más de tres o cuatro palabras seguidas: «Claro, por supuesto; sí, sí, no hay problema; todo controlado; perfecto, nos vemos en dos días; faltaría más, lo que haga falta; ¿la familia? Muy bien, gracias».

Por lo menos, esos son mis recuerdos.

Pero lo que más llamaba mi atención esos días, cuando se sucedían esas llamadas, era la expresión de Sara. Sus hermosos ojos iban de un lado a otro. Miraban lo que estaba haciendo en esos momentos, ya fuese una labor de costura, pintarse las uñas de las manos o de los pies, o haciendo la cena. Esos ojos verdes, iban de lo que estaba haciendo hasta la figura de Antonio, volvía a su tarea y volvía a mirar a su marido. A veces, cogía un cigarrillo y lo encendía, y eso llamaba mi atención haciendo que mi mente se pusiera a cavilar, pues mi madre solo fumaba en las reuniones sociales, para hacerse la interesante, o cuando estaba nerviosa.

Cuando la llamada concluía, Sara soltaba el aire retenido y miraba a su adorado esposo.

—¿Va todo bien, Antonio? —Él la miraba con condes cendencia y, mostrando una sonrisa triunfadora, se acercaba y la cogía por la cintura.

—Claro, cariño. Todo va perfectamente, estupendamente. Y no quiero que mi mujercita se preocupe por nada. Nada en absoluto. —Le daba un beso profundo, con lengua, barriendo el interior de su boca, que dejaba a Sara temblando, enrojecida y murmurando—: Antonio, la niña.

Capítulo 19

Estoy en mi casa, en el estudio, cuando suena el móvil. Dejo la tableta donde números y más números llenan la pantalla, mostrando las subidas y bajadas de la bolsa, y miro el número. No está identificado. No lo conozco.

—Sí. —La afirmación suena rotunda, esperando que sea alguna empresa ofreciendo algo, para mandar al operador a paseo.

—Estoy enfrente de tu casa. —Conocería esa voz, hasta debajo del infierno.

Hasta en el centro del núcleo de la Tierra.

Siento un movimiento en el estómago, me levanto de sopetón y me acercó a la ventana. Lo veo en la acera de enfrente, apoyado en el tronco de un árbol centenario. En ese momento, eleva la mirada y me ve. Me he quedado sin palabras.

—¿No dices nada? —Esa voz grave, masculina y más ronca que hace diez años, me atonta, me anula, me inquieta.

—¿Quieres entrar? Estoy sola.

—Sí —solo dice eso.

La llamada se corta y él cruza la calle y llega hasta las escaleras.

Calculo unos segundos y abro las dos puertas desde donde estoy.

Bajo las escaleras y cuando llego a la entrada, él ha cerrado la puerta de la calle y nos miramos. ¿Pensará lo mismo que yo? Cuando nos vimos en la casa de mis padres, la última vez. Cuando besó mi boca, cuando tocó mis pechos, y los lamió, los chupó…

Pero, por desgracia, me viene todo lo que soltó por esa boquita la pelirroja.

Este hombre tan guapo, este hombre que pertenece a otra mujer… Baaahhh, acabas de pensar una estupidez. Nadie pertenece a nadie, y menos ahora, hoy, en pleno siglo XXI. Ni estando casado o casada perteneces al otro.

No.

Yo no pertenezco a Burton.

No pertenezco a nadie.

Ese hombre me mira y sonríe.

—No quiero molestarte. —Su mirada acaricia mi rostro. La temperatura de mi cuerpo ha subido cien grados, por lo menos.

—No me molestas. —Muestro una sonrisa que quiere ser deslumbrante. Él mira mi atuendo.

Cuando llego a la casa, lo primero que hago es ponerme cómoda. Hoy llevo unos leggings negros y un ligero y ancho jersey gris claro de algodón. Sé que su pensamiento alaba mi belleza, aun vestida con lo más simple. Pero no lo va a decir. Creo que no es hombre de piropos, de adulaciones.

Creo que él no es consciente de su perfección.

Rectifico, creo que, a él, no le importa su perfección.

Y creo que no le gusta la perfección en general.

De modo que lo que siempre he pensado que me favorecía, ahora ya no lo tengo tan seguro.

Creo que ya empiezo a conocerte, Jared Morgan, y estoy convencida de que odias a esas mujeres pagadas de sí mismas, que se creen las reinas del mundo. Como yo. Bueno, veremos qué es lo quieres de mí, veremos cómo te comportas, veremos a dónde nos lleva esto.

Pero no puedo evitar que todo mi cuerpo tiemble.

Lo deseo.

Me entregaría a él, sin pensarlo.

Pero sería el mayor error de mi vida, porque él no aceptaría algo así.

Da igual que esté embarazada de otro hombre.

Pero para él, no daría igual.

Sería peor que una puta.

Peor que esas putas de la calle que él debe conocer muy bien.

Y de repente, siento un escalofrío, y él, se da cuenta, pero no dice nada.

No sabe que, todo ese poderío, inunda mi mente y mi cuerpo. No es

consciente del poder que tiene sobre mí.

¿O sí?

Giro mi cuerpo y voy a la cocina. Oigo cómo cierra la puerta que da al pequeño vestíbulo y sus pasos siguen los míos.

—¿Quieres tomar algo? —Intento que mi voz salga normal. Que solo muestre amabilidad.

—Sí. Una cerveza estaría bien. —Está mirando la estancia. Calibrando y valorando el entorno. Lo que he conseguido por mí misma.

Bueno, y con un poquito de ayuda familiar.

—¿Sin alcohol? —pregunto mientras abro el gran frigorífico de dos puertas y miro el interior, sintiendo sus ojos en la espalda.

—Con. No estoy de servicio.

Se ha sentado en un taburete, cómodo, con respaldo y apoya un brazo en la isla, sin dejar de mirar mis movimientos. Voy descalza, pero llevo unos calcetines rojos con lunares negros. Coloco la cerveza al lado de su brazo. Cerca de su mano. No puedo evitarlo. Miro los dedos largos.

Durante unos segundos.

Elevo la cabeza.

Creo que sabe lo que pasa por mi mente.

Como también sabe que no me voy a ofrecer como la otra vez, y si así fuese, él no aceptaría. Seguramente se escandalizaría.

—¿Deseas vaso? —Mis ojos se clavan en los suyos y me mira sin pestañear.

¡Jesús, qué belleza!

Mira que Burton es guapo, pero Jared lo supera.

Lo supera en todo.

—No.

Mientras él da el primer trago, sin dejar de mirarme, yo me sirvo un vaso de leche fresca, en un precioso vaso de cristal de Bohemia.

En vista de que él no dice nada, decido ser yo la que comience la conversación, pues esa mirada sin palabras, logra que pierda los nervios, la concentración…, todo.

—No tenía ni idea de que supieras dónde vivía. —Me he sentado enfrente. Que nuestros ojos se miren, se analicen, pero que nuestros cuerpos ni se rocen. Que no estén cerca.

¿Le habrá hecho el amor esta noche?

¿Dormirán juntos todas las noches?

¿Vivirán juntos?

—Soy policía, Alejandra. He sabido dónde vivías, desde siempre. —Eso me sienta como una patada en los riñones, pero lo disimulo, o eso intento, pero creo que no lo consigo. Tengo ganas de darle una patada en las pelotas, de golpearle en el pecho, de gritarle que es un estúpido, pero me muerdo la lengua.

Orgullo, Pacheco. Orgullo.

—¿Qué quiere decir «desde siempre»? —Hago que mi tono de voz suene tranquilo, agradable, pero nada *sexy*, ni zalamero.

—Desde que compraste esta preciosa casa. —Sus ojos se iluminan. Las arruguitas que tiene alrededor, aumentan al sonreír.

Me muerdo la lengua.

Maldita sea tu estampa.

Desde siempre.

Desde hace diez años.

Maldito cabrón.

—¡Oh, qué detalle! Y ahora, consideras que es el momento de presentarte. De acudir a mi casa y presentar tus respetos por si necesito algo. —El sarcasmo es evidente y él sonríe más todavía.

Tengo que forzar mi autocontrol, pues me molesta mucho lo que está diciendo.

—No te enfades, Alejandra. Es ahora cuando nuestras vidas se han cruzado. No tenía motivos para forzar un encuentro; hasta ahora.

No tenía motivos, serás cabrón, más que cabrón.

¿Qué quiere decir eso, que nunca te he importado, que nunca has sentido nada por mí, que una vez que te quedaste solo, jamás se te pasó por la cabeza contactar conmigo, sabiendo dónde vivía, sabiendo, seguramente, que no tenía pareja, que me pasaba la vida en la universidad, en mi casa y en el trabajo?

Jodido hijo de puta.

—Vaya, qué bien. Nos conocemos desde hace años, los dos somos de California, yo me voy a Nueva York, luego lo haces tú y, sabiendo dónde estoy, dónde vivo, no haces nada por contactar conmigo, por retomar nuestra amistad. —Él parece divertido, y yo, cada vez estoy más enfadada.

—¿Amistad? Nosotros nunca hemos sido amigos. —Sus ojos están iluminados, sonríen, aunque su boca permanezca cerrada.

—Sé de sobra que nunca hemos sido amigos, pero sabiendo lo que sabías y viniendo a vivir aquí, bien podrías haberme llamado. Eras amigo de mi padre.

—Nunca fui amigo de tu padre. Lo correcto sería decir, que tu padre me tenía aprecio y yo un gran respeto. Nada más.

—Pues estupendo. Y ahora, ¿a qué has venido?

—No te enfades, Alejandra. Si estás pensando en ese día, en lo que pasó, en lo que pudo haber pasado, déjalo, pues no pasó nada.

—Muy bien. No pasó nada. Perfecto. ¿A qué has venido? —He intentado sonar fría, pero mi tono ha salido alta nero, y frío, sobre todo, frío. Como un glaciar. Casi tan frío como el hombre que tengo delante.

—Solo nos vimos dos veces, y la primera no cuenta —me está hablando como si fuese una cría pequeña y con eso, lo único que consigue, es enfadarme más.

—Me acuerdo clara y perfectamente, de las veces que te he visto. Pero eso ya no importa. ¿A qué debo el honor de su visita, teniente Jared? —Me muestra una sonrisa torcida, sin enseñar los dientes, sin dejar de mirarme, sin pestañear.

Me lo comería entero.

Si no estuviese tan enfadada.

Si no estuviese embarazada.

—Quería verte a solas. Sin testigos. Sin maridos. Sin novias…, ya sabes.

—Sinceramente, no sé a dónde quieres llegar. —Me muerdo la lengua para no ser ordinaria y preguntarle si quiere chupar mis pezones, o mandarlo a tomar por el culo.

Cabrón, hijo de puta.

Sabías dónde vivo y no te pusiste en contacto.

No me lo puedo creer.

Eso es algo difícil de superar. Joder, maldita sea. Me hace ser de lo peor, me convierte en algo peor de lo que soy, pues estoy comprobando cómo ha desaparecido la ausencia, cómo mis sentimientos afloran en cascada y de la manera más dolorosa.

No puedo mantener la cabeza fría con este hombre. Siento un dolor en el corazón y ese órgano, pensaba que ya no existía en mi cuerpo, o que estaba congelado. Aun así, no puedo dejar de mirarlo y, aunque mi deseo sería echarme en sus brazos, no lo haría ni por un millón de dólares.

Mi orgullo está por encima de toda esta mierda.

Y el miedo al rechazo, es peor todavía.

Que tenemos aquí; dolor, por todos los lados. Ese dolor que sentí nada más verle con la enana, ese dolor que sentí cuando se fue de mi

casa familiar, ese dolor ha vuelto. Ha vuelto para repatearme las tripas, para estrujarme el corazón, ese corazón que no siente nada cuando Burton me ofrece su amor, ese corazón que no se inmutó cuando abrí las llaves del gas, ese corazón que ni se aceleró en el entierro de mi familia, ese corazón que lleva sin latir a ritmo acelerado desde hace diez años.

Apura la cerveza y la deja con delicadeza. Lleva un traje oscuro, la camisa blanca y una corbata gris oscura. Sus hombros son tan anchos, que imponen. Está tan bueno que mis ojos se clavan en él y me cuesta trabajo retirar la mirada de su rostro, de su torso.

Él se da cuenta. Él conoce esa mirada.

—Tengo entendido que Nicole quiere invitarte a una cena en casa. A ti y a tu marido.

—Sí. —Soy escueta, parca en palabras.

No quiero darle más.

Aunque quisiera dárselo todo.

—Por eso he venido. Como para los demás no nos conocemos, es mejor que nos pongamos de acuerdo en algunas cosas, ¿no te parece?

—¿Como por ejemplo? —Sueno fría, incluso arisca, pero no lo puedo evitar.

—Por ejemplo, que los dos procedemos de San Francisco, que yo trabajé a las órdenes de tu padre, pero, por la diferencia de edad entre nosotros, nunca tuvimos contacto. Ni tan siquiera visual.

—Me parece bien.

—Bueno, pues solo era eso. —Seguimos sentados en el mismo sitio y su hermosa mirada baja hasta mi torso, donde la ausencia de volumen, no parece indicar que esté embarazada—. ¿Qué tal lo llevas?

—Bien.

—Me gustaría saber que eres feliz. —Esa voz grave, se torna acariciadora, pero yo sigo a la defensiva.

Por Dios, Pacheco, contrólate, domina la situación.

—¿Por qué?

—Porque Burton no me gusta —lo expresa tranquilamente, como si dijera que no le gusta el salami.

—No te tiene que gustar. No eres mi hermano. No eres nada mío. ¿Qué más te da?

—Me importa. No me preguntes por qué, pero me importa.

Que no te pregunte por qué, ¿por qué?, porque no lo sabes, o porque no lo quieres saber, o porque no lo quieres decir, o porque te da miedo saber.

—Tal vez, si hubiera sabido de ti, si te hubieras puesto en contacto conmigo —mis ojos lo miran sin pestañear, lo miran con enfado, lo miran con dolor—, ahora no sería la esposa de Burton —no he querido decir eso.

De verdad que no. Pero las palabras han salidos solas, como si tuvieran vida propia.

Maldita sea.

Noto cómo mis mejillas arden mientras esos ojos grises me miran.

Me analizan.

Me atraviesan.

Quieren profundizar en mi mente.

—¿Estás enamorada? —debo mentir. Pero mentir con convicción. Tú sabes hacer eso, pequeña.

Estás hablando con un policía.

No lo olvides.

Nunca.

—Sí.

—En ese caso, todo va bien. ¿O no?

—Sí.

—No te maltrata, ¿verdad? —Suelto una carcajada, mientras sus ojos siguen analizándome.

—Jamás estaría con un tipo así.

—Bien. Ya sabes que siempre estaré para lo que necesites. —Me levanto y recojo el vaso y la botella, y los dejo en el fregadero.

—Eres muy amable. Pero ese ofrecimiento, me hubiera gustado oírlo cuando llegaste a la ciudad. Ahora, es un poco tarde. Me basto y me sobro yo solita. —Oigo cómo respira, con fuerza.

Algo así como un suspiro o un quejido suave.

—Sabes de sobra lo bella que eres, y sé que no has olvidado lo que pasó entre nosotros…, ese subidón de hormonas que tuvimos el día que fui a verte. —Estoy quieta. Entre el fregadero y la isla. Siento que me enciendo. Siento palpitar mi corazón. Desbocado. Necesitado.

Él no sabe hasta qué punto mi triste corazón lo necesita.

A él.

Se calla.

No deja de mirarme.

No digo nada. No me atrevo.

—Soy un hombre. Y como cualquier heterosexual, la perfección de tu belleza me obnubila. Pero esa perfección, no es sinónimo de

amor…, más bien de sexo. —No me muevo, no dejo de mirarlo, pero, sobre todo, no quiero que sus palabras, las próximas, me hagan daño. Más—. No me puse en contacto contigo, porque no deseaba tener sexo y después olvidarte, o por la contra, tenerlo y enamorarme de ti.

—¿Tan malo habría sido? ¿Lo primero? ¿Lo segundo?

Sus ojos me acarician.

No retiran la mirada de los míos.

—No lo sé, Alejandra. Nadie sabe lo que es mejor o peor si no lo ha probado, si no lo ha tenido. Pero siempre he creído que buscabas algo más que un hombre corriente. Que no te conformarías con cualquier tipo corriente.

—Tú no eres un hombre corriente. —Seguimos mirándonos sin pestañear. Él sigue sentado en uno de los altos taburetes con respaldo. Tiene las piernas entreabiertas y las manos, entrelazadas, descansan entre los muslos.

Sonríe. Una sonrisa irónica.

—Soy un hombre corriente, Alejandra. No sabes hasta qué punto. —Se hace un silencio largo, en el que permanecemos en el mismo sitio, en la misma postura y continúa—: Me conformo con una vida tranquila. Me conformo con tener lo suficiente para vivir con dignidad, permitirme algún pequeño lujo, pero nada del otro mundo. Me gusta llegar a casa, y relajarme con un buen libro, o por qué no, con un partido de fútbol, una hamburguesa y unas cervezas. No me van los actos de sociedad, no me van las pamplinas que adornan a esa sociedad de gente rica, de políticos y demás personalidades. Me sobra con verlo en mi trabajo. En todos los sitios hay porquería, en todos los estratos de la sociedad, pero en la que tú te mueves, en lo más alto, hay tanto o más que en la más baja. Eso sí, rodeada de oropel.

—Pues te vas a casar con una mujer que pertenece a esa esfera. —¿Notará los celos en mi voz...?

—Todavía no me he casado. Tal vez no me case. Tal vez ella se dé cuenta de que soy un tipo corriente y decida buscar otro más acorde a su estatus.

—Creo que ella no te considera corriente. Nada, nada corriente. —Arrastro las palabras, para que sepa que ese comentario también se podría adjudicar a mi persona—. Creo que le pone tener un novio policía. —Él suelta una carcajada y deja ver una dentadura completa, fuerte, perfecta y blanca.

—Sí, yo también lo creo. Nicole es una mujer un poco fantasiosa. Sí, creo que tiene un concepto bastante peliculero de lo que es ser policía. No como tú. Tú sí sabes lo que es ser policía.

—Sí. Lo sé muy bien. Para lo bueno y para lo malo.

—Siempre tuve claro que no serías la esposa de un policía.

—Jamás se me ha declarado uno.

—Creo que eso habría sido muy complicado, una vez que te instalaste aquí y perdiste todo el contacto con la policía de San Francisco. Con todos nosotros.

Me ha dejado sin palabras.

—Quería romper lazos —añado después de unos instantes en silencio, aguantando esa mirada gris.

—Los primeros años, hablaban mucho de ti. Los compañeros y amigos de tu padre.

—¿Sí? ¿Y qué decían?

—Que siempre habían pensado que eras una niña frágil, muy inteligente, pero delicada y frágil. Se molestaron y preocuparon en saber por dónde andabas, qué hacías, en qué círculos te movías.

—Vaya, qué detalle. —Nota mi sarcasmo y sonríe.

No sabe lo que siento cuando miro esa boca.

—Cuando pasaron cuatro años y supieron que habías terminado la carrera —hace una pausa y continúa sin dejar de mirarme—, ¿o fueron dos? —no contesto y él sigue hablando con esa voz que humedece las bragas de cualquier mujer—, con unas notas espectaculares y que poco después entraste en la ONU, dijeron: «Ya no tenemos que preocuparnos por la pequeña Pacheco. Sabe cuidarse muy bien».

—Y tú también estabas al corriente, por eso lo sabes.

—Siempre he sentido curiosidad por los amigos de tu padre. Siempre estuve cerca de ellos. Y, sí, también tenía curiosidad por saber de ti. —No sé lo que sabe sobre mi padre y sus amigos compañeros, no sé si él ha sido corrupto, aunque no lo creo, pero no si sabe lo que yo sé, no creo que sospeche de mí.

No, ni en mil años.

Se incorpora sin dejar de mirarme.

—Bueno, Alejandra, me gustaría seguir hablando contigo, contarnos más cosas, pero tengo que irme. Me alegro de verte. Mucho. De verdad. Y me alegro de que seas feliz. Si necesitas cualquier cosa de mí, no tienes nada más que pedirlo.

Se va hasta el vestíbulo, sin dar lugar a que le replique, y yo le sigo los pasos.

Me gustaría preguntarle tantas cosas.

Tantas.

Antes de irse, se gira, me mira, lleva una mano hasta mi cara y me acaricia la mejilla.

—Cuídate, pequeña.

Sale a la calle y me muerdo el labio para no llorar, para no ir detrás y gritarle que no me deje, que me ame, que es el hombre corriente que siempre he buscado. Pero no hago nada de eso; solo lo veo marchar, llegar hasta su automóvil y ver cómo introduce su largo y fuerte cuerpo. Arranca y se va, sin haber mirado ni una sola vez la puerta de mi casa. Donde sigo, donde miro cómo el coche sigue la calle y tuerce en la primera esquina a la izquierda.

Un coche corriente.

Uno de los muchos que llevan los detectives de Manhattan.

Nada de Maseratis o limusinas o todoterrenos.

«Cuídate, pequeña».

Cabrón.

Ahora, puedo decir con total seguridad, que me enamoré a los quince años y que trece después, sigo enamorada de él.

Que no habrá otro hombre como él.

Porca miseria, como diría un italiano.

Menuda mierda, diría cualquiera.

Menuda cagada, diría mi padre.

Voy a la cocina, mientras me limpio una lágrima que me cae por la mejilla y algo, llama mi atención. Una tarjeta en la isla, en el sitio donde él ha tenido apoyado el brazo.

Su nombre, sus apellidos y su número de móvil.

Jared buscó con la mirada mi vientre, pero no lo encontró. El jersey ancho disimula lo que sea, aun así, sigue sin notarse.

Recuerdo conversaciones de mi madre con sus amigas. Siempre que hablaban de embarazos decía lo mismo. Odiaba su cuerpo en ese estado. Ella decía que no parecía una mujer embarazada, que parecía una mujer gorda embarazada; pues su cuerpo ensanchaba de todo y eso a ella no le gustaba nada. Y con los mellizos, fue el colmo de los colmos. Envidiaba a esas mujeres que, mirándolas por detrás, nadie imaginaba que estuvieran en estado y, luego, se daban la vuelta y… ¡pumm!, una barriga de ochos meses. Pero lo que más le fastidiaba era cuando Antonio hacía alusión a ello, cuando se fijaba en una de esas mujeres y decía: «Mira qué preciosidad, parece una muñequita en estado». Eso le repateaba las tripas. Y si encima, esa muñequita paría y a los quince días estaba en una treinta y ocho o treinta y seis de talla, ya era para quemarla en la hoguera.

Pues así soy yo, como esas mujeres. Espero que cuando me desprenda de este feto, siga estando igual. Ahora, de casi cuatro meses, solo tengo una ligera curva, como si me hubiese metido un atracón de hamburguesas, patatas fritas y doble de helado. El resto de mi cuerpo sigue igual. Bueno, los pechos están más duros, a veces parecen de piedra, y más grandes, no mucho, pero sí, he aumentado media talla. Por lo demás, nada de nada.

Si obviamos el humor.

Tengo un humor de perros.

Odio estar embarazada.

Odio estar casada con Burton.

Odio a Burton.

Nuestra relación lo está notando.

Dormimos en habitaciones separadas.

¿Por qué?

Porque yo lo he decidido así.

Cuando se lo dije, no se lo tomó mal, pensó que sería cosa de unos días. Le dije que dormía poco, que necesitaba toda la cama para mí. Sabe que el embarazo me ha sentado mal, incluso he mostrado síntomas de náuseas, vómitos y fuertes dolores de cabeza; aunque creo que no lo ha enlazado con Jared, pues le he comido la cabeza diciéndole que prácticamente, desde casi el principio, comenzaron los dolores de cabeza y el revoltijo de estómago, pero no le dije nada, pues creía que desaparecería pronto. Como no ha sido así, mi ginecólogo me ha mandado unas pastillas inofensivas que, por supuesto, no tomo, y me aconseja estar tranquila y reposar todo lo que me plazca.

Me voy todas las mañanas a Brooklyn, unos días vuelvo al Dakota por la tarde y otros, quedo con Burton para comer o cenar en alguno de los lujosos restaurantes de la gran manzana. Está pendiente de mí, a cualquier hora, en cualquier momento. Por teléfono, con mensajes hablados, escritos, con emoticonos amorosos de todo tipo, y otras tontunas de adolescentes. Me da un poco de lástima y dejo que me folle de vez en cuando, en su cama, para irme a la mía en cuanto acaba.

Noto su mirada, suspicaz, quiere creer que todo esto es por las hormonas, que las mujeres son complicadas por naturaleza, y que yo no iba a ser la excepción.

Imbécil.

Yo soy la excepción.

Esta noche, vamos de cena.

Lugar, el Village.

Llevo un vestido sencillo. Azul marino, con escote cuadrado que deja ver el comienzo de mis pechos, para eso los tengo, ligeramente fruncido debajo, pero no asoma la barriga por ningún lado. Me he puesto un collar de coral y oro de la madre de Olivia, precioso pero discreto. Unas sandalias de tacón rojas haciendo juego con el esmalte de la pedi.

Jared no ha llegado todavía.

Me he llevado una sorpresa y qué decir de Burton, pues pensábamos que la casa era de Nicole y no es así. El *loft*, de dos plantas, pertenece a Jared.

Me dan ganas de reír a carcajadas.

Histéricas.

Sin parar.

Cabrón.

Este edificio está en la calle Macdougal, enfrente de la zona oeste de Washington Square, en la zona este, están los edificios de la Universidad de Nueva York. ¿Se instaló cuando yo todavía iba a la universidad? ¿Puede que en alguna ocasión nos cruzáramos por el parque? Me habría dado cuenta, si ello hubiera sucedido, me habría dado cuenta. ¿Cuántos años lleva en la ciudad, cinco? Yo hice las dos carreras en cuatro años y después ya no vine por aquí. Qué tonta, me ofrecieron trabajo dando clases, saqué las mejores calificaciones y me comieron la oreja para dar Economía, o cualquier otra asignatura relacionada con administración de empresas, o para dar idiomas, si eso era mi preferencia. Pero a mí no me gusta dar clases, no me gusta aguantar a los alumnos, no tengo paciencia para ello; eso sin contar con que no aguanto muchas otras cosas, como los pretenciosos, los creídos, los niños de papá, los listillos…

Pero lo que me fastidia de una manera descomunal, son esos tipos que se aprovechan de las fiestas para acabar violando a chicas y destrozar sus vidas. A esos les daría por el culo con un garrote lleno de pinchos.

Yo solo fui un par de veces y antes de dos horas de estar ahí ya me había ido, pues no congeniaba con esas personas, esos ambientes, no me encontraba al nivel de las chicas de mi edad. Era más madura que todas juntas. Así pasó, que no conservo ninguna amiga de la facultad, pues al final nada me unía a ellas. Para mí, las fiestas estaban de más y como no bebía, ya estabas fuera de onda, y como no tenía intención de tirarme a ninguno de los tipos cachas que asistían a las fiestas y, por supuesto, no me dejaba seducir, dejé de ir. Fue lo mejor. Pues si me hubiera pasado algo así, si me hubiesen violado en una de esas fiestas, después de drogarme con Rohypnol o cualquier otra mierda por el estilo, me habría vengado, sin la menor duda, sin el menor escrúpulo y, por supuesto, sin denunciar a la policía. Suponiendo que no me generase una pérdida de memoria y no recordase nada del asunto.

Pero sigamos con el *loft* o apartamento del teniente Morgan.

Se entra directamente al salón, suelo de madera clara y paredes revestidas de ladrillo marrón gastado, precioso, y otras lisas, pintadas en tonos claros, sin llegar a ser blancos, pero tampoco cremas, el techo muy alto para bajar en la zona de la cocina que está al fondo, abierta, con una barra larga y electrodomésticos de última generación. Un

cuarto de baño, más al fondo. Del salón, parte una escalera moderna, con los escalones de madera oscura, encastrados en la pared de ladrillo y la baranda de travesaños horizontales, simples, lineales, de una madera clara para crear un contraste mágico.

Puede que no sea tan cara como mi casa de cuatro plantas, pero esto, de barato no tiene nada. El Village es una zona que ha ido subiendo como la espuma en las últimas décadas y los precios de los apartamentos se han disparado en los últimos años. Tiene prestigio y te puedes encontrar desde actores, artistas, hasta profesionales de cualquier tipo, médicos, abogados, jueces, brókeres..., la galería de Adele está cerca.

Si hasta dicen que es la cuna gay de la ciudad.

¿Un teniente de policía puede permitirse esto? Solo la decoración ya vale una pasta. Los sofás del salón, la televisión de plasma hoy en día la puede tener cualquiera, pero todo junto, contenido y continente, vale mucho. Aunque añadiré que los dos sofás son Chester, auténticos.

Vaya con el hombre corriente.

Más tarde subo a la planta de arriba, pues deseo ir al baño y el de abajo está ocupado por uno de los invitados. Nicole, muy amable, me indica que arriba hay otro baño y le digo que no hace falta que me acompañe, que creo no perderme; le hace gracia mi comentario y sigue atendiendo a sus invitados y controlando que los del *catering* hagan las cosas a su gusto.

La escalera entra directamente en el dormitorio. Estoy encima de la cocina, de la zona de comedor, del baño y de otra habitación donde, imagino, pues no he mirado dentro, será otro cuarto, o despensa, o cuarto de lavandería, algo por el estilo.

Grande, espacioso, luminoso. Una cama enorme, una mesita a un lado y al otro una cómoda, a la derecha, la pared es una librería de obra, de arriba abajo, llena de libros. A la izquierda, un gran ventanal, que de día dará una luz radiante. Vuelvo la mirada a la librería, no hay ni una fotografía. Ni una sola. Hay libros de todo tipo, desde novela hasta ensayo, pasando por libros técnicos y especializados en diversas temáticas, pero no me entretengo en ello y continúo. Detrás de la cama, una pared que se abre en la zona donde está la librería, haciendo un pequeño pasillo para dar acceso al resto de las salas. Nicole me ha dicho que el baño está detrás de la cama. Y allá voy. No hay puertas y me encuentro con un vestidor a la izquierda, el baño al fondo, que sí tiene puerta y está entreabierta.

No paso al baño, en realidad, era una excusa para husmear.

Los trajes son muy similares. Oscuros. Las camisas blancas, azul claro y algunas oscuras.

Tiene vaqueros, chinos, polos, prendas de punto, americanas de sport. Prendas de abrigo: un par de parkas, un cha quetón marinero y un abrigo de vestir. Y, por último, un par de chupas de cuero. Una negra y otra marrón oscuro.

Un zapatero con varias deportivas, con botas fuertes, de suela gruesa, y zapatos de vestir.

No es un vestidor excesivo, pero sí práctico, con todo lo necesario para un hombre que no necesita trajes de tres mil dólares, ni tan siquiera de mil.

Me fijo en las corbatas; algunas son caras, regalo de Nicole, seguramente. Como un jersey de cachemir, me juego lo que sea, a que se lo ha comprado ella.

Pero me llama la atención una cosa, algo muy llamativo.

Así, a primera vista, no veo ninguna prenda de mujer. Nada.

La curiosidad me pica y entro en el baño. Es bonito, grande, con una buena ducha, sin bañera; un gasto de agua excesivo en estos días; ¿para qué quieres una bañera, teniendo una ducha como esta? Se parece mucho a la de mi casa. Sí, me gusta lo que veo. Pero a lo mío. Echo una ojeada y no veo nada femenino. Ni tan siquiera dos cepillos de dientes. Nada. Abro el armario encastrado en la pared, encima del lavabo y veo jabones de manos, dos tubos de pasta de dientes, artículos de afeitado, loción y analgésicos. Vendas, esparadrapo, tiritas y más cosas para las heridas, pero nada femenino. Nada. Ni tan siquiera una caja de tampones. Nada de nada.

No puedo evitar una sonrisa de oreja a oreja.

¿Qué clase de relación tienes con este hombre, Nicole? Si no hay nada tuyo aquí.

Tal vez has exagerado un poco.

Un poquito.

¿Desde cuándo una mujer que dice todo lo que tú me has dicho, no tiene un cepillo de dientes, unas braguitas de repuesto, algo, en la casa de su novio?

Claro que, tal vez, lo tenga en el baño de abajo.

Lo comprobaré.

Dentro de un rato, con la excusa del preñado, iré.

Sí, Alejandra, no saques conclusiones *ipso facto*.

Estoy tan enfrascada fisgoneando y haciendo deducciones, que no he oído los pasos, o tal vez han sido tan sigilosos que por eso no los he oído. De modo que, cuando voy a salir del baño, me doy de bruces con él.

Notó sus fuertes manos en mis brazos, rodeándolos, con fuerza, pero sin dañar.

Ese contacto me perturba. Esas manos tantas veces soñadas, imaginadas, tocando mi piel, me hacen añicos por dentro y por fuera; y creo que él, se da cuenta.

Las va deslizando poco a poco hasta el codo, sin que nuestras miradas se despeguen. Siento que me falta el aire. Siento que me muero de deseo. Él lo nota. Claro que lo nota. Cómo no notarlo, si toda yo tiemblo de los pies a la cabeza.

De la cabeza a los pies.

Fija sus ojos en mi boca. Por un momento, creo que va a inclinar la cabeza y me va a besar. Pero eso no ocurre.

Me suelta.

Despacio.

Se separa y me sonríe.

—Creo que tu marido se va a subir por las paredes, si no bajas ahora mismo. —Me da igual lo que haga Burton. Además, estoy segura de que no sería capaz de subir. De quedar en ridículo.

Pero no digo nada de eso.

—¿Desde cuándo vives aquí? —Mi voz ha salido ronca.

Nota mi despecho.

Creo que nota mi dolor.

Me mira tan profundamente que resulta embriagador. Y en ese momento, levanta una mano y con dos dedos recorre la mandíbula de mi rostro. Lo acaricia tan sutilmente que me entran ganas de llorar. Bordea la boca, toca los labios sin dejar de mirarlos, pero, en ese momento, con los dedos pegados a mi labio inferior, baja la mirada y la clava en el comienzo de los pechos. Tengo la respiración acelerada, noto el peso del collar, aunque es liviano, pero, sobre todo, noto esa mirada abrasadora que me provoca todo lo que una mujer necesita para ser feliz.

De repente, se rompe la magia.

Rompe el contacto, quitando los dedos como si se hubiese quemado y la mirada sube hasta mis ojos.

Oigo su voz. Grave, ronca, no sé si por deseo o por enfado.

O por las dos cosas.

—Baja ahora mismo —es una orden—. No quiero partirle la cara a Burton.

Obedezco en el acto.

Pero lo que realmente quiero hacer, es besarle, meterle la lengua

dentro de esa boca, hasta el fondo. Chupar su lengua y que él chupe la mía. Lamer sus labios, cogerlos entre los míos y que él lama los míos y los coja entre los suyos.

Sé que me desea.

Sé que esa caricia es más que una simple caricia.

Sé que ese hombre siente algo por mí.

Salgo de la habitación, bajando las escaleras como una reina. Mis ojos se desplazan por todo el salón, viendo a Burton con una copa en la mano mientras habla con Adele y el pintor sueco, que a estas alturas ya sé que es gay, y me sigue con la mirada. Nicole ríe de algo que le dice el abogado, que es la pareja del pintor y a ellos se les une otra pareja, ella profesora de universidad o algo por el estilo y él, juez del supremo, negro, muy claro, mulato.

La cena transcurre tranquila, con conversaciones amenas, algún chiste que otro y degustando los diez platos que traen los del *catering*. Diez platos para cada comensal, incluidos los dos de postre. Son pequeñas obras de arte culinarias, ricas, sabrosas, que entran primero por los ojos y luego por la boca. Todos alabamos los manjares, pero la pizpireta Nicole, que ha sido la encargada de todo, dice que ella sabía lo bueno que está todo, pues ya lo comió días pasados en el restauran te de donde proceden. Dice que va a menudo, muchas veces con Jared, pero como su prometido tiene el trabajo que tiene, no puede contar con él todas las veces que quisiera, es decir, siempre. No para de hablar, es igual que una cotorra, y me da la sensación de que Jared se evade con el pensamiento, de modo que desconecta y deja que ella siga y siga. Pero cuando hay otras personas, como esta noche, son los invitados los que preguntan o contestan, haciendo las delicias de Nicole. Se nota que le gusta estar con gente, lo que me extraña es que la cena se haga en la casa de Jared.

La zona de comedor se encuentra entre el salón y la cocina y estamos sentados cuatro a un lado, cuatro a otro y Adele a la cabecera. Las mujeres y la pareja del pintor estamos en un lateral y los hombres enfrente, de esta manera puedo mirar a Jared, lo mismo que a Burton, pero no lo hago, al menos demasiado, pues mi marido no me quita ojo de encima, aunque su rostro se muestre relajado y parezca contento y feliz. Por suerte está al lado de Adele y al otro lado tiene al juez, de modo que no se tiene que rozar con Jared.

Se comporta como si el que le interrogó varias veces en la comisaría, fuese otro; de modo que lo trata con educación, intentando restar frialdad cuando se dirige a él. Jared, por su parte, hace lo mismo. Nada de mencionar temas escabrosos, ni situaciones embarazosas, a fin de cuentas, somos personas civilizadas. Pero creo, estoy segura de que Jared se comporta así por mí, ni por Nicole, ni por

Adele, por mí.

Cuando vamos por los postres y un camarero está haciendo los cafés, el pintor le pregunta a Jared que cómo han pillado al asesino del parque. Lo recuerdo de repente: tres mujeres asesinadas en Central Park y sus parejas inconscientes. Según leía en el periódico digital, los amenazaba con una pistola, ella ataba al hombre, el asesino golpeaba a la mujer dejándola grogui y entonces la violaba ante los ojos del marido o novio. Después le rompía el cuello y amenazaba al hombre con hacerle lo mismo si daba datos a la policía.

Jared no es muy explícito, no le gusta dar explicaciones de su trabajo, es más, le molesta la curiosidad que levantan estos casos y lo morbosa que se pone la mayoría de la gente para saber todo tipo de detalles.

—Dejó muchas pistas. Estaba fichado. Si hubiera pasado un poco más de tiempo entre un asesinato y el siguiente lo habríamos cogido antes.

—Fueron tres noches seguidas —siguió el pintor.

—Sí.

—¡Qué horror! —Ahora es la esposa del juez—. Sinceramente, no sé cómo tenéis cuerpo para aguantar esas situaciones, Jared. Ser testigos de esas barbaridades.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no te parece? Nosotros los pillamos para que hombres como tu marido los juzguen. Esto funciona así, Nancy.

—Sí, tienes razón. A veces creo que vivo en un mundo perfecto; o en otro mundo —añade la profesora. Una mujer de cuarenta años pasados, morena, atractiva, pero un poco pedante.

Siguen hablando y yo aprovecho para levantarme e ir al baño del fondo.

Noto las miradas de todos, mientras les sonrío y les pido disculpas.

Me encierro en el baño y apoyo la espalda en la puerta, mientras oigo decir a Nicole que soy una mujer despampanante y el pintor añade que tengo un tipo de belleza, que según se capte puede resultar avasalladora, o tremendamente dulce.

Me olvido de ellos y me dispongo a fisgonear, pero aprovecho la visita.

Sentada en el inodoro, miro a mi alrededor. Las paredes son verde agua, y otras, como la zona de la ducha y la del lavabo, son de azulejo blanco, brillante. El suelo es de mármol verde oscuro.

Me limpio, y me subo las braguitas, me lavo las manos, mientras mis ojos recorren toda la estancia a través del espe jo. Este no tiene

fondo, no es un armario. Solo hay una leja, con jabones envueltos de distintas marcas. Me giro, y voy a una esquina, donde hay un armario blanco, esquinero, hecho a medida, desde el suelo al techo. Tiene una puerta arriba, un cajón en medio y otra puerta abajo.

Miro dentro.

No lo puedo evitar.

Sonrío.

Toallas, geles, champús, cepillos de dientes empaquetados, pasta de dientes, crema de afeitado, cuchillas, una colonia de hombre y nada más.

Cuando vuelvo a la mesa y me siento, soy consciente de todas las miradas y una vez que me acomodo oigo la voz de Nancy. Mueve la cabeza hacia delante y me mira, Nicole está en medio de las dos.

—John me ha dicho que eres traductora.

—Sí —contesto con una sonrisa, pero que a ella no le afecta.

—¿Algún idioma en particular? —¿Qué clase de pregunta es esa?

La miro durante unos segundos y vuelvo a sonreír. Esta mujer es una esnob gilipollas.

—Varios.

—¿Cuántos?

—Español, francés, italiano, alemán y árabe a la perfección.

—Vaya, ¿en serio?

—Muy en serio —entonces interviene Burton que quiere presumir de mujer, y cuenta mi paso por las Naciones Unidas y la asociación con mi antigua empresa; y añade que estoy con el japonés, chino y ruso.

—Y el árabe, ¿por qué? —sigue la tal Nancy, que me mira fijamente evaluando mi rostro.

A la gente, a la mayoría, no le cuadra que una mujer tan guapa tenga una mente superdotada. Es algo así como decir:

«¿Por qué, no ha recibido bastante de la naturaleza, que encima tiene que ser más inteligente que la media?».

—Por nada en especial y por todo en particular. No hay mucha gente que lo hable, me refiero a los estadounidenses. En el mundo de los intérpretes, cuanto más sepas mejor, y cuanto más complicado sea el idioma, mucho mejor. Es simple, ¿no crees? —Ella no deja de mirarme.

—Podías dar clase en la universidad —suelta de golpe y porrazo.

Burton se ríe a carcajadas y la tal Nancy lo mira sorprendida.

—Ni se te ocurra meterle ideas en la cabeza. Vamos a tener un hijo y ya tiene de sobra con las traducciones. Lo que faltaba. —Todos se miran entre sí, menos yo que miro mi plato vacío.

—Bueno, mi esposo está un poquito anticuado —añado al tiempo que levanto la mirada y veo que todos están pendientes de mis palabras, igual que notan la tensión de Burton ante lo que voy a decir —: Por el momento no es mi deseo dar clases de idiomas, Nancy. Tal vez sea porque yo aprendo sin darme cuenta, casi de oído, y la gramática, no me resulta complicada en ningún momento. Eso significa que no tengo paciencia para enseñar, porque normalmente la gente no aprende tan rápido y a mí, me desespera. Sabes, Nancy, la escritura oriental es muy complicada, con todos esos signos que parecen jeroglíficos, pues a mí, me resultan relajantes, me calman y me llenan de felicidad. Es como un juego o como una terapia relajante.

Todo el mundo se queda callado. Noto los ojos de Jared, todos me miran, pero la mirada de él, es la única que siento, que me traspasa, que me llena.

Pero la profesora insiste.

Creo que se está poniendo un poco pesada.

—¿Quieres decir, que lo estudias sola, que eres autodidacta? —Es como si no lo creyera, como si estuvie ra ante una alumna que le está contando una soberana trola.

—Sí. Es como mejor se estudia. Pero, claro, como bien sabrás, pues te dedicas a ello, no todo el mundo vale. —Sus ojos oscuros me atraviesan.

—Pero tendrás las titulaciones.

—Por supuesto. Si no, ¿de qué sirve?

—De todos los idiomas.

Es como si no llegase a creerlo.

—Sí.

Mueve la cabeza varias veces y sonríe.

—¿Has estudiado en la Universidad de Nueva York?

—Sí.

—Bueno, querida, solo puedo decirte, y me importa un pepino lo que diga tu marido, que cuando quieras enseñar me lo digas. Abriré todas las puertas para ti.

—Te lo agradezco.

Ahora caigo, no es una profesora cualquiera, es decana de la Universidad de Nueva York, lleva tres años en el cargo y antes daba la

asignatura de Economía en Yale. Y debe estar más cerca de los cincuenta que de los cuarenta.

En ese momento, la voz grave del juez, se deja notar.

—Querida Alex, te puedo decir que mi esposa no pierde el tiempo ofreciendo nada a nadie a no ser que la deje obnubilada. Y así es como está en estos momentos. Y, seguramente, mañana… o tal vez esta noche, cuando lleguemos a casa, abrirá el portátil y buscará tu expediente para comprobar hasta el último detalle.

La decana se lleva una mano al pecho, como reconociendo su culpa, mientras Nicole ríe ante ese gesto y el comentario del juez, disfrutando de que, su nueva adquisición, es decir, yo, resulte todo un éxito ante sus amigos de siempre. Por suerte, la conversación deriva al mundo artístico y Adele nos cuenta la historia de un vagabundo checoslovaco que, durante treinta años vagando por las calles, pero en especial por las piscinas públicas, fotografiaba a las mujeres en ropa de baño y luego revelaba las fotos no se explica cómo, teniendo en cuenta su modo de vida y le hacía unos marcos de cartón. Sigue contando que la máquina de fotos era básicamente rudimentaria hecha con plexiglás y no sé qué más y que las fotos quedaban de esa manera, es decir: borrosas, desenfocadas, con manchas, y precisamente por ello, y por esas casualidades del destino, su obra, se considera una obra de arte.

—¿Y cómo se llama ese artista? —pregunta el juez, mientras su esposa mueve la cabeza esperando la respuesta.

—Se llamaba. Está muerto. Su nombre es, era, Miroslav Tichý y dicen que estaba loco. Las fotografías están borrosas y no tienen la nitidez de lo que hacía un profesional en esos años, pero precisamente por ello y por las circunstancias en las que trabajaba, pues vivía en un cuchitril y, además, esa cámara artesanal, tiene más mérito y si encima se añade la locura y todos esos años vagando por las calles…

—El tío no vagaba —interviene el abogado, pareja del pintor—, era libre, trabajaba a su aire, bueno, qué digo trabajar, seguro que eso no era trabajo para él, seguro que fotografiaba mujeres porque era lo que le gustaba y pasaba totalmente de la sociedad y de sus imposiciones. Además, ¿Checoslovaquia no era comunista?

—Sí, de hecho, cuando él dejó la escuela de arte o algo parecido, es cuando los comunistas entraron y prohibieron pintar mujeres al natural, porque decían que distraían a las masas.

Se oye más de una risa y es entonces cuando la profunda voz de Jared se deja oír otra vez.

—Y seguro que ahora valen una pasta.

—Por supuesto, Jared, están consideradas obras de arte. Hasta la

historia de su vida es un marco excelente para el discurrir de sus fotografías. Es… pura belleza. Es tan básico y tan natural que resulta ligeramente morboso ver esas figuras femeninas captadas de manera infraganti algunas, y otras, po sando, pero sin hacerlo realmente. Se exponen en los mejores museos del mundo, no es algo baladí —explica Adele que, a pesar de adorar al prometido de su sobrina, le molesta un poquito que no aprecie el arte como se merece.

En las paredes del salón, hay dos grandes fotografías de San Francisco. Una del Golden Gate, nublado y lluvioso. Preciosa. Y la otra, el puente de la Bahía, apenas visto entre los edificios de California Street, en un día de niebla. Las dos son en blanco y negro.

Tiempo después, mucho después, sabré que son de Jared, hechas por él.

Ahora, en estos momentos, nadie lo sabe.

Ni tan siquiera Nicole.

—Mira qué bien —dice el hombre del que estoy enamorada—. Y cuando ese tipo iba a las piscinas públicas enfocando con su cámara artesanal a las mujeres que le gustaban, seguramente en lo último que pensaba era que estaba haciendo obras de arte. O, mejor dicho, que años más tarde, unos esnobs encontrarían las fotos y dirían que son lo más.

—Yo he visto las fotos —intervengo ante la mirada penetrante de mi marido, ante los ojos plateados que se centran en mi boca, ante los demás, que prestan atención a mis palabras, en especial Adele, que, a mi lado, coloca una mano envejecida, con manchas, sobre mi brazo.

—¿Y qué te han parecido?

—Bueno, tienen su encanto, teniendo en cuenta las circunstancias. Se nota que en la mayoría de las fotos las mujeres no son conscientes de que las están fotografiando, y luego están los ángulos, los enfoques, o, todo lo contrario, según se mire, pero me gustan. Aunque más que encanto, tienen mérito e inteligencia para un hombre que pasaba por loco y tal vez no lo estuviese, tal vez le interesaba que los demás lo creyesen, o tal vez tenía esquizofrenia y era su manera de ser feliz. Saltó a la fama en vida y cuando eso ocurrió dijo que, si quieres ser famoso, tienes que hacer algo peor que nadie en el mundo en tero, porque lo perfecto y lo bello no interesan a nadie.

—Ese loco no tenía un pelo de tonto y puede que ni de loco —interviene Jared sin apartar la mirada de mi cara, al tiempo que el abogado mueve la cabeza afirmando.

Sigo hablando como si no me hubieran interrumpido. Burton no deja de mirarme y sé que está enfadado. No le gusta nada que sea el centro de atención en el plano intelectual.

—Pero todos sabemos que, en el arte, los precios se elevan de una manera escandalosa, que se pueden pagar millones por un cuadro. ¿Por qué?, porque está pintado con una exactitud que parece imposible, porque los colores te deslumbran, te transportan a un paraíso, porque parece que estás viendo una fotografía en vez de un cuadro; pero ¿y lo abstracto, dónde está la perfección, dónde está el mérito de plantarte encima de una tela enorme y tirar pintura o brochazos a diestro y siniestro y que luego eso valga una millonada?

—Querida —dice Adele, un tanto ofendida—, Pollock no hacía eso. Él plasmaba algo que tenía en su cabeza. Él es la máxima expresión del *dripping*, el *painting*, él revolucionó el expresionismo abstracto. Realizaba cuadros maravillosos, enormes obras de arte, que no te cansas de mirar, de desplazar la mirada por esos entramados, buscando figuras, viendo paralelismos, repeticiones y un sinfín de bellezas en esas salpicaduras. Pensaba y pensaba cómo lanzar la pintura, era… mágico. Eso no lo hace cualquiera —la interrumpo.

No me corto un pelo.

—En esos años eran pocos, desde luego. El Reynold

s News en el 59, dijo: «Esto no es arte, es una broma de mal gusto». —Adele quiere decir algo, pero no le dejo—. Yo creo que no pensaba, que actuaba por inercia, que se dejaba llevar, casi como si estuviese en otro mundo, otra dimensión y que su alcoholismo formó parte de todo ello. Además, se habla de que pudo ser bipolar. —Ahora es el pintor el que mete baza.

—Está visto que hay que estar mal de la cabeza para que tus obras alcancen precios desorbitados. —Clavo los ojos en el sueco. Es atractivo, muy atractivo; no me extraña que el abogado lo tenga en palmitas.

—No lo creo. Hay, y ha habido artistas que no tenían problemas de adicciones, ni enfermedades, Picasso.

—Ese era adicto al sexo —exclama el pintor.

—¿Estabas ahí? —La pregunta ha sonado un poco chulesca.

—Por supuesto que no. Pero tantas mujeres y tan jóvenes cuando él ya peinaba canas, aunque estuviese calvo, y complacerlas…

—Ah, entiendo. Entonces si tú pasas toda la vida con tu pareja no eres adicto al sexo, pero si cambias cada equis tiempo, sí lo eres. O tal vez los heteros tienen más trabajo porque lo hacen con mujeres y estas son más difíciles de complacer.

—No, no son, así, las cosas —me sonríe al decir esas palabras.

—Por supuesto que no son así. Picasso era un hombre vigoroso, un hombre que le gustaba disfrutar de la vida y el sexo forma parte de

ella. Era español, por si no lo recuerdas. —Ahora todos me miran, de distintas maneras. Burton enfadado, pero disimulando; el matrimonio de la profesora y el juez, en suspenso; Adele y Nicole, sorprendidas; el pintor, entre mosqueado y divertido; y su pareja, esperando el desenlace; y Jared, Jared tiene una sonrisa burlona mientras sus ojos no pestañean y no dejan de mirarme—. Porque si Pablo Picasso era un adicto al sexo, ¿tú qué eres?

—¿Te refieres a mi condición sexual?

—Claro. ¿A qué otra cosa me voy a referir?

—Yo soy lo que soy. —No se muestra ofendido, tampoco a la defensiva.

—Exactamente. Cada uno es lo que es. Si Picasso hubiese sido homosexual, ¿dirías otra cosa, no lo tacharías de adicto al sexo?

—Me has malinterpretado.

—Creo que no. En el fondo, a todos los artistas os pasa lo mismo. Tenéis envidia unos de otros, ansías esa fama mundial, pero, por favor, que llegue en vida, si no, ¿para qué pasar a la posteridad si no lo voy a disfrutar, si no voy a ver las caras de admiración, o las caras de envidia, si no me van a entrevistar en la televisión, si mi cara no va a salir en las revistas más importantes del mundo? El grito mental, el deseo constante, sería: quiero vender un cuadro por cuarenta millones de dólares, o mejor, quiero que todos mis cuadros se vendan por encima de ese precio.

—Bueno, eso es algo normal —interviene Adele.

—Por supuesto que es normal. No pasa nada por reconocerlo.

Ahora se oye la seductora voz de Jared.

—Conclusión: hay artistas cuerdos y otros locos, o medio locos, unos borrachos, otros drogatas y otros vigorosos y muy machistas, me mira, pues está haciendo alusión a Picasso. Los normales no nos interesan, pasamos de ellos. Unos, la gran mayoría, que no serán famosos nunca, y otros, unos pocos privilegiados, que pagarán un pastón por sus obras. Pero ¿quién está más loco, el pintor que pinta abstracto, sea a brochazos, salpicando o como cojones quiera, o el cliente que está dispuesto a pagar cuarenta, setenta, cien millones por un puto cuadro? —Nicole retuerce el gesto ante los tacos de su prometido—. ¿Cuál fue el precio más alto por un cuadro de Pollock? —Mira a Adele, para evitar mirarme, pero soy yo la que contesto.

—El N.º 5, se vendió en el 2006 por ciento cuarenta millones. —El silbido de Jared se deja oír en su preciosa vivienda, pero me da que él ya sabe ese dato.

Que se hace el tonto.

Que sabe de arte más de lo que hace creer.

Ahora es Adele la que interviene:

—En el 73, el gobierno australiano compró el N.º 11 por dos millones, en ese momento era el precio más alto pagado por una pintura de arte moderno. El N.º 12 se vendió por casi doce millones y el N.º 28 por más de veinte. —Jared levanta la mano y Adele calla.

—No sigas, por favor. Se me está poniendo mal cuerpo.

—¡Jared! —exclama la pelirroja, Nicole, dándole un manotazo juguetón.

—¿Qué, Nicole? No lo voy a entender nunca. Me puedes llamar inculto, imbécil o lo que te dé la gana, pero jamás entenderé ese despilfarro.

—Hay que ser muy rico para hacer semejantes pagos. —Ahora es la voz del juez y Burton mueve la cabeza dándole la razón.

—Mucho dinero —interviene mi esposo—, y saber de negocios. Pues eso siempre es una inversión. Pasado un tiempo, unos años, el mismo comprador o un heredero, puede vender ese cuadro por el doble o el triple.

—O no —replica el abogado—. El mundo del arte puede ser muy volátil y lo que hoy vale diez, mañana vale dos y medio. Eso no pasa con el oro. El oro es el negocio. El oro siempre vale más.

—Sí, pero el oro no lo vas a colgar en el salón de tu casa —añade la profesora, entre risas.

—Siempre encontrarás pintores para decorar las paredes de tu casa, sin dejarte tus ahorros. Por eso debes comprar los cuadros del sueco y cuando dentro de unos años valgan cien veces más de lo que te costó, entonces lo vendes y te haces rica. Más rica de lo que ya eres —dice con una sonrisa burlona, haciendo que la profesora se muestre gustosa y que su esposo también sonría.

Todos reímos ante ese comentario y Nicole añade unas palmadas para dar más ímpetu al momento.

Y de esa manera, la cena se da por terminada y tomamos unas copas (yo, agua, como siempre) mientras en un ambien te distendido bromeamos sobre arte, sobre artistas, quitando hierro al tema y logrando que el pintor sueco suelte unas risas pensando en el día que se haga famoso y se vendan sus cuadros, por lo menos a millón de dólares la pieza. El juez añade, entre sonrisas, que se prepare para todo lo que dirán de él, y ya puestos, de su pareja.

Al despedirnos, Nancy me da una tarjeta y dos besos en las mejillas, diciendo unas palabras en francés.

—Espero que nos veamos pronto —le contesto en ese idioma,

diciendo que me ha encantado conocerla, a su marido también, y que espero que volvamos a vernos. Ella añade, siempre en francés, que la próxima cena será en su casa y que espera nuestra presencia.

Al despedirme del pintor, le doy un par de besos y le comento, por lo bajo, que espero que no esté molesto conmigo, que en ningún momento he querido ofenderle. Me contesta: «Tranquila, no me has ofendido, pero me gustaría pedirte algo».

—Tú dirás.

—Me gustaría pintarte. —Muestro un gesto de sorpresa y a lo que añade al momento, me obliga a taparme la boca para no reírme—: Desnuda.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—Estoy embarazada.

—Lo sé. Podría pintarte de espaldas. Tumbada, recostada, incluso podría obviar el rostro, para que no te reconozcan.

—Mmmm, me estás tentando —digo entre sonrisas y guiño de ojo.

—Tu marido no tendría que enterarse —comenta entre susurros, mientras el aludido se despide de Adele y de Nicole.

—¿Crees que se pondría celoso? —No se da cuenta de que estoy bromeando.

—Por mí no, desde luego. Pero por el resultado sí. Seguro.

Además, ya has visto mi trabajo, tal vez no consiga la fama mundial, pero sabes que soy bueno, muy bueno.

—Sí. Lo reconozco. Eres tan bueno, tan perfecto, pintando, como lo soy yo por fuera. Así que llámame y nos pondremos de acuerdo. Que Nicole te dé mi número y hablamos.

—De acuerdo. —Me besa otra vez y noto la mirada de Jared.

Siento que él está detrás de esto.

Y no tardo en descubrirlo, tres días más tarde.

Estoy en el estudio del sueco, un taller, que bien podría convertirse en un *loft* para vivir, en el Soho, pues se trata de un espacio grande, de techos muy altos, con mucha luz y lleno de bártulos de pintor. Mesas dispersas pegadas a las paredes, sillas plegadas apoyadas en las paredes, cuadros de diferentes tamaños apoyados y mirando para la pared, taburetes de distintas clases, unos viejos y manchados de pintura, otros más modernos y apartados de zonas de peligro y repartidos por toda la estancia, caballetes con sus telas y otros sin nada, esperando ser usados, de todos los tipos, unos más grandes, otros más pequeños, de madera de haya, me dice, portátiles, metálicos, trípodes, bastidores apoyados en las mesas, al lado de maletines de pintor, un par de ellos antiguos, más tarde me dirá que los compró en París; cartones entelados, cartulinas blancas, otras crema, de distintos tamaños, protegidas por cartapacios, muchos bastidores, pinceles de todas las clases habidas y por haber, paletas, espátulas, aceiteras, tubos de pinturas al óleo, botes de acrílico, acuarelas, disolventes, carboncillos…, hasta tinta china; hay una zona, medio escondida, donde se encuentra un biombo, un diván, una silla, un sillón, en una tarima elevada unos cincuenta centímetros y un fondo de cortinas detrás, de distintas texturas y colores.

El estudio dispone de un aseo con ducha y una pequeña cocina en un rincón.

Contemplo todo con mirada curiosa y dejo que mis fosas nasales se llenen con los olores reinantes, mientras él sigue mirándome con mucha curiosidad.

—Aceite de linaza —casi lo murmuro y recuerdo las clases de

pintura que di en el colegio cuando todavía era una niña.

No se me daba bien, de manera que rápido le di puerta, pese al enfado de mamá y el apoyo de papá, pues decía que eran más importante los estudios y los idiomas que esas pamplinas. Pero admiro la buena pintura, admiro la maestría de unas manos pintando, dibujando; igual que admiro a esos dibujantes de cómics. Sí, realmente hay mucho talento por el mundo. Y este hombre lo tiene. Pinta lo que sea, pero lo que más le gusta y domina a la perfección, son los retratos y las figuras humanas.

La colección de la exposición que tiene en la galería de Adele y que ya la ha vendido al completo a una misma persona, se titula Las edades del hombre; consta de seis cuadros de un mismo personaje, desde su niñez hasta la vejez. Son rostros: el primero, de un bebé rubio con ojos grandes, azules y boquita sonrosada, le sigue esa misma cara, pero de seis o siete años, el rostro sigue siendo dulce, inocente, los ojos grandes, expresivos, el cabello rubio, pero más dorado; después, el mismo niño en el comienzo de la adolescencia, la mirada más penetrante y curiosa, con un punto de maldad, de rebeldía, la boca más grande, más ancha y el cabello, que va cogiendo el tono de la ceniza, pero sigue siendo suave, blando, más corto; le sigue la juventud, la plenitud, una belleza nórdica, masculina, los ojos y la boca siguen siendo el centro del rostro, pero no puedes dejar de mirar el resto, los pómulos marcados, una pequeña cicatriz en la barbilla, la frente amplia y recta, las orejas un poco grandes; el quinto es la madurez, los cuarenta, la edad que tiene el sueco ahora, y su mismo aspecto, pelo a cepillo, mirada fría, arrugas alrededor de esos ojos azules, claros, que a veces parecen agua, arrugas alrededor de la boca, gesto adusto y barba de tres o cuatro días que apenas se le nota porque es rubia y blanca; el siguiente cuadro es de ese hombre a los sesenta o setenta años, de cómo cree que será él a esa edad, su cabello no es tan corto, ceniza poco y blanco mucho, los labios apretados, más finos que en la juventud, el rictus ligeramente amargo y la mirada penetrante, inteligente y cansada de haber vivido mucho, de haberlo hecho todo.

Le pregunto si no le molesta que otro tenga esos cuadros, esos retratos, autorretratos que ha hecho a su rostro desde bebé hasta una vejez que aún no ha llegado, y que él, ya imagina. Dice que no, que él no pinta para él, que pinta para que los demás lo vean, lo admiren y lo compren. Que pintarse a sí mismo es cómodo, pues se conoce muy bien y, además, se gusta y no le importa pintarse y mejorarse. Me río ante ese comentario y le digo que no se ha mejorado, que él es así, en el de la madurez, que es una copia realista de su físico. Que es un hombre muy atractivo. Un vikingo de los pies a la cabeza. Rompe a reír. Le gusta que le adulen, como a la mayoría, pero sé que le gusta

que yo, le adule.

Me paseo por la estancia y contemplo un paisaje que está sin terminar. Es realmente precioso y si pensaba que el retrato es lo más, tengo que rectificar, pues este cuadro me deja sin habla y así se lo hago saber. Le digo que me recuerda a las pinturas de Turner y vuelve a reír.

—Ojalá. Turner es uno de mis favoritos.

—Y de los míos. ¿Tiene dueño? ¿Es un encargo? —Me mira sorprendido y tuerce la boca.

—No. Formará parte de la siguiente exposición.

—Está pintado en madera. —Él sonríe de manera atractiva, mirando el cuadro y mirándome a mí.

—Sí. Pino de Oregón. Casi siempre suelo pintar en tela de lino, pero este quise hacerlo en madera.

—Te lo compro.

Me mira fijamente.

Me está valorando en todos los aspectos.

—Si no sabes el precio —añade con una sonrisa.

Elevo las cejas y clavo los ojos en ese rostro varonil y atractivo.

—Pues dímelo.

Parece pensarlo mientras mira mi boca.

—Cien.

—¿Mil? —Sé de sobra que son cien mil, pero me gusta tomarle el pelo.

—Claro —añade sonriendo.

—Sinceramente, creo que vale más. Pero no se lo digas a nadie. Quién sabe, a lo mejor se me cruza un cable y te lo compro.

Hace como que se lo piensa.

—He vendido la colección de las edades por doce mil, doce por cuadro.

—Está bien, pero la verdad, poco me parece. Creo que Adele podría haber sacado más. Por lo menos, quince o veinte por cuadro.

—Seguramente, pero se puede decir que ha sido una forma de *marketing*.

Nos miramos detenidamente, nos valoramos, nos medimos.

No hay rencillas entre nosotros.

Este tío me gusta y yo le gusto a él.

—La persona que los ha comprado tiene poder, contactos, ¿lo dices por eso? Seguro que esa persona los pondrá juntos, en una gran pared

que les haga justicia, de una habitación que sea muy visitada.

—¿Es que sabes quién los ha comprado? —pregunta, curioso, sonriendo.

—No. ¿La conozco?

—Sí. El juez y su esposa.

—¡Vaya!

—Los han colocado en el salón de su casa. Ocupan toda una pared, pues los han puesto espaciados para que no haya otros cuadros. Me han mandado una foto. —Saca el móvil y me la enseña—. Me están haciendo una publicidad cojonuda, pues todos los que van a su casa preguntan, y alguno ha llamado para que le haga un retrato. Tengo suerte, pues a mí me pasa lo que a ti. Eso que dijiste de los idiomas, que aprendes rápido. Pues yo, con los retratos me pasa lo mismo, los hago deprisa y bien, en óleo puedo tardar un poco más, pero en carboncillo, o tinta china los hago como rosquillas. De hecho, estuve varios años en París pintando retratos, ya sabes, en la calle, para los turistas. Y me ganaba bien la vida.

—¿En serio? ¿Fue entonces cuando compraste los maletines?

—Sí. —Hace una pequeña pausa, mientras nuestras miradas no se despegan—. Hasta que me cansé y me fui a Londres. También me cansé y vine aquí.

—¿Cuánto llevas en Nueva York?

—Casi diez años.

—Mira, como yo. ¿Y cuánto con el guapito abogado? —Sonríe sin dejar de mirarme.

—Cinco años.

—Mmmm. Relaciones largas. Bien. Ya sabes lo que se dice, la promiscuidad no es buena.

—Eso dicen. Pero yo tuve una época muy, muy promiscua —se nota que le gusta hablar de sí mismo, oír su propia voz al tiempo que otros también la oyen.

—En París, seguro. Aunque también podía haber sido aquí, si hubieras estado es esa época.

—Sí, seguramente.

—Bueno, pues da gracias a Dios si eres creyente, por no haber pillado el sida.

Me desplazo por el estudio, mirando todo, otra vez, con otros ojos.

—Sí. Tienes toda la razón. Cuando vi morir a más de uno, supe que tenía que cambiar de chip, ya me entiendes. Madura, me dije, esto no es una broma. Y desde entonces, he pasado rachas, haciéndome callo

en la mano.

Suelto una carcajada y dejo de mirar sus obras.

Sus cosas.

Quiero que me cuente qué es lo quiere.

Me dice que ha pensado pintar dos cuadros a tamaño natural, uno tumbada y otro de pie. Lo tiene todo en la mente, me dice que una vez que me coloque como desea, me hará unas fotos para que no sea necesario que vaya al estudio. Me dice que puedo confiar totalmente en él, que jamás usará las fotos que me haga, con otros fines, que antes se cortaría las manos.

Las dos.

Sonrío ante ese comentario, porque sé que dice la verdad. Es un tío íntegro. Lo sé. Lo siento.

Salgo del baño desnuda y cuando me ve, casi abre la boca, mientras admira mi cuerpo, y es entonces cuando murmura:

—Él tenía razón.

—¿Quién? —pregunto, clavando los ojos en su rostro, luciendo el cuerpo sin pudor.

—Jared. —Elevo las cejas esperando que continúe, que aclare ese comentario, que sea más específico, que me dé todos los detalles, que no se deje nada en el tintero—. Cuando fuiste a la exposición, hubo un momento en que te mirábamos como tontos; por supuesto, mi mirada era artística, la de Jared, no. Estábamos apoyados en la baranda y vosotros abajo, hablando con Adele, y casi murmurando, me dijo: «Deberías pintarla. No vas a encontrar otra como ella». —Hace una pausa mientras no deja de observarme y añade—: Madre mía, cómo te miraba, y no había nada de artístico en esos ojos plateados.

No digo nada.

Espero.

—Ahí comenzó a germinar la idea. Gracias a las palabras de un hombre. —Hace una pequeña pausa, pero no intervengo, solo nos miramos. Espero que continúe, que diga algo más—. Un hombre que te miraba, como no mira a Nicole.

Me gusta este tío.

Pero no entro al trapo.

A ese trapo.

—¿Te gusta Jared? —la carcajada ante esa pregunta que le hago, es profunda, rotunda.

—A mi novio sí le gusta Jared. No le importaría que le metiera la polla hasta el fondo. Yo soy el macho, nena. A mí me gustan más

femeninos.

—No lo he notado. Lo disimula bien. Tu novio, digo.

—Sí. No le gusta que se lo noten. El mundo de la abogacía es masculino y las que son femeninas son las mujeres, incluso algunas, son más machitos que mi chico. Pero cuando estamos a solas, en nuestro mundo, ahí es cuando le gusta mariconear.

Me río a carcajadas, no lo puedo evitar, tampoco lo deseo. Este hombre me cae bien, es franco, sin dobleces. Y, por el momento, no le he visto la malicia que tienen la mayoría de los homosexuales que he conocido. Aun así, no deseo que me cuente intimidades. No deseo saber si el abogado se pone peluca, tanga y sostén, mientras el sueco se la introduce hasta el fondo.

No me interesa.

Pero él, tampoco parece estar por la labor.

Me ronda, me rodea, mirándome de arriba abajo. No me toca, pero está a un paso de mi cuerpo, mientras devora mi culo, mis pechos, el vientre ligeramente abultado, las largas piernas.

—No se te nota apenas.

—Si así fuera, sería mejor obviarlo. —Nos miramos a los ojos. Estoy descalza. Es un poco más alto que yo. Uno ochenta, ochenta y dos.

—¿No te gusta estar embarazada?

—Digamos que no me vuelve loca.

Está quieto.

Inmóvil.

Mirándome, con esos ojos alucinantes.

De repente, se separa y va hacia las cortinas y comienza a decirme lo que quiere.

Habla rápido unas veces y más lento otras. Me explica, me cuenta, expone y se mueve por todo el escenario. Le dejo que se explaye, que suelte todas las ideas que tiene en la cabeza y cuando acaba, le digo que sí.

A todo.

Nunca he sido pudorosa, pero tampoco muestro mi cuerpo desnudo por lucirme. Noto las miradas penetrantes del sueco y no me molestan; sé que son miradas calculadoras, pero al mismo tiempo de admiración. Sé que busca algún defecto, celulitis, flacidez, pelos, manchas, pero no va a encontrar nada de eso.

—¿Te gustaría encontrar algún defecto? Algo que no sea tan perfecto que le dé más carácter, que lo vuelva peculiar. —Vuelve a soltar una sonora carcajada.

Masculina cien por cien.

—Sinceramente, me entusiasma que no tengas ni un defecto. Jamás he visto un cuerpo como el tuyo. En Europa, pinté muchos desnudos y las modelos mostraban sus cuerpos con la misma despreocupación que tú; pero unas eran muy flacas, otras estaban rechonchas, otras no tenían culo, ni tetas, otras tenían mucho culo y poco pecho, y de vez en cuando, llegaba una divinamente proporcionada. De todos modos, si has visto cuadros de desnudos, hay para todos los gustos, para elegir.

—Sí. Es cierto.

—Pero tengo que decirte, que tu cuerpo resulta abrumador.

—¿Eso es bueno desde el punto pictórico? —mi pregunta va acompañada de una sonrisa que hace que sus ojos se desplacen de mis ojos a mi boca.

—Muy, muy bueno. Además, ya sé cómo se titulará.

—¿No le pondrás, la perfección? —La pregunta es sarcástica y él lo nota.

—No, nada de eso. Lo llamaré… el cuerpo. —Abre sus grandes manos, para dar más fuerza a las palabras—. El cuerpo —repite eufórico.

—Me parece bien. Es tu obra, puedes llamarla como quieras.

—Tienes una piel preciosa, un tono caramelo claro espectacular.

Si tus ojos no fueran azules, pensaría que tienes algo de sangre negra en tu árbol genealógico.

—Tengo los mismos ojos que mi padre, y te puedo decir que, si viviera y te oyera, te daría un puñetazo y te rompería la nariz.

—Huumm, ¿racista?

—No. Él decía «ordenado». Pero lo cierto era que no le gustaban los negros, ni los mulatos, ni los indios, ni los judíos y, por supuesto, maricas y todo lo que le sigue.

—Vaya. Era policía, ¿no? —Afirmo con un movimiento—. Jared nos dijo que fue su jefe. Y vaya manera de morir. Lo siento mucho, nena. De verdad.

Me hace gracia ese calificativo: nena. Me río y le digo que sigamos, que no nos pongamos sentimentales. Él también se ríe. Está feliz. Dice que empecemos. Y así lo hacemos.

Me coloco como él desea. Sobre el diván. Me toca, recoloca los brazos, las piernas, tuerce mi cabeza hacia el lado contrario para que mi rostro quede oculto, para que solo se vea el cuello, algo de mandíbula y el cabello. Murmura por lo bajo, dice que jamás ha visto unos pechos tan hermosos, tan duros. Pregunta: «¿No serán de

silicona?». Mi risa le encanta. «No, no son de plástico». Y sigue tocándome. Una pierna la quiere doblada, la otra estirada. Quiere que se vea el vello púbico. Le gusta que no esté afeitado. Que se vea arregladito, mono pero pudiente, aunque tampoco muy pudiente. Me río. Me lo estoy pasando bomba. Me coloca los brazos, uno hacia atrás, el otro sobre el abdomen.

Una vez que estoy a su gusto, aparece con la cámara, una réflex digital de casi tres mil pavos, lo sé porque tengo una igual, y dispara sin parar.

Algún día sabré que esa cámara pertenece a Jared.

Pero ahora, no lo sé.

Estoy quieta.

No me muevo ni un ápice y cuando acaba, dice, chapó.

Entonces viene la siguiente postura, para el segundo cuadro.

Al lado de un gran ventanal, más alto que ancho, con el cristal traslúcido, hay una cortina rojo rubí, de terciopelo. Quiere que me coloque de espaldas a él, que abrace la cortina, de manera lánguida, sensual, como si fuese a hacer el amor con ella, como si ese terciopelo fuese un hombre.

—Piensa en quién quieres que sea, y abrázalo.

Me hace gracia, es muy intuitivo; no dice «piensa en tu marido».

Y continúa:

—Piensa que su pene te roza los muslos, el sexo. Que quiere entrar.

Y sigue.

—Eleva un brazo por encima de tu cabeza, como si él te lo sujetara y con el otro, rodea la cortina, como si fuese su cintura.

Ahora su voz se vuelve más ronca.

—Esconde la cara a un lado, como si fuese su cuello.

Obedezco a la primera, mientras sigo oyendo los suaves clics.

—Y ahora, proyecta el culo hacia afuera, como si su pene te impulsara.

—Siéntelo.

—Cómo te penetra.

—Cómo se hunde en ti.

Sigo oyendo los disparos, oigo cómo se mueve alrededor, para cogerme desde todos los ángulos, para que no se le quede ningún rincón, para que todos los recovecos queden plasmados en su cámara; pero no pienso en ello.

Pienso que esa cortina es Jared, que mis pechos se aplastan contra

sus duros pectorales, que lamo la piel de su cuello, que su miembro quiere entrar en mí y que sus manos acarician mi cintura, se desplazan por las nalgas, abarcando toda la carne, hasta que sus dedos se meten por la raja.

Hay un momento en que jadeo y cuando oigo el último clic, siento un orgasmo.

Me dice que ya está, que tiene todo lo que necesita.

Me coge de la mano y me lleva al sillón sin dejar de mirarme.

—¿Te has corrido? —La expresión de su rostro atractivo, es dulce, curiosa y un poco traviesa. Y no me molesta, igual que no me ha molestado la pregunta.

—Sí —contesto con media sonrisa.

—¿Pensabas en tu marido? —Mi sonrisa se hace más amplia. Me da que sabe más de la cuenta.

—Ahora mismo, en este momento, sí. Y creo que deberías pintar algo rápido para aplacarlo.

Sus ojos no pestañean, no dejan de mirarme y parecen comprender demasiado. Se acerca a una mesa y coge varios bártulos. Los lleva hasta donde estoy, los coloca a un lado y coge una silla para él. El caballete tiene una lámina blanca, gruesa, de un metro de altura por cincuenta de ancho, la gira y, cogiendo un carboncillo, comienza el trabajo, no sin antes decirme que me recueste en el diván, de lado y mire hacia él.

Estoy quieta, mientras mis ojos no pestañean y mi mente divaga.

«Píntala, no encontrarás otra como ella».

El sueco me mira y sus manos no dejan de moverse. Es rápido, no pierde el tiempo y oír ese raspado en el papel, me relaja.

No hablamos, pues cada uno está a lo suyo.

Después de veinte minutos, la obra está terminada.

—Ya tenemos la coartada —dice entre sonrisas.

Me levanto y voy hasta él. Recorro con la mirada el trabajo finalizado. Negro sobre blanco. Perfecto. Precioso. Y a pesar de que el rostro son unos trazos ligeros, lineales, casi etéreos, se ve que soy yo. El cabello, que cae en cascada, abundante, ligeramente ondulado, los ojos grandes, la boca jugosa, las líneas de la frente, pómulos, mandíbula…, no hay duda.

El resto es fiel al original.

Los pechos, el volumen exacto, la proyección correcta.

Los pezones, el tamaño ideal, la elevación justa; hasta la turgencia y el granulado es perfecto.

Las piernas, infinitas.

Los muslos, tensos, lozanos, prietos, coronados por el vello del pubis, por los rizos que los ha tupido algo más de la realidad.

Descanso el peso del cuerpo sobre el brazo izquierdo, el codo, para ser exactos y la mano derecha descansa sobre el vientre, debajo del ombligo. Le ha dado algo más de volumen, para que parezca que es verdad que estoy esperando, para que mi esposo tenga un recuerdo de su amada esperando.

—¿Crees que le gustará? —pregunta, curioso, mirando mis ojos.

Le sonrío.

Y esa sonrisa le provoca.

—Si no le gusta, es su problema. A mí, me encanta.

Mira mis pechos y luego el triángulo entre los muslos. Enrojece un poco y, entonces, me fijo en la entrepierna. Se ha puesto duro. Un marica se ha puesto duro conmigo.

—Joder —murmura por lo bajo—. Esto hacía años que no me pasaba.

Me separo de él y voy a vestirme, sin dejar de reír y moviendo el culo de una forma descarada.

—No te voy hacer una paja, cariño; ni lo sueñes. —El comentario hace que él se ría también y que quite hierro a la situación.

—Por favor, jamás te lo pediría. Te lo juro. No me negaría, pero jamás te lo pediría. —Sigo riéndome ante ese comentario, porque sé que es verdad, que sí aceptaría que le hiciese una paja.

O tal vez… algo más.

—No deseo que tu novio me saque los ojos, que es lo que haría si se enterase y yo le dejase —añado al llegar al baño, mientras él deja de reír, sigo hablando—: Nunca he creído que una mujer, por muy bella que sea, pueda lograr que un hombre deje de ser homosexual. A no ser que seas bisexual —digo desde el baño, donde me visto con la puerta abierta y veo cómo me observa.

No se corta ni un pelo. Y yo tampoco. Dejo que mire a sus anchas y le doy una perspectiva desde todos los ángulos.

—Ni yo tampoco. He follado con muchas mujeres en mi vida, pero no soy bisexual; es más, no creo en ello. Siempre he pensado que es la excusa perfecta para los que no quieren reconocer que son maricones. Así. Sin más. —Estoy terminando de vestirme, mientras sigo escuchando.

Tiene una voz bonita, rasposa, muy *sexy* y un ligero acento, pero habla muy bien el idioma.

—He obtenido placer, vamos que he tenido orgasmos con mujeres, y sin necesidad de haber pensado en hombres mientras me las tiraba, pero a mí me gustan los tíos, los tíos afeminados, aunque también es verdad, que muchas veces me he sentido atraído por más de un hetero macho. Muy macho —recalca mientras mira cómo me recojo el pelo, absorbiendo todos mis movimientos.

—¿Jared, por ejemplo? —Su preciosa boca se curva en una sonrisa maliciosa.

—Está muy bueno, sí. Pero es demasiado masculino. Muy masculino.

—Muy macho, es igual a muy masculino.

—De acuerdo. —Levanta las manos—. Sí. He tenido alguna fantasía con él. No deja de ser morboso poseer a un hombre así, es más, hasta dejaría que me diera, si él no me dejase darle. —Suelto una carcajada. Me gusta la sinceridad de este hombre y me gusta que le guste Jared. Eleva una mano y gesticula mirándome—. Pero no se te ocurra decírselo a Nicole. Ni a Adele. Ni a nadie. Por lo más sagrado para ti.

—No te preocupes. Soy una tumba.

—Tengo que mantener mi estatus.

—Por supuesto, sin estatus no somos nadie —replico entre risas, mientras nos miramos a los ojos.

—Y a Jared ni una palabra. Es de esos hombres que te puede dar una hostia por ese tipo de comentarios, a mí, quiero decir. —Vuelvo a reír.

Me paro al oír ese comentario.

—¿Es homófobo?

—No, para nada. Pero no le gustan ese tipo de bromas. Igual que tampoco suele hablar de mujeres, ni para bueno, ni para malo. Ni para presumir. Por eso me llamaron la atención las palabras que pronunció; pero, sobre todo, la forma de mirarte.

Estoy dispuesta a irme. No quiero seguir con el tema, y me parece que el sueco quiere saber más, mucho más. Me dice que si quiero un café, que no me vaya tan pronto. Le contesto que tiene que trabajar y yo también. Quedamos en que el retrato que me ha hecho en tan poco tiempo, se queda ahí y cuando llegue el momento, cuando yo se lo diga, lo mandará al apartamento, al Dakota.

Nos despedimos con dos besos y me voy.

Le he dado dos besos en las mejillas, sonoros, rotundos, con los labios, nada de simulacros de besitos al aire, y he visto la expresión de su rostro; de sorpresa y satisfacción.

Sé que tengo un amigo.

Lo sé.

Y él, también, sabe que yo soy su nueva amiga.

Aunque tenga la cámara de Jared.

Aunque Jared vea esas fotos.

Solo el sueco y los ojos de Jared.

Ya sabes que me gusta correr, pero desde que di positivo, no he vuelto a salir. Los fotógrafos, ya sabes.

En el bajo de mi casa, donde tengo la lavadora y secadora, puse hace unos meses unos aparatos de gimnasia, una cinta de correr, un banco de abdominales, una bici, remo, esas cosas; apenas los he usado, porque lo que me gusta es salir por el barrio y correr mientras escucho música, o vago por mi cerebro. Ahora, todos los días que estoy aquí, dedico tres cuartos de hora, a veces más, y me machaco duramente y como castigo, no pongo música.

Tal vez sea una manera de provocarme un aborto, si eso ocurre, mala suerte.

Mientras estoy pedaleando como una posesa, recuerdo lo que pasó después de la cena en casa de Jared.

En el coche, Burton no dijo ni una palabra, dedicándonos cada uno a mirar por su ventanilla correspondiente, mientras el chófer nos llevaba a casa. Fue al cerrar la puerta del apartamento, cuando me enganchó del brazo y me frenó. Nos miramos a los ojos y sé que le molestó la manera en que le devolví la mirada. Me preguntó por qué había tardado tanto en bajar, cuando fui al baño la primera vez. Morgan había subido y yo tardé demasiado en bajar.

Qué cojones hice.

—No me lo recuerdes. Jamás he pasado tanta vergüenza en mi vida. —Se queda cortado, pues no espera esa contestación.

Le sorprende la expresión de mi cara, de mis ojos…, el tono de voz.

Afloja, y poco a poco, va soltando hasta que mi brazo queda libre, pero sin retirar los ojos de mi cara, de mi cuerpo, cuando no puede verme el rostro.

—¿Por qué? —Yo voy hasta un sofá, tirando el pequeño bolsito y sentándome delicadamente.

—Por Dios, John, estaba incómoda, estaba a punto de reventar, tenía gases como nunca. Por eso, cuando Nicole me dijo que subiera al otro baño, se me abrieron los cielos. Por lo menos tendría más intimidad y podría relajarme un poco. De hecho, si no hubiera

mejorado te habría pedido irnos a casa, aun a riesgo de quedar mal. Pero me fui encontrando mejor, cuando oí pasos, y pensando que era él, me dio tanta vergüenza que me quedé durante un rato sin salir del baño. —Burton me mira sin pestañear. Cree lo que le cuento, pero sigue sintiendo celos—. Al final, salí, tenía que salir más tarde o más temprano y no era cuestión de quedarme ahí hasta que alguno de vosotros subiera a ver qué me pasaba. Me lo encontré sentado en la cama cambiándose de calzado. Estaba acalorada y abochornada. En fin, se comportó como un caballero, y estoy segura de que escuchó más de la cuenta. Me preguntó cómo me encontraba, le dije que bien dentro de las circunstancias y, al dirigirme a las escaleras, me dijo que tuviese cuidado.

Llevo mis manos al estómago y lo acaricio con suavidad.

Burton escucha todas y cada una de las palabras, asimilándolas e imaginando la escena, al tiempo que observa la redondez que froto y que me encargo de hacerla más ostentosa, para que parezca que aún está hinchada de gases.

Retira la mirada y se acerca a las bebidas para servirse un dedo de bourbon.

—Odio que ese tío esté cerca de ti.

—No deberías.

—No lo puedo evitar. Me molesta cada mirada que te lanza. Me revienta que te folle con los ojos.

—Los celos no llevan a ninguna parte y ese hombre no hace eso. —Me mira mientras bebe el líquido ambarino.

—Todos lo hacen. Todos recorren tu cuerpo con lascivia mal disimulada y se lo imaginan desnudo, y se imaginan follándote.

—Te estás pasando —añado mientras dejo caer la cabeza en el respaldo del sofá y dejo de frotarme el estómago y la barriga.

—Has cambiado. —Levanto la cabeza y le mantengo la mirada, no pestañeo.

—Por supuesto que he cambiado. Estoy embarazada. Estoy engordando. Tengo dolores de cabeza, tengo gases que me hinchan como si mi barriga y mi estómago fuesen un globo. Tengo mal humor, tengo ganas de ir al baño cada dos por tres, tengo sueño a todas horas…, sinceramente, John, no me hace ni pizca de gracia estar así.

Entonces se ablanda, se acerca y, sentándose a mi lado, me coge la cara entre sus grandes manos y me analiza con esa mirada felina para decirme cuánto me ama, cuánto me desea, para decirme cómo se le ha puesto dura en la cena mientras me oía hablar, y cómo se ha enfadado consigo mismo, por no controlar esos impulsos. Me sigue tocando y

lleva una mano al escote. Ya he decido que juegue un poco, aunque él no lo sabe. Me baja los tirantes anchos del vestido azul y deja los pechos al aire. Su boca baja en picado para capturar un pezón y chupar con viveza, mientras con la otra mano manosea el otro pecho.

Gimo, me retuerzo, separo las rodillas para que se dé cuenta de que le voy a dar todo.

Deja de chupar el pezón y devora mi boca, mientras su mano se mete entre los muslos y castiga mi sexo. En esos momentos, estoy abierta de piernas y sin dejar de besarnos, me quito las bragas y le ordeno que se arrodille, que coloque su preciosa cara entre mis muslos y me dé placer. Lo hace gustoso, obedece como un esclavo. Me lo come glotón, no dejando ni un solo rincón, lamiendo, chupando y dando pequeños bocados. Hace que me corra dos veces, mirando mi cara constantemente y cuando doy el último gemido, se levanta, me levanta, me da la vuelta, me sube el vestido y me penetra por detrás, por la vagina, agarrándose a mis caderas, me da topetazos, con furia, con bestialidad, mientras ruge con cada embestida, sacándola de una y volviéndola a meter. Le gusta mirarse, le gusta ver su miembro hinchado, gordo, grande, venoso, entrando y saliendo de mi cuerpo. Le gusta mirar mi culo, manosearlo hasta ponerlo rojo, dar azotazos. Le gusta sacarla y restregarla por donde le viene en gana, deslizarla por la hendidura, para volver a la vagina. Disfruta con ello y no lo voy a negar, me da placer.

No estoy enamorada de él, pienso mientras estoy en la elíptica.

No quiero seguir casada con él, sigo pensando mientras noto el sudor entre mis pechos y debajo.

Pero me da mucho placer, aumento el ritmo al máximo.

Es un amante casi perfecto.

Es un hecho.

No puedo negar lo innegable.

Termino el ejercicio sudada y cansada, después de estar veinte minutos en cada aparato. Me voy a la ducha, mientras pienso en qué acabará todo esto. Pero sé que no puede acabar bien.

No.

Seguramente, pensarás que soy una perra, una hija de puta…

Puede ser.

Mirando desde fuera, pensaría lo mismo.

¿Lo eres, Alejandra Pacheco Cortés?

Pero es la vida, y como la vida ya es hija puta, yo lo soy más.

¿Qué quieres, que sea ella (la vida), la que me manipule, la que decida por mí, la que me organice mi entorno, mis sentimientos…?

No, de eso nada. Ya vendrán situaciones que yo no pueda solventar, pero lo que sí, seré yo la que marque la pauta y no se hable más.

Capítulo 22

¿Cuánto tarda uno en morir estrangulado?

No ha venido nadie a contarlo, con lo cual, deberé fiarme de los expertos o de lo que creen saber; algunos piensan que no se sufre, si acaso, un poquito al principio porque te vas a desvanecer enseguida y dejarás de sentir angustia, asfixia y todo lo demás.

Dicen que necesitas unos cinco minutos para completar el ahogamiento, si eres tú el que estrangula.

Dicen que las personas de carácter tranquilo, tardan más minutos en morir que los que tardará una persona inquieta, nerviosa.

Dicen que en ocasiones el estrangulado fallece por falta de oxígeno y otras, por una presión desmedida sobre el nervio vago que provoca un fallo cardíaco.

El rostro se torna azulado, los ojos se salen de las órbitas, estallando los pequeños vasos sanguíneos…

Bien.

Debo dejar que sus grandes manos aprieten mi delicado cuello.

Debo dejar que esas manos dejen unas marcas considerables, en mi femenino y delicado cuello.

Pero no debo dejar que esas manos me hagan perder el conocimiento y se vaya todo al carajo.

No hay que olvidar que, a pesar de tener mucha paciencia, de controlar todos mis actos pasados y presentes, no soy una persona tranquila, aunque lo pueda parecer, con lo cual, no entro en ese grupo que tardará más en morir.

Y, ahora mismo, tengo esas manos alrededor de mi cuello y noto cómo se me nubla la vista, pero también noto y siento que él piensa

que lo tiene controlado, que es más fuerte y, sobre todo, que está dispuesto a llegar hasta el final. De modo que muevo los brazos con fuerza, entre ruidos extraños que salen de mi garganta y siento cómo el apretón se afloja, poco, pero se afloja. Y una pequeña bocanada de aire entra en mis pulmones. No es mucho, pero suficiente para que mi cerebro siga controlando.

Podría haber hecho más, con piernas, con brazos. Soy alta y delgada, pero estoy fuerte y sé defenderme, pues para eso asistí, hace unos años, a clases de defensa, pero esa no es la táctica que voy a emplear.

Veo esos hermosos ojos verdes, que me miran fijamente, que se entrecierran ligeramente, que la locura, los celos y la impotencia los marcan de una manera cruel, y antes de que vuelva a ejercer más presión, mi mano se pone en movimiento.

Y las elevo, y él no se da cuenta, no se fija, porque sigue apretando y, a pesar de que le clavo las uñas con la otra mano en el antebrazo, ni lo nota. Pero, por un segundo, la mirada verde se desvía un instante, pues ha visto lo que se le viene encima, ha visto el resplandor del acero, pero no es rápido, porque en su afán por estrangularme, no suelta la presa a pesar de que su subconsciente y su ojo derecho han avistado el peligro.

Le clavo las tijeras con la izquierda, normalmente soy diestra, pero si tengo que utilizar la izquierda no tengo problema, es más, lo hago bastante bien. Y las dos hojas, cerradas, entran con una fuerza que me sorprende, pues estoy comenzando a marearme, pues el oxígeno empieza a faltarme, pero, aun así, las saco, casi con el mismo ímpetu con que las he clavado, pues quiero que mane la sangre, que la tijera no haga de cortafuegos, y veo el chorro de sangre que sale disparada y estoy segura de haber pillado la yugular o la carótida, o la que sea, me da igual con tal de haber conseguido este caudal de sangre.

Afloja la presión sobre mi cuello, pero no suelta, a pesar de que sus ojos se abren desmesuradamente. Dejo que las tijeras caigan de mi mano, porque las fuerzas me fallan y el dolor del cuello, del interior…, la laringe, la tráquea, es insufrible, es horroroso.

¿Me estará aplastando los anillos que forman la tráquea?

Son dieciséis anillos de cartílago, unidos por ligamentos y esas manazas abarcan tanto espacio, y mi cuello es tan frágil…

O es la laringe, la que siento estrujada como una uva pasa…

O las dos cosas.

Si no me suelta pronto…

No tengo fuerzas para separarlo, para darle un empujón y quitármelo de encima.

Y como si alguien de más arriba me hubiese oído…

Me suelta.

De una.

Instintivamente se lleva las manos al cuello, como queriendo taponar la herida, dándose cuenta de lo que le está ocurriendo, sin dejar de mirarme, sin creerse que yo, le haya quitado la vida; porque eso es lo que está ocurriendo, que la vida se le va y sus grandes manos no pueden hacer nada. La sangre sale con presión, con pujanza, manando entre sus dedos, pero ya no es el chorro del principio, no es ese potente caudal que se desborda cuando se fractura su conducto. Y él, no tiene la fuerza, el vigor necesario para frenarla, para presionar, para luchar por su vida.

Ni él, ni nadie, pues el boquete que han hecho las tijeras de costura y la fuerza que he aplicado, no dejarían que nada ni nadie restaurase esa herida de muerte.

La sangre mancha, resbala, inunda esas manos que tantas veces me han acariciado, que tantas veces me han masturbado y que, al final, los últimos contactos han sido para lastimarme, para dañarme con saña, para quitarme la vida.

Mientras se desangra, no deja de mirarme, ni un solo momento, como no creyéndose lo que le está pasando, pero sabiendo que va a morir; y mientras, yo coloco mis manos debajo de mi mandíbula, abrazando mi cuello, como si fuese una bufanda, al tiempo que toso, escupo, doy arcadas, como si quisiera lanzar la garganta, expulsarla de mi cuerpo; no es por su sangre, no es porque mi marido se esté muriendo, es porque casi la palmo, es porque parece como si tuviera una abrazadera en el cuello, como si esas manazas todavía siguieran presionando. Siento el cuello dolorido, por dentro, por fuera, me arde, por dentro y por fuera, pues he dejado que me apretara mucho tiempo, arriesgándome demasiado; pero las cosas hay que hacerlas bien, para que sientan lástima por mí, no por el muerto, que era un cabrón que quería matarme.

Intento tragar despacio, a pesar del dolor lacerante, coger aire despacio, muy despacio, y siento que se me nubla la vista. Ando de espaldas, me golpeo las piernas con los muebles, pero no me caigo, hasta que llego a un sofá y me dejo caer despacio.

Me hago un ovillo y lo contemplo.

Lo veo morir y me complace.

No puedo sonreír, porque el cuello me duele y me arde, por dentro, por fuera (sí, ya sé que me repito, pero es que me arde y me duele, un montón), hasta creo que si intento articular palabra, será imposible.

Me quedo así durante un buen rato y cuando recupero fuerzas,

intento que salgan sonidos por mi boca, que mi garganta articule palabra.

Me levanto, me paseo por el hermoso salón de estilo moderno, y mis ojos se clavan en un mueble a medida de color claro, casi blanco, que ocupa toda una pared. Abro una puerta de la parte baja y saco un costurero y un trozo de tapicería a medio recortar. Voy hasta una de las mesitas, donde estaba la tijera y lo dejo encima. Burton ya ha muerto, no debo perder más tiempo.

Hago un esfuerzo para que salga algo de voz y me va a ser difícil, pero mejor, será muy convincente. Voy a la mesa donde está el teléfono fijo y marco el número de emergencias. La voz me sale ronca, muy ronca, parece que tengo cuchillas dentro, me duele horrores, pero la mujer que atiende mi llamada me entiende perfectamente. «He matado a mi marido —le digo—, necesito una ambulancia, me ha querido matar, creo que estoy abortando».

Todo sale de manera atropellada, ronca, áspera, entre jadeos, lloriqueos y lamentos.

Ella me calma, dice que no me preocupe, que esté tranquila, que si estoy manchando no me mueva de ahí, que ya va una ambulancia; pregunta si todavía respira mi marido, le contesto que no, que creo que no.

Está muerto y bien muerto, pero es mejor hacerte la tonta, la histérica, muy nerviosa, muy llorosa y, sobre todo, muy ronca, más que afónica, costando que salgan las palabras, y esa amable señora o señorita, me vuelve a calmar y añade que no me preocupe, que la ambulancia llegará pronto. Que todo está controlado.

Y yo pienso, no lo sabes tú bien, lo controlado que está todo, y eso es así, porque yo lo controlo, yo lo planifico, yo lo manipulo. Pero lo que ella oye, es a una mujer con la voz rota, ronca, con un llanto doloroso, hipando y clamando socorro porque cree estar perdiendo a su bebé.

Mientras espero, me acerco hasta el cadáver. Un gran charco de sangre rodea su cabeza, su cuello, sangre que va absorbiendo la alfombra. Preciosa alfombra. Una fortuna. La compró Nicole en una tienda del sur de Manhattan, antes me llamó para decirme lo que costaba: «Mucho, ya lo sé —dijo ella sin que yo hubiese puesto ninguna pega—, pero es preciosa, Alex, es la alfombra ideal para el salón, con sus colores neutros, casi apagados, para no crear apenas contraste con el suelo de madera, es como si se integrase la una en la otra, la lana en la madera, la madera en la lana, pero si quieres algo más corriente, más económico, lo busco, no hay problema. Y si eres de las que piensa que las casas de la playa no deben tener alfombras, pues nada, lo que tú digas». «No —le contesto—, cómprala, no te

preocupes por el precio, quiero lo mejor para la casa de la playa». Aunque me daban ganas de decirle, pero ¿estás gilipollas, la casa de la playa vale millones de dólares y tú crees que voy a poner una alfombra de cuatro perras? Por Dios, qué ganas tengo de quitarte al hombre de tus sueños.

Venga, hombre, pues anda que no queda mejor un muerto sobre una alfombra supercara que una corrientita o directamente sobre la madera.

Aunque la madera es preciosa, todo hay que decirlo.

Una madera blanquecina, desgastada, muy bonita.

Burton se merece lo mejor.

Las tijeras están cerca del cadáver.

No toco nada.

Miro el sofá donde he estado sentada y veo la mancha rosa. Enfoco mejor la vista y me doy cuenta de que no es rosa, es roja… roja tirando a oscura. Llevo un vestido suelto, veraniego, uno de esos que valen poco y nada, pero es una monada y me queda divino. Me llevo una mano entre los muslos y noto la humedad. La sangre resbala por el interior y ahora soy consciente de cómo se desliza lentamente hasta alcanzar los tobillos.

Espero que haya suerte, sería lo ideal y eliminaría dos pájaros de un tiro.

Llevo manchando varios días, así que este deberá ser el último sangrado.

Esperemos.

¡Joder! El cuello me arde.

Ya oigo la sirena.

Por dentro y por fuera, me arde.

Ya vienen.

Me cuesta tragar la saliva.

Borra ese gesto de felicidad.

Ese cabrón por poco me mata.

Borra ese gesto de satisfacción.

Vale.

Ahora pon el rostro feo, llora, tiembla y grita histérica.

Gritar no, no puedes, aunque quieras, no puedes.

Vale.

Entonces haz todos los aspavientos que puedas.

Haz que los ojos se te salgan de las órbitas.

Deforma la boca como si te hubiera dado siete parálisis faciales.

Vale.

Comienza otra etapa de tu vida.

Así es.

Y tú eres la que decide.

La que manda.

Así es.

«Queda usted detenida por el asesinato de John Burton. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene derecho a hablar con un abogado. Si no puede pagar a un abogado, se le asignará a uno de oficio».

Esas palabras las dice Jared Morgan, y es cuando veo su rostro, ese rostro amado, deseado, cuando me despierto gritando, provocando que la enfermera que se halla cerca de mí, me hable con calma, me tranquilice, me diga que estoy a salvo, que ya ha pasado todo.

Me he dormido, como un bebé, y despierto de golpe, asustada, gritando. Para mí ha sido un grito, pero lo que ha salido de mi garganta, ha sido una especie de graznido ronco, áspero y doloroso.

Respiro, tranquila, pues ha sido tan real que me ha puesto mal cuerpo.

—Tranquila, no intente hablar, sus cuerdas vocales están dañadas —sigue diciendo la enfermera. Debe tener mis años, o tal vez, algunos más. Está rellena y es rubia, de bote. Lleva el pelo recogido en un moño y muestra una sonrisa amable.

Noto cómo mi cuerpo pierde sangre, pero es normal después de un aborto. La compresa absorberá todo lo que pueda y luego esta amable enfermera me pondrá otra o tal vez lo haga yo. Dicen que he perdido mucha sangre, el médico me ha preguntado si había manchado antes de los hechos, le digo que no, que he llevado un embarazo perfecto; hasta ahora.

Y he roto a llorar.

A lo bestia, y se han sobresaltado, y viendo que estaba histérica, aparte de apaleada y casi estrangulada, además, de un legrado recién hecho, me han consolado, me han puesto un tranquilizante en vena y ha sido cuando me he dormido.

Le sonrío a la amable enfermera y esperando que llegue Jared, cierro los ojos, para que piensen que duermo otra vez y recuerdo lo sucedido.

Todo lo sucedido.

La tensión estaba entre nosotros, todos los días, sabiendo que a Burton le faltaba poco para estallar. Todo se iría al infierno en poco tiempo. Yo era consciente de lo que estaba ocurriendo, sabía que el hombre con el que me había casado, estaba al borde del abismo. Los celos eran constantes, las miradas escrutadoras acusaban sin decir palabra; y los cuadros, eso fue la gota que colmó el vaso.

Cuando se enteró de que el sueco me había pintado, puso el grito en el cielo, se enfadó, me levantó la mano, me dijo que era una esposa desleal, pagada de mí misma, egocéntrica y manipuladora. Ciertamente, era así, pero no se lo iba a decir, al contrario, intenté quitar importancia al tema, me reí de ello, algo que lo enfadó más todavía.

No le importó que estuvieran las empleadas, algo que me vino de perlas, pues después podrían contestar con conocimiento de causa a las preguntas de la policía.

Hablé y hablé para que no se dejara llevar por las emociones, y poco a poco, se dejó convencer. Y digo se dejó, porque creo que, en ese momento, justo en ese momento, comenzó a planificar su estrategia.

Los cuadros, y no me refiero al boceto, pues ese estaba enmarcado y colgado en el despacho del apartamento, los cuadros al óleo se habían expuesto en la galería de Adele, y en el momento que eso sucedió, se dispararon todas las alarmas. La prensa no tardó ni un segundo en lanzar la pregunta: ¿quién era esa mujer, de quién era el cuerpo de esa mujer que había posado para el pintor del que todo el mundo hablaba? Por descontado, el sueco solo dijo que ese cuerpo existía y que jamás de los jamases confesaría a quién pertenecía.

Una de las preguntas más recurrentes y hasta cierto punto groseras, era de qué color era el cabello, o de qué color eran los rizos del pubis, pues el sueco había pintado mi cabellera igual de larga y densa, con un ligero ondulado, pero negra como el carbón; y los abundantes rizos del pubis, eran de un castaño muy claro. La prensa sensacionalista argumentó que sabiendo realmente de qué color era todo, se podría averiguar quién era la modelo. Unos decían: «Es castaña dorada, trigueña, y ha puesto el cabello negro para despistar»; otros, todo lo contrario. Había teorías de que tal vez la modelo era pelirroja y de ahí esa piel tan blanca. «Marmórea —decían—, puede ser, pero no tiene

pecas, ni una leve mancha». «No las ha puesto para que sea perfecta», decían otros. «No hay perfección en tener colores distintos en los pelos de abajo y en los de arriba», argumentaban en programas de cotilleos. Y así llenaban espacios de entretenimiento o páginas de periódicos sensacionalistas, y de otro tipo, como los expertos en arte, utilizando lenguaje más erudito, hacían lo mismo, lo que se traducía en que la fama del sueco iba en aumento y el interés por sus obras se expandía como ceniza volcánica. En todos los sentidos. No había día que no saliera un artículo sobre él y sobre los ya famosos desnudos, que inundaban las redes, con caricaturas incluidas.

Yo creo que eso fue una de las cosas que más fastidió a Burton, aparte de que su esposa posara desnuda para dos cuadros, no uno, sino dos y, encima, tenía que ver toda la basura que inundaba Internet. Y si le decías: «No lo mires», te devolvía una mirada asesina y murmuraba: «Si no lo miro, ¿los demás van a dejar de hacerlo?».

Tanto se hablaba de ello que se dispararon de precio, pues cuando se expusieron, Adele, muy astuta, dijo que aún no se había decidido qué valor tendrían. Simplemente se exponían para que todo el que quisiera lo viera, lo contemplara, tanto los expertos como los profanos. Comenzó a tener ofertas, pero ni el sueco ni ella decían que sí, hasta que un millonario ruso ofertó medio millón por cada cuadro, y ese, fue el disparo de salida.

Son de tamaño natural, de manera que sabían que la modelo era alta, la altura de una *top model,* y se podía ver con total claridad, tanto en el cuadro en el que estoy recostada como en el que estoy de pie, de espaldas, abrazando la cortina y empinando el culo. Quitando ese pequeño o gran detalle, según se vea, el color de los diversos cabellos y pelos, o vellos, los cuadros son magníficos, y no es porque sea la protagonista, sino porque están pintados con una maestría total, con una perfección absoluta, con un color que te encandila, que te atrapa, dando la sensación de que esa mujer está ahí, de verdad; que te acercas al cuadro, estiras la mano y vas a tocar carne, de verdad, cabello, de verdad. Y que, en un momento, vas a llamarla y ese rostro oculto se va a girar hacia ti y se va a mostrar. Y qué decir del cuerpo, es exactamente el mío, salvo otro pequeño o gran detalle, es blanco como el nácar, o marmóreo como dicen otros, no ligeramente dorado, tenuemente dorado. No.

El sueco ha hecho lo que ha querido, pues yo le di carta blanca. Podía haber hecho cubismo o abstracto, podía haber manchado la tela y embadurnado el cuerpo y el resto del entorno como le hubiese dado la gana.

Pero cuando vi ese cuadro en su estudio, ese que me recordó los paisajes de Turner, ese que estaba sin acabar, supe que era bueno,

muy bueno, más que bueno.

Es genial.

Los cuadros de las edades del hombre, me gustaron cuando los vi en la galería de Adele, pero ese paisaje de un páramo perdido, que podría ser escocés o de cualquier otro lugar de la tierra, un poco antes de anochecer, con unos colores que producen dolor y un trasfondo que te embarga, que te hace desear desesperadamente que el pintor se acuerde de poner un sitio para cobijarte, aunque sea una triste cabaña, algo con cuatro paredes y un techo, para que cuando llegue la noche, no te quedes al descubierto en un lugar tan solitario, tan inhóspito, tan bello y a la vez tan tenebroso. Pero esa cabaña no debe estar en el centro de ese paisaje, no, debe encontrarse en un rincón, para que nadie la vea, para creer que estás protegido de no sabes qué, y al día siguiente, cuando la luz ilumine el cielo, el páramo, las piedras, las hierbas, aunque las nubes no te dejen ver el sol, salir de ahí impulsado por el viento. Un viento que nunca deja de soplar, que por la noche aúlla y te anula, pero por el día te da impulso, te da fuerza para salir de ahí, para desaparecer, para no volver, para no tener esa sensación de vacío, de abandono total, de soledad, incluso de dolor. Porque mirar esa pintura, hace que te sientas dentro de ella, que seas un puntito perdido en esa belleza dura, agreste y demoledora.

Así pinta el sueco.

De manera que, me pintara como me pintara, estaría bien.

Y ya lo creo que estaba bien.

Los dos cuadros son obras de arte y el detalle de los colores, pelos y piel, es algo genial.

Pero había otra cosa.

En el cuadro vertical, la figura, de espaldas, con el brazo derecho elevado, rozando la cortina de terciopelo, rozando el marco del ventanal, el brazo izquierdo rodeando el grueso de la cortina como si fuese un amante, la cara escondida, el cabello negro cayendo por la espalda, los glúteos elevados, duros, como un melocotón maduro a punto de caer del árbol, las piernas largas y los tobillos estrechos, y ahí, en uno de esos tobillos, se distingue un pequeño tatuaje, muy pequeño.

Un tatuaje que, por supuesto, no tengo.

Es negro, es una torre, pero la prensa juega con ello, y lo aumenta para poderle dar un nombre y quién sabe si con ello, podrán saber quién es la modelo.

Cuando Burton leyó el artículo del periódico, cuando amplió y amplió esa torre en la pantalla digital, y comprobó que era el faro de Alejandría, casi le da un ataque, pero no le impidió maldecir a toda la

estirpe del sueco, y de paso, a la mía.

El faro de Alejandría, rezaba un párrafo del artículo, una de las siete maravillas del mundo antiguo, eso es lo que tiene tatuado la hermosa mujer del cuadro, un tatuaje que solo se ve en el que está de pie, de espaldas, mostrando una retaguardia perfecta y ese minúsculo tatuaje del faro egipcio. Pero es verdadero, o es ficticio, es tal vez una pista para averiguar quién es la dueña de tal perfección, o realmente ese cuerpo posee ese tatuaje. Tiene algo que ver el nombre, se puede llamar Alejandría, Alejandra, Alexandra, o tal vez procede de ese país africano, o todo es una hermosa fábula para hacernos eco los periodistas y así, de paso, disparar los precios de las obras.

Sí, podía ser así, una manera de hablar de la obra. Pero el sueco, Jared y yo, sabemos la verdad. Nadie más. Bueno, Burton también, una vez que los cuadros salen a la luz.

Se siente traicionado, piensa que una esposa jamás haría una cosa así y es entonces cuando ataco, y como estamos en el Dakota, en el dormitorio, como parece que de repente se ha dado cuenta de que están las empleadas, se muerde la lengua, mientras cambia el color de su piel, queriendo salir los ojos de sus cuencas.

—Tú me vas a decir cómo se comporta una esposa, tú. —Ya me muestro como soy, ya dejo ver mi fuerza, mi verdadera personalidad —. Hace no mucho tiempo, te dije que no estamos en épocas pasadas, que las mujeres ya no estamos al servicio de los hombres. Que las mujeres —recalco la palabra, mientras observo cómo encaja la mandíbula, cómo le resaltan las venas de las sienes, especialmente la de la izquierda—, hacemos lo que nos place; y si lo que me place en un momento dado, es que me pinten desnuda, lo hago y no tengo que pedirte permiso. —Se está conteniendo. Aprieta los dientes y mantiene los puños cerrados a ambos lados de las piernas.

—Por lo menos podrías habérmelo dicho. No dejar que me entere así, de esta forma. Por Dios, Alejandra, se van a reír de mí durante... —le corto de una.

—Pero ¿qué tonterías dices?, ¿quién se va a reír?, ¿quién sabe que tú no lo sabías? Yo y el sueco. Punto y final. Ni el sueco va a pregonar nada, ni yo tampoco. Y cuando se sepa que soy yo, porque tarde o temprano saldrá a la luz, tú te mostrarás orgulloso y no le darás más importancia al asunto. Y en cuestión de unas semanas o antes, la prensa estará ocupada en otras cosas.

Su mirada me atraviesa.

Sus labios son un rictus apretado, tenso.

Es como si de repente, descubriera un universo invisible, como si de repente, se hiciera la luz y fuera consciente del tipo de mujer con el

que está casado.

Una mujer que no necesita de nada, ni de nadie.

—Debí darme cuenta —dice por lo bajo. Espera que le pregunte de qué habla, pero no lo hago, simplemente lo miro, sin mostrar nada y espero—. Debí darme cuenta cuando entraste en la consulta, pero tu belleza me nubló, tu presencia me desbordó, la polla se me puso dura mientras te hacía las preguntas del informe médico y tú las contestabas con esa voz tan hermosa y *sexy*. Y luego, cuando estabas tumbada en el diván, miraba tu cuerpo desde la punta de los zapatos hasta el último pelo de esa cabellera, deseando follarte hasta que me rogaras parar. —Hace una pausa mientras nuestras miradas no se despegan—. Y sabes lo que creo, que ya entonces, estabas manipulando los hilos. Fuiste a por mí, fue algo premeditado, ¿no es así?

Ahora sí sonrío.

—Tuve la necesidad de hablar con alguien de algo muy privado, como fue la violación que sufrí. Y, por supuesto, jamás lo hablaría con un profano. Pensé en ir a un psicoanalista, pero luego me dije que mejor a un psiquiatra. Y al momento pensé: «¿Quién es en estos momentos el mejor, el más prestigioso, el más admirado, el más reputado?», y recordé un artículo que leí sobre la clínica a la que iba de voluntaria, y me dije: «¿Por qué no?» Y eso fue todo. No te montes historias que no son. —Sus verdes ojos siguen clavados en mí.

Nos separa un par de metros, pero tengo la sensación de que se trata de un abismo. Me da igual. Quiero ver cuál va a ser su siguiente paso.

—No te creo.

La frase sale como un lamento.

—Es tu problema.

Me estoy comportando de manera fría, pero no tengo ganas de mostrarme de otra forma.

Estoy harta.

Harta de él.

Harta de este embarazo.

Harta de todo.

—Te amo más que a mi vida. —La voz le tiembla; me da un pelín de pena, pero solo un pelín.

Un hombre tan grande, tan fuerte, tan atractivo y en estos momentos, tan frágil. Sí, está a punto de romperse y yo seré la causante.

—¿Y por ese motivo tienes que ponerte como una furia?

—Siento que te pierdo. —Hace una pausa, pues espera que le diga «no me pierdes, yo te amo igual que tú a mí». Pero no, no sale palabra alguna y entonces, continúa—: Siento que no has sido mía. Nunca.

Me acerco a él.

Ya he decidido que, por hoy, no voy a dejar que sufra más.

Deslizo mi mano por su mejilla y él cierra los ojos.

Su rostro refleja dolor, un dolor que yo le causo.

—No me pierdes, John. Nunca me perderás. Te amo, te deseo… con locura. Y ahora, lo que deseo ahora mismo… es que me hagas el amor, que me folles como tú sabes. —Mi voz sube de tono, mientras me acerco a él, sin pegar mi cuerpo, pues la barriguita ya es más prominente. Pero sé cómo ponerlo cachondo, sé cómo hacer que se comporte como un animal y sé que este es un momento ideal para ello. Porque está dolido, porque sus defensas están bajas, y su autoestima más. Y veo cómo aprieta la mandíbula y eleva una mano para tocarme un pecho; yo le sigo hablando:

—Eres el hombre que mejor me ha follado. Eres el hombre que me provoca orgasmos con solo besarme. Posees la mejor polla de todas las que he visto y me gusta chuparla, y me gusta que me la metas por el coño y por el culo. —Está encendido.

Iracundo.

Pero controla esa ira.

Necesitado de mí.

Y esa mezcla de deseo y de ira por todo lo que está pasando, por todos sus pensamientos hostiles, por todas sus dudas, por toda la ansiedad que le provoco, la vuelca, en estos momentos, en su pene y en su mirada. Pues me mira con dolor, me mira con deseo, me mira con… angustia.

Pero no quiero recrearme en esos ojos que tantas veces he alabado, en ese color felino, precioso, que tantas mujeres ha seducido.

No.

No lo deseo.

Mis ojos bajan hasta la entrepierna y veo el bulto. Esa erección que pone tirante la tela del pantalón de quinientos dólares. Llevo mi mano a ese lugar y lo acaricio de manera lenta, suave, para que vibre en mi mano, para oír sus gemidos. Y a la tercera pasada, me coge el ruedo del vestido y me lo saca de una, para dejarme con la ropa interior.

Me agarro a las columnas de la cama y dejo que acaricie mi cuerpo, de manera ruda, que me arranque las bragas rompiéndolas y que me desabroche el sostén mientras me muerde en el cuello.

Ya está metiendo los dedos en mi vagina y como no estoy

suficientemente húmeda, me araña, me lastima, pero no lo demuestro. Al contrario, gimo y pronuncio palabras soeces para que siga tan excitado, o más, para que me haga daño cuando me penetre, y a ver si tenemos suerte, pues parece que se olvida de que estoy embarazada.

De manera brusca, hace que me apoye con las manos en el extremo, en los pies de la cama, y ponga el culo en pompa. No quiero sexo anal y facilito la postura para que se dé cuenta por dónde quiero que me penetre. Obedece, sin necesidad de palabras. Noto la primera embestida. Me hace daño, pero creo que él también se lastima; pero no importa, sigue y sigue, agarrado a mis caderas, entra y sale montones de veces, con violencia, pues cada vez que hace eso, yo le jaleo, le apremio, le alimento la fuerza devastadora con palabras guarras, con jadeos, con gemidos, pero siempre, siempre, en un tono más bajo que él, de modo que mis palabras y demás sonidos, lleguen solo a sus oídos.

A nadie más.

El dormitorio se encuentra alejado de la cocina donde están las empleadas en estos momentos, pero, aun así, es probable que oigan más de la cuenta. Me da igual, me importa un pimiento. Eso es lo que quiero, que recuerden las palabras del señor, las maneras un tanto bruscas del señor, los enfados del señor, los celos del señor... Esto ya está en marcha y hasta es posible que piensen que mi esposo es un poco violento, o algo más que eso, y todo este comportamiento, me vendrá muy bien en tiempos futuros.

Cuando terminamos, él se desploma sobre mi espalda, agarrado a mis pechos y con su miembro dentro de mí. Resopla varias veces, se incorpora despacio. Noto cómo el pene se desliza y sale de mi cuerpo. Noto el semen resbalando por el interior de los muslos. Me doy la vuelta y nos miramos.

—¿Te he lastimado? —La voz le sale ronca.

Sus ojos me traspasan.

Le sonrío.

La sonrisa más falsa que puedas ver en mucho tiempo.

—No, mi amor —contesto dulcemente, algo que hace que sus duras facciones se relajen. Ese «mi amor», le ha llegado muy adentro—. No he conocido otro hombre que me dé tanto placer como tú.

Me traspasa con la mirada.

Esa mirada verde claro, esos ojos que vi por primera vez en la fotografía de una revista, hablando del cuidado que había que tener con las pastillas, aunque fuesen recetadas por el médico de uno, pues te podías hacer adicto a la mínima de cambio y acabar como cualquier drogadicto enganchado a la coca, o la meta; me miran, me observan,

pues veo claramente que no las tiene todas consigo, que la duda existe y que siente, que sabe, que no soy la que él creía.

Que sabe que no tiene el control y se siente fuera de juego.

Y algo así, no debe pasar.

Él, que se ha quitado de en medio a una esposa y una amante, no puede consentir que una mujer lo manipule descaradamente.

Aunque esa mujer sea su actual esposa, y la quiera más que a su vida.

—¿De verdad? ¿Ningún hombre te ha dado placer como yo?

—Totalmente. Eres el mejor amante que he tenido.

Sonrío.

No estoy mintiendo.

Me acaricia el rostro y con toda la suavidad del mundo, deja caer un casto beso sobre mis labios.

—Te amo, vida mía.

Dos fines de semana más tarde, nos fuimos a Los Hamptons.

En ese tiempo transcurrido, volvimos a dormir juntos y todas las noches practicábamos sexo. Varias veces, en varias horas. Con la excusa del embarazo, iba al baño constantemente, con la idea de comprobar si manchaba. Y sí. Así era.

Si su pene quedaba ligeramente manchado, en la noche no lo veía, y cuando se levantaba, iba derecho a la ducha, con los ojos soñolientos y sin molestarse en mirar más abajo de su cuello.

Al principio poco, rosa claro, pero el viernes que nos dirigíamos a la casa de la playa, llevaba una compresa, pues ya era una pequeña hemorragia y comenzaba a sentirme un poco floja. Hasta él se dio cuenta, dejando de lado el enfado que mostraba por haberme esperado en el apartamento y no darle explicaciones de mi retraso, y preguntando si me encontraba bien, pues estaba un poco pálida. Le sonreí, le dije que no tenía importancia, que tenía el estómago un poco revuelto, pero nada más.

Volvía a estar pensativo, rumiando ideas en su cabeza, mirándome de soslayo cuando creía que no me daba cuenta, y todo, porque dos noches antes habíamos ido a cenar a casa del juez y la decana. Y, por supuesto, también estuvieron Jared y Nicole, Adele, el sueco, pero sin su novio, pues estaba de viaje de negocios y otros invitados que ahora no viene a cuento mencionar.

Burton estuvo pendiente en todo momento de mí, y de paso, de Jared. Pues durante todo el tiempo que duró la velada, fueron varias veces las que el policía se interesó por mí y muchas más, las miradas que esos ojos plateados me lanzaron.

Durante la cena, salió a colación una conversación sobre Picasso, y

mientras Adele comentaba que nadie se aclaraba en saber cuántas obras había del pintor, pues se hablaba de un mínimo de dieciséis mil, hasta los que decían que podían llegar hasta cuarenta y cinco mil; pues entre cuadros, grabados, ilustraciones, escultura, cerámica, sin dejar de lado el diseño de vestuario y escenografía y dibujos, sobre todo, estos últimos que él regalaba con cierta facilidad, era imposible hacer una valoración exacta.

Yo añadí que teniendo en cuenta que comenzó a pintar a los ocho años y murió con noventa y uno, tuvo mucho tiempo para crear.

Adele me pregunta si sé cuál fue el primer cuadro que pintó, pues ella no recuerda ese dato.

—Se le conoce con diferentes nombres: *El picador, El picador amarillo o El pequeño picador*. Es un cuadro pequeño, pintado en 1890 sobre madera de cedro. Pertenece a un coleccionista privado, y se dice que pudo ser copiado de alguna revista taurina, propias de la época.

—Sí, sí. Ahora lo recuerdo.

—¿Y qué muestra? —es la voz de Jared, la que pregunta.

Nuestras miradas se encuentran, mientras noto los ojos de Burton sobre mí.

—Un picador sentado sobre un esquelético caballo de lidia, situados junto al burladero, esperando la embestida del toro. Dos figuras masculinas mirando hacia el tendido, y una figura femenina, de perfil, con el rostro maquillado de blanco, mirando hacia la izquierda, sin prestar atención a lo que ocurre en el ruedo.

Todos escuchan con atención, aunque más de uno no sabe nada de toros y no sitúa la escena correctamente; pero no preguntarán nada, no darán lugar a mostrar su ignorancia.

—El pequeño óleo, tiene una particularidad, o tal vez varias; una: la acusada desproporción del volumen de los personajes.

Adele interviene gozosa:

—Sí. Algo muy picassiano. Una característica que jamás abandonaría.

—Cierto —añado, sintiendo todas las miradas—. Otra, las perforaciones en los ojos, en el picador y otros dos, con un objeto punzante que, según cuenta, fue obra de una hermana del pintor.

—La obra de Picasso es sorprendente. Los cuadros de esa primera época, de su niñez, los pintaba en las tapas de las cajas de puros que fumaba el padre —vuelve a intervenir Adelle—. Su obra da para hablar horas y horas. Bueno, su obra y su personalidad —añade entre risas.

—Sí. Es lo que tienen los genios —añade otro invitado.

Y aprovechando ese comentario, es el sueco el que dice que el pintor español había sido un machista de campeonato, y yo añado que una de las frases que se le achacan es: «Las mujeres son máquinas de sufrir».

Adele habla del lienzo *El sueño*, donde Picasso pintó a su amante de diecisiete años, o de quince, según otros, Marie Therese Walter, y el famoso pene que divide el rostro de la joven francesa.

—A muchos les cuesta reconocerlo —dice el sueco—. Pero está claro como el agua. Lógicamente, no se representa como una ordinariez, pero está ahí, para quien lo quiera ver. Igual que en otros cuadros.

—Puro sexo, vendido por ciento cincuenta y cinco millones de dólares —añade Adele, entre sonrisas.

Todos intervienen en mayor o menor medida, pero Burton no lo hace. Solo mueve la cabeza en señal de asentimiento y sonríe de vez en cuando.

Por descontado, Jared, no deja pasar la ocasión para decir que sigue sin entender el porqué de esos precios desorbitados, y que dónde está la gracia en colocar un pene en el rostro de una amante. Que lo considera ordinario y vulgar.

Adele lo mira como si fuese un niño pequeño, como si tuviera que darle una regañina.

—Querido, ¿no lo ves? Picasso no es un escritor, es un pintor y, de tal manera, vuelca en esas obras su amor por ella, su deseo constante. Su obsesión. Ten en cuenta que él tiene más de cuarenta años y ella… dieciséis o diecisiete. Deja a su esposa por ella, y la pinta asiduamente, y esos detalles vulgares, como tú dices, es su manera de representar el deseo que siente por esa criatura.

La conversación sigue, mientras siento la tensión de Burton, pues la mirada de Jared se desplaza más de la cuenta hacia mi cara, cuando son otros los que hablan.

Cuando llegamos al Dakota, John no dijo nada y yo, menos. No tardamos ni cinco minutos en estar en la cama y otros cinco minutos más tarde tenía entre mis muslos un consolador nuevecito y extragrande. Me estuvo follando con el juguetito en cuestión, durante diez o doce minutos. Y al ver que yo estaba tan receptiva, abierta de piernas al máximo y diciendo cochinadas, él se mostró brusco, violento, obsceno, me obligó a que se la chupase mientras él seguía con el consolador en mi vagina y, por fin, me penetró de la manera tradicional.

Fue brusco; más que nunca.

Pero al acabar, no se disculpó.

No dijo nada.

En ese momento supe que todo se precipitaba y que ese fin de semana tenía que ser el fin de la historia.

Bien, te contaré cómo sucedió, pero antes te contaré otra cosa.

En todas estas sesiones de sexo, él no se daba cuenta de que manchaba (lo he dicho antes), y si se daba cuenta se hacía el loco; pero yo no quería que las empleadas se encontraran con las sábanas manchadas de sangre. No procede, ¿no? Así que ponía por las noches una sábana bajera de las que no traspasan y por la mañana, en cuanto Burton se metía a la ducha, la quitaba, ponía la limpia, la alisaba con las manos y la sucia me la llevaba a mi casa, donde la lavaba y cogía otra para la noche siguiente.

Ahora, continúo.

Hemos bajado dos maletas pequeñas del Maserati y me vienen a la mente los coches de lujo que ha adquirido la policía de aquí, para ir de incógnito y confundirse con todos los ricos que inundan estos lares; pero no hago comentarios al respecto, como hicimos Nicole y una servidora, pues no está el horno para bollos.

Burton las ha subido al dormitorio principal.

Estamos solos, pues por la mañana vendrán dos mujeres de la zona que se encargan de la limpieza y demás, y al mediodía se van, hasta el día siguiente. Hay también una cuadrilla de jardineros que vienen cuatro o cinco veces por semana, para mantener la extensión de arboleda y jardín, aparte de encargarse de la piscina.

Las eficientes mujeres, nos han dejado el frigorífico lleno y, aun así, Burton protesta porque no hay cerveza de su marca preferida. No digo nada, y eso parece que todavía le sienta peor. Ve cómo me paseo por la casa, cómo subo y bajo la escalera, cómo entro y salgo de la habitación, cómo abro y cierro armarios, cómo muevo las maletas para meterlas en un rincón del vestidor y que no estorben, y su enfado va en aumento.

Cenamos unos bocadillos que nos han dejado preparados, solo a falta de echarle mayonesa, pues él no ha dicho nada de salir a cenar y yo tampoco.

Mejor así.

No utilizamos el precioso comedor acristalado, pues él no ha querido.

—Para comernos esto no hace falta tanto —suelta mientras separa un taburete de la isla y se sienta para dar cuenta de la cena.

Quiero que la discusión comience en la planta de arriba, de manera que cuando termino el bocadillo que ha estado buenísimo, le digo que estoy cansada y que me voy a tumbar un rato. Él me sigue, y cuando llegamos a la habitación, no puede aguantar más y me engancha del brazo. Muestro sorpresa, incluso hago una mueca de dolor, pues sus dedos son como tenazas sobre mi brazo. Pero no afloja, no suelta.

—¿Te lo estás tirando? —Sinceramente, no esperaba esa pregunta.

Menudo concepto tiene de mí, y de él, de Jared.

—¿A quién me estoy tirando aparte de ti? —Mi voz es normal. Mis ojos clavados en los suyos; los suyos un poco vidriosos.

Ha bebido tres cervezas en la cena, tal vez ha bebido antes de salir de Nueva York, no lo sé, no lo he visto, y tampoco me he acercado a su boca para saber, para oler, para notar. Y como no lo he besado, cuando he llegado al apartamento, pues él ya estaba esperando, impaciente, nervioso, todavía se ha enfadado más, al ver que yo desaparecía en el baño y luego me cambiaba de ropa.

Pero sí, creo que en su organismo hay más que tres cervezas.

—A ese cabrón de California. Ese hijo de puta que tú ya conocías. Que trabajó con tu padre. —Me he movido con brusquedad, soltándome de su mano. Ahí van a salir las huellas de sus dedos en forma de hematoma, pues tengo dolorida la zona.

—Ese hijo de puta, como tú lo llamas, trabajaba con mi padre. Sí. —Hago una pausa, sin dejar de mirarlo y continúo—: Y yo, no tuve la suerte de conocerlo. —Su boca se contrae, como si le hubiera dado una patada en los huevos.

—¿Te gusta? ¿Te hubiera gustado conocerlo en esa época? ¿Cuando eras una cría impresionable, o tal vez, nunca has sido una cría y menos impresionable? Puede que hasta te hayas inventado la historia de la violación. Puede que me hayas engañado desde el principio. —Hace una pausa, mirándome con furia, pero también con dolor. Me mira la boca, que permanece cerrada, mira mis ojos, que no muestran temor, y eso le enfurece—. ¡¿Te gusta ese cabrón?! —Inclina la cabeza encima de mí, para asustarme. Pero yo me separo ligeramente y le contesto sin levantar la voz.

Mi voz sale fría como el hielo.

—Por supuesto que sí. Es uno de los hombres más atractivos que he visto en mi vida. Si no estuviera casada contigo —dejo de hablar un instante, mientras él espera, mirándome como un loco—, no tardaría ni cinco minutos en quitárselo a la pija de Nicole.

Veo cómo la nuez de adán se mueve al tragar saliva; no una, sino dos veces.

Me voy a separar de él, cuando me engancha otra vez, en el mismo brazo, a la misma altura. Me zarandea, me coge del otro brazo y me pega a su cuerpo. Salimos al ancho pasillo donde dan las habitaciones. No llevo tacones, voy plana, y su cuerpo me avasalla, me acapara, queriéndome asustar, pero sabe que eso no ocurre, con lo cual deberá emplear más fuerza, física y verbal.

—No juegues conmigo, Alex. No soy un hombre que puedas dominar si yo no quiero. Soy capaz de cualquier cosa. —Suelto una carcajada y eso le descoloca.

Pero sigue apretando, zarandeándome.

Voy a acabar con los brazos llenos de cardenales.

—¿Qué vas hacer? ¿Matarme? ¿Contratar a un sicario? ¿O tal vez, me vas a inducir al suicidio?

Está asimilando mis palabras, pero su rostro muestra sorpresa y enfado, mucho enfado.

Pero, a la vez, dolor.

Un dolor intenso.

No lo veo venir. Es rápido como una serpiente cascabel cuando se lanza a morder. Y con el bofetón que me da, caigo sobre el suelo de madera y me golpeo contra los armarios que cubren la pared del pasillo y bordean las cuatro ventanas que dan a la fachada de la preciosa casa.

Me ha dolido, el hombro y la cabeza, han chocado contra los armarios y me he hecho daño en la cadera contra el suelo, y lo que es más llamativo, noto cómo mi cuerpo sangra; como cuando tienes la regla y notas una bajada.

Pero él no piensa en el embarazo, ni en el daño que me hace, pues cuando un hombre impone su fuerza, su ley, espera llantos, lamentos, y yo no me comporto así, de manera que, tendrá que conseguir doblegarme para que las cosas estén en su debido orden.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Qué hostias dices? —Las palabras las muerde, las mastica, para escupirlas después.

Su saliva llega a mi cara y estoy contenta de que esto tome este cariz.

Llámame inconsciente, y hasta puede que te dé la razón.

Es un hombre fuerte, más alto que yo, con más peso que yo, con más fuerza que yo.

Pero ¿y qué?

Él no ha provocado esto, he sido yo.

Él está perdiendo los nervios.

Él ha perdido los nervios.

Y no sabe lo que yo busco.

Solo cree lo que ve, lo que oye.

Pero ya sabe que esto, no es una discusión cualquiera, que esto, no se va a solucionar en la cama.

Lo sabe en cuanto menciono el nombre de su primera esposa.

—Que yo, no soy Olivia. —Le sonrió desde el suelo y según me voy levantando, despacio, añado—: Y menos, esa loca que te tirabas. Dime una cosa —sonrío y al ver la expresión de su rostro, más todavía. Creo que, en este momento, me tiene miedo—, ¿cuándo tenías pensado follártela?, ¿ya sabías lo que iba a ocurrir?, ¿ya tenías pensado cómo quitártela de en medio una vez que la pobre Olivia ya no estuviera en este mundo?

Su cara lo dice todo. Es como si estuviera con una extraña, pero esa extraña conoce secretos de su vida que nadie debe conocer.

Y yo, sigo metiendo el dedo en la llaga.

—Supongo que todo lo ideaste, de manera que la pediatra se viera envuelta en la tela de araña. Para eso eres uno de los mejores psiquiatras del país. Esa mujercita cayó en tus brazos, se le nubló la mente con tus bellas palabras, la fuiste moldeando a tu antojo, comiéndole el tarro, como se dice vulgarmente. —Sus ojos me miran, como si fuese una extraña, como si no diesen crédito a las palabras que salen por mi boca—. Sabes lo que pienso, que no la elegiste al azar y, por supuesto, ella no te eligió a ti, aunque tú se lo hiciste creer. La pobrecita creyó que habías caído bajo el embrujo de sus encantos, que te había enamorado como ninguna mujer lo había hecho, que Olivia no era nada para ti, que solo ella existía; pero después, con el paso de las semanas, te fuiste abriendo, seguramente le dirías que si te divorciabas perderías todo, todo lo de ella claro, pues tú ya tenías tu capital; pero, le irías dando vuelta a las cosas, para que ella comprendiera que lo mejor, era quitarla de en medio. ¿A que sí?

Ahora me suelta otro golpe, en toda la cara, con la mano abierta y vuelvo a caer.

Vaya, este duele más que el otro.

Mucho más.

Me está arreando de lo lindo.

Noto cómo me sangra la nariz, pero no hago caso.

Y me he mordido el labio.

También noto la sangre en la boca.

Ambas se juntarán a medio camino, para bajar a la par por la barbilla, continuar por el cuello y desparecer por el escote.

Me gustaría verme en un espejo, para calibrar cómo van los golpes.

—Maldita puta —murmura más para sí mismo, mientras clava la mirada en mí; de hecho, no ha dejado de mirarme desde que comenzamos a cenar, pero estas miradas son asesinas, las otras eran evaluadoras, suspicaces—. ¡¿Desde cuándo lo sabes, eh?! ¡¿Desde cuándo, puta del demonio?! —Me agarra de la coleta y me levanta a pulso—. No le habrás contado nada a ese cabrón, hija de puta.

¡Joder!

Me arde el cuero cabelludo, pues ha cogido la mata de pelo como si fuese un saco de patatas…

Y no la suelta.

Noto el sabor metálico de mi propia sangre.

Ese sabor ferroso, desagradable…

Ese olor a óxido, que nos avisa del peligro

En la boca.

De la nariz, y del labio.

Me relamo.

Sin dejar de mirarlo.

—Si ese cabrón supiera lo que yo sé, estarías en la trena, doctor Burton.

Está poseído.

Sí, esa es la palabra.

Me mira y no me reconoce.

Y en esa mirada, veo estupor, dolor, pánico y, sobre todo, locura.

Me suelta la coleta, dejando mi cuero cabelludo ardiendo, dolorido y me agarra de los brazos, de la espalda, pero yo me remuevo, peleo, le doy una patada en la espinilla, pero llevo unas bailarinas, ya sabes, ese calzado tan femenino, tan infantil o tan torero, según se mire.

Me grita, me dice que soy una embustera, una embaucadora, una puta manipuladora. Que maldita la puta hora que me conoció. Y yo me río ante esos insultos, o esas verdades. Y cuanto más me río, él más enloquece. No se da cuenta de que, con los tira y afloja, nos acercamos a la escalera, que es lo que quiero y que en cuanto noto el primer peldaño, lo empujo con todas mis fuerzas, para soltarme de sus brazos y me dejo caer, o es él, el que me deja caer, para no caer conmigo.

Veo el asombro en sus ojos cuando mi cuerpo cae hacia atrás,

incluso, durante un breve momento, parece tirarse hacia adelante para agarrarme, para que no caiga. Pero todo es demasiado rápido y a él, lo ha pillado por sorpresa.

Sé que arriesgo mucho, que puedo matarme, pero, no voy a tener tan mala suerte, ¿no?

Noto todos y cada uno de los escalones. Lo noto en la espalda, en las nalgas, en muslos y piernas, en los hombros, en los brazos, pues protejo la cabeza con ellos, pero, sobre todo, los noto en el vientre. Me golpeo en la pared, que está cubierta de piedra, de esa que tiene picos, filamentos, pero también en los travesaños de madera de pino rojo, en forma de trípode, que Nicole mandó hacer.

Los escalones son los que menos noto…

O eso es lo que creo.

Si la escalera hubiera estado como antes, habría caído directa a la planta inferior.

De manera que, aunque me lleve golpes, los originales travesaños, diseño de la pizpireta novia de Jared, han protegido mi cuerpo.

Pero, cuando llego abajo, no puedo evitar un quejido, pues me duele todo el cuerpo. Y cuando oigo cómo baja las escaleras y me coge por las axilas, levantándome como si fuese una muñeca de trapo, nos miramos y le muestro una sonrisa.

Parece no dar crédito.

No, no da crédito.

No se lo puede creer y ya sabe que esto, no tiene vuelta atrás.

En esos momentos, ya tiene claro que está casado con una mujer desconocida para él, y creo que me teme.

Tal vez piensa que debería estar en su clínica.

Seguro.

Me suelto y me muevo despacio hacia el centro del salón, notando cómo su mirada me sigue.

La mesita que me interesa, la tengo muy cerca, casi a mi lado.

Debo tener la compresa desbordada, pues noto la parte superior interna de los muslos mojada.

Hasta noto el olor ferroso de esa sangre, que se mezcla con la del rostro.

—¿Qué vas hacer, John? ¿Me vas a matar ahora? Morgan no te dejará escapar de rositas; no, no. Dos esposas muertas, asesinadas. —Está petrificado. Mirando sin pestañear.

La sangre me resbala por la pierna derecha y noto cómo llega al tobillo. Pero él no la ve, pues su mirada no se retira de mi rostro. De

mi rostro magullado, de la sangre que sigue saliendo de la nariz, de la sangre que resbala por la barbilla, también noto sangre en el párpado derecho, debe ser la ceja. Pero sigo hablando y sonriendo, aunque me duele todo el cuerpo y él no retira la mirada, como hipnotizado por mi imagen, manteniendo un rictus duro, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar.

—También me puedes matar, meterme en el maletero y tirarme al mar…, no, no, qué tonta, no es necesario, el mar lo tienes a mano… a unos pasos. —Sonrío e imagino, lo que él está viendo en estos momentos.

Un rostro maltratado, magullado, con la sangre manando de distintos sitios, pero, a pesar de que algo así le pueda asquear o asustar o sorprender, lo que más pavor le causa, es mi sonrisa.

Y mis palabras.

—O… puedes cavar en el jardín. No, en el jardín no, es mejor el bosque, entre los árboles; esos árboles centenarios. Sí, podrías cavar una tumba para mí, al lado de un hermoso roble. —No se mueve, no dice nada, no pestañea, no deja de mirarme—. Pero estoy segura de que el guapo de Jared revolverá cielo y tierra, sobre todo tierra, para encontrarme.

Hago una pausa y llevo una mano a las costillas.

Pero mi sonrisa sigue intacta a pesar del dolor lacerante.

—Oh, ya lo creo que sí. En ese caso nada, nada, le va a impedir ir a por ti. —Sigue parado en el sitio, con los puños apretados y el rostro macilento.

Voy a darle más caña

—Pero… también podrías pegarte un tiro con el revolver que llevas en la guantera del coche. —Esas palabras lo impulsan como un muelle y se lanza a por mí.

Ya no quiere seguir escuchando.

Ya no puede más.

No quiere que mi lengua sanguinolenta siga diciendo esas cosas.

Es demasiado para él.

Veo venir sus manos, veo su rostro furibundo, ya ha perdido todo el control.

Pero ya he cogido las tijeras cuando él me agarra por el cuello y comienza el estrangulamiento.

Se podrían haber caído, pues ha sido todo muy rápido. Pero no, eso no ha ocurrido, pues mis dedos se han cerrado sobre el frío metal, para evitar que cayeran, para no perder mi arma de matar.

Sin ella, estaría perdida.

Sin ella, estaría muerta en cinco minutos.

O menos.

Y lo demás, ya lo sabes.

Pero eso no se lo voy a contar a Jared, cuando venga. Porque le he dicho a esa enfermera tan atenta, que le llame, que, por favor, le diga lo que me ha pasado. Y ella, muy ama ble, así lo hace, pues sabe que apenas puedo articular palabra, aparte de estar convaleciente de un legrado, y de que mi cuerpo soporte una monumental paliza.

No sé cuántas horas han pasado, ni durante cuánto tiempo he dormido. Pero cuando abro los ojos, ahí está él. Mirándome, traspasándome con esos ojos tan bellos, esos ojos que jamás olvidé, aunque quise creer que sí.

Se desbordan lágrimas de los míos, lágrimas que no provoco, y entonces, él eleva una mano grande, hermosa, esa mano que agarraba la de su novia, esa mano que envolvía la de su novia; esa mano me acaricia, me limpia las mejillas, con delicadeza, con mucho cuidado. Pues noto todos y cada uno de los golpes.

Tengo un ojo casi cerrado, el otro a medio, los labios hinchados, uno partido. Me duele el pómulo derecho y el otro también, pero menos. La nariz también me molesta, pero creo que no la tengo rota. Una ceja partida.

Siento el rostro hinchado, dolorido, deformado.

El cuello me arde y no me atrevo a mover ni un solo músculo, a pesar de llevar un collarín.

Del cuerpo mejor no hablamos.

Aunque los calmantes van haciendo su efecto.

Pero él sigue acariciándome con toda la delicadeza del mundo y yo cierro los ojos de puro placer. Espero que esto, no sea por lástima, porque si no… toda esta mierda que he montado no habrá servido para nada.

De repente, deja de tocarme.

Retira la mano.

La enfermera ha entrado.

Él se levanta. Le pregunta dónde está el doctor que me trata, le

recuerda que necesita un informe, que desea hablar con él.

Ella sonríe como una bobita, pero, al momento, retira la sonrisa, como recordando de repente que está hablando con un policía de Nueva York. De Manhattan, nada menos. Le da el informe, le dice que han dado otro a la policía de aquí y que el doctor vendrá en unos minutos.

Justo en ese momento, entra un hombre de edad cercana a los sesenta, con el pelo cano y rostro amable. Los dos hombres se dan la mano y Jared se presenta; como amigo de la paciente primero, y policía después. Escucha las palabras del doctor, que le explica las contusiones que tengo y que redondea con el legrado. Dice que no es conveniente moverme todavía, que dentro de veinticuatro horas (tal vez), me podrá dar el alta, pues, por suerte, no tengo ningún hueso roto, aunque algunas costillas tienen fisuras. Que las cuerdas vocales están muy dañadas, y que tardaré en volver a hablar, pero que soy una mujer fuerte, una luchadora, añade.

Que sí, que puedo volver a Nueva York, pero debo hacer reposo y tomarme las cosas con tranquilidad.

Oigo cómo baja la voz y añade que tal vez necesite ayuda psicológica.

Que todo lo sucedido, ha sido muy, muy fuerte.

Ah, lo más importante, repite de nuevo, que no debo hablar hasta que las cuerdas vocales sanen por completo.

Jared afirma con ligeros movimientos, pero no dice nada.

El amable doctor se acerca a mí, y me dice unas palabras cariñosas, al tiempo que me mira la cara, me mueve el cuello muy levemente, me pone la lucecita en los ojos y dice que todo va sobre ruedas. Que soy joven, fuerte y saldré de esta.

Intento sonreír, pero me sale una mueca.

Abandona la habitación y la enfermera, después de añadir más antibiótico por vía intravenosa, también.

El hombre que deseo, el que quiero que sea mi nuevo esposo, se acerca a mí, se sienta a mi lado y me acaricia la mano.

—Por todos los santos, Alejandra —la voz le sale ronca, su mirada no pestañea y yo no dejo de mirarlo—, porque ese cabrón está muerto, si no, lo mataría con mis propias manos. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? ¿Qué pasó para que te lastimara de esta forma? —Hago como que quiero hablar—. No, pequeña. Ni lo intentes. Ya tendremos tiempo de hablar. Ya me lo contarás todo.

Vuelve a pasar esa mano grande por el borde de mi rostro.

—Siempre he creído que ese cabrón ocultaba algo, que estaba

detrás de la muerte de su esposa y de la amante. Pero ahora, el ver lo que te ha hecho, estoy convencido de ello. Pero no lo puedo entender, si bebía los vientos por ti. —Hace una pausa, sin dejar de mirarme, como queriendo penetrar en mi mente, en mis pensamientos. Y de repente, como si se hiciese la luz, su preciosa voz pronuncia la frase delatora—: Fue por los cuadros.

Hago como que quiero decir algo, pero él levanta la mano y deja caer los dedos sobre mis labios magullados, como el beso de una mariposa.

—No, cariño. No digas nada. Ya tendremos tiempo de hablar, de que me cuentes todo lo que pasó. —Ese «cariño» me ha llegado a los cimientos de mi conciencia—. Ya sabes que tendrás que hablar con la policía y contar todo lo que ha ocurrido.

Afirmo con la cabeza, despacio, con cautela, un movimiento tan ligero, que apenas se nota, mientras él, no retira ni por un segundo la mirada de mi maltratado rostro.

—No habrá problema, no te preocupes. Fue en defensa propia, solo hay que ver lo que te ha hecho ese hijo de la gran puta. Yo estaré contigo, ¿de acuerdo? —Vuelvo a mover la cabeza mientras las lágrimas brotan del ojo que mejor está, y discurren más lentas por el casi cerrado. Él vuelve a limpiarlas con un pañuelo de papel, mientras acerca el rostro—. No llores, pequeña, no llores. Ya ha pasado todo —sus labios susurran las palabras.

Hace una pausa y termina de limpiar mi llanto silencioso.

—No estás sola, Alejandra. Lo sabes, ¿verdad? —Cómo me gusta el sonido de mi nombre en tu boca, en tu voz…

Muevo la cabeza, afirmando y se vuelven a escapar unas cuantas lágrimas.

De verdad, que son sinceras, que me salen del alma, si es que tengo.

Pero quiero seguir oyendo esa voz… que me envuelve…, que me embruja...

Quiero saber hasta dónde va a llegar.

Hasta dónde quiere llegar.

Hasta qué punto, mi rostro maltratado, mi cuerpo herido, le conmueve.

—Cuando te den el alta, te llevaré de vuelta, ¿quieres?

Afirmo.

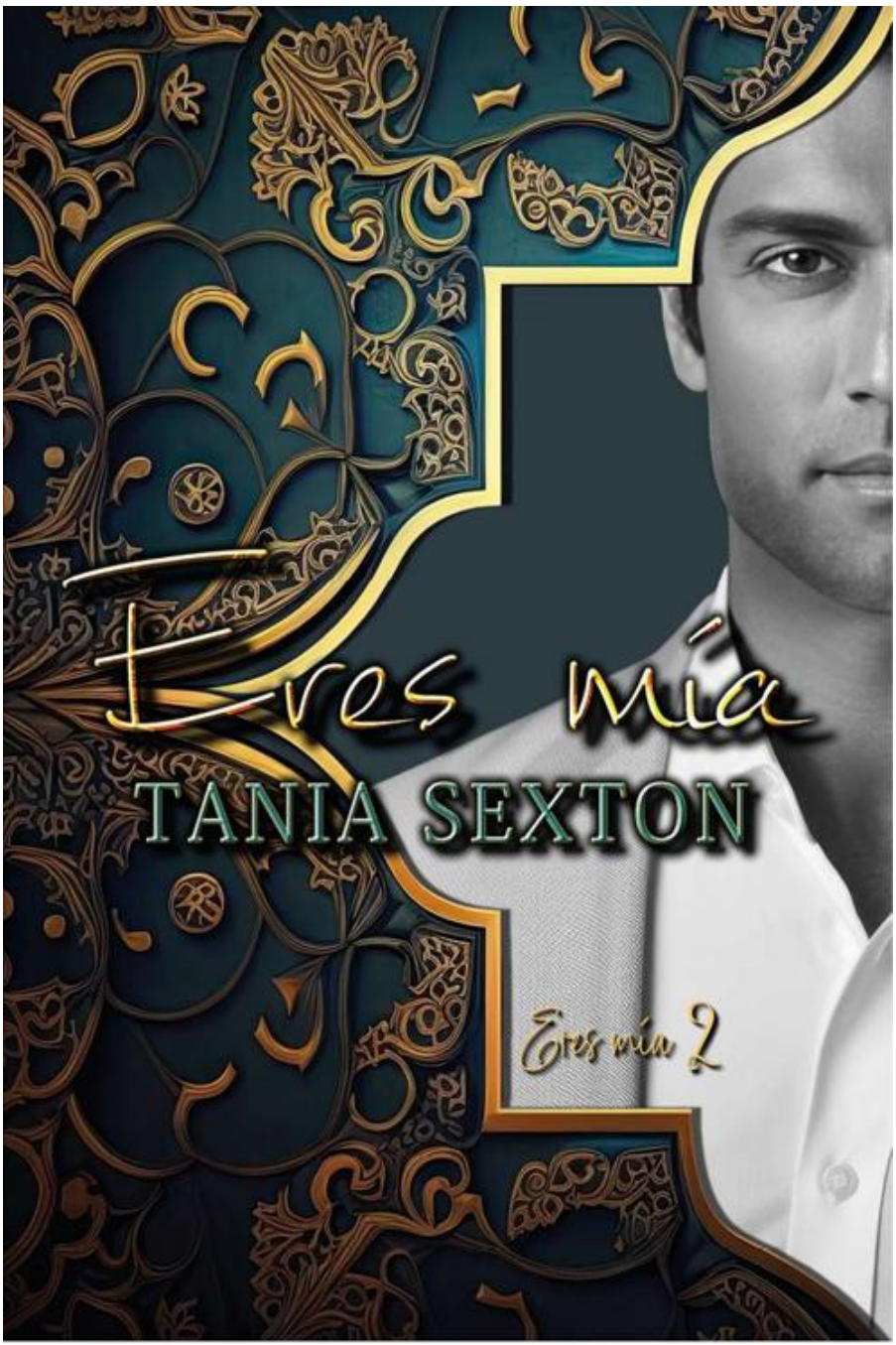
Igual que una niña necesitada de amor, de protección.

—Iremos a tu casa de Brooklyn y si lo deseas, me quedaré contigo. O mejor, te llevaré a mi casa. La tuya tendrá reporteros a todas horas.

No tardo ni una milésima de segundo en afirmar.
Él nota lo que siento.
Él sabe que me dolió lo que hizo.
No dejarse ver.
No buscarme.
—Esta vez, no te dejaré.
Sus largos y elegantes dedos, limpian mis lágrimas.
Sus bellos ojos contemplan mi rostro desfigurado.
En estos momentos no hay perfección ninguna.
Pero esos ojos me miran como si fuese lo más bonito de la tierra.
Me miran como miraban a la que fue su esposa.
A esa, que tanto envidié.
—Esta vez, cuidaré de ti.
Logro que salga algo parecido a una sonrisa.
Por dentro río a carcajadas.
Nicole, ve olvidándote de tu maravilloso policía.
Ahora es mío.
Solo mío.
Lo siento en las tripas, como diría Pacheco.
Y voy a hacer lo imposible, para que no se arrepienta nunca.
¿Crees que lo conseguiré?

Fin.

Bilogía Eres mía 2



Tania Sexton es de ascendencia gallega. Nació en un precioso pueblo del Pirineo Aragonés, Sallent de Gállego (Huesca), y ahora vive en Albacete. Lleva en el mundo de la estética muchos años, pero su verdadera pasión ha sido la lectura y la escritura. Lo que comenzó como una afición de fines de semana, pues no había más tiempo libre, lo dejó años después harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace poco tiempo y, ahora, no puede pasar sin su portátil, tableta y demás dispositivos.

Escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute. Inventar historias de amor o desamor. Situarlas en diferentes épocas y países es lo más gratificante.

Su deseo es que los lectores que descubran sus obras disfruten leyéndolas tanto o más que ella escribiéndolas.

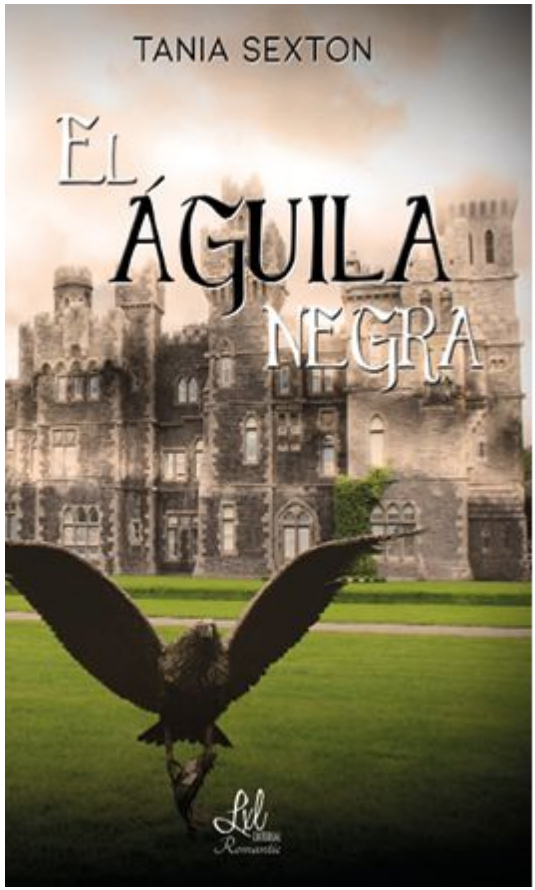
Autora de *Como hilos de cristal, Calla, nenita calla, Ausencia, Eres mía, El águila Negra, Oscuro y Perverso, Carita de Ángel, Cuando vuelvas a mí, El camino del pecado, Lento, más lento, Te lo prometo, confía en mí, La Española, Izarbe, Perversión, Liberación.*

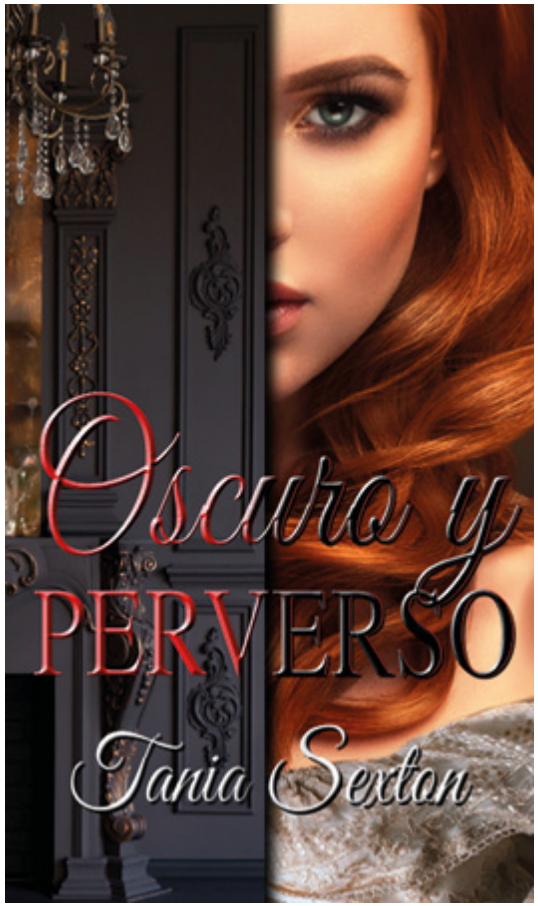
OTROS TÍTULOS

TANIA SEXTON
Cuando
vuelvas a
Mí

Shhh...
Lento,
más
LENTO
18+
Tania Sexton

COMO
hilos
de
CRISTAL
TANIA SEXTON


TANIA SEXTON
EL
ÁGUILA
NEGRA
Lyl
Romantic

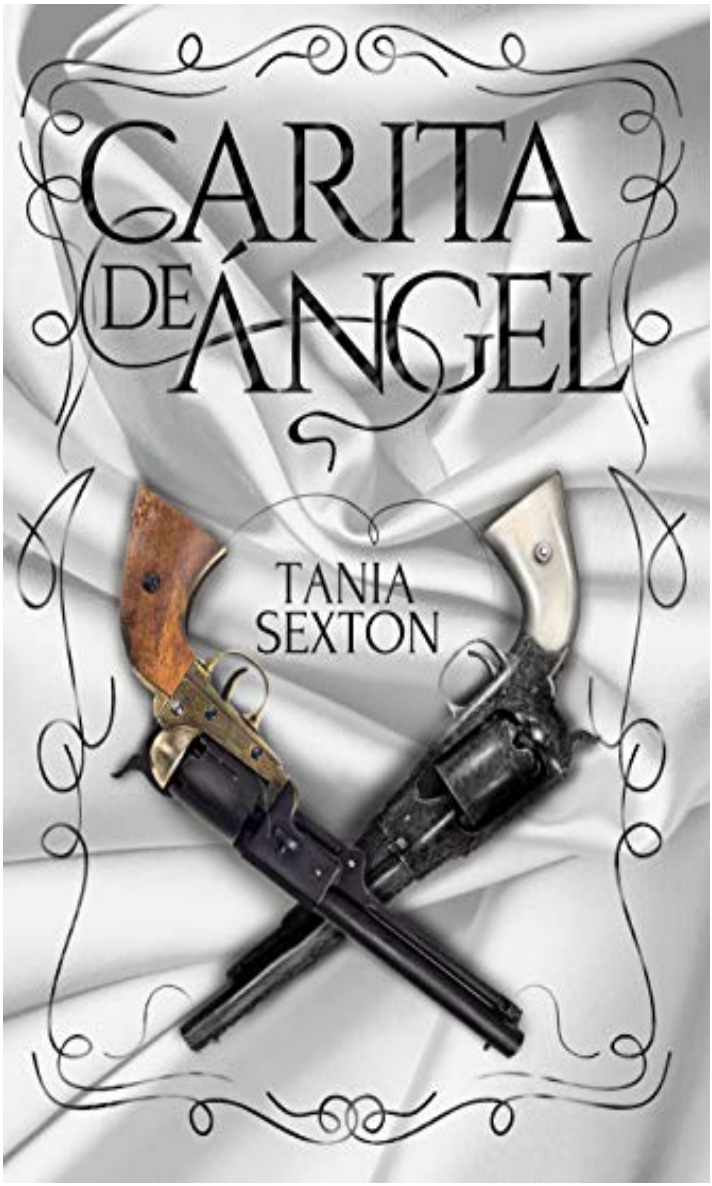

Oscuro y
PERVERSO
Tania Sexton

El camino del PECADO

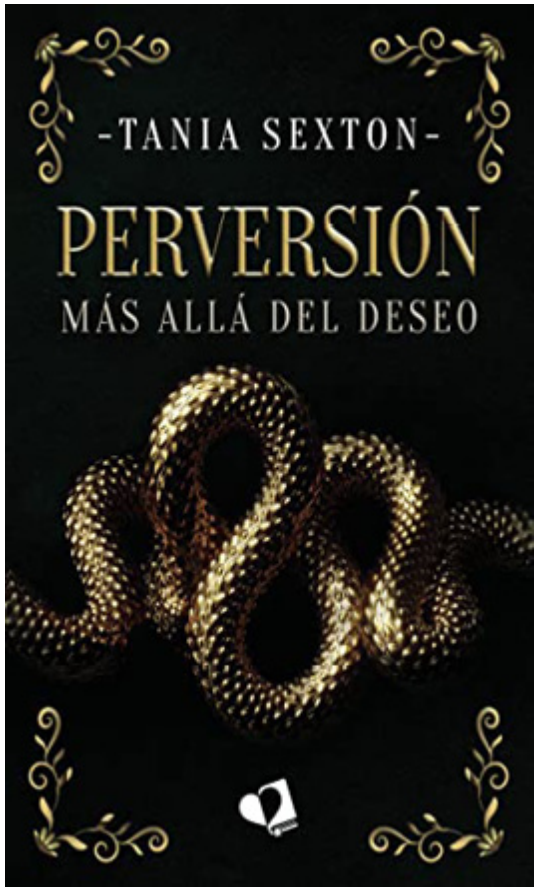
TANIA SEXTON

IZARBE
Quién me quiere a mí
TANIA SEXTON

LA
ESPAÑOLA
TANIA SEXTON


CARITA
DE ÁNGEL
TANIA
SEXTON

Te lo prometo, confía en mí
TANIA SEXTON


-TANIA SEXTON-
PERVERSIÓN
MÁS ALLÁ DEL DESEO

-TANIA SEXTON-

LIBERACIÓN

MÁS ALLÁ DEL DOLOR